



**COMANDO
«REICHSFÜHRER» HIMMLER**

SVEN HIMMEL

Lectulandia

Es una mancha en el honor del soldado alemán, que quede un solo polaco con vida en Varsovia —gritó Himmler dirigiéndose al Obergruppenführer Berger—. ¿Por qué no ha cumplido usted mis órdenes? Quiero que esos cerdos sean destruidos. Hace tiempo que estaría hecho si no hubiera sido usted tan blando. —Reichsführer, hemos hecho lo que hemos podido —farfulló Berger, a quien el miedo hacía sudar la gota gorda—. Las bajas son terribles. La revuelta de Varsovia ha costado ya la vida a diez mil soldados alemanes. —¡Qué me importan las pérdidas! Sólo cuentan los resultados. No se llora a un soldado caído por la patria. Se está orgulloso de él. ¿No eran suficientemente claras mis órdenes? Arrase la capital polaca y extermine a sus habitantes como ratas. No tienen sitio en el gran Reich alemán. Pero si prefiere usted el frente ruso, es fácil —añadió Himmler con helada sonrisa—. Los ss no gustan de los cobardes que tienen miedo de la sangre, así es que ni una palabra más sobre las bajas. La moneda de la guerra es la sangre, y un Estado fuerte nace en la sangre. Dentro de cuarenta y ocho horas, Varsovia debe ser borrada del mapa.

Sven Hassel

Comando «Reichsführer» Himmler

Biblioteca Sven Hassel - 9

ePub r1.0

Titivillus 07.10.2019

Sven Hassel, 1971

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

COMANDO «REICHSFÜHRER» HIMMLER

SVEN HASSEL

¿Por qué el Vístula se hincha como el pecho del héroe que exhala su último suspiro en la arena salvaje?

¿Por qué el lamento de la ola, surgido del sombrío abismo, resuena como ese suspiro del caballero moribundo?

El mismo lamento sigue elevándose del lecho del río, tan triste que parece un sueño de muerte.

*Los sauces plateados de los prados lloran a un tiempo,
y las muchachas polacas han perdido su alegre sonrisa.*

«Los alemanes son, sin duda alguna, unos maravillosos soldados», escribía en su libro de notas, el 21 de mayo de 1940, el general al mando del II Cuerpo de Ejército inglés, el mismo que, más adelante, se convertiría en el mariscal Lord Alanbrooke.

Este libro está dedicado a todas las víctimas de la Segunda Guerra Mundial, y al Soldado Desconocido, con la esperanza de que políticos irresponsables no nos precipiten, por tercera vez, en el abismo de una sangrienta locura.

«Quiero el poder. Cuando lo hayamos obtenido, lo conservaremos. Nadie volverá a quitárnoslo».

Discurso de Hitler en Munich, el 30 de noviembre de 1932.

Ninguno de los hombres de la 5.ª Compañía se había ofrecido para custodiar a Sennelager, pero ¿quién se preocupa de las preferencias del soldado? Éste sólo debe cumplir órdenes, si no, y en menos tiempo del que hace falta para escribirlo, se le destina al Batallón 999, el de los degradados, el batallón disciplinario.

¿Ejemplos? El comandante de un carro de combate se negó a incendiar una aldea: Consejo de Guerra, degradación, Torgau, Batallón 999.

Un ss Obersturmführer se negó a ser trasladado a los comandos de Seguridad: Consejo de Guerra, degradación, Gemmersheim, Batallón 999. Y así sucesivamente. Desde hacía algún tiempo, incluso enviaban criminales a los batallones disciplinarios.

En el capítulo I, artículo I del reglamento del Ejército alemán se puede leer lo siguiente: «El servicio militar es un servicio de honor.... —Y en el párrafo 13—: Quien haya sido condenado a más de cinco meses de prisión no es digno del servicio militar, y debe ser excluido inmediatamente de las fuerzas armadas de tierra, mar y aire».

Pero en el párrafo 36 se añade: «Circunstancias excepcionales anulan el párrafo 13 y conceden a los soldados castigados la posibilidad de incorporarse al Ejército. Sin embargo, serán destinados a regimientos particularmente severos. Los peores servirán en las compañías disciplinarias de obreros, en las que no se toleran las armas.

Se dedicarán a la detección de minas y a la inhumación de los muertos. Tras seis meses de buena conducta, el hombre indigno del Ejército podrá ser trasladado a la sección de los soldados castigados en el campo de batalla. Empezarán sirviendo en el batallón disciplinario 999, en Sennelager. En tiempo de guerra, los suboficiales deberán acreditar, por lo menos, doce meses de servicio en primera línea. En tiempo de paz, por lo menos diez años en activo. Todos los suboficiales serán castigados con severas penas si se muestran demasiado indulgentes. Los reclutas particularmente entusiastas y que no retrocedan ante nada podrán ser trasladados a un regimiento del Ejército y recuperar grados y honor. No obstante, antes deberán ser propuestos, por lo menos cuatro veces, para la cruz, después de una acción destacada».

El número 999 (los tres nueves) se debía al jefe de la sección de personal, dependiente del comandante Reinecke. Era conocido por su especial sentido del humor y llevaba el apodo de Sonrisa de asno. Pero en el Alto Mando, los tres nueves llamaron la atención, pues el número 900 estaba reservado a los regimientos especiales. No obstante, aceptaron la cifra tras las explicaciones del coronel. «Es uno de los números de teléfono de Scotland Yard; el del lugar donde clasifican a los criminales ingleses. He pensado, por tanto, que los tres nueves convenían de maravilla a los criminales alemanes». Para coronar el hallazgo, se hizo preceder los tres nueves por una gran V, barrada en rojo, que significaba «Anulado». A decir verdad, no habían conseguido darle el sentido deseado, pero ¡qué importaba! Dios y el diablo superaban con más facilidad un desliz que los funcionarios prusianos. Dios haya

perdonado al desgraciado que comiera alguna vez en aquellas escudillas del infierno; la intocable burocracia tenía una memoria excelente.

Nosotros sabíamos todo esto en el frente, pero no juzgábamos a los hombres por su pasado. Entre nosotros, príncipes y descargadores del muelle eran iguales. Si se trataba de un buen camarada, de los que compartían su último cigarrillo, lo adoptábamos; pero si pertenecía al escaso número de los que, en la oscuridad de los retretes, se atiborraba solo, entonces lo apartábamos. En el Ejército, nadie puede vivir solo. La ley de la camaradería es, en él, más imperiosa que en cualquier otro grupo.

EL CAMPO DISCIPLINARIO DE SENNELAGER

Una locomotora antiquísima maniobraba, arrastrando una fila de vagones de mercancías del más viejo modelo.

Desde el andén, los viajeros miraban con curiosidad aquel rechinante convoy. En el vagón de cola, vigilaban unos gendarmes armados hasta los dientes y que lucían sobre el pecho la insignia de la calavera.

Nosotros permanecíamos en un andén de embarque y jugábamos a las cartas con algunos prisioneros de guerra ingleses y franceses. El cabo de Estado Mayor, *Porta*, y un sargento escocés nos habían desplumado casi del todo, lo cual hacía espumear de rabia, literalmente, a *Hermanito* y a Gregor Martin, quienes llevaban una hora jugando a crédito a cambio de cuatro reconocimientos de deuda firmados al sargento escocés.

Nuestro jefe de Compañía, teniente Löwe, interrumpió la partida sin el menor miramiento:

—¡En marcha! Vamos, señores.

—¡Asqueroso! —gruñó *Porta*—. ¡No se entra así en un casino! Debería respetarse la vida privada.

—¡Cállate la boca, *Porta*! —bramó Löwe—. Estoy harto de tus eternas recriminaciones.

Porta se cuadró:

—Comunico a mi teniente que el cabo *Porta* va a callarse —declaró aquel chiflado, que siempre quería decir la última palabra.

La hubiera dicho ante el mismísimo Führer.

El Viejo se levantó lentamente del cubo volcado que le servía de asiento, se abrochó el cinto, incómodo por el peso de la pistola de reglamento y se caló el gorro cuartelero.

—¡Segunda sección, a formar, armas al hombro!

Todo el mundo se levantó rabiando. ¡Se estaba tan bien allí!

¿Por qué no habrían destruido, con bombas, aquel maldito tren? Los prisioneros de guerra permanecieron sentados, y uno de ellos se burló insolentemente:

—La patria os necesita, hermanos...

—¡Volved pronto, nos hacéis falta! —se guaseó el escocés, tirando una colilla en la bolsa del pan.

—Cretino —dijo *Hermanito* sin acrimonia—. ¡Deberían haberte apiolado en Dunkerque!

—Demasiado tarde —replicó el escocés—, pero aún es posible que nos maten a ti y a mí antes de que acabe la guerra. Reanudaremos nuestra partida de cartas en el Paraíso.

—Prefiero irme al Infierno con el ss Heini y la judería internacional —masculló *Hermanito*, quien completamente limpio, se había jugado hasta su Cruz de Hierro.

El escocés pretendía que la Cruz adquiriría valor con la llegada de los americanos, que se pirran por los recuerdos de guerra. Regresarían a su casa diciendo que se la quitaron a un alto oficial ss cuando el asalto del C.G. de Berlín. Ya han empezado a venderse pedazos ensangrentados de uniformes y de vendajes. ¡Señal evidente de que la guerra toca a su fin! *Porta* tiene todo un cargamento de ese tipo de cosas.

La locomotora arrancó, resoplando bajo la lluvia. Todo el mundo se alzó el cuello del capote; llovía sin parar desde hacía cuatro días y nos habían obsequiado con uniformes nuevos que apestaban a naftalina a cinco kilómetros de distancia. Única ventaja: no quedó ni un solo piojo, ya que se habían pasado a los prisioneros de guerra que no habían recibido uniformes nuevos. En los primeros vagones aún se leían nombres olvidados: Bergen, Trondjhem. Transportaban pequeños caballos de montaña que acariciamos un instante. Todos se parecían, con una raya negra en el lomo y un morro completamente negro. *Hermanito*, encantado, se ganó un amistoso lengüetazo, lo que le despertó el deseo, acto seguido, de llevarse el caballo. Iniciaba la operación, cuando se acercaron dos guardias, pistola en mano.

—¿Qué pasa? —preguntó una voz.

Acudía el teniente Löwe, seguido por el guardián-jefe Danz, el suboficial más sanguinario de todo Sennelager.

—¿Qué demonios hace usted con ese caballo?

—Me quiere —dijo *Hermanito* acariciando al pequeño animal, que le lamía la cara como un perro—. ¡Ve usted, mi teniente, me quiere! Le llamaré *Jacob*. Es tan pequeño que podré llevarlo en mi carro.

—¡No me digas! Basta de bromas, se lo ruego. No quiero caballos en mi Compañía. ¡Y dese prisa!

Löwe se dirigió, corriendo, hacia los vagones precintados.

—¡Si yo fuese Löwe, andaría con cuidado! —bramó el gigante pisándole los talones a *el Viejo*—. ¡Hace mal en enemistarse con los caballitos noruegos, sin hablar de los cabos de Hamburgo y de su guerra que se va a la porra!

—Sí, los señores oficiales envidiarán nuestros galones de lana —opinó *Porta*—. Al menos, son una prueba de que nunca hemos pertenecido al Partido. ¿Tú qué dices, Julius?

—Todos los cabos serán ahorcados antes de que se eche el cierre —declaró terminante el suboficial Heide.

—¡Trabajo te costará! Hay unos cuantos en el Ejército de la Gran Alemania. Vete a dar un garbeo por Kiel y verás la de cabos de la Marina que ya calientan las calderas para cocer a sus presumidos oficiales. A los suboficiales los ahogarán en la marmita.

—¡Continúa! ¡Ya verás lo que dirá el Consejo de Guerra cuando yo dé parte!

Con aire inocente, *Hermanito* dio una patada a un bidón de aceite que fue a parar al cogote de un gendarme, y mostró solapadamente con el dedo, detrás de su espalda, al suboficial Julius Heide.

—¡Usted! —chilló el gendarme, frotándose el cuello—. ¡Su cartilla militar, enseguida!

—¿Por qué? —preguntó Heide, estupefacto.

—¡Le he visto cuando me tiraba ese chisme al cogote!

—¿Yo?

—Por supuesto, lo he visto —afirmó *Hermanito*:

El gendarme tomó notas con sumo cuidado. Agresión a un policía prusiano. Antes de ser gendarme, el hombre había cuidado de la circulación en la pequeña ciudad de Bielefeld en donde anotaba, durante ocho horas seguidas; las infracciones de estacionamiento. Un especialista del reglamento.

—¡Eso le llevará ante un Consejo de Guerra!

—¿Qué pasa ahora? —preguntó el teniente Löwe.

—Comunico a mi teniente que el suboficial Heide me ha agredido.

Löwe arrancó el informe de las manos del hombre.

—Le gusta eso de rellenar partes, ¿verdad? Vamos, quítese de delante, si no, le prevengo que necesito suboficiales en mi unidad. Si el llamado Heide le hubiese atacado, estaría usted muerto. Vive, luego ha mentado. ¡Largo! Y, dicho esto, basta de líos con nuestra sección, Beier, ya está bien. Somos un regimiento de Carros, no niños de la escuela a la hora del recreo. Si no puede usted mantener la disciplina, le hago trasladar.

El oficial del convoy se acercó al grupo y saludó, indolentemente, llevándose dos dedos a la gorra.

—Mi teniente —farfulló, tendiéndole un fajo de papeles—, quinientos treinta presos para el Batallón 999, Senne. Pero espabílese en evacuar mis vagones rápidamente, que llevo retraso. Tengo que ir a buscar otro cargamento a Dachau y a Glatz.

—¿Están vivos todos?

—No lo sé. Estamos en ruta desde hace catorce días. Venimos de Fuhlsbüttel, por Struthof, Torgau y Germersheim. La última basura ha sido recogida en Buchenwald y en Borge Moor. Una manada de cerdos. Fírmeme el recibo.

—Ni hablar. Haga bajar a sus presos y que formen en el andén. Los contaré. Mis sargentos nunca se equivocan en sus cuentas, y sólo le doy recibo por los vivos.

—¡Porque usted lo diga! ¡Nadie escudriña tanto! ¿Presos? ¡Cada vez hay más en este quinto año de guerra, para fijarse tanto! Tendría usted que verlos cuando los entregan a los Waffen ss. Acaban enseguida: bala en la nuca y cabeza rota.

—Lo supongo, pero no somos de la ss. Esto es un regimiento de Carros. Me dijeron que me hiciese cargo de quinientos treinta voluntarios para el frente y sólo extenderé recibo por el número de hombres entregados a mis sargentos. Si no está usted conforme, diríjase al comandante del campo, conde zu Gernstein.

El oficial del convoy se estremeció. Todo el mundo conocía de oídas al terrible conde zu Gernstein, comandante de Sennelager, que jugaba y bebía (decíase) con Satanás todas las noches de doce a cuatro de la madrugada.

—¡Entonces, al diablo con lodo! —les gritó a sus subordinados.

En medio de vociferaciones, los vagones de mercancías vomitaron un interminable rebaño de presos a rayas: militares que, en tiempos del emperador, desfilaban con brillantes uniformes; condenados por delitos comunes, a rayas grises y amarillas con gorros rosa en la cabeza; homosexuales con camisas malva que llevaban en el pecho y en la espalda la célebre cifra 76.

Las culatas se abatían sobre el montón de hombres atemorizados. ¡Ay del que se caía, pues los perros lobos enseñaban ya los dientes! Uno de los desdichados tenía el cuello herido y las bestias casi salvajes lamían la sangre derramada. Las han adiestrado en el odio a los presos. En cuanto a los guardianes, se reían.

Por fin, todos esos andrajosos formaron tres columnas. Los cadáveres habían sido abandonados en los vagones.

—Entonces, ¿conforme, mi teniente? —pregunta el oficial del convoy.

Löwe no contesta. Avanza lentamente a lo largo del extraño cortejo encerrado durante catorce días en asfixiantes vagones. Suenan los nombres, pero sólo trescientos setenta y cinco hombres contestan: «Presente».

—Firmo por trescientos setenta y cinco —dice Löwe, secamente.

—¡Le ordeno que firme por quinientos treinta!

La tensión aumenta, cuando, de pronto, llega, en tromba, en un *Kübel* el ayudante de campo capitán Von Pehl. Elegante como siempre, salta ágilmente del coche, sus espuelas resuenan, sus insignias doradas relucen; sonríe, se cala el monóculo y golpea sus botas con la fusta.

—¿Qué pasa, señores? ¿Se ha terminado la guerra? ¿O acaso han colocado otra bomba bajo el asiento del Führer?

Löwe le explicó, rápidamente, de qué se trataba y el motivo de su negativa.

—Vaya... Evidentemente, hay una pequeña diferencia. Esperábamos un Batallón y apenas si recibimos tres Compañías... ¿Cómo ha hecho usted para perder tanta gente, capitán? ¿Han luchado ustedes contra los partisanos? Ya que no creo se haya paseado usted por el frente...

La sonrisa había desaparecido de los labios de Von Pehl, quien subió a un vagón lleno de cadáveres y ordenó a dos de sus hombres que bajasen un muerto, con la cabeza rota, al andén. Contempló pensativo el cuerpo, se ajustó el monóculo y se inclinó acercándose al desventurado.

—Muéstreme el orificio de la bala, capitán.

El oficial del convoy se puso lívido. ¡Están locos de atar en Sennelager! ¡Miren que armar tanto jaleo a causa de la muerte de un subhombre! Nunca se ha visto nada semejante. Pero esos tipos son peligrosos cuando se les acerca uno demasiado. Ya es hora de que ss Heini se encargue de nuevo de todo este tinglado, y enseñe a esos imbéciles de militares la grandeza de los tiempos nuevos.

—La huella del disparo —dijo impaciente el capitán Von Pehl.

Detrás de él se encontraba su oficial de ordenanza, teniente Althaus, fusil ametrallador bajo el brazo, y más atrás, el teniente de gendarmería, tieso como un palo.

—Los presos se sublevaron —balbuceó al otro—. Los guardianes tuvieron que golpearlos.

—¿El parte? —atajó Von Pehl tendiendo la mano.

—Demasiado trabajo para poder hacerlo.

—¿Dónde tuvo lugar la rebelión?

—Cerca de Eisenach.

El capitán estaba preocupado. Queda muy lejos, pensaba, pero no conocía al ayudante de campo Von Pehl. Vieja escuela prusiana.

—Perfecto. Según el reglamento, debe usted dar parte inmediatamente de ese suceso sobrevenido en el curso de un convoy. Althaus, telefonee enseguida al comandante de la estación de Eisenach.

—Bien, mi capitán —dijo el oficial.

Y se apresuró hacia el despacho del jefe de estación.

Todo el mundo aguardaba con paciencia bajo la lluvia, mientras Von Pehl recorría el andén, haciendo sonar las espuelas. El oficial del convoy temblaba. Sus subordinados se apartaron discretamente, pues su antipatía sobrepasaba hasta la concesión ilegal de permisos y de racionamiento.

—Un canalla —declaró un gendarme con galones—. Siempre lo dije.

Althaus volvió flanqueado por el oficial de la pequeña estación, un anciano mayor que, en vista de las circunstancias, llevaba el casco de acero. Tendió una mano jovial que Von Pehl ignoró.

—Espero que el coronel conde Von Gernstein se encuentre bien. Y usted también, mi capitán —dijo el mayor tras un penoso silencio.

Procedía del Ejército húngaro y se sentía incómodo entre aquellos extraños prusianos. El capitán Von Pehl le daba un miedo atroz, y no se perdonaba haber dejado Budapest con la esperanza de abrirse camino entre los nazis.

—Aquí Althaus —dijo el ayudante de campo sin mirar al mayor—, ¿ha recibido Eisenach un informe relativo al motín del convoy 906?

Eisenach no sabía nada ni del convoy, ni por consiguiente del motín. Los ojos de Von Pehl echaron chispas.

—¡Gendarme Danz! —rugió como sólo saben rugir los oficiales de Caballería desde hace cinco generaciones—. Detenga a ese capitán.

—¡Protesto! —gritó el capitán con voz ahogada.

—Es posible, pero aguarde a presentarse al coronel. Mientras tanto, le hago arrestar por homicidio, falso informe y sabotaje en el curso de un convoy. ¡Que se lo lleven!

Metieron al oficial del convoy en el *Kübel*, donde se acurrucó en el suelo, sirviendo de estribo a dos guardianes hasta Sennelager.

Löwe entregó un recibo por trescientos setenta y cinco voluntarios, y los gendarmes, humanizados tras el arresto de su jefe, se retiraron aliviados.

—¡Dese prisa en volver al campo! —gritó Von Pehl a Löwe antes de desaparecer en una nube de agua fangosa.

Tras la marcha del capitán con monóculo, la atmósfera se relajó. Los gendarmes sacaron cantimploras de aguardiente; ¡cómo venían de Francia lo tenían de sobra! Conmovidos por el alcohol, fraternizamos sobre un punto emocionante: el Ejército rojo. Eran disciplinados, con una buena disciplina a la prusiana, iguales cuarteles, iguales reglamentos. También allí, el soldado sólo tiene que obedecer. En el fondo, los dos pilares del Estado eran el Ejército y la Policía. Además, un gorro de pieles siempre favorece... Tras estas decisivas palabras nos fuimos cogidos del brazo a la cantina de la estación para beber por la futura grandeza del país tras la garantizada derrota. ¡Los gendarmes y suboficiales prusianos siempre sabían salir de apuros!

Los presos tuvieron la posibilidad de sentarse. Distribuyeron el suministro. Pan duro, por supuesto, pero aún era un lujo para quienes venían de Torgau, de Glatz y de Germersheim, aquellas mazmorras del Ejército, donde reyes y generales desaparecían sin dejar rastro. Si el lector no quiere creermelo, deje la autopista cerca de Bruchsal, entre Mannheim y Karlsruhe y diríjase hacia el Rin. Pregunte por el camino de Germersheim. No es difícil de encontrar. Una vez rebasada la bonita aldea de viejas casas, hay que echar a la izquierda. Un trecho de camino en el bosque, y se topa con un letrero: *Prohibida la entrada, zona militar*. Cinco metros más, luego un sendero destinado a los peatones. De pronto, la prisión vasta y gris. Nada más verla, se sienten escalofríos. Y luego, otro letrero, amarillo: *Reformatorio militar Germersheim*. Allí hay que detenerse, pues se toparía con los perros y los guardianes armados. Detrás de ellos, el campo de minas. Todo hombre que cruza ese espacio sin ser acompañado por la Policía desaparece para siempre. Y, hasta con la Policía, pocos son los que vuelven. Ciento treinta y tres mil hombres desaparecieron tras el pesado portalón de Germersheim, entre 1933 y 1945.

El teniente Löwe estaba de muy mal humor al abandonar la estación, pese a haberse regalado con una liebre asada. El arresto del jefe de convoy era un asunto fastidioso y la justicia militar se había puesto en marcha. El coronel cazaba, por el momento, en los montes Teutónicos, pero el oficial que se ocupaba del personal descubrió a Löwe las costumbres de Sennelager: hubiera debido disparar él mismo sobre el oficial del convoy, en vista de la ausencia del coronel. Cuando el conde zu Gernstein regresa de caza, es desagradable, tanto más desagradable si se tiene en cuenta que tira mal y se burlan de él. Entonces, ¡ay del que haya causado conflictos! El jefe de campo,

por prudencia, había causado baja por enfermedad. Es manco, lo cual le produce vivos dolores en caso de tener dificultades; en cuanto al inspector general, Löwe no pudo encontrarlo: viajaba en acto de servicio.

Por todo ello, la columna fue bombardeada con abundantes amenazas de Consejo de guerra. ¡Veremos a ver qué pasa!

Todo el mundo chilla, pues en el Ejército prusiano es indispensable chillar. Cuanto más se chilla, mejor resulta todo. Perros y gatos se unen al concierto.

—¡Matadlos! —grita el teniente, al borde del ataque de nervios.

La gendarmería se precipita tras de la jauría que ladra y maúlla, pero la caza termina junto a un vagón de suministro situado en vía muerta. Con fruición, informamos al teniente de que gatos y perros han huido sin esperanzas de recuperación, y Löwe, muy deprimido, da, por fin, la orden de marcha. En columna de a tres, el comando se encamina hacia Sennelager encuadrando a los trescientos setenta y cinco extraños «voluntarios».

—¡Cantad! —ordenó Löwe no bien hubieron recorrido el primer kilómetro.

El campo se hallaba a diez kilómetros, pero los presos ya no podían más.

—¡Poneos en fila, gandules! —gritó Löwe, furioso.

Cayeron hombres en la cuneta, pero nadie tenía ganas de caer bajo las porras de los guardianes.

—¡Columna, alto! Diez minutos de descanso.

Las ropas humeaban, seguía lloviendo y la niebla se hacía más densa.

—Oídmeme —dijo el teniente—. Todos sois voluntarios, nadie ha ido a buscaros. —En su ingenuo candor, cree verdaderamente que son voluntarios a los que, con magnanimidad, se ha dado una oportunidad. La verdad es que los maltrataron, torturaron y amenazaron de muerte hasta que firmaron el alistamiento—. Exijo una marcha correcta, y de los holgazanes me encargaré personalmente cuando lleguemos. Hay que presentarse en el campamento marcando el paso de la oca. Espero que me habréis entendido.

Dio un taconazo:

—Columna, ¡derecha, der!

Taconazo general, la columna adquirió la rigidez de un palo. Los jefes de sección verifican la alineación, y entre ellos, *Hermanito* que es el último. Como todo el que luce galones, aunque sean de lana, tiene delirio de grandeza y recuerda los menores detalles de su propia formación. El orden de la columna le hace sonreír, satisfecho.

Los hombres corrían, jadeantes, por la carretera asfaltada, Löwe iba en cabeza flanqueado por el teniente Komm que perdió un brazo en el frente y metía su pulgar mecánico en el cinto. Los presos, agotados, caían como moscas, pero detrás de ellos gritaban los guardianes del campo a las órdenes del inspector-jefe Danz, que era capaz de hacer andar a un muerto.

—¡No me irritéis, guarros! —bramaba *Hermanito*—. ¡De lo contrario, aprenderéis a conocer la «Reperbahn» en su peor aspecto! ¡Y si alguno muere durante este paseo, vosotros llevaréis su cadáver, os lo digo yo!

De pronto, le vieron avanzar entre los hombres y dar un culatazo amistoso en la nuca de un gordo preso.

—¡No es posible! ¡Tú aquí, viejo camarada! ¡Qué pequeño es el mundo!

—Pero, cabo...

—Te llamas Lutz, ¿verdad?

—Sí, cabo Adam Lutz.

—Ya decía yo. Inspector-jefe de la Gestapo Adam Lutz, del IV/28, París.

—No comprendo...

—¡Te vamos a refrescar la memoria, canalla! ¡Ah! Pareces menos orgulloso que allá. ¿Eran divertidos tus paseos por el Bois de Bologne con chicas judías a las que te cepillabas antes de cargártelas? Lo que se van a reír en la 5.ª Compañía cuando sepan que te tengo en mi sección. ¿Y tu perro? También es voluntario. Estará contento de volver a verme. —*Hermanito* extrajo de la bota su cuchillo y lo puso bajo la nariz del aterrorizado Lutz—. Esto, te lo clavaré en el agujero del culo si no te callas la boca. Voy a meterte en vereda, guarro de la Gestapo. —*Hermanito* se acaloraba y la marcha, agotadora, le hacía menos efecto que a un elefante. Su boca de gorila se ensanchaba en una carcajada.

»Adam —continuó—, ¿te acuerdas de la francesita de Sainte Mère Église a la que mataste de un puñetazo? Cuéntame. ¿Cuántas, de las que había en aquella casa, liquidaste la mañana de nuestra llegada?

—Cabo, me confunde usted con otro.

—¡Seguro que no! Y no te desmayes, canalla, que te costaría caro. Y anímate. Adorabas contemplar el ejercicio de los presos especiales en el patio de la cárcel de París; vas a ver cómo haré de ti un auténtico soldado y te juro que irás al frente en primera línea. ¿Cuánto pesas, Adam?

—Ciento veinticinco kilos, cabo.

—¡A fe mía, es demasiado! Tendremos que ocuparnos de eso. Cuando llegues al frente no pesarás más de treinta, te lo dice *Hermanito*. Si te parece bien, te esconderemos detrás del asta de una bandera.

Un kilómetro antes de Sennelager, Löwe ordenó un breve alto. Los presos se derrumbaron en el suelo. Nos sentamos, fatigados, en la cuneta. Se pasó revista. El último kilómetro debía ser recorrido con un orden perfecto, ya que al rebasar los abetos, podíamos estar seguros de que, desde el campamento, nos observaban con prismáticos. Tan pronto hubimos salido del bosque, retumbó una orden:

—¡Cantad!

Afortunadamente, todo el mundo se puso a hacerlo y, cantando, entramos en Sennelager:

Soy cazador de piezas mayores....

El coronel zu Gernstein se hallaba aparentemente de cacería, pero nada probaba que, vuelto a la chita callando, no nos estuviese observando con sus prismáticos de largo alcance. En un santiamén se daría cuenta de si faltaba un botón o si un casco estaba ladeado.

Hicimos alto ante el barracón de la 1.^a Compañía donde el presuntuoso sargento primero Hofmann recibió a los recién llegados, pero no antes de haberles dejado helándose aguantando a pie firme durante dos horas bajo la helada lluvia.

Llevaba el uniforme de carros, negro, aunque en su vida hubiese subido en un carro. El reglamento de los sargentos primeros (su Biblia) asomaba entre el segundo y el tercer botón de la guerrera. Privado de aquel cuaderno y de su lápiz, un sargento primero alemán parecía un pez fuera del agua. Pasó revista, despacio, a la columna, atravesando a cada hombre con la mirada.

—¡Vaya, vaya! —gimió en voz baja—. ¡Pobre de mí que tengo que hacer soldados de este ganado! Ni siquiera son micos.

Con las piernas separadas, se plantó en lo alto de los peldaños, enmarcado por dos acólitos.

—Soy el sargento primero Hofmann. Yo decido si tenéis derecho a respirar, y si ordeno a sinvergüenzas de vuestra especie que se abstengan de ello, tenéis que obedecer. Y que el diablo proteja al loco que tuviera la ocurrencia de rechistar. ¡Aprendería a conocerme! —rugió balanceándose sobre las rodillas como había visto hacer al coronel, pero sin conseguirlo del todo—. Os digo que, desde ahora, no sois más que mala hierba a destruir por todos los medios. ¿Entendido?

—Sí, sargento primero —respondió a coro el helado y empapado rebaño.

Ni uno solo de ellos deseó haber sido destinado a aquel regimiento de «indultados». Ciertamente que habían oído hablar de la célebre sección

penitenciaria, pero, de cualquier modo, no habían contado con aquel recibimiento. Muchos de aquellos desdichados habían sido soldados.

—A partir de hoy, la Compañía 15 pertenece al 7.º de Carros y me produce asco el pensar que vamos a ser contaminados por larvas de vuestra especie. El batallón que os corresponde es el del arrepentimiento. El 999. Vuestra cartilla será marcada con una V cruzada de rojo: se tacha el pasado. ¿Entendido, guarros?

—Sí, sargento primero.

—Aquí, en el 999, todos son iguales hayan hecho lo que sea, haya sido su grado el que fuere. Por lo demás, no comprendo que no os hayan estrangulado hace tiempo; decididamente, nuestro Führer es demasiado humano. ¡Dos generales, un coronel, dos capitanes de Caballería! ¡Qué vergüenza! Limpiaréis el culo de los caballos hasta que os pongáis morados y vuestras comidas podréis compartirlas con los jamelgos. ¡Un inspector jefe de la Policía, tres intendentes! Esos andorgas satisfechos irán a la sección de rancho y podrán lamer los platos al mismo tiempo que los perros. Y no olvidéis que aquí los perros son cabos que pertenecen al personal del campo y que, como tales, son vuestros superiores. Debéis saludarlos reglamentariamente, y que no vea yo a nadie que olvide saludar a un cabo-perro. Antes de haberos desembarazado de mí, desearéis mil años de infierno...

De pronto, vimos conturbarse al bruto aquél y soltar un ronco gruñido. Había visto al jefe del parque móvil, Wolf, apoyado en un farol de gas, riéndose a carcajadas. Hofmann le lanzó la mirada asesina que todas las mañanas ensayaba ante el espejo, pero Wolf no cesaba de reírse. Hofmann se congestionó como siempre que veía a Wolf. ¿A quién odiaba más, a Wolf o a *Porta*? No lo sabía.

—¿Qué te pasa, pedazo de imbécil?

—¡A mí nada! Me preguntaba, simplemente, si acabarías de una vez. ¿Todavía no sabes que eres el payaso del circo Sennelager? —dijo el otro, tronchándose de risa.

Hofmann se puso como un tomate. ¡Avergonzar a un sargento prusiano delante de un rebaño de reclutas! Aquello merecía consejo de guerra o la guerra resultaba inútil.

—Guardián-jefe Wolf, me ofende, daré parte. Atenta usted a mi honor.

—¡No te preocupes! No lo tienes. Ludendorff dijo que el honor se adquiriría con el grado de teniente y con el sable de oficial. Tú nunca serás

oficial. ¡Tus estrellas de plomo podrían servir igualmente de tapón para tu boca!

Seguido por sus dos perros, desapareció en las cocinas, donde su amigo el ranchero tenía que devolverle un préstamo. Hofmann contempló un instante a los reclutas que tiritaban y trató de olvidar el incidente.

—Conmigo, todos los que se imaginan poder continuar su vida de cerdos serán aplastados. En el 999, no tendréis cartilla militar antes de demostrar que sois verdaderos soldados, y es difícil hacérmelo creer. En la pizarra colgada en la puerta de mi despacho leeréis todo cuanto debéis saber, y si encuentro a alguno que hace lo que no está escrito allí, irá a parar al consejo de guerra. En él, sólo hay una sentencia: pena de muerte. ¿Entendido?

—Sí, sargento primero —respondió el coro.

Conocían el cuento, ya que es tan viejo como el Ejército prusiano. Los sargentos primeros alemanes no saben renovarse. Diez años de chapas de aluminio en los hombros les convierten en robots.

Cansado al fin, Hofmann mandó al dormitorio a los míseros reclutas que se desplomaron sobre inmundos jergones.

Sennelager despertaba a las cuatro de la mañana. Las botas claveteadas resonaban, los silbatos traspasaban los oídos. Órdenes aulladas, puertas abiertas a patadas. Un suboficial alemán con casco de acero no abre las puertas como todo el mundo. Era muy natural, siempre se había hecho así en los cuarteles alemanes. Los picaportes sólo existían para los civiles y los reclutas. Por lo demás, es menester un cierto adiestramiento para abrir las puertas a patadas. El deseo más caro de un suboficial es sacarla de sus goznes, pero esto nunca lo he visto. He visto romper una puerta de un patadón bien colocado, pero los goznes resistieron. Los reclutas tuvimos que comernos las astillas, lo cual tomó su tiempo, pero al final desaparecieron todas. Es lo que se aprende en el Ejército alemán. No sé si alguien ha conseguido alguna vez sacar una puerta de sus goznes, aunque todo es posible. «¡Para Dios y los prusianos, no hay nada imposible!» dice siempre *Porta*. En el reglamento, la palabra imposible no figura. Se pierde una guerra y acto seguido se piensa en ganar la próxima, y esto desde las comisiones secretas del Estado Mayor hasta los clientes de las tabernas de Hamburgo. Una conversación, entre prusianos, gira siempre en torno a una guerra que debe ganarse. Alemania, hasta el presente, no ha podido existir sin una guerra. Es la tradición.

Así, pues, todo Sennelager retemblaba bajo el ruido de las botas y los aullidos de los suboficiales. Los reclutas, derrengados, saltaban de los informes jergones puestos en orden en un tiempo récord.

En el barracón reservado al comandante, el coronel, con el pijama de los húsares, hacía sus cien flexiones de piernas sobre la pista artificial al son de una marcha militar; la gimnasia matinal terminaba con un paseo sobre el caballo eléctrico con la música del 18.º de húsares.

En los dormitorios de los reclutas, el estribillo era muy diferente:

—Pero, bueno, ¿todavía no os habéis lavado? ¡Gandules, daos prisa!

Piernas esqueléticas corren sobre las heladas losas, los muy brutos os pisotean, los cinco dedos de un pobre quinto quedan chafados de golpe; el suboficial no teme nada, porque el recluta no tenía por qué haber puesto los pies debajo de su bota.

Arman bronca al servicio del café: ¡A galope hacia la cocina! En Sennelager, todo se hace al trote largo. Ningún recluta deseoso de sobrevivir se atrevería a moverse de una manera normal.

—¡March! ¡March! —se oye en todos los rincones.

Para un alemán con galones, «March, march» es una palabra que se sube sola a la boca. El suboficial Helmuth, ranchero de la 5.ª Compañía, pasa por ser uno de los tipos más asquerosos del viejo equipo. Es de la especie que sólo se encuentra entre los cabos de vara y los chivatos de la Policía secreta. Con una carcajada de militarote, Helmuth vierte un cazo de café hirviente sobre los dedos del reservista Fischer, expastor, quien se permitió opinar desde el púlpito sobre la política nazi. Le hicieron entrar en vereda: una noche, unos hombres con abrigo de cuero negro y sombreros echados sobre los ojos fueron a pescarle. Fischer sufrió varias experiencias que no hubiera creído posibles. Comenzaron en Bielefeldt y continuaron en Dachau, en el barracón reservado a los santos varones. Se habían llevado a su mujer y a sus tres hijos como rehenes. Ahora está con nosotros y le vierten café hirviente sobre las manos.

Gritó, soltó la cafetera y el café, y salpicó las relucientes botas del suboficial Hofmann. Fue un estúpido. Hubiera sido mejor apretar los dientes y dejarse achicharrar para ser enviado a la enfermería. Allí se pasaba bien durante algunos días. Desgraciadamente, hizo exactamente lo que el suboficial esperaba de él. Helmuth, en medio de un gran silencio, le asestó un violento golpe en el cráneo con su gran cazo de hierro. Nadie rechistaba: no conocíamos al expastor y no nos interesaba enemistarnos con el jefazo de la cocina.

—¡De rodillas, benefactor de almas! Debes estar acostumbrado. (Le mostró sus botas salpicadas). Límpiame eso con la lengua o te vuelo el cráneo.

Fischer cayó de rodillas: eso podía hacerlo, pero le costaba lamer. Nosotros hacía tiempo que habíamos aprendido. Ya en mis tiempos de novato, en el 7.º de ulanos, pude experimentarlo; lamía todas las mañanas los cascos de un caballo. Pronto se acostumbra uno. Pero para Fischer, con casi sesenta años, resultaba más duro. Helmuth le rompió los dientes de un puntapié en plena cara. Un recluta del 999 no necesita dientes. A causa del dolor, el doctor en Teología se desmayó. ¡Ay! Otra equivocación monumental, pues, acto seguido, el ranchero le partió el cráneo con su cazo. Dos hombres tuvieron que transportar al pastor a la enfermería.

Caído en la escalera, rezaría el parte. Causa: subalimentación en Germersheim. La responsabilidad recaerá sobre Germersheim. ¡Queda tan lejos! El informe deberá pasar por el 6.º Cuerpo, en Munster, y antes de que llegue a su destino, el reservista hará mucho tiempo que habrá muerto.

—¡En marcha para el ejercicio matutino! —gritó el suboficial de servicio.

Ejercicio matutino, esto suena bien, pero es uno de los más temidos en el Ejército alemán. Cada mañana, por lo menos un hombre era llevado a la enfermería. En todos los cuarteles prusianos ocurría lo mismo, era menester endurecernos más que el acero de Krupp.

Tambaleantes, muertos de cansancio, con negras imágenes ante los ojos, los hombres de la compañía formaron tras la temida hora del deporte matutino.

—¡Maldita sea! —musitó el chulo berlinés a su colega de Frankfurt. ¡Vaya cabronada! Casi es como para añorar Fuhlsbüttel. ¡Y dicen que hay gentes a las que les gusta el ejercicio!

Después, distribuyeron uniformes sin insignias y el armamento. Ropas, botas y armas lanzadas en un revoltijo. Que la ropa siente bien o no, poco importa. Los más dignos de lástima son los que reciben dos pies izquierdos o dos derechos. ¡Que se las apañen! Pero al pasar lista, hay que llevar dos botas en los pies. ¡Marchen! El *Feldwebel* de los dormitorios había terminado casi con la distribución, cuando topó con un recluta que había sido Testigo de Jehová.

—Sé razonable, Kurt —le suplicaba un camarada, exladrón—. Te matarán si rechazas esos oropeles.

—Creo en Dios, y no puedo llevar uniforme.

—¡Les importa tres pitos! ¿Por qué te has alistado, si no querías ser soldado?

—Me obligaron a firmar. Querían llevarse a mi hermano, pero saldré del paso, me comprenderán.

El objetor de conciencia fue empujado hacia el suboficial y le echaron el paquete de pingajos, pero sólo recogió la blusa verde. El uniforme gris, el capote, la gorra, el casco, el cinto, las cartucheras, la carabina, la pala de infante, la máscara de gas y el resto, todo fue abandonado en el suelo, y el hombre, con su blusa bajo el brazo, se dirigió hacia la escalera. El sargento asomó su cara colorada por la ventanilla y contempló con estupor el montón de harapos. ¡Lo nunca visto! ¡Hace falta estar en el quinto año de guerra para encontrarse con algo parecido! ¡Pensar que ahora nos mandan locos del manicomio de Giessen! Inclino la cabeza para reflexionar, pero no por mucho rato, y fue a plantarse, con las piernas separadas, ante la puerta.

—Oye, tú, chinche de sacristía, no vayas a creer que esto es un templo. Recoge eso y lárgate antes de que te estelle las almorranas de una patada en el culo.

Justamente se acercaba el suboficial Matho. Era un especialista en el tiro de gracia comunista, antes del 33.

—¿Qué pasa? —preguntó, contemplando el montón de ropas.

—Pregúntaselo. Ese hijo de perra se imagina que está en el Ejército de Salvación, y que puede escoger lo que le plazca.

—¡Miren qué bien! Vamos ya, recoge eso, cagón.

Y dio un puntapié a una cantimplora que salió volando por la ventana.

—Sólo me quedaré con la blusa —replicó el Testigo de Jehová, dando un taconazo.

Matho se quedó boquiabierto. Los hombres contemplaban el espectáculo. Por fin, pasaba algo. Un Testigo de Jehová debe ser duro de pelar.

—Pero ¿qué significa esto? ¿Y por qué solamente la blusa? ¿El uniforme no le agrada al caballero? No quiere luchar por el Führer, pero bien que se come su pan y sus salchichas. Espabílate, porque si no, experimentarás todos los horrores de tu Biblia.

—Sargento, soy cristiano: está vedado llevar uniforme y tocar las armas homicidas. No matarás.

El sargento se quedó sin respiración. ¡Arma homicida, una carabina alemana modelo 98! Era increíble.

—¡Fijaos! ¡Una carabina alemana modelo 98! El emperador fue enterrado con una al lado y el caballero no la quiere. Bueno, vamos a verlo.

Al instante, el Testigo de Jehová fue precipitado contra el *Feldwebel* Vogt, quien lo agarró del pelo para mandarlo contra la puerta del almacén, donde fue recogido por Repke y lanzado como una pelota dentro del local.

Matho y Vogt le siguieron e hicieron salir a los demás sargentos. No había necesidad de testigos ante lo que iba a acontecer.

Un silencio horrorizado reinaba en el pasillo, pues sabíamos perfectamente lo que sucedería allí dentro, entre los uniformes que apestaban a naftalina y las largas hileras de armas.

—¿Conque tu Biblia te prohíbe vestir el uniforme del Führer? Escucha, hijo de puta, si en este momento un cerdo de Iván viniese a violar a la marrana de tu esposa, ¿mirarías sin decir nada y pedirías que repitiesen?

—Es una cosa muy distinta.

—Por supuesto defenderías tus testículos contra los Ivanos, pero el Führer y la patria te traen sin cuidado.

—Sargento, soy cristiano. No puedo tocar las armas, prefiero morir.

—¡Prefiere morir! —se burló el maestro armero regocijado—. Repke, lo estás oyendo. Pues vas a saber lo que es bueno.

Matho agarró un cinturón y puso la chapa ante las narices del objetor de conciencia:

—Ves lo que dice aquí: «Dios con nosotros». Nosotros, es el santo Ejército alemán y, sin embargo, no leemos tu Biblia judía.

Hizo voltear el cinto y la pesada chapa golpeó al hombre en la cara. Todos se turnaron; el terrible látigo no cesaba de golpear. Durante media hora, se oyó aullar al Testigo de Jehová. Por fin vimos cómo arrojaban por la ventana un cuerpo ensangrentado.

«Desacato y sabotaje», reزارá el parte. El suboficial de la prisión se burla de ello, no le importa. Él está aquí para hacerse cargo de los presos, el resto es asunto del coronel. Ante todo, no preocuparse. El oficial de servicio echó un vistazo al hombre desvanecido. «Sin novedad», escribió en su parte. Veinticuatro horas después, el Testigo de Jehová había muerto. Que uno se muera, no es ninguna novedad. Por lo que el capitán médico, llamado por la Brigada, certificó lo que todo el mundo se esperaba: «Muerto a consecuencia del alcohol». Pese a todo, durante veinte minutos, trataron de reanimar al desventurado y, luego, el cadáver desapareció a toda prisa. Nada de líos. El Testigo de Jehová quedó rápidamente olvidado. Su mujer no recibió nunca respuesta alguna a sus preguntas, aunque gastó bastantes zapatos yendo de oficina en oficina. Le sonreían con interés, pero nadie sabía nada. Su marido había desaparecido, sin dejar rastro, en las mazmorras del Ejército.

El servicio seguía su curso en Sennelager y el capitán pronunció el discurso de bienvenida a los reclutas.

—Estáis aquí por la clemencia del Führer que os da una oportunidad de remediar los errores de vuestro pasado. Nosotros debemos formaros para que seáis unos soldados útiles. Demostrad que deseáis luchar por la Gran Alemania, y podéis hacerlo de muchas maneras. Por ejemplo, voluntarios para los comandos especiales cuando lleguéis al frente. Es evidente que para lavar vuestras manchas os exigirán más que a los otros.

El chulo berlinés levantó un brazo:

—¿Qué pasa? —gritó el capitán, irritado.

—Pido autorización a mi capitán para hacer una pregunta —dijo el carne de horca con una sonrisa insolente.

Hacía rato que había comprendido lo escasísimas que eran las posibilidades de sobrevivir.

—Hágala.

—¿Qué pasa si un asqueroso de mi especie recibe un pepinazo en el seso? ¿Se recobra la dignidad para ingresar en el Ejército?

Nadie se carcajeó, ni siquiera el sargento primero Hofmann acusó el golpe. El capitán contempló meditabundo un instante el rostro descarado del chulo y, luego, se golpeó con la fusta las botas de montar.

—La muerte del héroe otorga automáticamente el honor militar, y el caído es amnistiado conforme al artículo 226 del Código Penal.

—Entonces —dijo el insolente—, la muerte del héroe es particularmente atractiva. Uno se va a la tumba como si fuera perfectamente decente.

Pero el sargento Hofmann ya había sacado su cuaderno negro y escribía rápidamente.

—A ti, muchachete, te pondrán las nalgas por encima de la cabeza —musitó *Hermanito*—. Dentro de quince días, tu esqueleto no tendrá mucho relleno.

—Te equivocas, camarada —se burló el chulo—. Mira mis papeles. He lucido ya tus galones de lana y volveré a tenerlos. También he lucido la Cruz de caballero. Falsa, naturalmente, pero vamos...

Los días siguientes fueron duros. Uno de los reclutas murió durante una marcha; otros tres perecieron en el ejercicio de esquivar un carro; les entró miedo, echaron a correr y fueron arrollados por las orugas. «Muertos en el ejercicio», escribieron en sus cuartillas. Y otro no consiguió escapar a tiempo cuando hacían estallar granadas en los refugios.

Algunos reclutas intentaron desertar, pero pronto fueron capturados y entregados al teniente coronel Schramm, el verdugo de Sennelager que

siempre estaba borracho. Trasegaba tres litros de kümmel diarios, sólo tenía una pierna y se valía de su sable como de un bastón.

El teniente coronel Schramm no hablaba. Cuando no estaba de servicio, permanecía en el comedor de oficiales y bebía kümmel. Habitaba, con su mujer y sus tres hijos, una casita en Senne, y estaba a punto de ascender a coronel cuando perdió una pierna frente a Lemberg, bajo un «T 34», pero la oficina de personal le olvidó. La primera ejecución que tuvo que mandar le produjo un trauma, la segunda casi le volvió loco. A la tercera, decidió desacatar la orden y lo discutió durante toda una noche con su mujer para llegar a la conclusión de que era imposible. Schramm era oficial en activo, la ejecución constituía una orden, ¿qué sería de su familia si se negaba y pasaba a formar parte de los soldados w. u.^[1]? Entonces, se emborrachó y se percató, con estupor, de que las cosas iban mucho mejor. Dado que se ordenaban ejecuciones al menos tres veces por semana, el teniente coronel estaba siempre borracho.

Solía ocurrir que los soldados del pelotón de ejecución se veían obligados a sostener a su jefe cuando se dirigían al paredón. Un día, dejó caer su sable en el momento de dar la voz de «¡Fuego!», pero afortunadamente el coronel no se enteró. El teniente coronel Schramm era muy apreciado y nadie dijo nada.

Cuando al amanecer, antes de que clarease de verdad, veíamos al teniente coronel cojear por el terreno, con casco y pistola al cinto, sabíamos que iba a tener lugar una ejecución. El primer trago de su cantimplora se lo echaba al coleteo delante de la caja de municiones, el segundo, delante de la trinchera anticarros, donde se sentaba un momento con la barbilla apoyada en la empuñadura de su sable. Allí permanecía invisible a los prismáticos del coronel. Junto al poste de gasolina, se tomaba el tercer lingotazo. El espacio libre frente a la prisión era salvado, rápidamente, con la rechinante pierna ortopédica. Se parecía a la muerte con su uniforme negro de húsares y sus medias botas lazadas: el sable tintineaba siniestramente, a cada paso su negra vaina relucía. Se tomaba otro sorbo al llegar a la cárcel, donde el sargento Gilbert le recibía con un gran vaso de cerveza que bebía febrilmente.

Poco después, reaparecía con el pelotón; si caminaba entre los hombres, sabíamos que estaba completamente borracho; si caminaba solo, al lado, su embriaguez era normal.

Tras la ejecución, jamás se acordaba del nombre de los condenados.

—¿Cómo ha muerto el general? —le preguntó una noche su ayudante, en la reunión del comedor de oficiales.

—¿Qué general? —exclamó Schramm, estupefacto.

—El que fusiló usted esta mañana —respondió el ayudante, echándose a reír—. El general mayor Von Steinklotz.

—¿Era general? No es posible...

Schramm vació un vaso de kümmel y salió tambaleándose. Dos suboficiales tuvieron que acompañarlo a su casa; se durmió con la cabeza reclinada sobre las rodillas de su mujer, quien le desnudó y le metió en la cama. Al día siguiente, tenía otra ejecución. En sus momentos de lucidez, tocaba el piano, frenéticamente, en el comedor de oficiales, y todos le escuchaban, subyugados. Por dos veces. Schramm intentó suicidarse. La primera vez se colgó en el desván de su casa, pero llegaron a tiempo. La segunda vez, tomó una droga y lo salvaron por los pelos. Su mujer sólo salía ya entrada la noche. Decían que era muy guapa, pero nunca la vimos sino de espaldas y desde lejos.

El coronel conde zu Gernstein también era oficial de Carros y había perdido ambas piernas en combate, pero únicamente su brusco andar delataba la prótesis que, por la noche, dejaba preparada al lado de su cama. Un cuello de acero sostenía su nuca. Sus labios, sin piel, no eran más que un sutil trazo malva, recuerdo de Smolensko, durante un combate contra tanques «T 34», en el que fue el único que pudo escapar, gravemente herido, de su carro en llamas. El coronel hablaba raramente, su ojo derecho permanecía inmóvil. El personal del Estado Mayor aseguraba que todas las noches jugaba al póquer con la Muerte y el Diablo; hay quien jura incluso haberle visto salir entre la Muerte, ataviada con larga capa de jinete, cuello de pieles y gorro negro, y Satanás vestido con un uniforme ss, de Obergruppenführer. Un sargento primero llegó incluso a afirmar que sus terribles compañeros llevaban, en torno al cuello, la cruz de los Hohenzollern. Que ocurría algo extraño era seguro, pues toda la noche la luz permanecía encendida en la habitación del coronel, y ante la entrada privada, que nadie tenía derecho a utilizar, aguardaban siempre dos «Mercedes» negros. Llegaban poco antes de medianoche y se iban al despuntar el día.

Su vivienda era suntuosa. Un día, *Porta* y yo, que nos aventuramos en ella, nos quedamos boquiabiertos. Cuadros de grandes maestros, cortinajes de seda, vajilla de oro, muelles alfombras. Ahora bien, cierta noche, aconteció lo siguiente: estábamos de guardia Gregor, *Hermanito* y yo junto a los garajes y contemplábamos las ventanas, débilmente iluminadas, de la residencia del coronel comandante del campo, cuando, de pronto, Gregor soltó su cantimplora y señaló hacia la ventana con dedo tembloroso. Una sombra se

perfilaba. Satanás, era seguro... Se le veían los cuernos. *Hermanito*, aterrorizado, corrió al puesto de guardia y pidió ser relevado para pasar a la enfermería.

—He visto una cosa horrible —dijo, lívido, al sargento de guardia.

La guardia salió, casco en la cabeza, y corrió hacia los garajes, en tanto que el gigante, tembloroso, permanecía junto al teléfono, con su fusil ametrallador al alcance de la mano.

El suboficial de guardia, sargento Linge, no las tenía todas consigo.

—¿Qué habéis visto, hatajo de idiotas?

—A Satanás con uniforme de Obergruppenführer.

—¡Pedazos de imbéciles! Todos los ss son unos demonios.

—Ya lo sabemos, pero aquél era el Diablo en persona, con cuernos y un vaso humeante en la mano.

Los soldados, armados hasta los dientes, se ocultaron tras el muro de los garajes y Linge se enjugó la frente.

—¿Decís que tenía cuernos y bebía azufre?

Gregor y yo sostuvimos que debía de ser azufre ardiente, pues ninguna otra bebida podía ser bastante fuerte para el Diablo. Todo el mundo contemplaba la ventana. La sombra volvió a aparecer... El suboficial Linge se evaporó y mis piernas comenzaron a flaquear.

—Me largo —murmuró Gregor, despavorido—. No estoy de guardia, no soy más que sargento-inspector, pero si quieres un buen consejo, no has visto nada.

Y se largó como un relámpago. Me quedé solo. Presa de pánico, crucé a galope el terreno de ejercicios perdiendo dos veces mi casco de acero. ¡Qué mala pata! Como mi nombre figuraba dentro, no había otro remedio que buscarlo a tientas. Por fin, llegué al puesto, tiré mi carabina en la armería y rehusé volver a salir aquella noche.

El comandante de guardia, suboficial Luge, temblaba hasta tal punto que no se fijó en mi desobediencia a las órdenes.

—*Teufel!* Entonces, era verdad. —Brotó de pronto como un resorte—. Fijaos bien, cagones, no quiero saber nada de Satanás con o sin cuernos. No he visto nada, no he salido de la sala de guardia. ¿Entendido, sinvergüenzas?

—Has visto lo mismo que nosotros —le repliqué.

—Te digo que no he visto nada y que no me he acercado a los garajes. ¿Has comprendido, doble basura?

Presa de un frenesí de actividad, hace cambiar de sitio el armero y, en su nerviosismo, atiza un magistral puntapié a su casco que sale volando por la

ventana, causando un estrépito inaudito de cristales rotos.

Por desgracia, el teniente Lang, que estaba de servicio, pasaba por allí y recibió el casco en plena jeta. ¡Menudo alarido! Se precipitó en la sala de guardia y agarró a *Hermanito* que era el único que conservaba su sangre fría.

—¡Atención! —gritó sustituyendo al jefe de la guardia.

—¿Quién me ha tirado este casco de acero, guarros? Agresión al oficial de servicio, eso se paga con doce balas en el pellejo.

—Se me ha escapado —gimió el descolorido comandante de la guardia—. Este maldito casco se me ha escurrido de los dedos.

—¡Embustero! Lo has tirado adrede, lo he visto. Por lo demás, siempre te he tenido por un hipócrita. Pero ¿qué ocurre? —dijo de pronto al ver todo el cuerpo de guardia reunido.

Un silencio de muerte le respondió. El teniente Lang nos miró a todos con ojos de víbora y, rápidamente, dio con el eslabón más débil, el cabo Nass, universalmente conocido por meter la pata sin cesar.

—¡Vamos, habla, hijo de perra!

—En el parte... —tartamudeó tan asustado que no pudo continuar.

—Diez flexiones de pierna, carabina en vilo. Eso refresca la memoria.

—¡Han visto al Diablo! —acabó por articular Nass.

—¿Os habéis vuelto locos todos? Quiero un parte militar. ¿Dónde, cómo y cuándo?

—A la orden: la guardia de noche junto al garaje ha visto al Diablo a la una y cinco minutos. Tenía cuernos y bebía azufre en la habitación del coronel. Había luz.

El oficial que también estaba enterado de los chismorreos, pasó del bermellón al gris ceniza. Se dejó caer sobre una esquina de la mesa, persuadido de que veía doble, gracias al cretino de Nass. En el curso de una guardia, todo lo que no es normal debe ser señalado, pero al coronel no le agradaban nada las complicaciones. Aquel asunto pondría al firmante del parte en una situación extremadamente delicada. En tanto que superior, era a Lang a quien correspondía firmarlo, pero el comandante de la guardia confesaría, con seguridad, que lo había escrito por orden del teniente. No era difícil, por tanto, adivinar quién estaría al mando de la próxima compañía enviada al frente.

Todas las miradas estaban vueltas hacia él. Por un instante contempló el rostro atontado del comandante de la guardia.

—¿Quién ha visto a ese ser mítico? —preguntó, rápidamente.

—El cabo Creutzfeldt y el abanderado Hassel —susurró el suboficial Linge.

Ese casco de acero le costará caro, lo sabe. Si el teniente da parte, mañana estará en prisión. Lang saltó ágilmente de la mesa y, de tres zancadas, se detuvo ante *Hermanito*.

—Creutzfeldt, ¿bebió usted anoche?

—Claro que sí, mi teniente. Cuatro cervezas y un decilitro de kümmel.

—¿Estaba borracho?

—No más que de costumbre, mi teniente.

—¿Lo cual quiere decir que si el cabo Nass hubiera bebido otro tanto, habría estado borracho como una cuba?

—Habría muerto, mi teniente. No puede beber más que un ratón que ha olisqueado un plato de queso caliente.

—¡Perfecto! —relinchó el teniente que empezaba a vislumbrar una puerta de salida—. ¿Y usted, Hassel, había bebido también antes de entrar de guardia?

—Sí, mi teniente, una hora antes —respondí por no contristarle.

—Perfecto, perfecto. Toda esa porquería que habéis trasegado se os ha subido a la cabeza y, simplemente, habéis tenido visiones. Todo el mundo sabe que el coronel trabaja de noche. Debía de llevar puesto su casco de ulano y lo habéis tomado por cuernos, ¿no es verdad?

—Sí, mi teniente —respondió el coro.

—¿Es Löwe el jefe de vuestra Compañía? Buenísima escuela. Pero la próxima vez no bebáis tanto la noche en que estéis de guardia. ¿Os dais cuenta de lo que hubiera pasado si llego a dar parte de esas imbecilidades? ¡Lo que nos hubiera costado a todos! Y no volváis a fisgar por las ventanas del coronel. No es asunto vuestro, ni sus invitados tienen por qué ser controlados. En cuanto a usted, suboficial, la próxima vez que tire un casco sobre la persona de un oficial, no se salvará tan fácilmente, se lo digo yo. ¿También ha bebido usted o, sencillamente, es cornudo?

—Sí, mi teniente. Mi mujer, la muy puta se ha largado con un tipo adinerado, de Infantería.

—Está bien, pero la próxima vez que le hagan cornudo, cacho de cretino, envíe su casco por el lado de sus subordinados, pues no creo que tenga usted ganas de trabar conocimiento con el frente ruso. ¿Entendido?

Desgraciadamente, fue imposible sujetar las lenguas y, en sólo tres horas, todo el mundo, hasta el perro del regimiento, sabía que la guardia de servicio junto al parque móvil había visto los cuernos de Satanás en la ventana del

coronel. Tres días después, se observaron huellas de pies hundidos en el terreno de ejercicio. Todos los hombres del campamento corrieron a verlas. El rancho de la 3.ª Compañía, suboficial Hansel, sugirió que tal vez habría un ciervo en el cercano bosque. Al día siguiente, Hansel ya no era rancho, sino que formaba parte del grupo de lanzagranadas de la 1.ª Compañía. Debía de haberse vuelto loco. Ningún ciervo alemán se habría atrevido a aventurarse en el terreno de ejercicio de Sennelager. Por nuestra parte, no cabía la menor duda: las huellas provenían de las visitas nocturnas del coronel. El furriel de la 2.ª Compañía, con los ojos desorbitados, contó que el anterior brigada del regimiento había perdido la razón, cuando una mañana, poco después de las cuatro, se había cruzado en la puerta principal del campamento con el coronel y sus horribles invitados. Hallaron al brigada sin conocimiento, con cuatro costillas rotas y huellas de mordeduras en todo el cuerpo. Fue enviado al hospital psiquiátrico del Ejército, en Giessen, donde se paseó durante mucho tiempo con una escoba al hombro, declarando que era la Muerte con su guadaña. El desdichado acabó ahorcándose en los retretes de los oficiales.

Pero el caso tomó un cariz de demencia colectiva el día en que el ordenanza del regimiento, cabo primero Glent, entró una buena mañana en la vivienda del coronel creyendo que éste no estaba. Pero el coronel se encontraba allí. Jugaba a cartas con dos desconocidos que se envolvieron precipitadamente en sus capas y se echaron los sombreros sobre los ojos. Glent logró, pese a ello, vislumbrar el rostro de uno de ellos y juraba que en lugar de ojos sólo tenía órbitas huecas. El hombre no tenía labios, se le veían los dientes y la estancia apeataba a azufre, así como a carne chamuscada.

Al otro día, el cabo primero Glent ya no era ordenanza; nadie sospechaba que había entrevisto a la Muerte. Solicitó irse de Sennelager, pero su petición fue rechazada. Lo mandaron al Estado Mayor de municionamiento donde tuvo que trabajar duramente y ya no le quedó tiempo para pensar.

La mera idea de un encuentro con el coronel aterrorizaba a todo el mundo; cuando se oía el chirrido de las prótesis, los hombres se evaporaban. Desgraciadamente, a pesar de todo, un día topó con el sargento primero Hofmann; nadie supo jamás lo que había pasado, pero, durante ocho días, Hofmann estuvo en el hospital con fuertes calenturas. Reapareció hecho un guiñapo y necesitó varios días para volver a ser el mismo y amenazar a todo el mundo con el consejo de guerra.

¡Cuántas vidas extrañas fueron a recalar en Sennelager, pertenecientes a todas las esferas, desde generales del Ejército hasta proxenetas! Estaban también los holgazanes, los petimetres, cuyas largas chaquetas y corbatas

vistas, sacaban de quicio a los ss; y, además, los criminales que oían la radio extranjera, los fanáticos religiosos y los antirracistas. El oficial que había sido general en jefe, en Dinamarca, general de Infantería Von Hanneken, fue enviado, como cargador, a la 2.ª Compañía. Decíase que en Copenhague se pasaba un poco de rosca en lo tocante a sus compras personales, delito que llegó a oídos de las autoridades superiores. Una mañana temprano, recibió la visita de tres abrigos de cuero negro con sombreros de fieltro sobre los ojos. Lo llevaron a toda velocidad en un «Horsche» gris, de Silkeborg a la prisión Vestre de Copenhague. Era el coche reservado a los arrestos de los generales. Los suboficiales y la morralla se contentaban con un asmático «N. K. W.». Como se ve, todo se hacía en el mayor orden. Un general de división, que había conseguido ser uno de los principales traficantes del mercado negro en Francia, se convirtió en el portador de la ametralladora de Hanneken, pero *Porta*, quien sospechaba que había escondido parte de su botín, le cuidaba como una madre.

—Bueno, ¿ha desembuchado, sí o no? —preguntaba cada noche *Hermanito* con mal disimulada codicia.

Como *Porta* no conseguía nada, tuvo que conchabarse con Wolf, uno de los hombres del parque móvil que podía entrar libremente en el servicio cartográfico del regimiento. Ambos llevaron al general a hacer un ejercicio especial. De lo que pasó nunca supe nada, pero, al día siguiente, *Porta*, ya no se interesaba en absoluto por el general; Wolf y él se corrieron una juerga por todo lo alto en la cantina de suboficiales y acabaron en el burdel de lujo denominado «El suave muslo».

No obstante, aquél cuya presencia nos agradó más en Sennelager fue el inspector de la Gestapo Lutz, el cerdo más inmundo de la Policía secreta. Todas las noches, después del servicio, *Hermanito* se instalaba sobre la techumbre del garaje y obligaba a hacer ejercicios al hombre que le había costado la degradación y tres meses de campo penitenciario en Besançon.

—¡Reservista, camina, camina! —chillaba desde lo alto del tejado—. ¡Mueve el culo! ¡Cuerpo a tierra, a rastras!

Los ejercicios siempre eran efectuados junto a la zanja de los blindados, honda y llena de agua cenagosa. Lutz sumergía, una y otra vez, casco de acero y carabina, y apuntaba su fusil ametrallador hacia el cielo; salía de allí transformado en estatua de barro.

—¡Ataque con gases!

Lutz trepaba al árbol más cercano, pues los gases son pesados y se extienden por el suelo. En lo alto del árbol, se ponía la careta y luego, a saltos,

volvía con la careta, pero no antes de haberse visto obligado a cantar:

La vida del soldado es tan hermosa...

Noche tras noche, un Lutz casi moribundo regresaba al dormitorio, sin que nadie pudiera hacer el menor reproche a su verdugo. Lutz está en el grupo de *Hermanito*, quien puede enviarlo a una compañía penitenciaria y a una muerte segura. Sin embargo, como es humano y cumple con su deber, se conforma, verdad es, con inculcarle todo cuanto debe saber un buen soldado y que el servicio ordinario no enseña. Por dos Veces, el llamado Lutz intentó suicidarse, y la segunda tentativa le valió cuatro días de calabozo.

Cuando la instrucción de Sennelager tocó a su fin, distribuyeron las cartillas militares y las placas de identificación a los hombres. La carne de cañón estaba lista para el frente del Este. Las novatadas cesaron. Ahora todo se volvía tan serio como los ejercicios: cada tres días, fuego real. Costó bastantes heridos y muertos, pues si no se conocen las reglas del juego es seguro que se deja el pellejo en él.

«Un pueblo cuyas familias tienen una media de cuatro hijos por familia puede permitirse una guerra cada veinte años. Dos hijos caen en el campo del honor y los otros dos perpetúan la raza».

Himmler. Discurso a los oficiales de la Escuela política de Braunschwig, 9 de enero de 1937.

—¿Es usted, Obergruppenführer?

El llamado Dirlewanger telefona, con el acento característico de Suabia, y por hilo directo, al Obergruppenführer Berger, en Berlín.

—¿Qué ocurre con usted, Dirlewanger? —gruñó Berger—. *En las altas esferas no le quieren demasiado, prefiero que lo sepa. Incluso se han quejado al Führer. ¿Qué puede usted decirme?*

—*Desde hace algunos días, hemos librado duros combates, Obergruppenführer, con buenos resultados naturalmente, pero no se hacen tortillas sin romper huevos, y esta vez ha habido bastante estropicio. ¿No podría usted mandarme gente?*

—*Bien sabe que los ss pueden lograr bastantes cosas, pero ya no puedo ofrecerle soldados selectos. Las prisiones y los reformatorios han*

proporcionado ya bastante gente utilizable. En último extremo, cabe sacar a los asesinos de los campos de concentración, pero ¿qué tipo le interesa?

—¡Bah! ¿Por qué no los asesinos? —respondió Dirlewanger—. Y también los chulos y los ladrones; todos van bien, pero bajo ningún pretexto los homosexuales. No quiero mezclar a esa chusma con mi gente.

—Bien, dentro de poco tendrá usted su personal.

Al día siguiente, los esbirros de Berger registraron a fondo los campos de concentración. En materia de voluntarios, es una patada en el culo o un buen porrazo en las narices lo que recibe el soldado antes de ser expedido al cuartel de Oranienburgo, donde lo visten.

Fue idea de Berger sacar de la prisión al llamado Dirlewanger, exteniente coronel del Imperio, encarcelado por atentados a la moral. De todos modos, se había rehabilitado. Amnistiado, Dirlewanger fue enviado como Untersturmführer con el ss Standartenführer Theodore Eicke y sus demonios de la calavera. Había sido el verdugo de varios campos de concentración.

LOS DESERTORES

El batallón fue conducido a algunos kilómetros de Matoryta, región pantanosa y hedionda donde legiones de mosquitos se arrojaban literalmente sobre nosotros. *Porta* los aplastaba a puñados, blasfemando, sobre su espalda. *Hermanito* había requisado al reservista Lutz para que le llevase su cureña, a fin de no dejarlo a sol ni a sombra.

El efectivo del regimiento estaba completo y bien armado, pero sólo la 1.ª Compañía fue dotada con carros; las otras once Compañías eran de infantería y chapoteaban en las marismas.

Un nuevo comandante de división llegó del Alto Estado Mayor con monóculo, botas relucientes, y Wolf, furioso, tuvo que facilitar dos camiones para el transporte de los objetos personales del general.

—¡Hasta tiene un piano de cola que se pone a tocar cuando Iván le da mucho que hacer!

—Entonces, tocará hasta que se firme la paz —se burló *Porta*.

Llegó la inspección de la tarde. En medio de una nube de polvo, el general entró en la aldea, se apeó de su «Kubel» y recibió con condescendencia al coronel Hinka, nuestro comandante de regimiento.

—General Walter barón zu Waltheim —dijo, presentándose a Hinka.

Tras un desfile, al paso de la oca, por un camino inundado que nos transformó en bloques de barro, soltó un discursito, nos nombró nuevos Cruzados y se palpó su Cruz de caballero.

—¡Estoy orgulloso de debérsela a mis bravos soldados!

—Eso es nuevo —murmuró *Porta*—. Generalmente, somos la caca del Ejército. Hoy, unos héroes. ¡Hay que ver lo que enseña la guerra!

—Otro esfuerzo más y los demonios soviéticos serán destruidos. El enemigo se imagina que nos ha derrotado porque efectuamos repliegues estratégicos. ¡Esperad a que nos conozca mejor! Será cosa hecha antes de Navidad. —Y golpeó el suelo con su bastón de puño de oro, legendario en el Ejército—. Suplemento de suministro para todos —ordenó sonriendo con sus delgados labios—. Me gusta su regimiento, coronel Hinka. Es hermoso ver

soldados de carros, apeados de sus colosos de acero para luchar en la infantería. ¡Dios os guarde, soldados!

—En cualquier caso, una cosa es segura —murmuró Hinka a Löwe—, el general no verá mucho las primeras líneas. ¡Al próximo ataque, desaparecerá con su impedimenta!

Por la noche, la moral de los suboficiales de Sennelager se elevó. Habían recibido la mayor parte del suplemento de racionamiento, y sobre todo toneladas de cerveza, lo cual mejoraba el talante, cosa muy necesaria cuando se está en medio de pestilentes pantanos. El sargento primero Hofmann hacía ejercicios con dos chicas telefonistas que había hecho trepar sobre una mesa, de manera que todo el mundo tuviera vista libre bajo sus faldas. Las dos chicas se habían equivocado de camino al salir de Brest-Litovsk ante la llegada de los rusos y, tras bastantes tribulaciones, vinieron a parar entre nosotros. Aunque perteneciesen al Ejército del Aire, el sargento Hofmann se las había adjudicado, sin decir ni pío al jefe de la Compañía, ni a Wolf, jefe del parque móvil.

Concluidas las bromas obscenas y todo el mundo más o menos borracho perdido, la conversación giró sobre el comunismo a causa de un joven recluta cuyas ideas le habían llevado a cascar por cinco años.

—Hombre —declaró el *Oberwachtmeister* Danz—, ¿y si hiciésemos venir a ese cacho de estúpido de estudiante? Nos hablaría del comunismo y por fin comprenderíamos ese nuevo viento del Este.

Dos hombres fueron en busca del recluta Lenzing, al que empujaron brutalmente dentro del recinto lleno de humo. Parecía un chico de dieciséis años enfundado en un uniforme demasiado grande, pero iba a cumplir veintiuno el mes siguiente. Verde de miedo, contemplaba los rostros congestionados por la bebida. ¿Qué cabía esperar de aquellos brutos? Nada de bueno, con seguridad, él sabía ya que, en esta vida, los buenos momentos son raros. El sargento Danz se le acercó tambaleándose, con los brazos abiertos, como un camarada.

—Hola, mico comunista, eres muy popular entre nosotros, camarada del partido. Solicitan un curso sobre comunismo para que las cabezas cuadradas nazis puedan comprender, por fin. Así que súbete a la mesa, aborto, pues no pienso que tengas ganas de que te retuerzan el estómago.

Subieron en vilo al chiquillo, lívido, sobre una mesa rodeada de rostros risueños. Si se niega a hablar, está aviado, y si dice lo que esperan de él, será denunciado e irá al paredón. Así es que todo se le antoja indiferente.

Desembucha rápidamente sus *slogans* de una manera entrecortada, sin sentir siquiera las lágrimas que le resbalan por las mejillas.

—El comunismo es la lucha del proletariado contra el capitalismo internacional. El baluarte contra el imperialismo y la opresión de la clase obrera...

Durante diez minutos escucharon las habituales parrafadas, y luego lo arrancaron de la mesa. Danz le dio unas palmadas en el hombro y lo mostró en torno, como un animal raro.

—Eres mi amigo, joven cretino comunista. Reconozco que hace falta valor para predicar la propaganda roja ante suboficiales del Führer.

—¿Es valiente de verdad? —preguntó pérfidamente el sargento primero Kleiner que tenía ojitos de cerdo—. Creo, más bien, que ese presumido es uno de esos comunistas de salón que se curan con dos patadas prusianas en el culo y con otra en el coco. Lo que es ése, es un lacayo de los judíos.

—Lenzing, perro rojo, ¿acaso eres valiente? —gritó Danz dándole un manotazo que le derribó al suelo.

—¿Y si lo pusiéramos a prueba? —sugirió el ranchero, suboficial Thiel—. Veremos si les tiene miedo a los tiros.

En medio de un desordenado griterío, adosaron a Lenzing a la pared con un bote de conservas sobre la cabeza, y el sargento primero Kleiner se acercó al pálido soldado, empuñando un «08».

—Procura estar tieso, estudiante rosa pálido, pues voy a hacer caer ese bote de tu cráneo. Quizá dispare al lado, aunque no suele ocurrirme. Una vez de cada diez. Pero si te rompo el cráneo, no lo notarás, ya que estarás muerto. Podrás continuar tu sermón comunista en el Paraíso. Por el momento, te ordeno que te quedes tieso como una verga congelada.

—Vamos, Kleiner —dijo Hofmann, que se estaba poniendo nervioso—, dejémosle en paz. Si le levantas la tapa de los sesos, armarás un follón del diablo, aunque ese perro no merezca la pena.

—Entonces —se burló Kleiner—, ¡no habré hecho más que liquidar un poco antes a un demonio de comunista y me gustaría ver el Consejo de guerra que me lo echase en cara! He querido ingresar en la ss, me rechazaron, pero estoy bien visto. ¡Quién lo dude, que lo diga, si es un hombre!

Blandió la pistola por encima de su cabeza, sonó un disparo y la bala salió por la ventana. Todos los presentes se metieron debajo de las mesas y, luego, para darse ánimos, exigió otra ronda. Kleiner alzó la pistola y apuntó de nuevo a Lenzing.

—Vas a matarlo —dijo Hofmann muy pálido—. Échale a la calle y deja de hacer tonterías. ¡Menudo lío nos estás buscando!

—¡Cagones! —farfulló Kleiner apuntando—. ¿Qué os apostáis a que le hago saltar el bote de sobre el cráneo?

—Tres botellas de vodka —dijo una voz.

—Dentro de cinco minutos habrá un muerto aquí. Te prohíbo disparar.

—Vete a mear en la leche de tu tía —se burló Kleiner, amenazador—. No tienes que prohibirme nada. No eres más que sargento primero de los de a pie y yo estoy en Municiones. No sabes siquiera qué diferencia hay entre una pala de Infantería modelo «1901» y un fusil ametrallador «42». Así que escupo sobre tu jeta de soldado negro.

Se apoyó, tambaleándose, en la pared y se echó al coleteo un trago de aguardiente.

—Estate quieto, compañero, para que me cargue reglamentariamente ese bote que tienes en la cabeza. Y cierra los ojos si la artillería te da canguelo.

Sonó un tiro. La bala hizo un agujero en la pared, muy cerca de la cabeza de Lenzing.

—¡Leñe! —exclamó Kleiner volviendo a apuntar.

Y esa vez el bote voló hecho añicos.

—¿Qué porquería es ésta? —clamó desde la puerta una acerada voz.

Kleiner se volvió, aturdido. Ante él estaba el teniente Löwe, con la gorra sobre los ojos y los pulgares metidos en el cinto. De golpe, se les pasó la borrachera a todos.

—Váyase —ordenó Löwe a Lenzing—. Le veré luego. Esa historia llegará hasta el regimiento —añadió con un tono que producía escalofríos—. Estoy harto de ese género de bromas. —Se volvió hacia Kleiner—. Por lo que veo, el tiro es su especialidad, sargento primero. Perfecto. Va usted a poder ejercitarse. Le destituyo de su puesto en Municiones y queda trasladado a la sección de cazadores de carros.

El rostro de Kleiner pareció helarse:

—Bien, mi teniente.

—Los w.u. ya la pasan bastante negras sin vuestras criminales invenciones. Debería mandaros a todos ante un Consejo de guerra y luego a Torgau, pero pienso que los rusos os enseñarán formalidad. No sé si sabréis que vamos por el quinto año de guerra y estamos al borde de una catástrofe.

Sin una mirada, giró los talones y salió cerrando violentamente la apolillada puerta del tabuco.

—*Teufel!* —murmuró Danz, aterrado—. En el fondo, la cosa podía haberse puesto más fea. ¡Ya oía sonar las llaves de Gustav de Hierro en Torgau! Larguémonos antes de que comparezca el coronel.

Kleiner cayó sobre una silla, borracho aún, y pistola en mano.

—Puedes volverlo contra ti mismo —le dijo amablemente Hofmann.

—¡Sección de cazadores de carros! Hofmann, no abandones a un viejo camarada. Me moriré si tengo que ir con esos imbéciles de las trincheras. No tengo nada que ver con vuestra idiota guerra; soy jefe de un depósito de municiones y movilizado como obrero especializado de Bamberg.

—¡Sargento primero Kleiner! —aulló Hofmann—, has abusado de mi confianza, ya no te conozco, pero si mañana no estás, como ordenanza, en la sección de carros a las seis en punto, enrollaré en torno a mi cuello tu verga de obrero especializado.

A la mañana siguiente, ocupábamos las posiciones al lado del 587.º regimiento de Infantería, relevando a un regimiento 500, un verdadero regimiento penitenciario, sin criminales, compuesto principalmente de oficiales degradados. Los w.u. de ambos regimientos se tenían ojeriza. La insignia roja que cada soldado w.u. lleva en la espalda, cualquiera sea el número del regimiento, no engaña. Así se distinguen los w.u. de los que formamos parte de los regimientos de remplazo.

En el frente reinaba una inquietante tranquilidad, el *no man's land* desierto y la primera línea rusa se extendían al otro lado de los pantanos. Estábamos a jueves, día de distribución de vodka entre los Ivanos. Litro y medio por cabeza, la ración de la semana bebida en una hora de tiempo; por lo que cabía esperar una noche agitada.

Allí, en los pantanos, los mosquitos aún eran peores que en la aldea y nos habrían devorado *in situ*. Peores que los piojos. Habían distribuido mosquiteros para la cara, pero aquellos malos bichos se metían dentro de las caretas. *Porta* se había embadurnado con grasa hallada en una locomotora hecha polvo, cuyo olor hediondo alejaba a los insectos. Los w.u. estaban en sus puestos, en las trincheras, pero saltaba a la vista que lo hacían a desgana. Hace mucho tiempo que se han dado cuenta de que la amnistía y la rehabilitación prometidas no son sino filfa. Los han traído aquí sencillamente porque la carne de cañón escasea en forma catastrófica. Los soldados w.u. son carne de cañón en el verdadero sentido de la frase y, en todas partes, sólo encuentran indiferencia y menosprecio. Si quieren unirse a un grupo de verdaderos soldados, son tratados como si tuvieran la peste. Nadie quiere tener relación con ellos, ni siquiera el nuevo gato de *Porta*.

Poco después de las ocho de la tarde, empieza el meneo. Hacía rato que se les oía chillar. De pronto, las granadas de mortero estallan ante nuestras narices y luego el tiro se vuelve singularmente preciso. Dos w.u. caen muertos antes de que *Hermanito*, siempre lleno de energía, haya tenido tiempo de replicar con su ametralladora. Luego, llueven las granadas luminosas que siembran el pánico entre los w.u., cuando el fósforo hace explosión en medio de ellos. Y así sigue hasta avanzada la noche.

En la tarde siguiente, el tiro se reanuda aún más preciso. Esta vez, son los tiradores de élite, siberianos magníficamente camuflados entre los árboles, y sólo con mucha experiencia se les puede localizar. Asomáis la nariz una centésima de segundo y os da la bala entre ceja y ceja. Soldados odiosos, verdaderos soldados asesinos que ni siquiera los rusos pueden tragar. Llevan cuidadosamente al día la lista de sus víctimas, sencillamente para ser condecorados; por lo demás, entre nosotros también tenemos el mismo género de tíos, casi todos tirolese. Matan por el gusto de matar.

De repente, vemos que *el Legionario* apunta, tira, y de la rama de una alta encina cae una silueta.

—¡Bravo, soldado de los arenales!

Un segundo después, es *Porta* quien dispara y un siberiano se viene abajo con los brazos en cruz. Tiros sobre matorrales. Un rayo de sol ha delatado a una silueta disimulada que se pone en pie y cae hacia atrás exhalando un grito de agonía.

—Allí... en el cañaveral —musita Gregor a *Porta*, quien saca sus prismáticos—. Está cubierto de hojas. ¿No ves cómo brilla su fusil junto al hormiguero?

—Es mío —dice *Porta*, muy excitado.

Y se desplaza ligeramente, justo en el momento en que una bala explosiva se estrella sobre el sitio preciso donde se encontraba en el minuto precedente.

—Lo sabía —se burla *Porta*—, lo sentía en mi dedo gordo del pie, helado en Jarkov. ¡Aguarda un poco, amigo!

Rápido como el rayo, *Porta* se levanta y dispara dos tiros. Un cráneo estalla literalmente, el hombre se derrumba sigilosamente sobre el fango insondable. Nadie sabrá nunca qué ha sido de él. ¿Quién era? ¿Un komsomol fanático, un suboficial de remplazo condecorado, un comisario con estrella de oro sobre el pecho? Quizás un padre de familia lleno de quebraderos de cabeza. Suelen ser los mejores tiradores. En cualquier caso, un ser humano asesinado en una guerra de locos.

Porta se ha ganado dos litros de vodka y un litro de cerveza en media hora. No está mal, ni siquiera para un divisionario: no hay nada más difícil que hacer diana sobre un tirador de élite siberiano. Un obús bien colocado aniquila a la primera sección de la 7.ª Compañía. Todo lo que queda de ella es una manga vacía y, por mucho que hurguemos en la tierra, sólo hallamos huesos chafados y armas retorcidas. Los w. u. adoptan una actitud tal, que nos dan orden de disparar al menor ademán de retroceso.

El pastor de Bielefeldt se agazapa en un hoyo junto al cartero de Leipzig, el que robaba los paquetes postales. Esa clase de delito se castiga con la pena de muerte, pero el cartero estaba bien relacionado; salió del paso con diez años, para pasar luego a los 999, esperando recuperar muy pronto su estafeta de Correos. Por lo menos, eso le habían prometido.

—Pastor —murmuró el cartero—, ¿y si nos pasásemos al otro lado? Los cerdos de aquí sólo esperan una ocasión para apiolarnos.

El pastor contempló pensativamente las posiciones rusas que parecían desiertas.

—Entonces, ¿hecho? Nos vamos con Iván, que no puede ser peor que los nazis. Dicen que allá vuelven a abrir las iglesias, así es que no temas nada.

En aquel mismo instante, el tiroteo cesó para dar paso a un silencio de muerte. Sólo se oía el chisporroteo de las llamas que abrasaban una aldea y, a lo lejos, el mugido de las vacas enloquecidas. Un herido llamaba a su madre en el *no man's land*. Es curioso cómo los heridos graves siempre llaman a una mujer.

De golpe, en el silencio del frente resonó una vieja canción alemana: *Alte Kameraden*. Escuchábamos estupefactos... teníamos la carne de gallina. De repente, la música cesó y una voz estentórea salió de los altavoces camuflados:

«El Ejército Rojo saluda al Batallón 999, y muy especialmente a los w. u. políticos. No olvidéis sabotear las máquinas de guerra del monstruo Hitler, liquidar a aquellos de sus subordinados que se hallan entre vosotros. El Ejército Rojo os recompensará. Esta mañana os han dicho que faltaba el suministro desde hace dos días porque los partisanos habían cortado las comunicaciones en la retaguardia. ¡Mentira nazi! Las comunicaciones son perfectas, lo sabemos por los nuestros que están detrás de vuestras líneas. Todos nuestros guerrilleros han recibido la orden de estarse quietos, así es que el suministro os ha llegado, incluso con raciones dobles. Preguntad al sargento de Estado Mayor Paul Bode, de la 8.ª Compañía, dónde ha escondido los 200 cartones de cigarrillos y las 23 botellas de vodka. Si rehúsa

hablar, buscad detrás del camión con orugas w.h.6, 651, 577. Los objetos robados están en el espacio vacío debajo del depósito de gasolina. Wanda Stutnitz, la puta polaca, os enseñará el sitio y podréis liquidarla luego. Ha sido condenada a muerte por el comité de la Resistencia polaca de Lublin. Mañana por la noche, vuestro general de división Freiherr von Wiltheim da una fiesta en Matoryta, calle Laskovska. Es el intendente Lumbe quien entrega el suministro: raciones robadas al IV Ejército de Carros».

La música militar resonó de nuevo, esa vez era una marcha francesa muy alegre y excitante. Luego, la voz gutural prosiguió:

«Camaradas del 999, tirad las armas, venid al ejército libre del pueblo socialista, asociaos a los obreros y campesinos del Ejército Rojo. El mariscal Rokosovski, general en jefe del frente ruso, os ofrece un lugar en nuestras filas, en pie de igualdad con nuestros soldados. Vuestros oficiales nazis nos llaman subhombres y bestias de los pantanos, pero ¿quién ha volado de victoria en victoria desde Stalingrado y Moscú? Os han prometido vuestra rehabilitación, no os lo creáis. En vuestra documentación, guardada bajo llave en las oficinas, veríais sellos en rojo; esto significa que nunca volveréis a vuestras casas con vida. Pero con nosotros iniciaréis una vida nueva contra los criminales nazis. Venid ahora que todavía estáis a tiempo. No nos detendremos hasta Berlín, y entonces será demasiado tarde. Os prometemos por el honor de nuestro Ejército que seréis tratados decorosamente, con comida y mujeres guapas. Esta misma noche, os esperamos entre las 19 y las 21 horas, bajo el tiro de la cortina de protección. ¡No temáis a vuestros verdugos nazis, liquidadlos y venid!».

Nueva música militar.

—¿Has oído, pastor? ¿Te vienes?

—No, Ewaled, me quedo. Pertenezco al extraviado y engañado pueblo alemán. Es una prueba que Dios me envía.

—¡Estás loco! Te matarán, seguro. Y aún, matar no sería nada, ¿has olvidado al Testigo de Jehová, en Sennelager? Ni siquiera hubo indagación.

—Cristo murió en la cruz, es lo que me espera también. Por lo demás, no te hagas ilusiones sobre las promesas de los rojos. También tienen sus prisioneros y sus campos de concentración que nada han de envidiar a los de Hitler. No olvides que somos w. u. y que pueden hacernos picadillo.

—Bueno, entonces quédate, cacho de mulo, y conserva tu fe, la necesitarás. Espero que no me dispaes por la espalda cuando me largue.

—No le disparo a nadie. Dios te guarde.

En todos los hoyos, los w. u. esperaban, vacilantes:

—¿Has oído? —dijo un banquero malversador—. En el fondo, cuando lo pienso, también soy un contestatario, ¿por qué no un comunista? Allí deben apreciarlo.

—Tienes razón. La patria es el lugar donde me encuentro bien. Alemania siempre me ha hecho daño, con la Gestapo en los talones. Jamás ha habido libertad en Alemania. Frente rojo, compañero; nos apeamos del tren de Himmler.

Poco antes de las siete de la tarde se puso a llover. El tiro de artillería arreciaba, obuses del 28 hacían volar la tierra ante las posiciones alemanas y una andanada de bombas de napalm provocó incendios detrás de las primeras líneas. Los rusos tenían empeño en enseñar lo que les esperaba a quienes no desertasen.

A las siete en punto, el tiro paró súbitamente; sólo una enorme granada, retardada, estalló a diez kilómetros en la retaguardia, haciendo retemblar la tierra cerca de la aldea en donde residía Hofmann flanqueado por sus dos telefonistas hembras.

—¡Con tal de que la haya recibido en plena jeta —dijo *Hermanito*—, y que los perros de Wolf se coman sus restos y revienten!

Desde la posición avanzada, los dos ladrones espiaban las posiciones rusas aparentemente desiertas. Ojos penetrantes vigilan las líneas alemanas.

—Es el momento —musitó el ratero—. ¡Larguémonos! Otros pueden haber tenido la misma idea y si hay demasiados, los demás no podrán pasarse. Aquí nos desollarán vivos.

Otros dos w.u. se les unieron de un salto; dos carniceros de Munich especialistas en el mercado negro.

—Bueno, ¿venís o qué?

El hombre salta del hoyo y desaparece en otro hoyo del *no man's land* ante la mirada aterrorizada de sus compañeros. En el mismo instante surge el sargento Repke acabado de ascender, con gran despecho suyo, a jefe de sección. Se saca los prismáticos y observa el terreno palmo a palmo.

—Decidme, ¿no erais cuatro hace un rato?

—No, sargento, siempre hemos sido tres.

—Por supuesto, canallas, soñáis con largaros, no hay más que veros. ¡Intentadlo! El cuarto está allí, oculto en aquel hoyo. A ti, podría volarte las tripas, pero lo dejaremos para más adelante. ¿Entendidos?

Lanza el «M. PI» detrás de su espalda y desaparece en el recodo de la trinchera para ir a inspeccionar un nido de ametralladoras.

—Larguémonos antes de que vuelva —dicen a coro los tres w. u.

Y tirando sus armas, se lanzan, agachando la cabeza, al *no man's land* y corren como unos desesperados hacia el Norte.

La artillería ruge: tiro de cortina alemán detrás de las líneas enemigas. Inmóviles, esperamos las explosiones; cuando un proyectil nos sobrevuela, diríase un tren rugiendo en un túnel; luego, unos minutos de silencio y algo parecido a un terremoto. Ha caído. Son obuses del 32. Cuatro baterías que disparan desde atrás y cuatro tiros seguidos. Un 28 ruso responde de vez en cuando, causando estragos.

—Diríase un duelo de artillería en perspectiva —dice el Viejo con su experiencia habitual.

La lluvia arreciaba al mismo tiempo que el viento, y en un santiamén quedamos calados hasta los huesos. Maravilloso tiempo para los desertores. Las colinas ocupadas por los rusos han cobrado un tono azulado con la proximidad de la noche. Un pájaro cantaba justo delante de las líneas rusas como llamando a los w. u.

El sargento primero Wolter y los proxenetas Bugler y Treiber contemplaban fijamente las líneas enemigas.

—Sargento —preguntó Bugler con prudencia—, ¿tendremos comida hoy? Me jalaría una vaca. He perdido treinta kilos desde que estoy aquí.

El sargento primero, que lucía el emblema dorado del Partido, contempló a aquellos delincuentes y se ajustó el casco de acero.

—Ahí enfrente lo tendréis todo a porrillo, ¿no habéis oído los altavoces?

Treiber, estupefacto, dio un paso atrás. No se esperaba aquella respuesta por parte del gordo sargento, el terror de Sennelager. ¿Qué estaría barruntando? Podía esperarse cualquier cosa de aquel gran cerdo.

—Sí, sargento —dijo sosegadamente—, eso parece, pero no somos niños. Nos emplomaría las nalgas si nos dirigiésemos hacia allá.

—¿Quién ha dicho que lo haría? Quizás hasta os acompañaría. La guerra significa muy poca cosa para mí y, si somos varios, nos recibirán mejor. En los hoyos, ahí delante, hay ya cuatro que aguardan la ocasión. Si eso toma mal cariz y no podemos reunimos con Iván, arrestamos a los cuatro tíos y nos los traemos. ¿Bien combinado, eh?

—Entonces, ¿no es una añagaza? No estoy muy seguro de que sea usted bien acogido con su insignia en el pecho. Y aunque la tire, Iván recelará. No hay que tomarlos por idiotas.

—No tienes mucha malicia, Bugler. ¿No has pensado nunca que se pueden poseer dos cartillas militares? Es obligatorio para un sargento primero.

El mayor asqueroso que existe, piensa Bugler. Un hombre peligroso. En Sennelager ya le llamaban asesino por vocación.

—Me pregunto si será verdad lo que decían esta tarde —prosigue Treiber—. Es tentador. ¡Tengo tanta hambre!

—No se sabe nunca, con Iván. De momento, os da una palmadita amistosa en el hombro y un minuto después os sacude un machetazo. Pero me las apañaré para que me reciban bien. —Golpeó la cartera que llevaba en el cinto—. Aquí tengo cosas que al comandante del regimiento le gustaría mucho saber. Iván puede hacer desaparecer toda la basura de este frente si les echa un vistazo. Entonces, ¿de acuerdo, muchachos? He dicho lo suficiente para que podáis hacerme ahorcar lo que, por lo menos, constituye una garantía. Cuando lleguéis al otro lado, habréis desertado por orden mía.

—¿Y si no lo hacemos y les contamos la hermosa vida que llevábamos en Sennelager?

—Podéis intentarlo. Si la cosa se pone fea para mí, se pondrá también fea para vosotros, os lo prometo. Susurraré a Iván algunos detalles sobre vuestro pasado y sabréis lo que es bueno: las minas de plomo, muchachos, donde la duración de vida tiene un promedio de siete meses, ni un día más. No, chiquillos, confiad en el sargento Wolter. —Se golpeó la cartera—. Venga, dadme vuestras cartillas militares.

Los hombres obedecieron con visible vacilación. Wolter, que sonreía de soslayo, abrió las cartillas en la página de castigo y escribió con letra deformada «P. U.» (mala fe política); luego, puso un sello que era la firma falsificada del coronel. No admitió tampoco transferirlos de Moabit a la sección «P. U.» de Buchenwald.

—Es perfecto —se guaseó Bugler recogiendo su cartilla—. Ya estamos completamente rehabilitados. Ahora, podría ingresar en la Gestapo si me viniese en gana, pero no me interesa demasiado.

—Creo que tendrías razón —dijo Wolter, burlón—. No olvides que no somos los únicos en pasarnos y vale más no hacerse notar. Pero basta de charla. Si hemos de cambiar de empresa, hay que hacerlo ahora.

Y a pesar de su corpulencia, saltó ágilmente del hoyo, con los dos bandidos pisándole los talones. Con pasmosa rapidez, cruzaron el *no man's land* y cayeron, brazos en alto, en las trincheras rusas. Una verdadera multitud les siguió; el *no man's land* se puso de repente a hormiguar de desertores, parecía un ataque con la pequeña diferencia de que la tropa iba sin armas.

—¡No es posible! —exclamó *Hermanito*, que no dejaba sus prismáticos—. La obra debe ser mala, porque el público abandona el teatro. Me pregunto

qué dirá ss Heinrich cuando se entere.

Porta encaraba ya su fusil ametrallador cuando el Viejo le bajó el brazo:

—Déjalo, *Porta*. Deja correr a esos cobardes. Nos llorarán cuando hayan pasado por las manos de Iván. Bien sabes que no hay diferencia entre Moscú y Berlín: los emplearemos como desminadores en primera línea, es la mejor manera de quitárnoslos de encima.

Un comandante de zapadores llegaba corriendo, con su Cruz recién estrenada de caballero brincándole en torno al cuello.

—¿Por qué diablos no disparáis contra esos traidores? —le gritó al teniente Löwe—. ¿Queréis comparecer ante un Consejo de guerra?

—Señor comandante...

—¡Fuego! —chilló el comandante fuera de sí, situándose detrás de una ametralladora.

Gritos y gemidos se elevaron del *no man's land*.

—Fuego con todas las armas automáticas —mandó Löwe.

De golpe, el coronel Hinka irrumpió en la trinchera y miró con curiosidad al comandante de zapadores.

—¿Quién es usted? —dijo con tono tajante—. ¿Qué hace usted aquí? ¿Acaso hemos recibido un nuevo comandante de batallón? —le preguntó a su oficial de ordenanza—. Y, en tal caso, ¿cómo no me han avisado?

—Que yo sepa, no hay tal —respondió el oficial.

Como siempre, *Porta* no pudo menos que entrometerse en la conversación.

—Mi coronel, el comandante quizá sea un hombre negro disfrazado y enviado por el Kremlin...

—¡Déjese de cuentos, cabo imbécil! —bramó el comandante acercándose amenazador a *Porta*.

—Su cartilla militar —le dijo bruscamente Hinka, al comandante.

—¡Ni hablar, coronel!

—¡Su cartilla militar!

El comandante de zapadores sacó, rabioso, su cartilla militar, que el ayudante del coronel hojeó con el mayor detenimiento.

—Esto huele a falsificación —dijo, comparando las fotografías.

—¡Mi coronel! —aulló el comandante—. ¡Exijo que ese insolente sea castigado de una manera ejemplar por haber insultado a un oficial alemán!

—No hace más que cumplir con su deber —dijo Hinka con tono seco—. Es usted sospechoso de ser agente del enemigo. ¿Por qué se planta aquí, sin previo aviso, para tomar el mando de una de mis compañías, vestido con un

uniforme que cualquiera puede agenciarse? Que esté al mando del batallón de zapadores, no se demuestra así. Su conducta es extraña, dado que yo tampoco sabía nada. Por tanto, podría hacerle detener.

—Pues hágalo enseguida, mi coronel —sugirió *Porta*—, que ese comandante con seguridad viene del Kremlin. El propio *Reichsführer* lo ha dicho: antes liquidar a cinco inocentes que dejar a un gran culpable escapar a la justicia.

—¡Vete a la porra! —chilló el comandante—. Estoy harto. No eres más que un simple cabo que no sabe nada de nada.

—Doy parte. Comprendo todo eso muy bien, pues he seguido los cursos de contraespionaje del Ejército, para las tropas de choque en Ulm.

El comandante se secó la frente con su manga, apartó el arma de *Porta* apuntada hacia él y se dirigió al coronel Hinka.

—Mi coronel, permítame que le exprese mi estupefacción. ¡Admite usted que un hombre de la tropa se mezcle en una discusión entre oficiales! Soy oficial de Estado Mayor. —Mostró las tiras rojas de su pantalón impecablemente planchado—. Me he ofrecido para ponerme al mando del batallón de zapadores de la División, y no estoy aquí para discutir con un vulgar cabo.

—No tengo nada que objetar. Todo el mundo sabe aquí, en el regimiento, que sólo tenemos un especialista del contraespionaje, el cual es muy puntilloso sobre el servicio. No seré yo quien se lo eche en cara.

—Si está usted seguro de mi identidad, mi coronel, permítame que vuelva con mi batallón —dijo el comandante lanzando una mirada de odio hacia *Porta*.

—Se lo ruego. Seguramente nos volveremos a encontrar en el Cuartel General de la División, y allí decidiremos si esta conversación ha de reanudarse. A mi juicio, vale más dejarlo tal como está. Ya basta.

El comandante desapareció, sin hacerse de rogar, y el coronel empuñó sus prismáticos. En el *no man's land* se distinguían oscuras siluetas.

—Fuego de mortero con granadas explosivas —ordenó secamente.

—Es un disparate malgastar municiones sobre esos asquerosos —dijo *Hermanito*—. No se merecen ni un cagajón salado. Déjeselos a Iván, que se encargará de ellos en cuanto estén en el felpudo. ¡Apunten, fuego! —dijo, disparando a su vez.

Es un maravilloso tirador. Puede, sucio y empapado, estarse horas enteras metiendo obuses en el cañón. Nada le quita el sosiego y dice gentilmente después de cada granada:

—Vete a besar el culo de los subhombres... Eres la mejor para reventar calabazas...

Incluso sin guantes ignífugados, agarra los candentes casquillos y los tira por encima de su hombro. Ya tiene la próxima granada en la mano izquierda y la mete en el cargador. Aunque ignore que dos y dos son cuatro, ha calculado rápidamente un sistema de carga. *Hermanito* no se equivoca nunca y todos nos preguntamos cómo se las apaña.

—Distancia 350 metros —ordena el Viejo que está detrás del periscopio y dirige el tiro contra los desertores.

—¡Cargado, seguro, fuego! —ordena como un autómatas *Hermanito*.

Restos de miembros humanos vuelan por todas partes, pero he aquí que los rusos inician el tiro de cortina prometido. Granadas del 88 estallan justo delante de nuestras posiciones, y detrás de nosotros. La cortina es muy tupida, lo cual proporciona un instante de respiro a los fugitivos. En la trinchera, la metralla brota de todos lados.

—Dirán lo que quieran —observó *Porta*—, pero Iván sabe servirse muy bien de los morteros, y tiene chicas en sus compañías de granaderos. A saber si van afeitadas.

Una hora más tarde, cesó el tiro de cortina. La mitad de los desertores habían desaparecido; una excitación salvaje reinaba en toda la línea, los teléfonos crepitaban, se avisa a la Seguridad y a la Policía secreta, pero todo el mundo trata de ponerse a cubierto, y los hombres negros van más lejos.

Un tímido teniente coronel de la Gestapo, con flamante casco nuevo y rostro chupado, se ha sentado en un rincón y gime: doce de sus suboficiales han desertado con los W. U., y teme volverse loco cuando le notifican que uno de sus capitanes también falta a lista. El oficial de la Gestapo suplica al coronel Hinka que den por muerto al capitán, pero a Hinka no se le compra.

—Hablará usted de eso con la Seguridad —dice secamente.

Porta es enviado al Estado Mayor del regimiento como experto del contraespionaje, y sin andarse con tapujos, recomienda enseguida que fusilen a todo el Estado Mayor. De hecho, él está directamente a las órdenes del *Reichsführer* desde el 20 de julio, y hasta había pensado en lucir las insignias SS; pero, por otra parte, como el desastre ya se perfila en el horizonte, ese ascenso político podría originarle dificultades. Prefirió, por tanto, permanecer quieto.

Poco antes de medianoche, los rusos se pusieron a disparar sobre el C. G. de la División, con extraordinaria pericia. Los depósitos de municiones estallaban uno tras de otro. Los carros, incluso los camuflados, ardían. No

cabe ninguna duda: ha desertado personal del Estado Mayor y el enemigo conoce exactamente los emplazamientos.

Pero ya amanece: ruido de armas en las trincheras. Un regimiento de Infantería, el 307, toma el relevo y nos retiramos. Mala señal. El oficial de la Gestapo se ha suicidado, el Cuerpo de Ejército ha roto el contacto. El jefe de Estado Mayor, fuera de sí, busca desesperadamente una víctima propiciatoria. Todo el mundo grita, desde los comandantes hasta el general de división. La experiencia enseña que quien chilla más fuerte tiene más posibilidades de salir de apuros. Dicen que el propio mariscal Keitel está al corriente de la deserción masiva de esta noche.

Nosotros, los del 27.º de Carros, y que hemos tenido que apechugar con soldados w. u., gritamos más fuerte que todos ellos, persiguiendo lo que queda del 999. El personal de Sennelager anda de cabeza; los w. u. deben devolver sus armas, y los empujan como ganado por las carreteras llenas de baches. Tiros. Cadáveres, hechos un ovillo, siembran los caminos. El pobre pastor de Bielefeldt cae de bruces, con el brazo derecho desarticulado de un culatazo. Él y su amigo cartero han titubeado demasiado tiempo; cuando se han decidido, era ya demasiado tarde.

—Ahora es cuando puedes rezar, pastor, estamos perdidos.

—Dios siempre está con nosotros, Ewald. Lo que ahora sufrimos es una prueba de que Él nos ama.

—Estás desbarrando. No hay Dios. Sólo Hitler y sus demonios. Si no hubieras sido tan tozudo, ahora estaríamos seguros del otro lado. ¡Que tu Dios te amuele!

El sacerdote se puso a salmodiar:

*Jesús, llevo tu cruz,
La sostengo firmemente...*

El suboficial Linge se abalanzó sobre el sacerdote y lo golpeó con el borde cortante de su casco; el *Oberwachtmeister* Danz le rompió la mandíbula con el cañón de la pistola y le hundió la cara en el fango; después, los dos brutos corrieron en busca de nuevas víctimas. El pastor, tambaleándose, se puso en pie sostenido por el cartero.

—Dios nos ama a todos —musitó con la boca rota.

Pero vaciló y cayó de bruces. Dos jóvenes w. u. lo agarraron por los brazos y se lo llevaron. Eran dos ladrones de Hannover.

—No saben lo que se hacen —murmuró el pastor—. Tengo que ayudarles. Dios quiere que les ayude.

—Sé razonable, hombre. Te cortarán la lengua si no te callas, eso es una locura.

El resto del 999 se arrastraba, agotado, hacia una aldea donde se hacinaban soldados de todas las armas que contemplaban con curiosidad a aquellos seres extraños.

—Prisioneros —decía uno.

—Partisanos con uniformes alemanes —pensaban otros.

Nadie les toma por soldados alemanes enviados a la muerte por sus compatriotas. ¡El Führer jamás permitiría algo semejante!

—¡Marchen! ¡Marchen! —gritan en cabeza y detrás de la columna condenada.

Diez kilómetros más allá, se hizo alto ante la antigua Alcaldía, donde un batallón de gendarmes con brillantes placas sobre el pecho acogió lo que quedaba de los w. u. Alineación reglamentaria. El que no está bien alineado es abatido. La sangre brota de los cráneos partidos por hombres uniformados de gris, con calaveras en sus gorras. Seguridad de Varsovia. Los P 38 disparan balas en las nuca, los perros despedazan a algunos prisioneros desnudos; en cuanto a nosotros, sólo podemos ser testigos mudos de la matanza.

Un mayor, vestido con el aborrecido uniforme de los guardianes, se encarga del batallón del coronel Hinka. Pasan lista.

—¡Desnudaos! —grita el mayor a los 999—. Media vuelta, cara a la pared, manos en la nuca, el que se mueva será fusilado.

En todas partes se afanan los guardianes y los tipos de la Seguridad. Dos compañías de Dirlewanger llegan con sus granadas cruzadas sobre el cuello. Ni siquiera chillan; les han enseñado a matar sin decir palabra. Ellos también son soldados castigados que sólo esperan la muerte, robots del asesinato, sin asomo de compasión. El personal responsable de los w. u. es llevado al C. G de Seguridad, en Varsovia.

—Falta de disciplina, chaqueto —grita el s. d. *Sturmbannführer* Litwa. Si cumpliese con mi deber, seríais ahorcados sobre la marcha, pero el ss *Reichsführer*, como siempre, es demasiado bueno. Iréis al 27.º Regimiento de Carros donde sabrán desembarazarse de vosotros rápidamente. Vuestros papeles están cruzados de rojo, lo cual significa que nadie deseará volver a ver vuestros rostros de traidores antes de la victoria segura sobre los perros rojos. La más pequeña infracción del reglamento será castigada con la horca, pero os colgarán por los pies, con alambres de espino en torno a los tobillos,

hasta que la diñéis. A mi juicio, es demasiada indulgencia, pero tal es la voluntad del *Reichsführer*. En cuanto a largaros con Iván, si tenéis cariño a vuestras familias, podéis renunciar a ellas; ya están detenidas como rehenes.

Durante dos horas gritó y rabió, luego metieron al personal en camiones que lo llevaron hasta el 21.º de Carros, donde les recibimos triunfalmente. Pero cerca de la alcaldía de Bjela se celebraba un consejo especial. Sin escuchar ni a uno de los soldados w. u., en pie desde hacía ocho horas bajo la lluvia y completamente desnudos, condenaban a muerte a un hombre de cada tres. El resto era repartido entre el 27.º y el 47.º de Carros. A culatazos y bayonetazos echaban a los soldados desnudos hacia el sótano de la Alcaldía, pero antes habían de correr entre dos filas de gendarmes armados con barras de hierro. Gran número de ellos no llegaban con vida a aquel sótano; sólo quien haya sido golpeado con una fina barra de hierro sabe lo que supone esa terrible arma. Los fríos semblantes de los s. d., permanecían impassibles. Matar a la gente con barras de hierro, es un acto de servicio como cualquier otro, pero parece ser que no es un sistema especialmente alemán; dicen que pasa lo mismo en las prisiones americanas.

Todo el día permanecieron los soldados en el sótano, con los pies en el appestoso fango; enormes ratas pululaban por todas partes; los que llegaban ensangrentados se hacían cada vez más numerosos, y los guardias azotaban los cuerpos desnudos para que se alineasen y dejasen espacio libre. Desgraciados de los que caían agotados, pues se ahogaban en el fango.

—¡Socorro, me muero! —gemía algún desdichado en la oscuridad.

Pero nadie ayuda a nadie. Cada cual actúa por sí y para sí.

Poco después de medianoche, abrieron la puerta a patadas y pronunciaron media docena de nombres.

—Salid, si no queréis que os hagamos trizas los huesos.

Los llamados se abren camino hacia la puerta, son empujados a culatazos en el patio y luego ladra una ametralladora en el silencio de la noche. Todo el mundo, en el sótano, sabe lo que esto significa, pero se ignora que el tribunal especial ha condenado a un hombre de cada tres. El terror aumenta entre los encerrados. Sus crímenes: haber escuchado una radio extranjera o bien haber dudado de la victoria. Derrotismo y sabotaje. De una carcajada por un chiste dicho en público hasta el paredón de ejecución, no hay más que un paso, bajo el régimen de Hitler. Diez minutos más tarde, nueva llamada. La ametralladora vuelve a ladrar, y así hasta el alba. Empieza a haber más sitio en el sótano, pero nadie se alegra de ello. ¿A quién le tocará la próxima vez? Uno de los criminales, con marca verde sobre el pecho, ha notado que

únicamente son llamados los azules y los rojos. Los verdes respiran, aliviados.

—Ya comprendo —murmura un asesino de Leipzig que sólo evitó el hacha haciéndose verdugo voluntario en el campo—. A nosotros nos dan sencillamente patadas en el culo. Matan a los políticos y a los traidores, y es de justicia. ¿Por qué habría de alimentarlos Adolf si se meten con él? Siendo así que nosotros, buenos alemanes, no conseguimos jalar.

Los verdes se tornan insolentes, la mentalidad carcelaria reaparece, roban todo lo que encuentran. Uno de ellos golpea en la cara al pastor ensangrentado.

—¿Por qué no le rezas a tu Jesús? ¿Vendría a protegerte contra los muchachos de ss Heini?

—¡Vete a la porra! —gritó, pese a todo, el asesino de Leipzig—. Ni el mismísimo Jesús se atrevería a bajar aquí cuando los demonios negros de Heini están trabajando.

A última hora de la tarde, se abrió la puerta ante un capitán s. d.

—¡Oídmme, cerdos! Nos proponíamos mataros a todos, pero el *Reichsführer* ha decidido daros otra oportunidad. Vais a ser enviados a un sitio donde, a buen seguro, encontraréis el medio, os lo juro, de utilizar las armas que os entreguen. Un sitio donde no sentiréis la necesidad de largaros con los colegas de enfrente. ¡Vamos, andando! Tenéis cinco minutos para vestiros y formar en columna de a tres. Nadie tendrá botas. Os las darán cuando lleguéis a las unidades de combate, si les viene en gana. El Ejército búlgaro carece de botas, así es que, ¿por qué habríais de tenerlas vosotros? Si alguien se queja durante la marcha, será fusilado, y si alguien se imagina que no puede caminar descalzo, que lo diga.

Se destacaron dos hombres.

—¿Acaso no podéis andar sin zapatos?

—No, *Hauptbannführer*, tengo un pie roto.

El otro mostró el pie izquierdo ensangrentado, recuerdo de una bota claveteada de los hombres de Dirlewanger.

—En efecto, eso tiene mal aspecto.

Llamó a un s. d. del servicio de Sanidad. En la Brigada de Dirlewanger no hay médicos, sino tan sólo enfermeros y todas las operaciones se hacen sin anestesia. Esto endurece, afirma Dirlewanger.

—¿Esos dos, pueden andar?

—Pienso que no —se guaseó el enfermero.

—Lástima tener bajas aun antes de la marcha. Lleváoslos.

Dos guardias agarraron a los lisiados y les hicieron poner de rodillas detrás de los mingitorios oficiales del municipio. Dos tiros.

—¿Hay otros que no puedan andar?

Únicamente el silencio respondió y la columna se puso en marcha, a paso ligero. Podía ser seguida por su rastro sanguinolento.

Fue recibida por la Policía ss ucraniana de la Brigada Kaminski, y los soldados de Vlasov con gorros de pieles, que apenas sabían alemán. Todos armados de látigos que usaban con entusiasmo. Los soldados de Kaminski azotaban a quien fuere, a lo que fuere. Cinco días más tarde, los w.u. supervivientes recibieron el uniforme del Ejército con un signo blanco pintado en la espalda, bien visible.

Un poco después de medianoche, llegaron al 27.º de Carros y les dieron una porqueriza como cuartel. Al día siguiente, por la mañana, les dieron armas e impedimenta. La misma noche, salíamos para el frente.

«Quien presta juramento sobre la cruz gamada debe renegar y odiar a todas las otras cruces».

Himmler. Discurso a los voluntarios yugoslavos en Zagreb, 3 de agosto de 1941.

Habían reunido en un gran barracón a dos mil polacos, a algunos kilómetros de los bosques que lindan con el norte de Varsovia. En las aldeas sólo quedaban los niños.

—¿Alguno de vosotros entiende el alemán? —chilló el Hauptsturmführer Sohr a la muda y aterrada multitud.

Se hundió profundamente la gorra gris con la calavera sobre su frente, para resguardarse los ojos del sol matinal. Un anciano polaco se destacó lentamente.

—Yo sé algunas palabras, mi oficial, podría ayudarle quizá.

—Bueno. Di a tus compatriotas que formen en tres filas cogidos de las manos y, cuando yo dé la orden de marcha, que vayan hacia aquel bosque, allí, dejando diez metros entre cada fila.

¿Y qué habrá de hacerse en el bosque?

—Recoger las frambuesas, son excelentes en esta época del año.

El anciano tradujo la extraña orden del oficial y la multitud de paisanos obedeció riendo, sin descubrir nada peligroso en las palabras del alemán. Ninguno de ellos sabía que el bosque estaba minado por los partisanos

polacos a fin de impedir a los alemanes penetrar en él. Formada ya la columna, dos soldados, sin armas ni insignias, recorrían las filas para poner orden.

Eran condenados a muerte ss, a los cuales Dirlewanger había prometido amnistiar si ejecutaban las órdenes del día. También ellos ignoraban los peligros del bosque. A treinta metros detrás de los civiles, las ametralladoras se pusieron en posición de tiro.

—¡De frente, marchen!

Lentamente, la columna echó a andar. El viejo polaco cogía de la mano a sus dos hijos. Desconfiaba, es cierto, caminaba con precaución, pero no lograba, pese a todo, adivinar lo que se tramaba. No lo supo hasta el momento en que una llamarada y una detonación le cegaron. Sus dos hijos murieron en el acto. Hubiérase creído un terremoto. Explosiones y alaridos. Uno de los ss condenados a muerte fue lanzado por los aires, con una gran astilla de árbol hincada en el costado, pero se puso en pie gritando, corrió hacia atrás y se arrodilló ante los ss armados.

—¡Camaradas, tened compasión!

Un puntapié le respondió. «¡En pie, cobarde!».

Dos bayonetas le pinchan los muslos. Vuelve hacia el bosque.

—¡Marchen, marchen! —grita como un loco—. ¡Adelante!

Los polacos echan a correr, brincan por encima de los cadáveres, pero nuevas minas hacen saltar la tierra. El campo verdeante se ha cubierto de miembros arrancados, la sangre salpica por doquier y la tercera fila se revuelve contra los ss

—¡Fuego!

Lluvia de balas. Dirlewanger suelta una carcajada:

—Muy ingenioso. Habrá que repetirlo. Cuando los polacos coloquen minas, deberán admitir que también estallan bajo los pies de sus compatriotas.

EL COMANDANTE DE LOS ZAPADORES

El regimiento ocupaba posiciones en los pantanos de Tomarka; el aire pululaba de mosquitos, y las golondrinas perseguían a sus víctimas que las ranas también se zampaban. ¡Vivan las golondrinas y las ranas, pero ay del soldado de los pantanos que debe sufrir las picaduras de los mosquitos!

Dos cigüeñas se contoneaban ante la ametralladora pesada, alzando su largo pico verticalmente cuando engullían una rana. Su nido estaba, todavía, en las ruinas de una iglesia, casi en medio de las primeras líneas, y los proyectiles no las molestaban. Es curioso el modo como los animales se acostumbran al ruido causado por los hombres. Esta mañana, tres liebres se asomaron detrás de la posición de los cazadores de carros, que les tiraron hojas de col. Agitaron sus largas orejas como expresión de su gratitud y echaron a correr hacia las posiciones rusas donde también debieron tirarles coles.

Se terminaba por trabar amistad con numerosos animales. Cada tarde, antes de ponerse el sol, aparecía un zorro con toda su camada. A uno de los cachorros, blanco, lo bautizamos con el nombre de *Toscha* y, si ha sobrevivido a la guerra, será un magnífico animal. *Hermanito* intentó capturarlo para enseñarle a morder a los schupos de Hamburgo, pero mamá zorra le mordió cruelmente en la pierna, y ahora se conforma con contemplar al zorrillo a través de los prismáticos. Justo detrás de la central telefónica se ha instalado un tejón en compañía de su familia, y todos ellos acuden cada tarde a mendigar leche condensada a los telefonistas.

En cuanto a los rusos, les vemos mucho menos aunque sabemos dónde están. Todas las noches, entre las siete y las nueve, les ofrecemos un fuego de morteros que arma mucho jaleo y, tan pronto hemos terminado, empiezan ellos. ¿Por qué tanto ruido? No se sabe. Cada cual dispone siempre de cinco minutos para meterse en la trinchera, pero ¡ay del imbécil que no se da suficiente prisa!: queda reducido a pedacitos. Esta noche, contamos dieciocho muertos en los 999 que aún no conocían las reglas del juego. Esos cretinos se pasean con cascos de acero, cosa idiota, pues un casco mojado reluce y atrae a

los tiradores de élite. Yo hace dos años que no me lo pongo ya en primera línea; en cuanto a *Porta*, no lo ha usado jamás. Anda siempre por ahí con su horrendo gorro alto, amarillo, con la insignia del Ejército del Aire. Es absurdo, pero a él le parece muy elegante. Estamos de guardia, *Porta* y yo, cerca de la ametralladora avanzada. El silencio, absoluto, se torna oprimiente. De cuando en cuando, del otro lado, canta un pájaro dos melodías seguidas en un solo trino.

—Vaya pulmones, el gritón ese —gruñe *Porta*, siempre atento.

Hermanito y Gregor vienen a relevarnos, pero nos quedamos puesto que, de todos modos, deberemos reanudar la guardia dentro de dos horas.

Porta sacó los dados, hermosos dados dorados cuyas cifras de *strass* relucen hasta en la oscuridad. Un *souvenir* del casino de Niza, parece ser. El tapete verde ha sido extendido sobre una caja de municiones, pero nos turnamos para mirar, entre tirada y tirada, por encima del parapeto. Los de enfrente podrían muy bien escoger una noche como ésta para meterles miedo a los pipiolos.

—Ese silencio le vuelve loco a uno —dice Gregor, nervioso—. ¡Si al menos quisieran disparar un poco!

—Sí, no me siento nada bien —afirmó *Porta*—. El dedo del pie cortado me duele, eso no augura nada bueno, es una verdadera señal de alarma; por lo que apuesto cualquier cosa a que Iván está tramando alguna cerdada. Hubiéramos debido hacernos sacudir un buen morrón para largarnos al hospital y mandar el resto a la porra. Os lo digo yo, muchachos: antes de veinticuatro horas, Iván el hediondo estará aquí. Mi dedo del pie no me engaña nunca.

—Está bien —dije con indiferencia—. Me cisco en Iván y juguemos. Apuesto mi piel de cordero para la próxima tirada.

—¡Camerón! —se guaseó Gregor.

Porta dio, tres veces, la vuelta a la ametralladora. Muy peligroso en caso de tirador de élite, pero *Porta* se ríe de todo; la última vez, corrió en torno de la ametralladora tocando la flauta, y cientos de pájaros nocturnos le respondieron asustados.

De pronto, vimos que *Hermanito* aguzaba el oído. Nosotros sólo oíamos las ramas y las lechuzas, pero al cabo de algunos minutos acabamos por percibir ruido de aviones.

—No son más que molinillos de café. No habrá pepinazos.

El primero nos pasó pronto sobre la cabeza, pero inmediatamente después cientos de motores se pusieron a zumbiar.

—¡«Stukas»!

—Cacho de imbécil, no son más que cazas rusos, o yo no soy otra cosa que un vómito de rana.

Fuegos artificiales luminosos. La noche, de golpe, se vuelve clara como el día.

—¡Mierda! —gritó *Porta*—. Vienen por nosotros.

Y desapareció o, más bien, se fundió bajo el parapeto de la trinchera.

Detrás, la «Flak» se pone a escupir, los aviones viran, luego se deslizan sobre la posición lanzando bombas pequeñas.

Después, de repente, el infierno. Alaridos, gritos, el pantano despierta, lluvia de bombas, océano de llamas.

—¡Ocultaos! ¡Atacan! —grita desesperadamente *Porta*.

Tiene razón. Es una escuadrilla de bombarderos que se las tienen con nosotros. El hierro y el acero, estacas y parapetos, bunkers y posiciones bien defendidas, todo desaparece en un universo socavado.

«¡Alerta! ¡Alerta!». No se oye otra exclamación, pero las armas han quedado volatilizadas bajo la lluvia de fuego. Nosotros, los cuatro inseparables, nos hundimos en el parapeto y vemos correr piernas que se desploman un segundo después. Y esto dura largo rato. Una escuadrilla acaba de soltar sus bombas, cuando llega la próxima. Ignorábamos que todo el IV Ejército del Aire soviético pasaba al ataque: siete mil bombarderos ligeros. La «Flak» ha enmudecido; no queda ya ni un trozo de hierro ni de tela, ninguna posición. Quisiéramos correr, huir ¿a dónde? El tornado de muerte está en todas partes, todo arde hasta donde alcanza la mirada. Algunos se vuelven locos, dan vueltas por el *no man's land* y son abatidos. De la 3.ª sección entera —treinta y dos hombres— no queda nada, y después de los aviones, la artillería pesada.

Machaqueo de varias horas. Un bombardeo aéreo es atroz, pero no puede compararse, sin embargo, con las granadas del 38 enviadas con una precisión pasmosa. El agua de los pantanos ha penetrado en las trincheras, todo apesta a azufre, tosemos hasta echar los bofes. ¿Será peor el infierno? Por fin el silencio vuelve a caer sobre el pantano. Ya no hay bosque, sólo muñones de árboles, y todo arde. Un carro «Panther» ha sido partido en dos y de los cinco ocupantes sólo queda el tronco decapitado del comandante del carro, cuyo uniforme está rojo de sangre, salvo las charreteras de plata que brillan al sol de la mañana.

Dos w. u. van a buscarlo: es un oficial y debe ser enterrado decorosamente detrás de la posición, ante las miradas de los jabalíes que se relamen pensando

en esa carne que pronto será suya.

No ha terminado. Por la tarde cae una niebla artificial fabricada por los rusos, una nueva niebla amarilla que le vuelve loco a uno si no lleva máscara. Los imbéciles que han tirado las suyas la espichan en un periquete; por lo demás, no es un gas cualquiera, sino algo químico que desuella los pulmones. El suboficial Linge, del personal de Sennelager, escupe los suyos a borbotones, y resulta atroz verlo aunque se aborrezca al hombre. Por fin, alguien más caritativo le mata de un tiro. A partir de hoy, nadie volverá a tirar su careta antigás.

Detrás de la horrible niebla se oían extraños ruidos. No cabía duda, los rusos estaban tramando algo, pero ¿cómo cruzarían el pantano? Los pioneros habían volado el puente.

—¡Carros! —anuncia el vigía de la avanzada.

—¡Qué imbecilidad! —brama Löwe—. ¡Carros! Que lo intenten y se hundirán.

Media hora más tarde, no damos crédito a nuestros ojos al ver avanzar los primeros «T 34» fuera de las posiciones enemigas, al otro lado del pantano. Los cañones de gran calibre son puestos en posición de tiro. Una llamarada estridente y las granadas llueven.

Lentamente, los carros descienden, las orugas chirrían, hedor a dieseis; tras ellos, una apretada tropa de infantes. Los desdichados w.u. están paralizados de terror. Es su primer ataque de carros. Los zapadores lanzallamas acuden a apoyarnos. Una batería «Flak» es emplazada apresuradamente a doscientos metros, pero aun antes de que puedan disparar un tiro, los «T 34» la aniquilan. Nos distribuyen «puños» anticarros y ramilletes de granadas.

—¡Están locos! —grita el teniente Löwe—. ¡En el pantano me gustaría verlos!

Contemplaba los colosos verdes que descendían directamente de las posiciones hacia el pantano, con doscientos metros de anchura en aquel lugar. El agua y el fango salpican, el fuego del tubo de escape se extiende lejos, por atrás. Diríanse cargueros a toda marcha, pero van a hundirse en ese fango por el que sólo circulan las ranas y las culebras acuáticas.

¡Horror! Corren a toda velocidad en pleno pantano y el agua apenas si cubre las orugas.

—Puente colgante —murmura *Barcelona*, estupefacto—. ¿Cómo demonios se las han compuesto?

—No es difícil adivinarlo —dice *Porta*—. Mientras nos estaban machacando, sus ingenieros han traído un pontón prefabricado.

—Pero ¿cómo es que no se hunde? ¡El pantano no tiene fondo!

—Troncos de árbol y flotadores de goma —continúa *Porta* tendiendo sus prismáticos a *Hermanito*—. Mira los alambres en torno de los abetos; ahí es donde han sujetado su porquería, debe haberles costado caro en hombres. Por lo demás, a Iván le tiene sin cuidado eso. El hombre es el material menos caro.

En apretadas filas los monstruos de acero se balancean sobre el puente colgante sumergido. Algunos, sin embargo, no consiguen guardar la alineación y vuelcan en el fango insondable del que nada escapa. Las grandes ranas verdes croan, furiosas, contra este ruido insensato que viene a turbar su apacible territorio. El aire apesta a aceite quemado que el viento impulsa hacia nosotros.

—¡«Pak» adelante! —manda Löwe alzando la mano.

Los cazadores de carros acuden, arrastrando sus cañones anticarros del 7,5 y, a toda velocidad, los emplazan. Si no queremos ser aplastados, es indispensable. Los soldados w. u., jadeantes y esqueléticos, acarrean las cajas de granadas, espoleados por vociferantes suboficiales.

La primera posición es aniquilada por los «T 34» que, como de costumbre, se contonean sobre los hoyos de los tiradores hasta que los desgraciados quedan hechos papilla. Las ametralladoras escupen lenguas de llamas azul-rojo. Sale fuego del largo cañón. El primer cañón «Pak» revienta, aun antes de haber podido disparar, pero un disparo certero de otro «Pak» alcanza a un «T 34». Esto nos da ánimos, ahora nos sentimos apoyados. Dos «T 34» estallan al mismo tiempo, pero del pantano surgen más monstruos. Se me hiel la sangre en las arterias.

—¿Por qué lloras? —me grita *Porta*, implacable, dándome un manotazo en las costillas.

—No lloro, me muero de miedo.

—Yo también, cretino, pero eso no nos salvará la vida.

Las minas «T» están aquí, a nuestro lado, gracias a los ingenieros. Ahora que los gigantes de acero sólo están a veinte metros de nosotros, sentimos su calor y la tierra reblandecida ondula bajo su peso.

—¡Quedaos echados y avanzad a rastras! —grita el teniente preparando su mina—. A cada hombre su carro, luego apuntad a la infantería de acompañamiento.

Se ha puesto de rodillas, listo para saltar. Löwe tiene la sangre fría del oficial de Carros y el coraje del soldado de Infantería. Me aplasto, aterrado, contra el suelo. La tierra es la mejor amiga del soldado en el frente. La tierra con sus surcos y sus zanjás que salvan nuestra horrenda existencia.

Los colosos verdes se aproximan, sus ametralladoras escupen fuego por las aspilleras frontales. Los cañones aúllan y lanzan granadas detrás de nosotros, en las colinas, donde las reservas se apiñan temblorosas. Los morteros, desde más atrás, también escupen granadas que, en un arco tendido hacia el cielo, recaen sobre nuestros irrisorios hoyos. Vuelan miembros despedazados, los gritos de los heridos acompañan a los alaridos de los motores. Las hojas, el fango, el agua hedionda, restos de animales del pantano nos inundan, algas y cañas se enganchan a nosotros y nos transforman en insólitas estatuas.

Todos los sirvientes de un cañón «Pak» son muertos por la salva de un «T 34», pero otros acuden detrás del cañón. Una granada alcanza la torreta del monstruo, una gigantesca explosión y el carro se transforma en una ruina de fuego. Esta vez, salen columnas de las posiciones enemigas y penetran en el pantano despreciando la muerte.

—¡Mirad! —chilla Gregor mostrando la legión de verdes demonios.

Es increíble... El pantano hormiguea de infantes que se deslizan rápidamente sobre el abismo. Van calzados con raquetas laponas y disparan con sus armas automáticas apoyadas en la cadera.

Detrás de ellos vienen trineos motorizados, con ametralladoras que disparan al sesgo. Hasta pasan artillería «Pak» sobre ese puente colgante... Lo nunca visto en toda nuestra vida de soldados.

—¿Quiénes son los piernas que tratan de subhombre a Iván? Nuestros ingenieros deberían acercarse a ver eso. En Moscú aprenderían algo.

Porta me alarga un kalashnikov ruso.

—Toma, hermano, tira tus porquerías alemanas, tendrás una posibilidad de salir con vida.

—No sé manejar eso —dice un w. u., aterrorizado.

—¡Oh!, ya verás cómo se hace cuando Iván se te eche encima; a mí nadie me lo enseñó. Me las arreglé solo.

—¡Fuego con todas las armas automáticas! —ordena Löwe por el teléfono de campaña—. Por lo menos, hay una División al ataque. No puedo aguantar la posición. —Un silencio—. ¡A la porra! Apoyo inmediato de artillería o abandonamos. ¿Acaso no comprendéis nada ahí atrás? —Vuelvo a escuchar—. Bien, mi general, la posición será defendida cueste lo que cueste.

Y enfurecido, arroja el teléfono al suelo.

—Preparemos los pechos de los héroes para la derrota de Adolf —bromeó *Porta*—. ¡Dónde esté un soldado alemán, hay que aguantar hasta que el enemigo le dé una patada en el culo!

Löwe se ha recuperado; vuelve a ser el duro oficial del frente, con sus ojos azules en el rostro alargado, bajo el casco de acero, que contemplan a los «T 34» inmovilizados un instante. Esos asquerosos esperan a la infantería. No tiene gracia ir en un carro de los que acompañan a la infantería.

Ahora nos toca a nosotros.

—¡Segunda sección, lista! ¡Combate contra los carros!

Hace dos años, era una acción heroica que valía una condecoración, una cinta blanca con un carro de plata, pero desde entonces, ¿a cuántos carros hemos combatido? Nadie se acuerda siquiera. *El Viejo* y Löwe van en cabeza, cada cual con una mina «T» en la mano. *El Viejo* lanza la suya bajo la torreta del «T 34», Löwe bajo la panza de otro. Explosiones simultáneas, y los dos monstruos estallan como cartuchos de dinamita. *El Viejo* y Löwe saltan dentro de un hoyo de granada donde el municionero Kleiner está llorando histéricamente.

—¡Puño blindado! —grita Löwe dando una patada al que era, no hace mucho tiempo, el verdugo de Sennelager.

Bajo una lluvia de fango, *Hermanito* se desliza junto a ellos y juzga, de una ojeada, la situación. Silenciosamente, agarra a Kleiner del cuello y lo muele a golpes. «¡Adelante, cobarde!», grita, arreándole un puñetazo en la cara que chafa la nariz de Kleiner.

Este trato devuelve toda su lucidez al hombre. Agarra firmemente un puño de carro y lo tiende al teniente Löwe, que está acechando al borde del hoyo. Un «T 34» se sitúa a treinta metros disparando sobre la batería «Pak». Löwe apunta tranquilamente su chimenea de estufa.

—¡Tiro con puño de carro! —grita a quienes están detrás de él.

La carga magnética corre hacia delante, una llama de cinco metros se extiende detrás del tubo, pero antes de que la raqueta haya alcanzado su blanco, varios fusiles ametralladores apuntan sobre el teniente al que sólo le dan tiempo para desaparecer.

Escuchamos. Una explosión. Carro alcanzado. Después, unos segundos interminables. ¿Habrà resistido el blindaje? Con precaución, uno se arriesga a mirar por encima del borde del hoyo y percibe una larga llama vertical que se eleva de la torreta del monstruo, mortalmente herido. Las municiones que

contiene estallan y, luego, el coloso vuela. Patada de *Hermanito* que lleva una mina «T» en cada mano.

—Vamos, pequeño, ésta es la nuestra.

El Viejo me da una palmada alentadora. No sé cómo, pero también llevo una mina «T» en cada mano. De un brinco saltamos fuera y, justo ante mi nariz, está la torreta de un «T 34». ¿De dónde sale? No lo sé. Por encima de mi cabeza, el largo cañón. Como en sueños, arrojo una mina bajo la torreta y ruedo de costado con la otra mina contra mi pecho. Me muero de miedo; he perdido una bota en el fango, pero no me daré cuenta hasta mucho después.

La presión del aire me proyecta a más de cien metros. El carro ya no existe, pero he aquí que pasa otro delante de mí. Tumbado de espaldas, arrojo mi mina. ¡Nada! He olvidado tirar del cordel. Veo el carro cargarse al último cañón «Pak» y, como una rana, me arrastro en el fango. Los carros pasan junto a mí, pero sólo me queda el fusil ametrallador y algunas bombas de mano. Con eso no se ataca a un carro.

Ruedo en una charca de agua cenagosa para gozar de un corto instante de paz. La tierra humea de azufre y de ácido explosivo, toso, vomito, es horroroso. De pronto veo a *Hermanito* que, como un demonio, ha trepado a la torreta de un «T 34» y golpea en la escotilla. La trampilla se abre, asoma una cabeza con casco de cuero. *Hermanito* arroja su granada en el interior, le corta el cuello al comandante con su cuchillo de trinchera y desaparece de un brinco. Explosión. El carro se para de una sacudida como si hubiese topado con una pared. Mi camarada se yergue, lanza una mina bajo la oruga de otro «T 34» que le llega de frente y puedo ver el brillo de sus blancos dientes en la carne ennegrecida. Antes de esconderse, arroja su última mina que cae muy cerca de otro «T 34», y luego se mete en un hoyo. El carro al avanzar prende el fulminante de la mina que hace reventar el blindaje como una cáscara de huevo. Tres de los cuatro ocupantes saltan y uno de ellos aterriza, por casualidad, en el hoyo donde se encuentra *Hermanito*.

—¡Salud! —ruge éste apoyando su «M. PI» sobre el pecho del horrorizado ruso—. Manos arriba, *gospodin tovarich*, pero rápido *moskovich*; si no, eres hombre muerto.

El soldado ruso, pálido de terror, sabe cómo las gastan en su propia unidad: nada de prisioneros. ¿Por qué los Fritz habrían de ser mejores? Levanta los brazos y desembucha. Naturalmente es anticomunista a pesar de la medalla de komsomol que lleva en la guerrera.

—Se nota enseguida, *woanna plenny* (criminal de guerra) —gruñe *Hermanito* sarcástico—. Anda, hagamos las paces. Yo también soy antinazi,

así es que nada impide que fraternicemos. —Y con gesto vivo, le quita al ruso su machete que se mete en el bolsillo—. De bruces, chinche. —Registra al soldado con mano diestra. Un cuchillo de trinchera sale volando; una pistola del 6,35 desaparece en los bolsillos del gigante, así como dos estrellas de plata—. Vale —añade amablemente *Hermanito*, con una palmada amistosa.

Ambos permanecen un instante juntos oyendo silbar las granadas, y un «T 34» pasa tan cerca de su hoyo que se salvan por los pelos de ser triturados.

—¡Poco ha faltado!, ¿eh, camarada? Pero nosotros todavía no tenemos barras rojas en nuestras cartillas militares. ¿De dónde vienes, komsomol?

—*Niet panjemajo* (no comprendo).

En una jerigonza inimaginable, *Hermanito* entabló conversación con el ruso, que se reía y sacó de su macuto un pedazo de carne y la cantimplora. Ambos masticaron sonriéndose.

—En mi casa, en Kastrama —contó el ruso—, teníamos un alemán, un tipo estupendo. Me gustan mucho los alemanes. —Sacó de una carterita papeles y fotografías borrosas por la humedad—. Mi novia está en Informaciones, se ha hecho un nombre en el Warkomat (Comisariado del pueblo) —añadió tras un silencio.

—Toma, creí que eras anticomunista —dijo secamente *Hermanito*.

—*Niet panjemajo* —dijo hipócritamente el ruso.

—Está bien, embustero, pero de todos modos no vamos a quedarnos aquí hasta el final de la guerra —declaró resueltamente *Hermanito*—. Hay que darse el bote. Muchos recuerdos a tu novia.

Prudentemente, trepó al borde del hoyo: las granadas explosivas silbaban sobre el terreno y la artillería alemana mantenía un nutrido fuego de cortina. La infantería rusa bailaba en el infierno de las granadas, la dotación de un carro estaba dando vueltas convertida en antorchas vivientes. En la mitad del *no man's land* yacía un coronel ruso con las piernas arrancadas.

—¡Enfermeros! —gritaba con desesperación—. Me estoy desangrando.

La salva de un «T 34» le partió en dos, pero un carro «Stalin» llegaba de frente sobre el hoyo donde todavía permanecía agazapado el soldado ruso de *Hermanito*.

—¡Sal de ahí, *tovarich*! —chilló *Hermanito*—. Tu compinche va a aplastarnos.

El ruso, paralizado de terror, no se atrevía a saltar detrás de su compañero; se creía a resguardo en el hoyo, pues nunca había sido de infantería, sino soldado de carros.

—¡*Tovarich germanski*, déjame, no me atrevo!

—¡Idiota! ¡Te van a chafar como una chinche!

De un salto, *Hermanito* se echa a un lado cuando el carro llega sobre él; nota su calor, el ruido infernal le ensordece. El coloso se para en seco, una llama sale del largo cañón, el vehículo se balancea por el retroceso, el motor ruge girando más aprisa, la torreta pivota. El ruso saca con precaución su cabeza del hoyo y, de pronto, se pone en pie como un loco. Ha perdido su casco de cuero, el viento revuelve su corto pelo rubio y abre los brazos con los ojos desorbitados de espanto.

—*Bratja* (no disparéis), soy Ugo Molinski, de Kastrama. ¡*Bratja!* ¡*Bratja!*

Y se precipita hacia el carro. Pero el comandante ruso no ve a su camarada con los brazos en alto y expresión de niño aterrorizado. Sólo distingue un cañón «Pak» detrás de las líneas alemanas, un cañón que hay que destruir si se quiere sobrevivir. El motor ronca, el coloso arranca, la oruga derecha arrolla al soldado Ugo Molinski, de Kastrama, que aúlla mientras es aplastado como un insecto insignificante. No queda de él más que un charco de sangre.

Hermanito rueda, de nuevo, dentro del hoyo maldiciendo a su compañero ruso aplastado por sus camaradas. Se pone tan furioso que agarra su kalashnikov ruso y se lanza al asalto de un grupo de enemigos a los que aplasta como un *bulldozer* demente. Al pasar pisotea a un capitán alemán herido, que le agarra de las piernas. *Hermanito* lo toma por un ruso y le revienta el cráneo con una ráfaga de fusil ametrallador, luego se queda estupefacto ante el uniforme verdegrís y la Cruz de Hierro. Se encoge de hombros, es la guerra y la guerra continúa. Levantando un tremendo chorro de lodo, echa cuerpo a tierra junto a mí, tira su cargador vacío y mete otro nuevo.

—¿Dónde diablos está tu bota?

Ahora es cuando me percato de que la he perdido. Afortunadamente, *Hermanito* siempre tiene recursos. Se hace con un cadáver ruso cuyas botas me van estupendamente, maravillosas botas flexibles y amarillas bordeadas de pieles, botas para dar la vuelta a Europa.

—¿Qué tal?

—Estupendamente. ¡Es de locura lo que llegan a tener los vecinos! Atacamos a un ejército de piojosos en 1941, y ahora están forrados; ¡y los piojosos somos nosotros!

Carros e infantería atacan todavía; nos hacemos el muerto, ojo avizor. Repetidas veces hemos de meter la cabeza en el agua, esa agua sucia, cuando

los rusos se aventuran demasiado cerca. Por fin, al atardecer, logramos alcanzar las líneas alemanas.

El ataque ruso ha fracasado, pero los muertos siembran el campo de batalla y enormes moscas verdes se afanan ya sobre ellos. *Porta* nos alarga la gran cantimplora francesa. *Barcelona* es el primero en beber, tose, asfixiándose, y gime medio muerto.

—¿Qué porquería es ésta?

—Licor de héroes —responde con malignidad *Porta*—. Jugo de patatas podridas o incluso de cadáver. No te preocupes, en momentos como éste reanima.

Durante la noche llegan refuerzos, un regimiento de cazadores ss que lleva una bandera inglesa en la manga.

—¡Vaya, hombre! —exclama *Porta*—. Eso es el colmo. ¿Quiénes sois? —les dice al verles emplazar su ametralladora.

—Comando ss de caza, Michael Gaissmair.

—¡Son ingleses! —prorrumpe *el Legionario* muy interesado.

—*Yes we are* —responde un gigante de barba roja, *Oberschartführer*—. ¿Te molesta?

—¿A mí? Me tiene sin cuidado que seas chino o culo de congoleño, pero, por Alá, ¿acaso Adolf ha hecho las paces con Inglaterra?

—No, cacho de cretino. Los ingleses no han comprendido aún el peligro rojo, aunque acabarán por conocerlo.

—Entonces, ¿cómo es que lleváis esos pingos ss?

—Somos voluntarios —responde un pequeño *Unterschartführer*—. Nos han buscado en el Stalag VIII. Yo estaba allí desde lo de Dunkerque. Compréndeme, tenía ganas de ver otras cosas.

—Lo que es verlas, las veréis, os lo juro, y de las que no ocurren todos los días. Y si no la palmáis aquí, os ahorcarán en Albión cuando regreséis. No me gustaría pavonearme en Londres con oropeles de Adolf. Hasta vuestros generales se ciscarán en vosotros, lo cual os servirá de pasta dentífrica.

—¡Que se cree usted eso! En Inglaterra casi no hay comunistas.

—Eso funcionará quizás el primer año después de que Stalin haya ganado la guerra. Vuestras bellas *ladies* harán carantoñas a comisarios tatuados; pero vosotros seréis ahorcados a pesar de todo.

—Seguro que no —dijo el pelirrojo, tozudo—. Old England siempre ha tenido necesidad de buenos soldados. Nos mandarán al diablo en un regimiento colonial, hasta que todo esto quede olvidado, y nos verás regresar con todos los galones posibles.

—¿Y si Iván os atrapa?

—En absoluto. Juraremos que nos habéis obligado a luchar por vosotros. Cambiaremos de oropeles y nos haremos aplaudir en Hyde Park con medallas rusas en la quilla.

—No me extrañaría mucho —dijo *el Viejo*—. Con los ingleses, todo es posible.

Recogemos las armas y nos despedimos de los ss ingleses. Y una vez más, nos escondemos en los hoyos, ante las posiciones rusas en donde seguramente se cuece algo, pues durante toda la noche oímos el chirrido de los motores de miles de vehículos.

—¡Vaya concentración ahí enfrente! —dice *el Viejo*, con aire pensativo—. Habrá follón.

Cuando *el Viejo* prevé follón, acierta siempre. *El Viejo* es un combatiente hasta la médula y tiene presentimientos cuando se prepara un jaleo.

—Traed las cartas —dice con tono brusco por cambiar de pensamientos.

Y nos dedicamos, de nuevo, al eterno «17-4».

Lenzing, que se ha convertido en el cargador número tres de *Porta* para su ametralladora, se ha recobrado un poco, después de Sennelager.

—Has estudiado Medicina —le dice amistosamente *el Viejo*, ofreciendo un cigarrillo al alfeñique.

—Sí —murmura éste prudentemente, pues las condecoraciones de *el Viejo* le impresionan.

—¿Pero eres médico de veras, con derecho a sajar a la gente? —pregunta *Porta*, muy interesado.

—No. Vinieron a buscarme antes de que terminase mis estudios.

—La culpa fue tuya —gruñe Gregor—. Debes ser de esos que no saben callarse la boca. Propaganda y propaganda, ¿no? Total, que estabas muy tranquilo, con cerveza a porrillo, y aquí estás ahora, con un trazo rojo en tu cartilla. Te han rapado el cráneo y todos tus camelos se han vuelto caca. ¡Te está bien empleado!

—Espero que esta vez habrás entendido la música —dice *Porta*.

—Sí, hay que callar y obedecer.

—¡Anda! No es ninguna tontería. Da taconazos y grita *Heil!* a todo y a todos. Y, sobre todo, no demuestres que tienes más seso que los suboficiales. Fíjate en mí, por ejemplo. Un psiquiatra me tomaría por el mayor imbécil de todos los tiempos. Dejo que digan y me dejen en paz.

Al día siguiente empezó a llover de nuevo a cántaros. Los corrajes se atiesaban, las armas se oxidaban y, hete aquí, que mandan cambiar de

posiciones. Con talante asesino, todos cargamos a hombros el material pesado; las correas nos siegan las espaldas, tenemos ampollas en todas partes. Disputas, puñetazos, injurias. Se trata de ver quién se zafará de arrastrar los morteros.

—¡En columna de a uno, detrás de mí! —ordena Löwe.

Lleva un chaquetón de pieles ruso sobre su uniforme, una pelliza de mayor de la que no ha quitado ni siquiera los galones. ¡Bah! No se hila ya tan delgado. Un bonito abrigo de pieles para una mujer elegante. Y comienza la marcha lenta en el fango.

Hermanito lleva a hombros la cureña de la ametralladora y avanza a grandes zancadas. Detrás de él, el suboficial Helmuth arrastra cuatro cajas de municiones.

—Un toro la palmaría en un garbeo como éste —gime, tratando de estibar mejor sus granadas.

—Estás de coña. ¡Ni un solo toro razonable habría ido a atacar a Rusia, ni estaría dando vueltas con una sierra para carne modelo 42 sobre el lomo!

—¿Qué día es hoy? —pregunta Heide, sin que venga a cuento.

—El dos de setiembre.

—Entonces, todavía faltan tres meses para que finalice la guerra. El Führer lo ha prometido. Regreso de las tropas antes de Navidad.

—¡Y te lo has creído! ¡Nadie es más bobo que ese perro nazi!

—¡Aprenderéis a conocerme! —grita Heide, en el colmo del furor.

—Hace mucho tiempo que te conocemos. Desde el día en que mataste al campesino ruso. Y si, por un casual, la palmas con nosotros, beberemos de alegría hasta palmarla dos veces.

Callaron todos; cada cual, provisto de un palo, rascaba el pegajoso barro adherido a los uniformes. A lo lejos la tierra retemblaba bajo las explosiones. En alguna parte debía de haber fregado.

—De todos modos, resulta curioso que nos hagan galopar en este asco de barro —constató el *Oberwachtmeister* Danz.

A largas zancadas cansinas, proseguíamos por el viscoso pantano. El fango nos llegaba a las rodillas. Costaba alzar las piernas. En ocasiones, la Compañía se detenía cuando el teniente Löwe ya no podía más. Entonces, silenciosos, con ojos apagados, como ganado en el matadero, los hombres contemplaban las charcas, en las que la lluvia formaba círculos. Luego, reanudábamos la marcha, pasito a paso, sin pensar siquiera en injuriarnos, pero maldiciendo la lluvia, el fango, la guerra y, sobre todo, la existencia. Odiábamos a aquellos héroes de la retaguardia, los traidores de la guerra,

aquellos héroes del tocino, de la cocina de campaña, de una cama o de paja, todo lo que constituía un lujo para el soldado de las trincheras.

—En la retaguardia, la guerra puede durar treinta años. Es fácil.

—No te preocupes. Tienen que batirse contra los partisanos —replica el cansado legionario.

Camina con los ojos cerrados, como yo; sólo cuando se ha aprendido a hacerlo se sale adelante más o menos, sustrayendo una apariencia de sueño. Nunca se duerme bastante. Es lo peor de la guerra.

—¡Los partisanos! —dice *Hermanito* ajustando su arma sobre el hombro—. ¡Menudo camelo! —Echó una mano a Lenzing, que tropezaba con sus cajas, y cargó con dos de ellas sobre su ametralladora—. Ahí atrás, sólo tienen que jalar y montar un poco la guardia. Jamás un tiro de fusil. Por lo demás, se morirían de miedo si les disparasen.

—Muy cierto —rugió *Barcelona* con amargura—. Nosotros, los del frente, somos unos mierdas y no otra cosa.

El teniente Stegel andaba como un borracho, con fiebre desde hacía cuatro días, pero no lo admitieron en el hospital. No creían en su fiebre; no ha estado bastante tiempo en primera línea. Todo el mundo conoce el truco del terrón de azúcar impregnado de gasolina, pero se veía perfectamente que, en su caso, no era camelo. De pronto, cae de bruces en el barro, pierde el casco y el fusil ametrallador. Un sargento primero lo pone de pie.

—¡Este barro! —gime—. ¡Este maldito barro!

El Viejo caminaba tranquilamente al lado de *el Legionario*, en cabeza de la 2.^a sección, la sección de asalto del regimiento. *El Viejo* es, lo que se dice, un soldado de marcha como también lo es *el Legionario*, pero de una manera diferente: *el Legionario* trota muy tieso, a paso de camello, durante kilómetros, con su eterno pitillo pegado en la comisura de la boca. Y he aquí que, de golpe, en el horizonte, un extraño ruido nos detiene en seco. Suena, resuena, aúlla, como si cientos de enormes motores se pusieran en marcha a la vez: nos hace pensar en una manada de vacas que huyeran mugiendo de terror. Se oyen sordos derrumbamientos, la tierra retiembla, es un ruido de Apocalipsis. ¿Será el fin del mundo?

—No sé —farfulla el pastor con expresión ausente—, pero eso no me parece nada bueno.

—¡Mirad! —grita el suboficial Linge, aterrorizado.

Un géiser de fuego se eleva hacia el cielo, seguido de largas estelas llameantes.

—¡Órganos de Stalin! —grita Heide metiéndose en un hoyo.

Porta sale del camino a toda velocidad y *el Viejo* apremia a los reclutas.

—¡Al refugio! —ordena Löwe, quien, a su vez, echa cuerpo a tierra.

Las raquetas aulladoras avanzan hacia nosotros, e, instintivamente, todo el mundo abre la boca para que los tímpanos no revienten. Semejantes a puños de acero, se estrellan cinco salvas y cada salva es de ciento cincuenta raquetas. El fuego y la tierra juntos, enormes cráteres horadan el suelo. De una aldea, sólo quedan trozos de madera y algunas piedras.

Luego, Löwe se alza lentamente:

—En columna de a uno, detrás de mí.

A los heridos y los muertos, los dejamos atrás. No tenemos tiempo para ocuparnos de ellos.

—Es la guerra —dice *el Legionario*, indiferente, registrando los bolsillos de un granadero alemán.

Los rusos son más listos que nosotros: no confeccionan ninguna lista de sus bajas. Una sola palabra: «Desaparecido», y miles de tarjetas impresas son enviadas a las familias, cuando la división ha tenido tiempo de hacerlo. Es la guerra.

La noche nos envuelve con su terciopelo protector. Pero la lluvia sigue cayendo, sin parar, de las nubes bajas y opacas.

—Enterraos —ordena Löwe.

Las palas se alzan por encima de las cabezas: es la señal de enterrarse en la linde del bosque. La oscuridad es tal que nos cuesta reconocernos unos a otros, pero como la tierra está blanda, el trabajo es fácil y hemos aprendido a cavar con la pala corta de infantería. Hemos cavado de pie, de rodillas, tumbados también, con frecuencia, bajo un violento fuego de artillería. Cada palada prolonga la vida. El auténtico soldado del frente lo sabe: puede tirarse todo el material, pero jamás la pala. Es una cuestión de vida o muerte. Ella cava nuestra madre la tierra; la usamos en los cuerpo a cuerpo, o bien para revolver un buey puesto a asar, así como la paja que permite descansar a nuestros pobres huesos.

—Oye, Lenzing —declara Gregor—, tendrás que hacerte con una pala rusa. Las nuestras son malas, se rompen fácilmente. Las de Iván son mucho mejores incluso para los cuerpo a cuerpo. Le cortas la cabeza a un tío de un solo golpe; te enseñaré a usarla, es muy importante, si no, nunca volverás a tu casa. Tira antes tu bayoneta, no vale para nada. Topa con las costillas de tu adversario y antes de que hayas podido sacarla, te ha partido el cráneo con su pala. También has de tener más fuerza en los brazos. Procura levantar grandes pesos cuando estemos descansando. Cuanto más fuerte sea tu mano derecha,

mejor podrás combatir. Cuando salí del Estado Mayor general —pues estuve en él—, no hubiera podido matar una mosca con mi pala, pero *Porta* y los chicos del 5.º me educaron. Hoy, puedo romperle el cráneo a un elefante de un solo golpe. Pega siempre por encima de la oreja derecha. Desde luego, el tío te inundará de sangre, pero vale más la suya que la tuya. También puedes golpear hacia arriba, y sesgado hacia la nuca, si se te echa encima de frente. Pero, eso sí, hay que saber hacerlo, pues Iván conoce todos los trucos de la pala. No creas que son tan tontos como dicen los piernas del Estado Mayor. En su vida los han visto. Iván es el mejor de todos los soldados campesinos. A poco que sus verdugos del Kremlin dejasen de hacerles la puñeta como acostumbran estaríamos fritos en un periquete. No hay soldados que vivan con tan poco. Si Adolf tuviese tan sólo diez divisiones de Ivanos alimentados debidamente, llegaría a Pekín en media hora. Pero, sobre todo, no tengas contemplaciones con Iván mientras sea tu enemigo. Ha recibido orden de matar todo cuanto no sea ruso y lo hace sin titubear. Incluso entre ellos, la vida de un Iván cuenta tanto como un arenque salado entre nosotros, y eso no es exclusivo de sus comunistas, ya que siempre ha sido así en el país. Sé que tú eres comunista, hace tiempo que se sabe, hasta el coronel Hinka está al corriente, pero si piensas en desertar ya puedes renunciar a ello, te lo digo yo. Allá se mearán en ti, aunque seas más comunista que ellos. El comunismo que cultivan, no es el que tú crees: sólo los comisarios con estrellas rojas cortan el bacalao y cascan a todos los demás, como aquí. Hiciste el ridículo, Lenzing, el otro día, cuando te pusiste a pregonar tus ideas políticas. Todo eso son patrañas que te han enseñado. No se derriban paredes soplando. Tarde o temprano, esos demonios de nazis la espicharán envenenándose a sí mismos. Yo lo sé, estuve en el Estado Mayor general.

—¿También estás en contra del Gobierno? —preguntó prudentemente el alfeñique.

—Estoy en contra de todo lo que me fastidia. Pero, en estos momentos, hay que hacer la guerra, y la hago. En tiempo normal, soy mozo de mudanzas y sólo hago las mudanzas de quienes me dan buena propina.

—¡Eso es vergonzoso! Por eso hay la lucha de clases. Nada de propinas, todos debemos ser iguales.

—No seas chalado. Si todo el mundo fuese igual, ¿quién daría las propinas? Bueno, cretino, reflexiona un poco, si no hubiera alguien por encima de otro alguien, ya nada funcionaría. Tienes el seso extrañamente averiado. Yo saco más dinero con mis propinas que muchas personas de postín con su profesión.

—¡Ven acá, Gregor! —gritó *el Viejo* que acababa de aparecer—. Hay novedad. Al galope, por favor. Lenzing terminará los hoyos.

—Bueno —refunfuñó Gregor—, novedad quiere decir un latazo. ¡Ya voy, ya voy! ¿Qué pasa ahora?

—Grupo de reconocimiento detrás de las líneas enemigas —respondió *el Viejo* secamente, saltando en el refugio donde *Porta* sesteaba en una cama plegable hallada no se sabía dónde.

Porta siempre sabe instalarse cómodamente.

El Viejo se sentó con aire cansado sobre un casco de acero.

—Bueno, ahí va: *Porta*, *Hermanito*, el Legionario y Sven se vienen conmigo. Gregor también. *Hermanito* llevará la jeringa.

—¡Pero, caray! —chilló *Porta*, levantándose de su asiento—. ¿Por qué siempre nosotros? ¿Acaso hemos de ganar esta guerra solitos?

Y arreó una furiosa patada a una funda de careta antigás.

—¿Dónde está *Hermanito*? —preguntó *el Viejo*.

—Se ha vuelto a casa en el tren nocturno, no quiere seguir luchando. Ya no le divierte. Me ha encargado que te avisara.

—Déjate de bobadas y vete a buscar a *Hermanito*.

El gigante estaba resguardado en un profundo hoyo y jugaba a los dados con tres ingenieros lanzallamas. La partida no había sido apacible: se notaba en un ojo a la funerala.

—Anda, vente, reconocimiento detrás de las líneas —dijo *Porta* dando un manotazo en las costillas de su camarada que le hizo desviar un certero tiro de dados.

El gigante, furioso, le lanzó una granada que *Porta* tiró a lo lejos antes de que hubiese tenido tiempo de estallar. Estaba acostumbrado.

—¡Qué asco! —gritó *Hermanito* pese al silencio de rigor—. Estoy enfermo, me duele la espalda y una pierna. Debe ser la peste asiática.

—Aunque sea verdad, obedeces y revientas —declaró *el Viejo*, que llegaba—. Y ahora, a callar. Los santo y seña son: «Botas de fieltro» y «Patatas de palo».

Hubo una carcajada general.

—¡Vaya un tío listo el que ha inventado eso! Digno del podrido Hitler. «¡Botas de fieltro y patatas de palo!». Pero, bueno, ¿te das cuenta?

—¡Imbéciles! —bramó *el Viejo* distribuyendo las granadas que nos metimos en las cañas de las botas—. En marcha. Y procurad aguzar el oído.

Sigilosos como animales, escalamos el parapeto y nos hundimos en la espesa niebla que se extiende sobre el suelo. Adivinamos el rumor de las

trincheras enemigas, no lejos, justo delante de nosotros. Todo el mundo se aplasta sobre la hierba mojada; los ojos se han habituado a la oscuridad y pueden ver bastante lejos.

—Juntaos —musita *el Viejo* que ha reptado hacia nosotros—. Que nadie dispare antes de oír mi voz de mando, y sobre todo, ningún ruido. ¿Entendido, *Hermanito*?

En la alta hierba, nos ponemos en columna de a uno. El silencio es total. De repente, *el Viejo* se deja caer: ha oído un débil ruido, casi nada, metal contra metal. Un pájaro no habría hecho caso, pero para un combatiente como él, era como un trueno.

—¿Qué te pasa? —murmura *Hermanito*—. ¿Has visto a los vecinos?

—A dos dedos a la derecha del gran poste, nido de ametralladoras ruso. Después, sin duda, las primeras líneas.

—¿Y ahí es dónde quieres ir? —musita Gregor, estupefacto.

—Hay que cruzar y ver lo que hay detrás.

—¡Estarás chalado! Sabemos dónde se halla Iván, es todo cuanto pedía el jefe. No tenemos más que volvernos.

—No. Crucemos y basta de rechistar. Me estáis fastidiando. No es así como se gana una guerra.

—¡El caballero espera ganar la guerra! ¡Lo que faltaba!

—A callar y seguidme, os digo.

Desapareció en la niebla.

Maldiciendo y blasfemando, todo el mundo le pisa los talones.

—Oye, *Viejo*, vuélvete —dice *el Legionario*—. Sé razonable, caramba. He oído lo que ha dicho el jefe: hasta las posiciones y no más lejos.

—Te quejarás cuando regresemos. Aquí soy yo quien manda.

Siempre sigilosamente, nos deslizamos en el bosque, las ramas bajas nos inundan. Estamos empapados, temblorosos. A cada paso, podemos topar con los rusos. ¡Que se vaya al diablo *el Viejo*! Cuando se le ha metido algo en la cholla, no hay modo de hacerle cambiar. Súbitamente, se detiene ante una especie de parapeto que penetra en el bosque, rodeándolo. ¡Dios mío...! Las primeras líneas enemigas. De vez en cuando surge un casco, se oyen pasos, murmullos...

Porta tiró una piedra que resonó sobre metal. Ruido alucinante en la niebla y la oscuridad.

—¿Qué es eso? —preguntó una voz en ruso.

—Un animal, seguramente.

—Vayamos más lejos —musitó *el Viejo*.

Y se puso a reptar a través de una brecha, para pasar detrás de la primera línea.

Gregor le agarró por el cuello de la guerrera.

—¡Párate, pedazo de idiota! Es una locura. ¡Ahora que sabemos dónde están...!

—Seguidme —dijo *el Viejo*, continuando.

—¡Y un jamón! —bramó *Hermanito* furioso—. Estoy hasta aquí. Eso es de loco de atar. ¡Qué nos importa lo que haga Iván detrás de su puerta!

Cruzada ya la primera línea, un tejón se coló entre las piernas de *Hermanito*, quien, aterrorizado, cayó encima de *Porta*.

—¿Qué te pasa, búfalo? —profirió *Porta*—. Armas un jaleo como para alertar a Moscú.

—¡Un tejón comunista me ha metido canguelo! ¡Vaya paquete de caca! Asustar así a los paseantes.

—A callar —dice *el Viejo*—. ¡Se os oye, que es una vergüenza!

Reptamos un rato más y, de golpe, *Hermanito* suelta un pedo sonoro que, en el silencio de la noche, semeja un cañonazo.

—¿Qué es eso? —murmura *el Viejo*, asustado.

Hermanito levanta un dedo:

—Doy parte: el cabo Creutzfeldt se ha peído.

—¡Repítelo y verás!

—Sí, mi comandante. —Y soltó otro más ruidoso aún—. Orden cumplida.

Pero aun antes de que podamos protestar, se oyen voces delante de nosotros... Dos rusos están sentados en un hoyo junto a una ametralladora preparada. Hemos estado suficiente tiempo en Rusia como para entenderles, más o menos.

—Josif, tráete el cordial. Reconozco que lo has birlado de primera. Jamás he visto desaparecer una botella con tanta presteza. Ese bobo de coronel la estará buscando todavía. ¡Caray! Es la mar de bueno.

—¡No grites tanto, Sacha! Si el teniente Dimitrov descubre que pimplamos durante la guardia, estamos aviados. ¡Oye, déjame algo de la botella! ¡No la he afanado para ti solo!

Les oímos beber y reír ahogadamente.

—En mi tierra, en Tiflis, solíamos robarlas y cantábamos:

Mach rodnaja Mitja...

—¡Cállate ya, presumido!

—Canto cuando tengo ganas de cantar. La revolución es para hacer lo que nos guste. —Y se pone a vociferar—: *Volga, Volga...*

—¡Te acogoto como sigas! Se te oye a un kilómetro.

—Mala suerte —dice una voz estropajosa—. En Tiflis, nos gusta cantar. Toma, camarada, el último trago para ti. ¡Por la capilla de San Nicolás, que estaba bueno!

La botella vacía voló por encima del parapeto y aterrizó junto a *Porta*, que se apoderó de ella ansiosamente.

—¡Ni una gota! Qué sinvergüenzas... ¡Robar a su propio coronel!

Una silueta se alzaba en la oscuridad.

—Me voy a dar una vuelta, Sacha.

La silueta resbala, cae, se levanta, vuelve a caerse. Evidentemente, el hombre está borracho. Camina a gatas y juega al caballo en torno del hoyo, encabritándose.

—Los caballos hacen esto en mi tierra. Ven a verme a Tiflis, en primavera, Sacha.

—Pero ¿a dónde vas, imbécil? ¡Si crees que tengo ganas de quedarme solo! Los Fritz pueden echárseme encima de repente.

—No seas cretino, sólo doy una vuelta. Hasta en la guerra es necesario.

Y desaparece en el bosque.

Como dos serpientes, *el Legionario* y *Hermanito* se acercan al hombre agazapado, que ni siquiera se da cuenta de que una afilada pala le secciona la cabeza de un solo golpe. Gregor y *Porta* se encargan del compañero, a quien un alambre enmudece para siempre. Se llevan sus armas; los dos cadáveres son tapados con hojarasca a fin de que no sean localizados demasiado pronto. De momento creerán que han desertado.

—¿Y si regresáramos? —musita Gregor—. Habrá jaleo cuando descubran a ese par.

Pero *el Viejo* se ha metido en la cabeza saber qué hay detrás del bosque, y *Hermanito*, con mirada asesina, le apunta con su fusil ametrallador.

—Aparta eso —dice nerviosamente *el Viejo*—. No quiero que me apuntes.

—¿Acaso tienes miedo? —pregunta *Hermanito*, en tono burlón.

—No te tengo ninguna confianza.

—No eres el único que lo dice. Un día, tiré por la ventana a Nass porque me estaba calentando los oídos con eso. Me costó tres meses de arresto, pero merecía la pena. A él, seis meses de escayolado con dos patas rotas. ¡Le estuvo bien empleado!

Detrás del bosque donde nos ocultamos, se distingue ahora toda una posición, con lanzallamas, a cuatrocientos metros. Pululan vehículos militares de toda clase. Ese espectáculo, poco regocijante, parece satisfacer por fin a *el Viejo*.

—Nos vamos —dice, en tono tajante.

—Ya era hora —se guaseó *Porta* largándose a grandes zancadas—. Tendrás tu retiro, y aún más, tranquilízate.

—Casi una deserción, en suma —dijo Gregor burlonamente.

En un hoyo de granada, justo frente a las posiciones rusas, nada pudo impedir que se detuviera a saquear los cadáveres de tres oficiales: dos rusos y un alemán.

—¡Eso no lo admito! —rugió *el Viejo*, furioso—. ¡Es repugnante!

—Todo el mundo saquea —replicó *Porta* con aire ofendido—. ¿Por qué no nosotros? Cuando se es turista con Adolf, al menos hay que sacarle provecho.

Un cohete luminoso estalló encima de nuestras cabezas.

—¡Mierda! —susurró *el Legionario*—. Tenía que ocurrir, nos han localizado.

Un fusil ametrallador empezó a hipar. Lentamente, los cohetes luminosos descendían hacia el suelo, haciendo la noche aún más oscura cuando se extinguían.

—¡Apartaos!

Nos tendimos cuerpo a tierra, con los pulmones a punto de reventar y las sienes latiéndonos dolorosamente. Nos arrojamos en charcas, quedándonos más quietos que estacas, y entre dos cohetes luminosos, nos ponemos en pie para correr, correr como locos. Pero los rusos ahora disparan de flanco, y hete aquí que aparecen, vociferantes. *Hermanito* dispara con la culata en la cadera sin dejar de correr; yo he conseguido emplazar la ametralladora y cubro a los fugitivos. Los rusos renuncian a perseguirnos, se arrojan a su vez en los hoyos.

Nos reagrupamos en un antiguo nido de ametralladora, pero Gregor falta a lista.

—¿Qué habrá sido de él? —dice *el Viejo*, angustiado—. ¿Alguien lo ha visto?

No, nadie sabe nada.

—Voy a buscarlo —declara resueltamente *Porta*.

—Prohibido moverse —dice *el Viejo* asiéndole del brazo.

—¡Quita las patas! —grita *Porta* dando un manotazo a *el Viejo*—. Voy a buscar al mozo de mudanzas.

Desapareció hacia las posiciones rusas.

—¿Gregor, dónde estás? —gritaba en la oscuridad, sin hacer caso del tiroteo que arreciaba por doquier.

El frente parece despertar, las balas trazadoras llueven sobre el *no man's land*. *El Viejo* duda un instante; luego suelta un taco y corre detrás de *Porta*. Todos le seguimos; a los camaradas no se les abandona. *Porta* está lejos, en el bosque ya. De pronto, surgen siluetas. Él dispara, arroja unas cuantas granadas tras de sí, se precipita en el bosque, y luego se hace el silencio.

—¡Aquí, *Porta*! ¡Aquí!

Es la voz de Gregor, que sale de un hoyo.

—¿Qué puñeta haces ahí? —preguntó *Porta*, rabioso, saltando en el hoyo—. ¿Estás chalado, dime? ¡Tengo al Ejército Rojo en el culo!

Los otros llegan también, pero *el Viejo* está loco furioso.

—¡Estaba acomodado ahí dentro! —se guaseó *Porta*—. ¡El caballero está fatigado!

—No armes tanto jaleo, no podía moverme. Iván ha llegado de repente y me he escondido bajo unas ramas, confiando en que me buscaríais. ¡No iba a cargarme una División entera yo solito!

Sin dignarse contestar, *el Viejo* se puso de nuevo al frente del grupo, rezongando. Heide que, como siempre, está enterado de todo, pretende que van a enviarnos a Varsovia. Parece ser que hay fregado allí.

—Hay cien mil paracaidistas ingleses —dice Heide—, y los soldados polacos hormigean en la ciudad. Toda la división ss Dirlewanger habría sido asesinada en una noche.

Siempre se cree lo que se desea. El doctor Dirlewanger es el hombre más odiado de toda la Europa del Este.

Una hora más tarde, ya estamos de regreso. *El Viejo* da el parte; en cuanto a nosotros, nos echamos en los jergones para dormir, pero por poco tiempo, desgraciadamente.

—Todavía no hemos terminado, muchachos —anuncia *el Viejo*, volviendo—. ¡En pie, vosotros! La compañía debe cubrir a los ingenieros mientras vuelan el otro lado del puente.

—¡Ya está! ¡Si te hubieras estado quieto, no te mandarían con los ingenieros!

—Hijo de puta —grita *Barcelona*—. ¿Cubrir a los pioneros? Estamos aviados. ¿Por qué no limpian todo eso con napalm?

—Faltan municiones —murmura *el Viejo* con aire fatigado, dejando caer los brazos.

—¡5.a Compañía, de frente marchen! —grita Löwe, detrás de nosotros.

En columna de a uno, enfilamos la trinchera, llevando solamente la impedimenta de asalto. Cuando se trabaja con los ingenieros, es necesario ir rápidos.

—¿Sin apoyo de carros? —pregunta *Hermanito*.

—Estando tú, no merece la pena. Cuando Iván te vea, creerá que eres un carro último modelo.

Los zapadores están en la cola de las posiciones: un Batallón reforzado que cuenta con cinco Compañías. Llevan explosivos al extremo de largas pértigas, granadas a ramilletes en sus botas, lanzallamas y también inquietantes bombas de napalm, de origen ruso. Son tipos silenciosos y salvajes, sobre todo, los lanzallamas. Nadie contesta a nuestro saludo. Cuando *Porta* pide un cigarrillo, es un oficial quién se lo tiende, sin decir esta boca es mía.

—Virgen de Kazán, ¿es que sois mudos todos? —gritó *Porta* con rabia, agarrando a un cabo primero por el cuello—. Cuando un cabo de Estado Mayor como yo te saluda, asqueroso, has de responder con voz alta y clara: «Buenos días, señor cabo de E. M. de Carros».

Y empujó al hombre, estupefacto, entre sus camaradas.

Los puñetazos no tardan en llover y *Hermanito* está ya a punto de estrangular a un suboficial cuando una voz tajante nos hace cuadrar.

Piernas separadas, brazos en jarras, nuestro recién conocido, el comandante de ingenieros está aquí, en el medio de la trinchera. Detrás de él, Löwe contempla la escena, sin decir palabra.

—¡Reservad las fuerzas! —rugió el comandante—. ¡Vais a necesitarlas! ¡Toma! —exclama de pronto viendo a *Porta*—. ¿Os habéis fijado? Nuestro especialista del contraespionaje, cabo primero de Estado Mayor. Agradable sorpresa. Sin duda habrá tenido usted tiempo de verificar mi grado, si no, puedo asegurarle que será cosa hecha, dentro de media hora. Y, antes que nada, quítese esa mierda de sombrero.

Porta se apresuró a quitarse su célebre chistera amarilla, para cubrirse con un gorro negro de húsares.

—¿Desde cuándo es usted soldado, cabo?

—A la orden, señor comandante. Hace mucho tiempo, demasiado tiempo.

—He pedido una respuesta.

Porta dio tres taconazos:

—A la orden, señor comandante. Pido autorización para consultar mi cartilla militar que, conforme al reglamento, llevo en el bolsillo izquierdo del pecho.

Dio otros tres taconazos, se cuadró y, luego, saludó brazo en alto.

—¡Pero oiga! —gritó el comandante furioso—. ¿Es usted un cretino?

—A la orden —repitió *Porta* impasible—. El médico psiquiatra del 3.er Cuerpo me examinó en Potsdam y me declaró débil mental incurable. Pregunto humildemente... —Tres nuevos taconazos y brazo alzado— ¿el señor comandante fue visitado por el psiquiatra de Giessen? Hay que hacerlo, el señor comandante debería probarlo. Uno puede permitírsele todo en el hospital psiquiátrico de Giessen. Si se prefiere dormir bajo la cama, mejor que encima, nadie pone reparos. Teníamos allí un comandante de Alpinos que se había precipitado desde una roca, lo cual le causó un reblandecimiento del cerebro. Se creía un perro y alzaba la pata sobre las muletas del capitán médico. Es raro que alguien tenga el cerebro tan descompuesto como para mear sobre los médicos...

Los ojos del comandante echaban chispas. Dio media vuelta y se fue, seguido de Löwe y de dos oficiales ingenieros.

—Eso siempre los pone en fuga —se burló *Porta*—. Se trata de desbarrar suficiente rato para marearlos. Creen que son ellos los que se vuelven locos. Eso de que no les dejen meter baza les pone como borrachos. Detestan eso. Todos los oficiales que me conocen salen corriendo en cuanto me ven. Por esto gozo de buena salud y todavía estoy vivo. Ya he vuelto completamente majaretas a tres médicos psiquiatras. ¡No todo el mundo puede decir lo mismo!

Los zapadores se levantaron y se ajustaron los correaes. El tiro de artillería parecía bastante flojo; visiblemente, la artillería alemana no estaba ya en condiciones de disparar.

El comandante iba al frente de sus tropas, con un grueso cigarro apagado en la boca, que mordisqueaba con aire pensativo.

—¡Adelante! —rugió, indicando con la barbilla la dirección de las líneas rusas.

Una compañía al mando de un teniente ya mayor, avanzó a través del fuego de barrera enemigo, escondido tras una cortina de humo. Apenas han cubierto la mitad del camino, caen como bolos. Una verdadera carnicería. Un grupo y un solo sargento logran pasar y, con la mayor sangre fría, colocan sus cargas de explosivos antes de ponerse a resguardo. Las explosiones hacen volar armas y miembros humanos en todos los sentidos. Lentamente, recae la

humareda sobre la tierra empapada. No ha pasado nada sensacional: muertos, heridos, mucho ruido.

El joven comandante seguía mordisqueando su cigarro y se golpeaba las botas con su «M. PI».

—¡Cretinos! Teniente Keltz, salga con su Compañía y muestre algo de lo que sabe usted hacer.

La 3.a Compañía del teniente Keltz sale sin pensar en la muerte, a través del mortífero fuego de protección. Nuevas explosiones en un torbellino de llamas y de humo que se eleva como un enorme hongo. Se logra practicar brechas. Los supervivientes luchan cuerpo a cuerpo ante las posiciones enemigas.

—¡Venga, la siguiente! —grita el comandante, escupiendo un trozo de cigarro—. ¿Creéis que estamos aquí para divertirnos, gandules?

Una nueva Compañía desaparece en el *no man's land*. Un teniente jovencísimo levanta el brazo: lleva tres semanas en el Batallón, ha llegado directamente de la escuela de Gross Born.

Un siberiano armado con un fusil «Maxim» le toma en su visor; ajusta el tiro, el arma escupe. Las largas cintas rechinan. El teniente de diecinueve años ha recibido una ráfaga en el estómago y la siguiente le corta ambos pies. Corre un segundo sobre sus muñones y luego cae encontrando aún fuerzas para levantar el brazo:

—¡4.a Compañía, adelante! —consigue gritar, pensando en la Cruz de Hierro que su madre le había pedido que trajera a casa.

Luego, le sangra la boca y se asfixia.

El ataque es rechazado, los siberianos avanzan sobre el teniente muerto. Nuevos zapadores parten al asalto, esta vez, con lanzallamas. Del teniente sólo queda un charco de sangre. De repente avanza, desde las líneas rusas, una marea de fósforo ardiente.

—¡Son lanzallamas! —gime *el Viejo*—. Ni siquiera una pulga podría cruzar.

Semejantes a antorchas vivientes, los hombres dan vueltas, se vuelven momias carbonizadas, las alambradas se ponen al rojo y se funden, y un espantoso hedor de carne humana quemada llega hasta nosotros.

El teniente Dornbach, de los zapadores, regresa con cinco hombres, todo lo que queda de su compañía.

—Señor comandante —farfulla el jadeante oficial—, no podemos cruzar.

—¡Qué vergüenza! ¿Cómo se atreve a presentarse ante mí? Le quito el mando y doy parte de su cobardía ante el enemigo.

—Bien, señor comandante —gime el oficial cuyo pecho está cubierto de condecoraciones.

Despectivo, el comandante da media vuelta y entonces suena un tiro. El teniente Dornbach se ha levantado la tapa de los sesos. El veredicto del Consejo de guerra habría sido pena de muerte y ha preferido elegirla él mismo.

—¡No hemos conseguido nada! —chilló el comandante—. Me avergüenzo de mi Batallón. —Su rostro se puso amarillo de odio y le brillaron los ojos fanáticos bajo el casco de acero—. ¡Dietel! Se volvió bruscamente hacia un joven teniente—. Límpieme esa mierda soviética. Hay que destruir los lanzallamas. Si me limpia eso, será usted ascendido a capitán mañana por la mañana y tendrá la Cruz de caballero, aunque deba darle la mía. ¡Vamos, Dietel, vamos!

—Sí, señor comandante —respondió el pálido oficial.

Es una ejecución reglamentaria. El comandante le dio una palmada en el hombro para animarle.

—Ánimo, Dietel, no hay que temer nada de esos subhombres. Sópleles.

El teniente Dietel desaparece cubierto por nuestras ametralladoras.

—Siga usted, teniente Plein —continúa el comandante, implacable—. Siga a Dietel. Rastrílleme ese estercolero y no vuelva para decirme que es imposible. Será mejor que se quede en él.

—Bien, señor comandante —responde Plein, obediente—. Sección lanzallamas, detrás de mí.

La sección le sigue desplegada en tiradores. Los lanzallamas escupen fuego hacia las ametralladoras rusas, que siegan a los hombres del teniente Plein. Nuevas explosiones que hacen retemblar la tierra. El teniente Plein destruye los últimos lanzallamas rusos y mata, como un demente, a uno de sus sargentos que retrocede.

—¡Adelante! —grita a un montón de cadáveres.

Salvaje cuerpo a cuerpo en la trinchera enemiga. Los zapadores avanzan lentamente, la pala en una mano, la pistola en la otra, pero los siberianos son correosos y cuesta doblegarlos.

Con rostros inexpresivos oyen gritar a sus comisarios políticos: «¡Mata! ¡Mata!». Y siempre inexpresivos, matan, se dejan matar, simulando, incluso, estar muertos para luego ponerse en pie. Son robots de la matanza.

Los muertos, rusos y alemanes, se hacinan, con cuchillos clavados en los cuerpos. Un cuello ha quedado casi cortado de una dentellada. Durante esos

cuerpo a cuerpo, los hombres se vuelven lobos. Se lucha, de montón de muertos en montón de muertos.

«¡Atrás!», grita un suboficial que ha perdido la razón y que cae de una salva rusa. Es el último de la compañía Dietel.

Los siberianos recuperan sus posiciones. Grandes ojos almendrados contemplan con indiferencia el amontonamiento de muertos, pero la muerte carece de sentido para ellos, y reanudan la lucha como si no hubiese pasado nada.

—¡No podemos, señor comandante! —grita desesperadamente el teniente Plein que regresa flanqueado por dos heridos.

Y cae muerto a los pies del comandante.

—Imbécil —dice el comandante dándole un puntapié—. Telefonista, llame a la batería de asalto, enseguida.

—Jefe de batería al aparato —dice el telefonista alargándole el auricular.

—Aquí, el comandante de zapadores Moritz. ¿Me oye? Capitán, no puedo arrollar la línea. Mi batallón está compuesto de cobardes. ¿Cuántos disparos me garantiza usted? Granadas explosivas. ¿Diez? No bastan. ¿Quince...? Vaya usted a la porra. Digo quince, si no, comparece usted ante un Consejo de guerra. Bueno. Punto 43. Menos 205. Cuadrado 9 a... Repita. Bien. ¡Tiro directo, pero pronto! Eso no anda bien. Sí, sí, lo sabemos, todo eso empieza a irritarme.

Tiró el receptor sobre el aparato y gritó a los restos de su batallón:

—¡De morros en el barro! ¡Al decimoquinto cañonazo, en pie y adelante!

Las granadas aúllan hacia las posiciones enemigas. La madera, el metal, las armas, los hombres, todo vuela hacia el cielo bajo. Cada granada hace blanco. Las posiciones son socavadas.

—¡Doce, trece, catorce, quince...! —Alzó el brazo—. Sección de asalto, ¡seguidme!

El comandante se lanzó hacia delante, resbaló, cayó, se puso en pie, saltó en medio de la metralla, en una nube de fuego y humo, y desapareció al frente de sus zapadores.

Esa vez, el ataque resulta bien, la posición rusa queda destruida y, en un periquete, limpiamos las trincheras enemigas. Bombas de mano y minas son arrojadas en zanjás y bunkers; metemos explosivos en la boca de los cañones y todo sucede tan rápidamente que no tenemos siquiera tiempo de sentir miedo. Palas y bayonetas, fusiles ametralladores ladran. Hallamos al joven comandante, cigarro en la boca, tumbado sobre un capitán ruso. Muertos ambos. Se ha salido con la suya, pero su locura ha costado la vida de 800

zapadores, un Batallón reforzado, y ninguno de los supervivientes recibirá la Cruz prometida.

Y de pronto... ¡siberianos! Hombres bajitos, vigorosos, con gorros de pieles, pese al calor. En un cuerpo a cuerpo furioso, luchamos entre ruinas. Un baño de sangre horrible, como raramente hemos visto.

Y poco a poco, retrocedemos. Los siberianos no se mueven. Se dejan matar donde están, pero por cada muerto acuden diez más. Siempre se oye el grito gutural: «¡Hurra Stalin!».

Huimos, huimos agachados, arrojando granadas detrás de nosotros. De los lanzallamas brota la muerte. Agotados, exhaustos, borrachos de fatiga, estamos a punto de llorar.

¿Qué es esto? Una granada rusa. Quito el seguro con los dientes, cuento veintiuno, veintidós, veintitrés, veinticuatro, y la lanzo. La granada aterriza en un hoyo y un brazo arrancado salta por el aire. Esto me alivia; esta vez he sido el primero, y me meto en otro hoyo. Pero aquí yace la mitad de un hombre, con la cabeza en el vientre abierto. Gritando, aterrorizado, salgo y veo a *Porta*, con su fusil ametrallador a la cadera. Los rusos atacan, el tiro de protección sigue a nuestras espaldas.

—¿Dónde están los demás?

—No lo sé —dice con expresión de agotamiento—, ¡larguémonos! Me da la impresión de que todo el frente está derrumbándose.

Arrojo tantas granadas que no me da siquiera tiempo a contarlas, y seguimos retrocediendo.

—No puedo más —gimo.

—¡Espabilate! —me replica *Porta*, dándome una patada en las costillas.

Allá, el cartero arrastra a su amigo pastor herido y, a cada instante, tiene que abandonarlo para defenderse. El pecho del sacerdote está horadado por un casco de granada, se ve el pulmón a través de la herida.

—Déjame —suplica el pastor cuando su camarada le recoge.

Un cabo de sanidad se detiene un instante junto a ellos, pero se aleja enseguida: no es más que un w. u. Para los w. u. no hay morfina. El cartero blasfema y lágrimas de desesperación resbalan por sus mejillas.

—¡Esos cerdos, esos malditos cerdos! Ánimo, pastor, eso lo arreglamos. Te llevaré al hospital aunque tenga que pasar por encima del cadáver de Himmler. En un hospital de verdad, te admitirán. Aunque seas un w. u. Allí, tienen otra mentalidad. No hay nazis. Los médicos militares son personas decentes. No gimotees tanto, pastor, no puedo aguantarlo.

Se mete en una hondura arrastrando el cuerpo de su amigo. Un disparo de mortero estalla justo delante de él, una ametralladora ladra en el bosque. Se inclina hacia el pastor.

—Háblame, pastor, ¿qué tal vas? Óyeme, aguanta de firme que casi hemos llegado ya. ¡Aguanta, aguanta de firme!

Y acerca su rostro al del amigo, gris y con los labios negros.

Ruido de ramas rotas en el bosque. Pasos pesados que se acercan. El cartero agarra su fusil ametrallador, apoya la culata en la cadera y, de rodillas, apunta hacia la linde del bosque. Ocho siberianos caen en hilera. Se inclina sobre el sacerdote.

—¿Qué tal, pastor? Recemos a tu Dios. Él nos ayudará.

Pero el sacerdote ha muerto.

Su amigo no lo cree todavía y, con lágrimas de desesperación, se afana en ahondar el hoyo. De pronto surge el teniente Löwe rodeado por el comando.

—Déjalo, no tenemos tiempo. ¿Quién es? —pregunta indicando el cuerpo del pastor.

—W. U. Schneider. Reservista de segunda —responde el cartero, cuadrándose y con expresión de ausente.

—¡Ah! —murmura Löwe—. Uno de los nuevos. Recoja sus papeles y en marcha.

El cartero rompe la mitad de la placa de aluminio y nos vamos corriendo.

Cuando anochece, nos relevan. La mitad de la Compañía yace en la fosa común, con el Batallón de zapadores.

Borrachos de cansancio, nos quedamos dormidos en medio de las ruinas. Ni hablar de encender lumbre. Sobre todo, nada de fuego. El humo atrae a la artillería.

«La mejor arma política es el terror. Todo lo que atañe a la crueldad impone respeto. Que se nos quiera tiene poca importancia con tal de que se nos respete. Incluso que se nos odie, tanto peor, con tal de que se nos tenga miedo».

Himmler. Discurso a los oficiales ss en Jarkov, 19 de abril de 1943.

Nicolás Kaminski había sido maestro de escuela y venía de Briansk, Ucrania. Su madre era polaca, su padre alemán. Durante el invierno 1941-1942, partió con un puñado de fanáticos para hacer la guerra contra los partisanos. Himmler oyó hablar de él por el Obergruppenführer Berger y,

enseguida, se interesó por el hombrecillo cuya crueldad se había hecho célebre, aun más allá de las fronteras alemanas. Sus torturas superaban las de los más imaginativos verdugos chinos, cuando se trataba de infligir una muerte lenta.

Kaminski fue llamado a Berlín y conquistó a Himmler. A partir de aquel momento, los ucranianos se tornaron casi iguales a los germanos a los ojos de los dirigentes ss.

Kaminski hizo una carrera fulgurante. Aunque no fuese germano, llegó en tres meses a ss Brigadenführer y general de División en las Waffen ss. Himmler le otorgó poderes tales que hasta los oficiales mejor situados del Ejército no podían nada contra él. A finales de 1942, el general Kaminski tuvo la idea de crear una república que incluía toda la provincia de Lokot; su brigada se elevaba a 6000 hombres, en su mayoría desertores del Ejército Rojo. Estaba compuesta por ocho batallones de infantería, un Batallón de carros medianos capturados a los rusos, una sección de cosacos y una Compañía de zapadores. En dos años, y ante el asombro de los militares, Kaminski consiguió limpiar Lokot de partisanos.

En la primavera del 43, Himmler destinó la Brigada Kaminski a la región de Lemberg, en Polonia. Allí, Kaminski se superó a sí mismo en crueldad. Donde mandaba, sólo quedaban cadáveres y ruinas.

LOS YAK

—¡Sargento primero Beier! ¡Sargento primero Beier! —gritó un sargento de anticarros—. ¿Es usted el sargento Beier? —preguntó a *el Viejo* que fumaba su pipa con tapadera, sentado en una funda de careta antigás.

—¿Qué pasa?

—Queda usted afectado, con su sección, a una Compañía de asalto. ¡Tengo que llevarle a la posición de la otra margen del río y le estoy buscando desde hace dos horas!

—Entonces hubieras hecho mejor en buscar por el sitio adecuado —respondió *el Viejo* con calma.

Jugaba a las 21 y recogió su postura con hartó sentimiento de *Porta*.

—Dese prisa —rezongó el cazador—. El teniente coronel Echneltz está ya en camino, con la Compañía de asalto.

—¡Armas al hombro! —ordenó *el Viejo*.

Se abrochó la guerrera de camuflaje, y se cubrió el casco de acero con la capucha. *Porta* logró birlar un garrafón de vodka del asiento trasero del coche del comandante, por haber sido el chófer lo bastante imprudente como para quitarle el ojo de encima un instante. Wolf, del Parque Móvil, nos dice adiós con una fingida sonrisa, prometiendo poner el nombre de *Porta* en el cuadro de honor del regimiento.

—Es el día más hermoso de mis años de servicio —dice con expresión ladina—. Muchos recuerdos al infierno, *Porta*. Ya sabes que nunca he podido tragarte. Eres un sujeto depravado, un auténtico chacal, pero Dios es bueno y me permitirá asistir a tu ejecución. Espero que recibas una bala en el vientre y que tengas tiempo de arrepentirte de todo el mal que me has hecho.

Sus dos perros lobos le guardan los flancos, con expresión tan malvada como la suya, y hasta parecen sonreír. *Porta* se volvió y se puso la mano delante de la boca, como para eructar.

—Hasta el fin nadie es dichoso. Te denunciaré al primer comisario político que me encuentre, y no disfrutarás mucho tiempo de tu victoria. ¡Te lo digo yo!

Pero *el Viejo* nos apremia, caen granadas en el río, hay que alejarse del puente, a toda prisa. El terreno se eleva y, súbitamente, se torna cuesta empinada; resoplamos, resbalamos.

—¿Adónde diablos vamos? —pregunta *Hermanito*—. Hacia el trono del Señor, ¿verdad?

—Enseguida llegaremos —declara el de anticarros, con una extraña sonrisa—. Hasta tendréis tiempo de descansar.

—¿Y te quedarás a cantarnos una nana?

—No, aunque me nombrasen coronel. Vale más que os diga que vais al sacrificio, y si queréis un buen consejo, largaos cuanto antes. Iván estará a la orilla del río, en masa. Ni un *basset* pasará a través.

—Es posible, sin embargo, que el teniente coronel te mande quedar con nosotros.

—No, tengo órdenes de mi capitán. Vosotros nos releváis.

Nos presentamos al teniente coronel; un hombre de bastante edad y visiblemente preocupado, que nos indica las posiciones a ocupar. Posiciones de primer orden, con puestos de tiro naturales y parapetos rocosos.

—Ese sendero que veis ahí, es el único paso para los rusos, si se deciden a atacar —explicó el capitán de cazadores al viejo teniente coronel—. Podéis barrerlo fácilmente con ametralladoras. Mientras sea de noche, nadie se aventurará en él, pero de día —añadió más lentamente—, ya es otro cantar. El general ha dicho que a toda costa debemos mantener la posición algunas horas. Sobre todo esté al tanto de los tres cohetes verdes, y en ese momento dense prisa en volver al puente antes de que lo vuelen. Tres cohetes verdes, no se le olvide.

El oficial reunió sus hombres y desapareció en un tiempo récord. En torno nuestro, se amontonaban cajas de municiones, cestas de granadas de mortero, bombas de mano y minas.

—¡Palabra! —dijo *Hermanito* muy sorprendido—. ¡Diríase un pequeño Verdún! Nunca he visto tanta pólvora desde que los prusianos me pidieron socorro en el 37 contra los enemigos del Reich.

—Basta ya, cabo; los rusos no tardarán en llegar.

—¡Vaya caca! —rezongó *Barcelona*, muy deprimido—. Van a aplastarnos con sus carros.

—¡Cacho de imbécil! ¿Carros aquí? Si cometiesen la estupidez de trepar, los haríamos polvo con bombas de mano.

—No, lo más peligroso es la artillería de Iván. En este picacho, estamos como en bandeja para que se nos carguen. Ni siquiera un tirador ciego nos

fallaría. Seguramente, es lo que van a hacer.

Porta se acomodó en un hoyo y extendió ante sí el tapete verde para jugar a cartas. *Hermanito* daba vueltas agitando una esquila que debía oírse a varios kilómetros de distancia, en la calma de la noche. El teniente coronel Schmeltz pasaba el tiempo echando broncas a todo el mundo. Era un oficial de la Reserva sin la menor experiencia del frente, y sólo sabía hacer una cosa: echar broncas.

Hermanito, que no se apartaba nunca de su ex Gestapo, se tumbó al lado de éste.

—Me oyes, perro, tan pronto Iván trepe la cuesta, disparas con la jeringa y continúas hasta que yo venga a ocupar tu puesto. Luego corres como la Policía tras de un asesino, delante de la ametralladora y juegas a recoger mis balas. Que el diablo te proteja si intentas largarte. Verías de lo que soy capaz.

—¡Hazle entrar en la gloriosa historia del regimiento! —se guaseó *Porta* desde su hoyo—. Escucha, por ejemplo: «El ex Gestapo Adam Lutz arremetió contra los subhombres siberianos. Le arrancaron la pierna derecha, pero él la usó como una maza para romperle la cabeza a un camarada comisario ruso. Finalmente, el valeroso soldado se batió con su cabeza sangrienta bajo el brazo, y justo antes de morir logró cortarles el cuello a dos generales siberianos. ¡Así es como nos portamos los hombres del *Reichsführer* Adolf Hitler!».

—Mientras tanto, ¿dónde crees que se encuentra nuestro bravo general de división?

—Lo menos a cincuenta kilómetros de la margen segura del río. Garantizado y certificado. Contemplando la posibilidad, con el Estado Mayor, de una retirada estratégica que sea una victoria. Rectificar las líneas es ahorrar sangre alemana.

—No comprendo nada de lo que estáis rajando —dijo el cabo Walh, el último de seis hermanos muertos por la patria.

—Tampoco te lo pedimos —se cachondeó *el Legionario*—. Has venido al mundo para obedecer y hacerte matar heroicamente.

—Nuestro general de división es un estratega genial —continuó *Porta*—. Empieza viniendo en persona, con las posaderas bien acomodadas en su «*Kübel*», para rectificar el frente. Detrás de él, algunas baterías para protegerle de los enemigos del pueblo que rehúsan comprender la bendición que supone la cultura alemana. Luego, llega el Estado Mayor con sus estadísticas de combate, a fin de que el general tenga todo a mano para escribir sus memorias cuando ya no haya líneas que rectificar. Después,

médicos y enfermos, luego montones de gente y por último los pipis que no comprenden nada de nada pero que, a pesar de todo, trotan.

—¿Por último la Infantería, dices? Entonces, ¿cuándo intervenimos nosotros?

—Eres más tonto de lo que creía. Nosotros no intervenimos, en absoluto. Defendemos la retirada estratégica y, como que la mejor defensa es el ataque, nos encomiendan tomar, por asalto, Siberia, China, hasta el emperador Sol de Tokio, antes de atravesar en piragua el Pacífico para conquistar la fortaleza de los judíos, en Washington, e izar la bandera alemana en la Casa Blanca. ¿Entiendes? No ha hecho ninguna tontería el general instalándonos en este paraje veraniego polaco.

—Es una mierda —opinó el ciclista Litevka, que lleva espuelas para subrayar su pertenencia a la Caballería, pero *Porta* afirma que las lleva para poder reventar el neumático trasero si, por ventura, se le rompiesen los frenos al bajar una pendiente. Los soldados piensan en todo.

El teniente coronel Schmeltz va y viene esperando la señal prometida por el general de la División, pues la palabra de un general prusiano no puede ponerse en duda. Fotos de chicas desnudas pasan, subrepticamente, de mano en mano.

—¡Señor! ¡Vaya tetas, podrían albergar un petrolero! Una verdadera injusticia, las hay que lo tienen todo y otras casi nada. Conocí a una entre cuyas nalgas podía esconderse un cañón de «Pak». Cuando se bañaba en el Danubio, hacía subir el nivel del río.

Porta gime que le gustan las chicas altas y fuertes, aunque él sea seco y flaco, como un tallo en el desierto.

—En mi último carnaval, en Munich —dice a su vez Julius Heide—, conocí a una condesa cuyo marido estaba en el frente. Copado.

—Lo estará tu seso —se burló *Porta*—. ¿Por qué te mezclas siempre con la alta sociedad? No olvides que eres un simple suboficial, claro que puedes ser designado para aportar sangre nueva a esos carcamales de oficiales, no digo que no.

Poco después de medianoche, el horizonte se puso a llamear. Un fragor, sordo y terrible, sacudía el suelo. La artillería pesada debía haber abierto un fuego del infierno.

—¿Qué estarán preparando los rusos? —preguntó el teniente coronel Schmeltz a *el Viejo*, escuchando con aire preocupado las lejanas explosiones.

—Van a atacar. Sería muy tonto no hacerlo y ellos no son idiotas.

—¿Qué propone usted?

—Largarnos antes de que sea volado el puente.

En aquel preciso instante, una explosión aterradora retumbó en el bosque, y un géiser de llamas se elevó hacia el cielo.

—¡El puente! —gritó Heide—. ¡Los infames cerdos!

—A su salud. Ahora se trata de salvar la puerta de servicio.

El teniente coronel perdía literalmente la chaveta.

—¡Sargento primero Beier! —gritó tras haberse recobrado un poco—. Salga usted, enseguida, con dos hombres. Diez minutos después le sigo con la compañía. —Se secó la frente con su gran pañuelo de hierbas—. Hay que ganar el río. Si de verdad ha sido volado el puente, intentaremos cruzar cueste lo que cueste.

—No cabe duda de que han volado el puente —susurró *Porta*—, pero no tema, seguramente los nuestros han dejado un puente de barcas.

El teniente coronel, indeciso, miró a *Porta* y no tuvo siquiera el valor de echarle una bronca.

—*Porta*, Sven y *Hermanito*, seguidme —dijo *el Viejo*, al hombro su arma automática.

—Por supuesto, y nadie más. Siempre nosotros. ¿Por qué, para variar, no envías la compañía como preludio?

—¡A callar!

Porta se caló resueltamente su sombrero amarillo en el cráneo, se puso el fusil ametrallador bajo el brazo como si fuese un bastón y corrió tras de *el Viejo*. *Hermanito* tropezó y dejó caer su ametralladora con un estruendo que evocaba el de una tonelada de leños rodando escaleras abajo.

—¡Ya podían haber puesto letreros! —eructó el gigante—. ¡No hay manera de hacer turismo aquí!

Toda la noche escuchaba, en una oscuridad gris azul. Cada árbol, cada matorral respiraban terror. Los tacos de *Hermanito* debían de haber despertado a todo el Ejército ruso, que no podía estar lejos.

—Que el diablo le lleve —murmuró el sargento Blask mientras examinaba por centésima vez su arma—. Hace un rato largo que hubiéramos debido largarnos.

—¡Y que lo digas! Vaya mala pata. Si hubiésemos tenido al teniente Löwe, en vez de ese imbécil de la reserva...

El teniente coronel Schmeltz no pudo dejar de oír la frase, pero no dijo esta boca es mía. Miraba su reloj con angustia. Dos minutos más, y salíamos tras las huellas de *el Viejo*.

La noche es cálida y bochornosa. Sudamos. Los mosquitos son peores que nunca, nos atacan en extensas nubes y se meten por los mosquiteros. De noche, los mosquitos; de día, las balas. Un olor a podrido se nos mete en la nariz: es el pantano, y en él debe encontrarse Iván. Al menos, de allí vendrá.

—¡Listos para salir!

Se susurra la orden y, en silencio, recogemos las armas y los w.u. gimen bajo el peso de los lanzagranadas. Todo el mundo se muere de miedo.

—¡Paso a la cultura occidental! —gritó Gregor, sarcástico—. Mi hermano galopó detrás del Kaiser, yo en pos de Adolf. Si tengo un hijo, lo mandaré a África con los caníbales, no tendrá patria que defender.

—Te equivocas, amigo mío —rectificó *el Legionario*—. Yo he luchado en todos los arenales de África: decían que defendíamos a Francia. No se puede escapar nunca a la patria, está en todas partes. Es la voluntad de Alá.

El teniente coronel alzó el brazo y, sigilosamente, la compañía enfiló el estrecho sendero.

Dos tiros rasgaron, de pronto, el silencio. Un «M. PI» hipaba largamente. Era *Hermanito* quién disparaba, se notaba en sus cortas ráfagas. Los tres han debido encontrarse con Iván.

—¡Atrás! —grita el teniente coronel.

Los hombres saltan a los hoyos que acabábamos de dejar, y emplazamos las armas automáticas. Lutz temblaba hasta castañetear de dientes. ¿Qué quedaba del hombre con abrigo de cuero que mandaba al paredón a los franceses?

—¡Fíjate en ese fondón! Tiembla como un budín caliente —dice *Barcelona* riéndose.

—Recóbrate —amonestó Heide—, no olvides que estuviste en la Gestapo. Al menor fallo, te liquido.

Algunas salvas más; luego, el silencio; la Compañía descendió por el sendero. De pronto, una voz:

—¡Calma, cagones, no disparéis, somos nosotros!

Jadeantes volvimos a encontrarnos en los hoyos, y *el Viejo* se tumbó junto al oficial. Encendió despacio su pipa, apretó el tabaco y se tiró de la nariz, que semejaba una patata arrugada.

—Rusos en todas partes, mi coronel. Ninguna posibilidad de cruzar el río. Y por si fuera poco, son *yak* (mongoles). Hemos liquidado una sección de ellos que dormía. Si nos hubieseis seguido más de cerca, hubiéramos pasado, pero ahora ni hablar, el cerrojo está echado.

—¡Cuidado! —gritó alguien en la oscuridad.

Un cohete luminoso subía hacia el cielo. Nosotros estábamos más quietos que las piedras, pues el más pequeño movimiento nos hubiera delatado. Con infinita lentitud, el cohete viró hacia el Oeste y se apagó sobre el río. De nuevo, oscuridad de tinta, y luego otro cohete que parece suspendido durante una eternidad. Pero los *yak* han cometido una tontería con sus cohetes. Nosotros estamos protegidos por un peñasco, en tanto que ellos, ahora, quedan al descubierto en la alfombra de hierba verde. Todas las armas crepitan dirigidas hacia los hombrecillos amarillos, que nos son servidos en bandeja, y que ruedan como bolos por la pendiente.

A su vez, *el Viejo* lanza un cohete luminoso que nos descubre el conjunto del terreno, frente a nosotros. Los mongoles, presas de pánico, son barridos mientras la luz se apaga lentamente. Oímos a los heridos, que gimen bajo nosotros, y el silencio vuelve a reinar.

—*Ven, dulce muerte, ven* —canturrea *el Legionario*, con su eterno pitillo en la comisura de los labios.

—¡Vete a la mierda! —ruge el suboficial Schramm que ha sido cabo de varas en Torgau.

El teniente coronel va de uno a otro, da órdenes contradictorias y nadie le toma en serio. Heide y *el Legionario*, que trepan por el sendero, entierran minas T y cuelgan granadas de los árboles, conectadas con detonadores. *Porta* prepara cócteles Molotov. *Hermanito* ata bombas de mano a palos, lo que viene a ser un lanzagranadas tremendamente peligroso, y que él es el único que se atreve a emplear. Sin duda no se percata del riesgo, pero es uno de éstos a quienes les gusta lo que mete ruido. No comprende que puede perder los brazos. *Barcelona* y Gregor ocultan el mortero entre unos ramajes, con el tubo orientado hacia el sendero.

—Como los carros —dice *Barcelona* al teniente coronel que los mira boquiabiertos—. Pone usted piedras y tierra en torno de la cureña y ya no se mueve.

—¡No os canséis tanto! Ese tubo de estufa puedo empujarlo con mi trasero sin que me pase nada —afirma *Hermanito*, jactancioso como siempre.

Haciéndole un guiño a *Barcelona* que, por fin, comprende, Gregor pone gentilmente una mano sobre el hombro del gigante:

—¿Pretendes que puedes retenerlo cuando lo dispare? Diez contra uno a que vuelas al mismo tiempo que el tubo de estufa.

—Diez contra uno —acepta el gigante, con aire de superioridad.

El teniente coronel Schmeltz interviene para detener este juego idiota, y se lo comunica a *el Viejo*, quien rehúsa meterse en el asunto. Si *Hermanito* tiene

ganas de suicidarse, allá él.

Pero, de repente, se oye el rodar de pedruscos por la pendiente y, acto seguido, una «Maxim MG» escupe sobre el valle.

—¡Atención! —musita Heide—. Ahí vienen. Aquellos matorrales son una trampa. Hace un rato no estaban.

Todo el mundo mira hacia los matorrales que se vislumbran en la oscuridad. Heide lleva razón: avanzan a saltitos. Pese al calor de la noche estival, siento frío en los huesos. Si caemos en manos de esos monstruos, nos degollarán como borregos.

—A mi voz de mando —dice *el Viejo*—, todo el mundo y a la vez. ¡Lanzad!

Ciento treinta y seis bombas de mano silban a un tiempo sobre los rusos y hacen el efecto de una erupción volcánica. Gritos, hombres que salen huyendo. En un abrir y cerrar de ojos, han desaparecido todos los matorrales.

—Parece la noche de San Juan —murmura el sargento Blaske—. Menudo castillo de fuegos artificiales...

Vuelve a reinar la calma, pero ¿por cuánto tiempo?

—La política es una mierda —constata de pronto *Hermanito*—. ¡La de fastidios que me ha causado! He necesitado siete años para llegar a cabo de Estado Mayor, y es tardar mucho para dos tiritas y una estrella de lana en la manga. Sólo me quedan veinte años para la jubilación. Y pensar que está prohibido enviar putas a los harenes del Este y que, sin embargo, está permitido enviar carne de cañón. ¡De frente, march, *Hermanito*! Lo he hecho por un marco diario. Hasta ahora, la cosa ha ido más o menos bien, pero ¿y después?

De pronto, le vemos abalanzarse hacia su «MG 42» y disparar como un loco. *El Viejo* tira una bala trazadora. Los rusos están a cien metros de la posición y empujan, ante sí, fardos de hierba... Los vigías no les han oído siquiera, pero *Hermanito* tiene un oído extraordinario. Entonces se incorporan y avanzan a gatas. Son efectivamente mongoles de ojos oblicuos y pómulos salientes. Soldados del Ejército ruso que apenas entienden el ruso.

Fuego a discreción, con todas las armas. Se oyen breves voces de mando. Un comisario soviético tira su pistola al aire en señal de ataque.

—¡Hurra Stalin! ¡Hurra Stalin!

El sargento Schmeltz y el cabo Lutz se atarean febrilmente con el lanzagranadas; sin guantes de cuero, meten granada tras granada en el cañón y no sienten sus manos doloridas y ensangrentadas. La hierba se torna roja de sangre. Heide, que ha agarrado un pesado lanzallamas, escupe salvas cortas y

precisas hacia los soldados amarillos, pero siguen llegando otros que trepan, incansables.

—¡Hurra Stalin! ¡Hurra Stalin!

Cinco lanzallamas más empiezan a funcionar. El fuego repta por el suelo y transforma a los mongoles en antorchas vivientes.

—Si por lo menos pudiesen verlos desde el Kremlin —dice *el Viejo*—. A su amo le gustaría.

—Se cagaría encima, sí, su única idea es la de la supervivencia del comunismo. ¡Los tontos que lo aclaman le importan un pito!

Detrás de nosotros las bombas de mano restallan como latigazos. Aferrados a su ametralladora, *Hermanito* regaña a Lutz que le parece demasiado lento y le pateo, repetidamente, el trasero.

—¡Viva la Legión, Alá akbar! —grita *el Legionario*.

Nuevas líneas de infantería rusa trepan por la pendiente: soldados condenados. No hay nada más terrible que un ataque en una pendiente descubierta; es un juego de bolos en el que los bolos no tienen ninguna posibilidad. ¿Pero de dónde saldrán tantos soldados? Hormigean. ¿Tan importantes somos? Una sola compañía alemana, gastada, nacida sin charanga, para morir en el estercolero militar.

—¡Tirad bajo! —grita *el Viejo*—. Alza 300.

Son barridos los soldados de rostro aplastado. Les han dicho que mueran por el dios del Kremlin, y lo que dicen los superiores debe ser verdad. Como también nos han dicho a nosotros, por Adolf, así es que Fritz lo hace sin protestar. Una orden es una orden.

—¡Las minas! —grita *Porta*, que corre, agachado, al encuentro de nuevos mongoles.

—¡Ven, dulce muerte, ven! —canturrea el Legionario, disparando a bulto.

La tierra se cuarteo, los cuerpos saltan, la presión del aire nos lanza varios metros atrás, pero esta vez el enemigo huye a todo correr, soltando sus armas.

Hermanito avanza corriendo con el 42 bajo el brazo, y tira contra todo lo que se mueve. Grita, ruge, lanza carcajadas: es el golfillo de la calle, el reprimido que se expansiona con una voluntad de potencia mortal. Como locos, le seguimos: los fugitivos van cayendo.

—¡Matad, camaradas, matadlos en el vientre de sus madres! ¡Es lo que ha dicho su Ilya Ehrenburg!

Y matamos, sin pensar en otra cosa que matar. Un comisario se levanta detrás de un matorral; la estrella roja brilla en su gorro de pieles y nos

acomete con una mina S en cada mano. Risa sardónica de *Porta* que se encara el fusil telescópico. La cara del ruso revienta como un vaso de vidrio pero, aunque moribundo, se arrastra hacia nosotros con sus minas.

—¡Canalla! —grita *Hermanito* atravesándolo con su bayoneta.

Diríase que la colina vuelve a estar en silencio: apenas si se oyen los gemidos de los heridos. Heide les lanza la primera botella de gasolina.

—¡Alto, cerdo! —grita el coronel Schmeltz—. Le prohíbo rematar a los heridos.

—A la orden, mi coronel. Ni un chico aguantaría esos gemidos, se les hace un favor matándoles.

—Le mandaré ante un Consejo de guerra.

—Inténtelo —interviene insolentemente *Hermanito*—. No hacemos más que lo mandado por el ss Himmler: destruir a los subhombres.

—¡Sargento, anote el nombre de ese hombre! —gritó Schmeltz con voz restallante.

El sargento Blaske apuntó en su carnet el nombre del gigante, con una indiferencia total.

—Es porque me ha dicho que lo haga —se burló dirigiéndose a *Hermanito*.

—Entonces, hazlo. Le cortarán la cabeza si ss Himmler se entera, pero, si ése es su gusto, allá él.

—¿Traes tus pinzas? —musitó *Porta*, siempre práctico, a *Hermanito*—. Tiene que haber montones de oro que recoger entre esos simios amarillos.

Y con el machete a punto, desaparecen en la noche azul.

—Dos superidiotas —murmuró *el Viejo*—. Esa codicia sórdida les costará la vida, algún día.

Cerca del río retumbaba un violento cañoneo de artillería; el cielo estaba rojo, pero pronto vimos reaparecer a los dos compinches, con su provisión de dientes de oro.

—Esos chintokes están forrados. ¡Nosotros no podemos ni pensar en ponernos un diente de oro con el sueldo lamentable que nos paga Adolf! Los germanos se contentan con acero Krupp, como todos los esclavos alemanes.

—Escucha —murmuró de pronto *Hermanito*, aguzando el oído—, ¿no oyes?

—Carros... ¡Señor, es verdad, los carros!

—No, hombre, debe de ser algún animal que corre.

—¡Carros te digo!

—¡Los carros! —gimió el teniente coronel Schmeltz—. ¡Estamos perdidos!

—Lo estamos de todas formas —replicó *el Viejo* muy tranquilo chupando de su pipa con tapadera—, pero si queremos largarnos, tendrá que ser enseguida. Tan pronto claree, la artillería de Iván trepará la cuesta. Me pregunto por qué querrán liquidarnos a toda costa. Este picacho, ¿qué les importa? Quizá creen que somos ss, entonces que Dios se apiade de nosotros, si caemos en sus manos. Preferiría morir de un tiro en el vientre.

—Comprendo perfectamente, pero ¿cómo escaparemos?

—Bajando de esta maldita montaña. Hay que utilizar la pared rocosa, ya que por ese lado no nos esperan. Habría que estar loco para aventurarse por ella.

—¡La pared! ¡La mitad de la Compañía se matará en ella!

—Antes matarse en ella que caer vivo en manos de los *yaks*. Un *yak* no puede siquiera reír. Coma, mate, ame, permanezca frío, duro y amarillo. Siberia exige eso. El hielo eterno.

—¿Y son éstos los que tenemos enfrente? Pues entonces, ¿qué hacemos?

—Disparar mientras haya municiones, y tratar de largarnos. Ni hablar de capitular; nos harían picadillo, en vivo. Matadlos en el vientre de su madre, les ha dicho su escritor Ehrenburg.

—Si salgo de ésta —rugió el coronel—, me reservo el decirle lo que pienso al general de la División. ¡Le doy mi palabra!

—No se haga usted ilusiones. El general tiene todos los poderes. Sería una locura acusar a un comandante de división, supercondecorado, que ha dado ya cuatro hijos y seis hermanos a la patria. Su padre se suicidó cuando capitulamos en 1918. Todo eso cuenta, mi coronel. Por lo demás, su queja no llegaría ni siquiera hasta al Batallón, y aún tendría usted suerte si no le hacían pasar por loco.

—¡*Viejo*! —gritó *Porta* desde el fondo de un hoyo—. Vente para acá. Hemos birlado a los chintokes un garrafón de sake. Eso reanima a toda velocidad.

Hermanito alzó su nariz detrás de *Porta*, con su fea cara iluminada por una sonrisa.

—Si desea usted un *maître*, mi coronel, aquí está *Hermanito*. Hasta le voy a confiar algo: ¡esto hierve de comunistas!

—Cabo Creutzfeldt —dijo, con un reproche, el oficial—, ¡está usted borracho!

—Jefe, yo... debo decir... que tiene mucha vista. Hago notar a mi coronel que tengo fiebre. El sake resucitaría hasta a un camello.

—¡Es usted un cerdo, Creutzfeldt! —Y el coronel se alejó con asco del gigante queapestaba a alcohol. Éste cayó en brazos de *Barcelona* a quien besó efusivamente—: ¡Virgen santa de Kazán! ¿Todavía vives? Creía que el vecino te había retorcido el pescuezo. Los chicos de Moscú se pirran por todos los que cambiaron de camisa en España, a las doce menos cinco.

—¡Venga, vosotros, que nos vamos! —gritó *el Viejo*.

—Nada de eso; izad bandera blanca —gruñó el enfermero Kuls—. Jamás pasaremos. Si nos rendimos, nos tratarán decorosamente.

—¿Estás completamente chalado, o qué? ¡Vete a ver cómo te recibe Iván! Además, ¿dónde has metido tu emblema del Partido? Lo has tirado ya, ¿verdad? Es demasiado tarde. Te prevengo que Iván ya no hace caso de los chicos pardos que quieren volverse rojos.

Hermanito compareció hipando:

—¿Pero qué oigo? ¿Hay alguien que quiere desertar?

Agarró a Kuls por el cuello y lo arrojó, rodando, por el suelo.

—Ya está bien, Creutzfeldt —dijo el coronel—, largo de aquí.

—¿He de tomármelo como un despido? ¡Sería la palabra más mona que he oído en toda mi carrera!

Durante aquel parloteo, *el Viejo* lanzó un cohete luminoso, para orientarse. A la luz del magnesio, vimos una fila de «T 34» que giraba en el valle dirigiéndose hacia el camino empinado que llevaba hasta nosotros. Los motores aullaban a todo gas. Abetos y abedules se abatían bajo los gigantes de acero. La infantería se arracimaba en las escotillas traseras.

Hermanito, despejado de pronto, se puso a atar apresuradamente granadas en ramillete junto a botellas de gasolina.

Lentamente, los primeros «T 34» llegaban al pie de la montaña, chirriando con todas sus orugas. *Porta* preparaba una mina, *Hermanito* se ocultaba a unos cuantos pasos, en una anfractuosidad del terreno, con sus minas magnéticas y sus cócteles Molotov.

—¿Saldremos del paso? —preguntó a *el Viejo* el joven Lenzing, que temblaba con todos sus miembros.

—Esperémoslo. —Seguía fumando y no perdía su sangre fría—. Hay que conservar la cabeza sobre los hombros. No es tan terrible. Alárgame las minas descapsuladas. Cuando hayamos volado el carro, le tocará el turno a la infantería, y, sobre todo, no hay que dejarla acercarse a menos distancia que la de un tiro de granada. Bárreles y nada de ideologías, ¿eh? Los de ahí abajo

son tan poco comunistas como yo nazi, pero es la guerra. Mátalos, si no, te matarán. ¡Aunque les metas la doctrina del Partido en las narices!

—¡Tengo tanto miedo!

—Yo también, pero que el miedo no te paralice, si no, estás frito.

Los «T 34» se acercaban aullando, con el largo cañón apuntando amenazador fuera de la torreta. El primer carro estuvo varias veces a punto de volcar en el abismo, pero las orugas se agarraban bien. *El Viejo* puso las bombas de mano delante de él, con las cápsulas destornilladas; mascaba tabaco, lo escupió a lo lejos y notó las briznas en la punta de la lengua. *Porta* abrió un bote de conservas, «made in U. S. A.», valiéndose de su bayoneta como tenedor. Es su costumbre: antes de un ataque siempre tiene que llenarse la andorga, aunque cualquier médico se lo desaconsejaría. Una herida en el vientre supone una peritonitis segura, pero para *Porta* más vale palmarla pronto con la tripa llena, que morir lentamente en el hospital.

La conserva es engullida con sake; luego, abre otra, la olisquea y añade un poco de sal sacada de una bolsita. Su amor del confort se nota hasta los menores detalles.

Los carros giran al pie de la pendiente y la estrella roja en el blindaje daña a la vista. Aunque al monstruo le cueste mantenerse en el angosto sendero, sus orugas muerden el suelo, pese a todo. Pero *Porta* lo tiene en sus prismáticos: el tiro sale y el «T 34» se para muy cerca del hoyo donde se agazapa *Hermanito*. Éste mete una mina magnética bajo el vientre de acero y luego se acurruca en el fondo del hoyo. La explosión tiene lugar hacia atrás, pero de todos modos significa la muerte rápida. El pesado vehículo queda despanzurrado, con un fragor de trueno. Trozos de metal al rojo llueven sobre el terreno; la sangre lo salpica todo, pero he aquí ya, en la linde del bosque, el segundo carro que se dirige hacia el sendero.

Una lluvia de bombas de mano lanzadas contra él rebotan sobre su blindaje, y los infantes heridos se retuercen en el suelo y son aplastados por el carro siguiente. Pero ¿qué vale la Infantería en la Segunda Guerra Mundial?

—¡Viva la muerte! —grita *el Legionario*, arrojando su cóctel Molotov bajo la corona de la torreta.

Y luego desaparece, en un hoyo, junto al cadáver de un ruso.

Una enorme llama azul y las municiones estallan. El carro queda, a su vez, carbonizado. Y he aquí que viene el tercero. Un chorro de llamas sale de su cañón: la granada estalla detrás de la posición y pulveriza al sargento Litwa con todo su grupo. De los uniformes surgen intestinos sanguinolentos que se mezclan con el polvo.

Hermanito arremete hacia delante con dos minas, atadas juntas, en su mano derecha. Trepa con presteza sobre el carro, golpea la escotilla con la culata de su pistola y la escotilla se abre. El comandante echa un vistazo afuera. *Hermanito* lo liquida de un balazo en la nuca, luego lanza sus dos minas dentro del coloso de acero, y salta hacia atrás. Una humareda negra, asfixiante, cubre toda la escena.

—¡A la bayoneta! —grita *el Viejo*—. Columna de asalto detrás de mí. ¡Marchen, marchen!

Ataque a la bayoneta y al lanzallamas contra los *yak* que huyen en desbandada. Los dos carros siguientes patinan en la pendiente y vuelcan. Justo delante de la posición, está tendido un hombrecillo amarillo que parece muerto, pero que se pone en pie y se abalanza sobre Blaske. Sus granadas estallan, pulverizándoles a ambos. Sólo encontramos un casco y una bota.

Más de la mitad de la compañía ha quedado aniquilada y del río asciende el ruido ensordecedor de la artillería. Debe de haber fregado allá abajo. Desventurados zapadores, sean los que sean, que han de colocar un puente sobre el río. ¡Cuántas lágrimas serán derramadas por ese maldito puente!

Los *yak* atacan ahora con morteros pesados y las primeras granadas fallan el blanco, pero pronto el tiro es rectificado.

—¿En qué estáis pensando? —grita *Porta*, que llega corriendo seguido de *Hermanito*—. ¿Os proponéis pasar el invierno aquí? ¡Cómo abran brecha, estamos aviados!

—Sólo hay una vía para salir, la pared rocosa.

—¿Y los heridos? —pregunta el enfermero Kuls que se ha adornado con un brazal de la Cruz Roja, con la esperanza de que los *yaks* le respeten.

El coronel no hace caso. Sabe tan bien como nosotros que materialmente, no podemos llevarnos a los heridos. Cada cual se arma con su pala y nos largamos delante de Schmetz y *el Viejo*. Por el momento, nada de hombrecillos amarillos. En medio de una nube de polvo y de guijarros, saltamos por encima del borde de la cresta. Ruedo hacia abajo, como una pelota; afortunadamente me detienen unos zarzales, no sin arañarme la cara. *Porta* se desploma, jadeante, junto a mí.

—¡Vaya bajada! ¡Si no fuese por el peligro!

Hermanito, borracho, vocifera injurias contra todo el mundo; en cuanto al coronel, lanza cohetes, a tontas y a locas, que empeoran la situación. Esas malditas bombas de magnesio ciegan, a un tiempo, al enemigo y a nosotros mismos, y en cuanto se apagan, la noche parece más oscura y ya no se distingue nada en absoluto. Heide avanza con su lanzallamas. Es el último y

ha matado lo menos a diez hombres que vacilaban en seguirnos. En un asalto, es maravilloso tener detrás a alguien como él. Los desdichados reclutas nunca quieren avanzar, pero Heide procede como un comisario soviético, y sabe convencerles de lo que la patria exige de ellos. Sus bolsillos están repletos de explosivos. Julius piensa en todo: es el arquetipo del soldado completo.

—¡Tapaos los oídos que eso va a salir!

Junta dos cohetes. Una gigantesca explosión hace retumbar la oscuridad. Todas nuestras municiones han estallado, la cima de la roca se cuarteja y caen árboles arrancados de cuajo.

Luego el silencio. Pero Heide todavía barrunta algo.

—Ahora vais a ver cómo desciende la mierda sobre la cabeza del vecino. Me valdrá la Cruz de Hierro. Un invento mío.

Ata un cordel bajo la batería de los lanzallamas. Morteros de encendido eléctrico escupen granadas, y, luego, todo el resto vuela, una charca de aceite inflamado se derrama por las laderas de la montaña.

—¡Eso sí que es el no va más! —exclama *Porta* estupefacto.

—¿Eh? ¿Qué te parece? —dice Heide muy ufano—. Los de abajo sabrán lo que es bueno.

—Te trincharán vivo si te cogen.

—¡Estás de coña! Me nombrarán oficial, con estrella roja en el casco y en el culo.

—Nunca se sabe, todo es posible en la mili, pero larguémonos antes de que esos simios amarillos se rehagan.

Me aferró a un alambre y reanudo el descenso que acaba en un abeto. Ello no impide que me desmaye. He perdido mi casco que rueda muy lejos, hacia abajo, de roca en roca. *Porta* me agarra y tiende su cantimplora a mis labios ensangrentados. Esta vez, estoy loco de miedo. El miedo en el frente, sólo lo curan las bofetadas, y *Hermanito* se encarga de ello, con ímpetu. Gregor me tira un fusil ruso. Todo el mundo brinca de roca en roca, entre las explosiones de las granadas.

—¡Adelante! —grita *el Viejo* a todos los que están derrengados y a punto de abandonar.

¡Por fin el valle! Nos metemos de cabeza en un estrecho desfiladero y henos aquí, en un pantano con lodo pegajoso hasta las caderas. Muchos de los nuevos, que no tienen nuestra experiencia, desaparecen en el abismo sin fondo. Una vez cruzado el pantano, un trisal: breve instante de reposo. Ante nosotros, vemos una aldea que arde, detrás se oyen tiros. Los *yaks* deben creernos todavía en la cima de la montaña.

Me tumbo en el suelo. El corazón me palpita hasta estallar, mis bolsas de municiones me tiran hacia delante, el correaje me corta las carnes, la pistola que llevo sobre la piel desnuda, la ha llagado. Me seco el sudor de la cara. ¡Anda, si es sangre! Pero no me duele.

—Estoy herido —le digo a *el Viejo*.

—No es verdad. ¡Vamos, en marcha y de prisa! Los *yaks* no tienen médicos. Mátalos para prolongar tu vida.

Loco de fatiga, me tambaleo junto a *el Viejo*, las espigas nos azotan la cara, tiro las municiones que ya no tengo fuerza para llevar, pero un puñetazo en la nuca me hace botar.

—¡Recoge eso, cerdo!

—No puedo. ¡Largaos sin mí! Estoy exhausto, pueden torturarme si quieren, abandono. Gregor me pone en pie de una patada y me pega en la cara.

—¡Adelante! —grita el coronel, que también tiene la cara ensangrentada —. ¡Adelante!

—Atrás, querrás decir —se guasea *Porta*—. Hubo una vez un ejército de Hitler que avanzaba, pero hace ya mucho tiempo de eso.

Hermanito me tiende una cantimplora de cinco litros y el primer trago es tan abrasador que toso hasta asfixiarme.

—¿Qué asquerosidad es ésa?

—No te preocupes, con esto se cree en la victoria.

Por fin, un bosque donde podemos tumbarnos en el suelo, sobre las matas. Despunta el día.

¡Alabado sea Dios por este bosque! Resultará difícil que nos encuentren aquí. En un bosque puede esconderse todo un ejército si se sabe hacerlo, y los bosques polacos no tienen límites. El teniente coronel Schmeltz se desploma agotado, con una pierna abierta por un casco de granada. Kuls le hace un vendaje y *Porta* le tiende la cantimplora.

—Eso da fe en la victoria, mi coronel; si se toma bastante se logra convencer a un gato callejero de que es un zorro plateado.

—Estoy harto de rectificar las líneas —chilla *Hermanito*—. Me siento como si un cabrón me hubiese corneado las piernas, ya no puedo más.

—Vete con Iván —dice Gregor.

—Muchas gracias, todavía le tengo apego a la vida aunque el presente no sea muy alegre. Pero dicen que después de llover sale el sol.

En efecto, *Porta* sacó su flauta y hasta conseguimos cantar. ¡Lo que es la felicidad de sentirse aún con vida!

«Juramos no escatimar nunca la sangre. Sea la nuestra o la de los extranjeros, si la nación lo reclama».

Himmler. Artículo del *Volkischer Beobachter*. 17 de enero de 1940.

Pelagaja Sacharovna, capitán de la NKVD y oficial de enlace con los partisanos de Lublin, había sufrido durante dieciséis horas la tortura de los verdugos del ss Brigadenführer Dirlewanger. Éstos no se dieron cuenta de que su temple desfallecía hasta que la tumbaron sobre un hornillo ardiente.

—¡Os lo diré todo! —aulló, enloquecida por el sufrimiento.

Y se desmayó.

La rociaron con agua helada para reanimarla. Sus heridas eran como fuego que la hacían gritar de dolor. Antes de entregarla a los verdugos, Dirlewanger se había acostado con aquella polaca tan guapa, pero de la mujer-comisario político, segura de sí misma, sólo quedaban ahora unas carnes sanguinolentas, una cosa indecible que clamaba la muerte. En frases rápidas, farfulladas, delató los escondrijos de los partisanos, el emplazamiento de los campos de minas y de los sistemas de seguridad; reveló los nombres de los guías que sabrían hacer cruzar los pantanos a los cazadores de hombres de Dirlewanger.

Cuando lo hubo dicho todo, uno de los verdugos se puso detrás de ella y le pegó un tiro en la nuca.

EL POLACO

Empezaba a llover de nuevo, todo estaba empapado, los cubiletes de dados se llenaban de agua, los pies se hundían en el suelo reblandecido. Llevábamos treinta y seis horas dando vueltas por el bosque; por fin, después del mediodía, el sol se dignó aparecer, y los densos nubarrones se aclararon. Exhaustos, nos instalamos en el pantano, y *Porta* se dedicó a estrujar sus botas hasta vaciarlas. Heide sacó sus cepillos y se puso a lustrar las suyas; faltaban tres de los treinta y tres clavos reglamentarios en una de ellas, pero no importaba. Julius tiene una caja de reserva. Huelga decir que esto nos irrita en sumo grado, pero no se le puede hacer nada, siempre es así. ¡Y para acabarlo de redondear, hete aquí que inspecciona los botones de su uniforme! Se levanta y ordena a su grupo la revista de uniformes. Naturalmente, ¿quién es el que puede vestir reglamentariamente? Como consecuencia, un broncazo que retumba en el bosque chorreante de agua. ¡Pero a nosotros nos tiene sin cuidado!

Al cazador de carros Abt, en la vida civil profesor de Düsseldorf, le han pegado un tiro encima de la rodilla y, tumbado cuan largo es, gime como si hubiese perdido una pierna.

—¿Alguien tiene un poco de morfina?

—Puntapiés en el culo, sí, eso es lo que te darán —gruñe *Porta* con desprecio—. Me gustaría mucho saber a cuántos alumnos has convencido para que se alistén. Héroe alemán, alistaos bajo las banderas, la patria os espera. ¿Así era, verdad, profesor? Deberías darte un garbeo por el grupo de Heide y llegarías a odiar a la patria.

—¿Fueron a buscarte o te presentaste voluntario? —preguntó *Hermanito* con la boca llena de salchichón.

—Me llamaron, camarada —respondió, titubeando, el profesor.

—No soy tu camarada, soy tu cabo y por lo tanto, tu superior.

—Pero yo estoy gravemente herido —gime el exprofesor, presidente de la Compañía de tiro y abanderado de su región.

El sufrimiento endurece, les decía a sus alumnos, cuando un exceso de deporte les ponía enfermos. El pueblo alemán no se queja, dejemos eso a los subhombres del Este. Las lágrimas provocaban un par de bofetones o los diez palmetazos permitidos en todas las escuelas alemanas. Así era como educaban a la carne de cañón.

—Mi coronel —dice *Hermanito* dirigiéndose a nuestro jefe—, el cazador de carros Abt sugiere que sería mejor rendirnos. Jamás cruzaremos el río. Afirma que si nos rendimos, seremos bien tratados.

Antes de que el coronel haya podido siquiera abrir la boca, *el Viejo* agarra a Abt por el pecho y lo arroja a *Hermanito*.

—Cazador de carros, ¿ha olvidado usted quién es su jefe de grupo? Soy yo, y todas las reclamaciones pasan por mí. Cabo Creutzfeldt, a partir de ahora, el cazador Abt está a tus órdenes, podrás hacer de él lo que quieras. Si rechista, líquídalo.

—Con mucho gusto. Aún no he matado a ningún profesor. Oye, asqueroso, te meteré un clavo en el esqueleto si continuas con esas ideas antirreglamentarias, ¿entendido? Ponte el trípode al hombro, ¡y ay de ti como lo tires sin mi permiso! Podrás dormir de bruces como tus hermanos, los cerdos.

Continuamos en columna de a uno, y Heide propone un canto, lo cual es una idiotez reglamentaria en el Ejército alemán. *Porta*, encolerizado, le tira a la cara excrementos de jabalí.

De pronto, *el Viejo* se detiene, aguzando el oído. El bosque se aclara y se oyen ladridos. Debe de haber una aldea cerca.

—¡Perros de jauría! —musita el cartero, aterrorizado—. Nos cazarán como alimañas.

—Es lo que efectivamente somos —dice *Porta* riendo pero emplazando su ametralladora—. Por lo menos, a los ojos de Iván.

Ya, a través de los troncos de los árboles, se distingue la aldea. Cuatro grandes «trucks» americanos aparkan en ella; por doquier hombres uniformados de verde: los terribles NKVD, los cazadores de hombres, los ss de Stalin. Un oficial con anchas charreteras verdes les regaña. De su mano izquierda pende el gran nagajka; los adiestradores de perros van en cabeza. Sus discípulos son grandes animales color gris oscuro, de una raza siberiana que no conocemos, pero que recuerdan a nuestros pastores.

—¿Por qué tanto jaleo por un puñado de prusianos cochambrosos? —dice Gregor—. Si nos garantizaran tres comidas diarias, una buena cama y el retorno a casa veinticuatro horas después del óbito de Adolf, nos

presentaríamos como voluntarios cantando. Pero es el tiro en la nuca lo que nos aguarda.

—¡Sí, en verdad que son muy tontos! Yo cambiaría enseguida los oropeles de Adolf por los de Stalin, si me quitasen del lugar del fregado.

—*Porta*, quédate a mi lado —ordenó *el Viejo*—. Gregor, encárgate del ala izquierda. ¡En posición detrás de los robles, pero que nadie dispare antes de que yo lo mande!

—Va a ser una hermosa batalla de perros —dice *Porta* quitándole el seguro a su arma—. Por lo demás, adoro a esos malos bichos cuando no han sido adiestrados para mordirme el culo; pero todo me dice que se han convertido en demonios comunistas. Deben jalarsé un ejemplar de Marx todas las mañanas para conservar la fe.

Hermanito prepara sus cintas de balas y se relame con expresión glotona.

—¡Voy a enviar esos chuchos bolcheviques a su paraíso antes de que hayan tenido tiempo de cargar!

El teniente coronel Schmeltz se pone de rodillas, apretando con manos sudorosas el fusil ametrallador. Aquel hombre asustado y maduro procuraba comportarse como un oficial. *El Viejo*, arrimado a un árbol junto a *Barcelona*, le miraba con un asomo de desprecio. ¡Hasta llevaba el casco del revés!

—¡A quién se le ocurre haber hecho un oficial de eso! —murmuró *Barcelona*.

—Sí —rezongó *el Viejo*—, ni siquiera valdría como portaestandarte en la charanga dominguera del Ejército de Salvación.

Hermanito, sentado en la hierba mojada, se ejercitaba tranquilamente en tirar los dados. Heide limpiaba, una vez más, su «MG» a pesar de que el arma relucía como nueva. Gregor, el de las mudanzas, explicaba a Lenzing cómo se transporta un piano de cola desde el quinto piso, por una escalera de caracol, sin arañar en absoluto ni la pared ni el instrumento. Y, también, cómo se dejaba tieso a un sueco malhumorado un sábado por la noche bien oscura, saliendo de un burdel. El cazador Abt se quejaba de su rodilla, que se amorataba e hinchaba a ojos vistas. *Porta* propuso capturar un cerdo castrado y hacerle mear encima; es lo único que cabe hacer, a menos que se prefiera tener la pierna cortada.

—¡Capitulemos! —gimió Abt por enésima vez.

—¡Ah! ¿Tienes miedo de los perros de Stalin? Aguarda a que vengan los *yaks* con pepinazos por delante y machetazos por detrás, y perderás la fe en la santa Rusia, te lo juro.

El Legionario, con los prismáticos en los ojos, indicaba la distancia a los «MG». Lentamente, la Compañía enemiga atravesaba el maravilloso campo color esmeralda ante la mirada soñolienta de las vacas. ¿Qué vienen a hacer esos imbéciles de humanos en nuestra casa? ¡Pero si ni siquiera comen de este hermoso trébol!

Los NKVD avanzaban con la bayoneta calada; los perros que habíamos oído tiraban de sus cadenas. Un alto oficial iba en cabeza, empuñando la nagajka.

—Ése es mío —dijo *Porta*—. Verás cómo le brinca la verga.

—Primer y segundo grupos en cobertura —ordenó Schmeltz a quien el terror tornaba viril—. El resto de la compañía en columna, detrás de mí.

—Que vuestros pechos acojan la muerte del héroe —dijo *Porta* con énfasis viendo desaparecer la Compañía bajo los abetos chorreantes—. Tened la seguridad de que enseñaremos a los niños de las escuelas a cantar vuestra gloria.

El Viejo veía venir a los rusos a través de los lentes del periscopio. Estaban a quinientos metros, aproximadamente, y no tendrían tantas ganas de avanzar si el terror del alto oficial NKVD no les espolease.

—Fuego a doscientos metros —dijo *el Viejo* a *el Legionario*—. ¿Lo mides?

Porta, hambriento como siempre, abría una última lata de conserva:

—Me pregunto cómo harán los yanquis este «corned beef». No es nada malo. He oído decir que la Policía entregaba las putas fallecidas a las fábricas de conservas. Me pregunto si será verdad.

—Nunca se puede jurar nada cuando se trata del Estado —respondió plácidamente Gregor reclamando su parte—. Yo te doy pan. Putas o no, todo tiene buen sabor.

—¡Ahí están! —murmuró *Barcelona*—. Un verdadero juego de bolos. ¿Están listos los huevos, Sven? Arrójalos después de la segunda salva.

Los instructores de los perros se agacharon para abrir los candados que cerraban las cadenas. *Porta* sonrió, miró al campo y apuntó.

—¡Fuego! —dijo *el Viejo*.

Los cuatro «MG» escupieron a la vez.

El oficial NKVD dio una voltereta, gritó, estiró las piernas y se quedó tieso. Me arrastro un poco más lejos, detrás de un pequeño terraplén. Por un instante, se nota el titubeo en la columna que avanza, pero un fusil ametrallador resuena detrás de ella. Es un joven y fornido teniente NKVD el que les dispara por la espalda.

—¡Vaya tontos! —grita *Hermanito*—. Deberían rociarnos con algunos morterazos.

—Alza 130 —dice *el Viejo*.

Tres perros son puestos patas arriba, y otros dos se desploman. Sólo queda uno, un gran diablo negro que se abalanza derecho sobre *el Viejo*, enseñando los dientes.

—¡Dispara ya! —chilla *Porta*.

El perro pega un bote hacia atrás y ladra por última vez, antes de espicharla. Los «MG» hipan. Los NKVD se derrumban en hileras, algunos se ponen en pie para huir, pero son segados por las balas trazadoras.

—Batalla terminada —grita *el Viejo*—. Atrás todo el mundo.

Cargamos las armas al hombro y lanzo algunas granadas sobre los rezagados rusos, luego me reúno con los otros a todo correr.

—Me pregunto qué les pasará a los perros soviéticos cuando han entregado el alma —dice *Porta* interesado.

—Los condecoran en su ir paraíso —responde *Hermanito*.

—Me pregunto también qué pasará después de la guerra. Hace más de cuatro años que luchamos contra Iván. Eso se está transformando en cariño. Creo que deberíamos aliarnos. Ya no podemos prescindir unos de otros. ¿A ti qué te parece, Julius? ¿Te ves con una estrella roja en el coco?

—Hago lo que mandan, y dejo que el Führer piense por mí.

—Sí, hace un rato que lo sabemos. Ideas muy personales, en suma.

—Buena cosa estar en un bosque —prosigue *Hermanito*—. Iván jamás ha tenido muchas ganas de meter la nariz en ese montón de árboles. Prefiere cercarlos y aguardar. En Rusia, siempre se dispone de cantidades de tiempo; por ello nadie ha podido nunca meterles mano.

Poco antes de ponerse el sol, encontramos, por fin, a la Compañía y el coronel estuvo a punto de besar a *el Viejo*.

—¡Alabado sea Dios, han podido ustedes volver! Oiga, tengo una idea: ¿y si nos hiciéramos con algunos uniformes rusos? Si no, no veo cómo podremos llegar al río.

—¡Genial! —exclamó el payaso de *Porta*. Agarró el teléfono—. Telefonista, póngame con el Kremlin. Necesitamos enseguida una docena de uniformes para cruzar un río polaco...

—Ya basta por esta vez, *Porta*. ¡La guerra no es lo que usted cree!

—No, es peor. Pero la verdad, quizás esté a punto de influir en las ideas de mi coronel.

El coronel Schmeltz se secó la frente con su pañuelo sucio y se quitó el casco. El hombre había envejecido veinte años, desde los últimos tres días.

—Oropeles comunistas —murmuró *Barcelona*—. No es tan bestia, eso. Simplemente hay que quitárselos a Iván. *Porta*, tú que sabes ruso, atacamos a una sección, la desnudamos y la jugada está hecha. Con las dotes de charlatán que tienes, hasta podemos tener una buena oportunidad de conseguir zapadores que nos hagan un puente.

—Entonces, necesito un informe de coronel. Siempre tuve ganas de ser coronel. Los generales me chinchán, pero los coroneles me hacen tilín.

—¡Virgen santa de Kazán! —dice *Hermanito* que, por fin, ha comprendido—. ¡Estupendo! Podremos incluso marchar con los soviéticos hasta Berlín y de allí hacernos mandar a casa. ¿Qué tal? ¡Tampoco es manca mi idea!

—Beier, sus muchachos me ponen la carne de gallina. Compañía, en columna de a uno, detrás de mí.

El bosque se torna tupido, las nubes de mosquitos también. ¡Ay! Es un verdadero martirio.

—Esa porquería voladora es peor que los partisanos —dice *Hermanito* que es el único que no tiene mosquitero.

Dice que le pone de mala uva verlos ante sus ojos. Le recuerda las celdas de Torgau.

Después de los abetos, entramos en un espeso bosque de hayas que huelen a musgo húmedo.

—¡Alto! —ordena *el Viejo* alzando la mano.

Hermanito se detuvo, de golpe.

—No es el momento —murmuró—. Te prevengo que Iván está en el bosque.

Nadie lo duda, ya que su oído es infalible.

—¡Larguémonos! —ruge el suboficial Kuls, que ahora lleva un brazal de la Cruz Roja en cada brazo.

Piensa que es una garantía contra los rusos.

—No te preocupes, te darán una paga suplementaria —le dice *Hermanito* pinchándole con su bayoneta—. ¡Mientras tanto, déjanos en paz, imbécil!

El Viejo saltó dentro de un montón de hojarasca y se hundió en él hasta las caderas.

—¡Enterraos, de prisa!

—¿Estás chalado? ¡No somos patatas que se ponen a hibernar!

—Basta. Enterraos si queréis evitar el tiro en la nuca.

Soltando tacos, nos ocultamos bajo montones de ramas y de hojas podridas, en donde hormiguan odiosos bichos.

—¡Rápido, rápido! Y sin hacer ruido. Julius, vigila y te entierras el último.

—¿Cree usted de veras que es una solución? —preguntó el coronel, con aire preocupado.

—¿Tiene alguna idea mejor? Nos acosa todo un regimiento de NKVD. Sus cazadores sólo regresan con cadáveres.

Me he enterrado a un metro bajo el suelo. Me asfixio pese a que he dejado una bolsa de aire; la desesperación se apodera de mí, es espantoso no poder respirar. El corazón palpita, las arterias se hinchan, la cabeza me arde, corren hormigas por mi cara, muerdo la culata de mi pistola tratando de pensar en otra cosa, el calor es intolerable... Estoy en un baño de vapor recalentado.

Los *yak* están ahora muy cerca... Un arma automática hipa sin motivo. Me duele la vejiga, está a punto de reventar y me meo en los pantalones; pero ¿qué puedo hacer, si no?

—*Njet germansky! Job rwojamadj, Piotr.*

Las ramas crujen bajo sus pasos. Se gritan obscenidades.

¡Aire! ¡Aire! Abro la boca como un pez fuera del agua. No aguantaré mucho tiempo. Irene, sí, me fuerzo a pensar en Irene. ¿Qué hace ahora? La esperé una noche muy oscura, en la esquina de la plaza del Ayuntamiento, en Bremen. Los pasos de los gendarmes resonaban en la noche. Iban por parejas y el toque de queda hacía ya una hora que había sonado. Apretaba mi arma en el bolsillo del abrigo, decidido a usarla si me descubrían. Deseaba a Irene, era la última noche. Al día siguiente salíamos para el frente. Seguramente el frente del Este, de donde muy pocos volvían. Era preciso que me acostase con Irene. Por fin, el rumor de sus altos tacones, estaba allí, conforme a lo prometido. Pero el hotelero de la plaza armó un jaleo del diablo para darnos habitación. No estaba enfermo de deseo y no tenía que irse para el frente del Este. Pero Irene era una mujer de empuje y exigió el propio lecho del hotelero, donde ni siquiera los gendarmes irían a buscarnos. ¡Qué noche! Una noche de delicias. Pero ¿dónde estaría ahora Irene? Acostada con otro soldado de la Escuela de Artillería.

Crujen ramas... oigo risotadas. ¿Nos habrán descubierto? ¡Qué daño llegan a hacer las ortigas por muy marchitas que estén! No lo sabía. Toda la piel que tengo al descubierto no es más que una ampolla y todo mi cuerpo parece estar envuelto en llamas.

—*Job twojemadj.*

Un arma automática tabletea. Los calambres me vuelven loco, pues tengo mal puesta la mano debajo de mí, y no me atrevo a hacer ningún movimiento... Si los *yaks* nos descubren, ¡que Dios se apiade de nosotros! Dan patadas a la hojarasca, se ríen a mandíbula batiente... En efecto, es verdaderamente gracioso.

—*Ruski veks Stoi!*

Nos llegan frases de todas partes, provocando carcajadas desdeñosas. A lo lejos, más armas automáticas; deben disparar sobre todo lo que se mueve, cuervos o ratones.

¿Hay alguien sentado junto a donde estoy? Diría que sí. ¿Qué puñeta hacen? ¿No sería mejor salir de un salto y vaciarles el cargador en la jeta? Esos canallas pisotean nuestro montón de hojarasca, chillan y se ríen, se portan como niños de vacaciones. Una bota claveteada me aplasta la mano. Dolor fulgurante en mi hombro. Las botas de Stalin no tienen nada que envidiar a las de Hitler...

Y luego, lentamente, el ruido se aleja.

Porta es el primero en librarse de su lecho de hojas.

—¡Virgen santa de Kazán! Esto recuerda la escuela. Nos escondíamos en los retretes para fumar un cigarrillo. ¡Ese género de *kriegspiel*, con Iván, es bastante divertido, a pesar de todo!

—Yo he estado a punto de gritar «¡Caliente! ¡Caliente!», al sentir a uno de los rojos cerca de mí.

El Viejo se ríe aliviado y su alegría es contagiosa; ¡acaba por ganar a todo el mundo! Y luego, de frente marchen.

—Por el diablo, tengo tanta hambre que comprendo a los caníbales —dice *Porta*.

Y se pone a hablar, por centésima vez, de su plato favorito: puré de patatas con lonjas de tocino.

—¡Oh! Basta —dice *el Viejo*, a quien esa conversación horripila—. Nos da dolor de tripas oírte.

He aquí que cae la noche. Dan la voz de alto, y le toca al profesor hacer la primera guardia. Se pone verde de miedo. Los árboles negros semejan *yaks*. El menor roce animal causa terror, y el profesor sueña... con mayor ahínco piensa en desertar. Con mucha prudencia, se saca del bolsillo un papel arrojado desde un avión enemigo, y lo relee por centésima vez.

Salvoconducto.

Este salvoconducto es valedero para todo miembro del Ejército alemán que desee formar parte del Ejército Rojo. Su portador será tratado correctamente. Se le garantizan alimentos y cuidados.

MS. Malinin, general de División

K. K. Rokosovski, general de Ejército.

Abt saca un trozo de pan que devora lentamente. Se frota la rodilla y, con pasos furtivos, se dirige hacia el lindero del bosque. Luego, se echa a correr, olvidando su rodilla dolorida. Tira su pistola entre los matorrales, sus bombas de mano, su correa reglamentario con las cartucheras llenas. Sólo conserva el capote que revolotea en torno suyo.

Cuando está cerca de la aldea ocupada por los rusos, tira también su casco de acero. Ahora, todo el mundo puede ver que Abt es un soldado desarmado. Blandiendo un pañuelo sucio que agita al viento, avanza vacilante por la verde hierba.

—¡Camaradas! ¡No disparéis, soy desertor! Traigo la autorización de vuestros generales.

Los dos siberianos, que le han visto hace rato, le contemplan con sus ojos oblicuos y fríos.

—¡No disparéis, no disparéis! ¡Soy antinazi! No disparéis... ¡Éste es el papel del general Rokosovski! ¡Viva el Ejército Rojo!

Un «M. PI» escupe. El profesor aún tiene tiempo de vislumbrar el arma apuntada hacia él y a dos soldados atezados que corren. Cae de bruces, grita... Sus alaridos de dolor se oyen a lo lejos cuando una bayoneta se hincó en su cadera. Le aplastan la cara a culatazos; lo rajan de abajo arriba y pisotean la sangrienta masa. Luego, dos soldados amarillos vuelven junto a su jefe y declaran que hay un alemán menos en Polonia. El comisario ni siquiera responde a una frase tan trivial, y el viento se lleva el salvoconducto que se engancha en una rama.

—¡Alerta! —gritó *Barcelona*—. El profesor ha desertado.

—Nos vamos —ordenó Schmeltz—. Larguémonos antes de que lleguen los que habrá alertado.

—¡El muy imbécil! ¡Desertar donde están los *yaks*! Hay que estar loco. ¡Espero que le habrán puesto verde!

—No hay que dudarlo.

Y nos echamos a andar de nuevo por el bosque, una huida que durará toda la noche. Resbalamos por empinadas pendientes, nos arañamos contra los

espinos, nos abrimos camino entre los abetos negros y tupidos y, por la tarde, llegamos a un calvero cruzado por una carretera sinuosa. Tropas en marcha hormigean, yendo hacia el Oeste. Son combatientes.

Hemos de escondernos entre la hierba alta, volver a esperar, esperar la noche para forzar individualmente el paso. *Porta* es el primero en decidirse y se mezcla con los infantes. Siguen Gregor y *Hermanito*. Total, en media hora, toda la Compañía ha pasado al otro lado. Yo tropiezo y por poco soy arrollado por los caballos de la artillería.

—*Job twojemadj!* —vocifera un conductor golpeándome con su nagajka cuya correa me arranca la piel.

El ruso se troncha de risa y fustiga a sus caballos que me salpican, desde la cabeza hasta los pies, de un barro pegajoso. Otros conductores duermen en sus pescantes. ¡Que el diablo los lleve! Estoy tan furioso que por poco les pegaría cuatro tiros. Ahora, llegan columnas de Infantería y hasta un «T 34» que enciende sus proyectores. ¡Estoy de suerte! ¡El haz luminoso pasa por encima de mi cabeza, pero el carro pasa también por un charco y me empapa de nuevo! Se distingue, en la torreta, al comandante vestido de cuero; me tumbo en la cuneta; otros carros me rebasan, las orugas levantan chorros de agua y de barro. Todos ellos se apresuran, a la persecución de un enemigo que huye, de un enemigo que somos nosotros.

Otro bosque: hayas. Aguzando el oído, esta vez se percibe el ruido del río y, después, al día siguiente, la linde del bosque; un sendero pedregoso bordeado de rocas abruptas. *Hermanito* y *Porta* marchan en cabeza como dos perros de caza y, de vez en cuando, sueltan carcajadas. Son hombres carentes de sistema nervioso. ¡Felices ellos!

De repente, les vemos pararse en seco. Todo el mundo echa cuerpo a tierra, las armas a punto de disparar, y comenzamos a reptar como siux. Ante nosotros, una granja, y al fondo, junto al río, unas ruinas humeantes: sin duda la casa de un guarda. Trozos del puente volado asoman fuera del agua, como pecios amenazadores. *El Viejo* saca los prismáticos y examina la granja.

—Ocupada. Caballería rusa.

Es verdad. A simple vista podemos verlos trotando allá abajo. Cosacos, sin duda alguna, a causa de los particulares sables que llevan al cinto. Y, de pronto, un hombre surge en el sendero, justo delante de nosotros. *Hermanito* le encañona el pecho con su arma y se le abalanza como una pantera.

—¡No grites si quieres vivir!

El hombre desorbita los ojos, aterrorizado. No va armado. Lo ponemos en pie y *el Viejo* trata de calmarle.

—Yo camarada —explica con abundancia de gestos—. *Nix* comunista. ¿*Panjemajo*? (¿Comprendido?).

—Completamente *panjemajo* —se burla *Porta*—. Ninguno de los que encontramos es comunista, ni con la estrella roja en la frente. Una vez, encontré un tío que juraba, por todos los santos, adorar a los ss. Ello no impidió que muriera a manos de la ss, que lo convirtieron en jabón. ¿Cómo te llamas tú, ruski?

—*Nix ruski, polska!* Ladislav Mnasko. Esa granja es mía. He desertado de la legión ruso-polaca, nos trataban peor que a perros.

—¿De dónde vienes? —preguntó *el Viejo*.

—Del Este, «pan» sargento. Mi mujer todavía está en la granja, mataron a mi padre, que era guarda del puente, y pegaron fuego a la casa.

—¡Mátalo! —ruge Kuls—. Jamás hay que creer a un polaco. —Y se saca de la bota el cuchillo de trinchera—. Tráeme esa basura.

—¡Basta! —grita el coronel—. El que manda aquí soy yo.

Kuls se metió de nuevo el cuchillo en la bota gruñendo, y *Porta* tendió su cantimplora al polaco. El hombre bebió a grandes tragos.

—Os había tomado por rusos. ¡A Dios gracias, sois alemanes!

—Espero que tu alegría continúe. ¿No has oído lo que dice la Cruz Roja?

—¿Conoces el río? —interrumpió *el Viejo*—. ¿Podrías hacérselo cruzar?

—*Tak jest* (sí). Pero primero me echaréis una mano.

—Prometido. Iremos a buscar a tu mujer y echaremos a esos demonios de tu casa.

Se oían perfectamente los gritos y las risas de los rusos que, manifiestamente, estaban borrachos. Bailaban en torno de una fogata en medio del patio, bebían sin dejar de bailar y uno de ellos hasta cayó sobre el fuego, y allí se quedó. Sus camaradas no hicieron ningún gesto, ¡era tan divertido!

—Iván está piripi de veras —dijo *Hermanito*—. Démonos prisa antes de que esos toneles rojos se hayan soplado todo el aguardiente. Tiene que quedar para nosotros.

—¡Santo Dios, si hay un buey entero ensartado! —ponderó *Porta* que no se quitaba los prismáticos—. El asado nos espera, ¡una bendición! Con tal de que piensen en rociarlo convenientemente, no me gusta el asado demasiado seco. Como lo echen a perder, van dados.

—A ellos —ordenó *el Viejo*—, *Barcelona* y *Litevka* nos cubrirán con sus «42», *Hermanito* y Kuls, pasad delante, en compañía de Ladislav, pero sobre

todo no disparéis. Emplead cuchillos y palas. Nada de bombas en la casa. No hay que matar a la familia.

—Yo no voy —dijo Kuls con aire sombrío, tumbándose.

—Dilo otra vez, suboficial Kuls —bramó *el Viejo* con expresión amenazadora.

—Si estás sordo, avisa. No arriesgo el pellejo por cacas polacas. Cruzaremos el río sin ellos.

—Mi coronel, denuncio al suboficial Kuls como saboteador de órdenes —dijo *el Viejo* volviéndose hacia nuestro jefe.

—Informe aceptado. Suboficial Kuls, dese por arrestado. Suboficial Martin, responde usted de él.

—Como intentes rajarte, disparo —dijo Gregor con maligna alegría.

—¡Vete a la mierda! Nos entenderemos bastante pronto. Tengo un hermano en el RSHA (Servicio de seguridad del Reich). No le gusta nada que unos soldados alemanes pierdan el tiempo en salvar polacos asquerosos. Conozco a los polacos. ¡Podéis denunciarme, que va veréis lo que es bueno!

—¡Si no se calla le quito las armas! —rugió el coronel—. ¡Luchará usted con sus puños y no creo que también tenga relaciones en el Kremlin!

Los ojos de Kuls echaban chispas de furor. Se levantó y siguió a Gregor, detrás del 2.º grupo.

En los aledaños de la granja, dos centinelas, medio ocultos, bebían a gollete del garrafón de vodka. Sin un grito, sin un ruido, ambos fueron estrangulados, con alambre, por *Hermanito* y *Barcelona*.

—De todos modos resulta rápido eso de matar a un hombre —filosofó *Hermanito* apartando uno de los cadáveres.

Porta y él no olvidaron los dientes de oro. Había tres.

—¿Cómo cuántos debemos tener? —prosiguió *Hermanito* sopesando la bolsa de lona.

—Esa bolsa os costará la vida, malditos perros —rugió *el Viejo*.

—No seas chalado —dijo *Porta*—. ¿Qué nos ha reportado la guerra? Los cadáveres no tienen necesidad de dientes de oro.

Esta vez se trata de llegar a la granja. Vemos perfectamente a los rusos, cosacos borrachos, medio locos, que brincan a través de las llamas golpeándose, entre ellos, con los sables de plano. Detrás, en la cuadra, relinchan los caballos. A primera vista, no hay centinelas. Todos esos hombres están desenfrenados. Emplazamos la «MG» frente a la casa.

—Una fiesta que me gusta —dice *Porta*—. A medida que se conoce al vecino, se vuelve la mar de simpático.

—Son subhombres a destruir —grita el fanático Heide—. Lacayos de la judería internacional.

—¿Qué estás rebuznando? Los rusos no tienen nada que ver con la judería. En Moscú echan a los judíos como en Berlín. El antisemitismo comienza en el Este.

—Te denunciaré por pronunciar palabras antipatrióticas —amenazó Heide—. Por lo demás, me pregunto a qué resultado se llegaría si te hiciesen pasar ante una comisión racial.

—Se armarían un lío. Como todo el mundo, soy un cóctel estupendo: nariz española, pereza belga, culo holandés, galantería austríaca, avaricia suiza, vanidad escandinava, disciplina alemana, glotonería italiana, doblez griega, sentido de los negocios judío. Dicho de otro modo, un cabal pilar de Europa.

—Además, ya nos estás dando la lata, Julius —gritó *Hermanito* sacudiéndole un manotazo como para derribar a un buey—. Eres un pesado.

En torno nuestro, la noche está preñada de amenazas. Oímos los gritos de los cosacos borrachos que, uno después de otro, ruedan sin conocimiento por el suelo. Una auténtica fiesta de cosacos. Un pájaro grita en el bosque, un zorro ladra una respuesta, todos los ruidos son sospechosos.

—¿Listos para el cuerpo a cuerpo? —musita *el Viejo*.

Sigilosamente, sacamos las temibles palas de infantería de sus fundas de cuero y, en un abrir y cerrar de ojos, nos transformamos en robots del asesinato.

—¡Adelante!

Los caballos de los cosacos piafan, inquietos. Son caballos militares cuyo instinto está siempre despierto. Yo tiemblo de nerviosismo. Dentro de un segundo, mataré un hombre a golpes de pala, y será él o yo. El oficio de la guerra es esto. Ya percibimos el olor a cuadra.

—¡Ven, dulce muerte, ven! —canturrea *el Legionario* cuyo lanzallamas está ya listo para funcionar.

El fuego del enorme asado de buey se apaga despacio, pero la carne, de la que *Hermanito* desprende un trozo con su pala, parece succulenta.

—En su punto —dice muy satisfecho—. Han cuidado de dejarlo listo para nuestra llegada. Si lográsemos hacernos con un poco de jugo, me gustaría mucho más. Decididamente, Iván entiende de cocina.

Al pie de la escalera de la granja están tumbados cinco cosacos que apestan a vino y a vodka; están borrachos perdidos.

—*Nevaesta* (cariño) —suspira un sargento en su delirio alcohólico.

—Luego te sentirás mejor —se burló *Porta*—. Te castraremos cuando nos vayamos, amigo mío.

—Mátale —dice *Hermanito*.

—¡Silencio! —ordena *el Viejo*—. Y seguidme.

Abrió, con prudencia, una puerta cuyos oxidados goznes chirriaron.

El polaco le pisaba los talones semejante a un perro de caza hambriento. Se vislumbraban siluetas acurrucadas en el oscuro pasillo. Aquí y allá, botas y botellas por todas partes; los ocupantes roncaban más y mejor.

—¿Hago muertos? —preguntó *Hermanito*.

—Estate quieto. El que manda soy yo.

—¡Qué tantas pamplinas para esos brutos! El *Reichsführer* ha dicho personalmente que era menester liquidarlos. Nosotros los germanos necesitamos espacio vital.

Ladislás designó la escalera que subía al piso de arriba, pero dos cosacos archiborrachos que roncaban ruidosamente obstruían el paso. A aquéllos, *Hermanito* los estranguló sin titubear, con su alambre, y luego trepamos los peldaños, *Porta* en cabeza. De golpe, un ruido atronador. *Hermanito* ha dado un traspie y rueda por la escalera arrancando la mitad de la barandilla de madera. Se pone en pie y, en un espejo, contempla su imagen, que no reconoce.

—¡La judería internacional! —vocifera disparando sobre el espejo cuyos pedazos le rebotan en la cara—. ¡Uno menos! —grita enjugándose su propia sangre—. ¡A esos sinvergüenzas se les ve en todas partes!

Un cosaco semiinconsciente se sobresalta aterrado, pero antes de que haya dicho ay, Heide le ha cortado el cuello.

—A bestia nadie te gana —le dice *Porta* a *Hermanito*—. Bien te dije que dejaras tranquila tu última copa.

—¿Es que uno no tiene derecho a fallar un peldaño?

Con sigilo esta vez, todo el mundo trepa la escalera. Detrás de una puerta se oyen ronquidos. Ladislás entra el primero y con cautela. En medio de la estancia, en una cama inmensa, está echado el mayor ruso sin pantalones pero con un *nagan* en la mano. Es completamente calvo y se parece a Tarass Bulba. Al pie de la cama de matrimonio, una mujer medio desnuda permanece agazapada. *El Legionario* saca su «P 38» y encañona la frente del inconsciente mayor, pero *Hermanito* lo aparta y saca su habitual alambre. Un estertor. Se acabó el mayor.

—Ha podido hacer el amor antes de que le cerrasen el grifo —declara el gigante, agarrando a la mujer dormida.

—Las manos quietas —ruge *el Viejo*—. No somos gente que viola, ¿entendido?

—No es la opinión de los de enfrente —se guaseó *Porta*—. Ya te enterarás cuando hayamos capitulado. Deja a los compañeros que se diviertan mientras pueden hacerlo.

Gregor sacó de debajo la cama a un capitán borracho perdido, que todavía apretaba la botella sobre su corazón y sonreía mientras roncaba. «Separa las piernas», murmuraba babeando de vodka.

—¡Cerdo lúbrico! —exclamó *Hermanito*, mientras *Porta* se apoderaba de un *pâté* mordisqueado, y Gregor se arrellanaba en la cama, al lado del cadáver del mayor, llevándose un garrafón a los labios.

—¡Sitio para los liberadores, sucio *mujik*!

A su vez, el sargento Blaske llora lágrimas de borrachín y divaga.

—El general *Feldmarshall* Model me ha mandado a llamar —tartajea—. He de sustituir al jefe del Estado Mayor.

Y todos nosotros, no menos borrachos, le decimos adiós sollozando.

La joven que yacía dormida se levantó de pronto, asustada y medio desnuda, los senos provocativos. *Porta* la miraba con unos ojos concupiscentes, cuando el polaco se interpuso enfurecido. Tiró un capote de soldado sobre la mujer desvestida y apartó violentamente a los dos soldados.

—¡No toquéis a mi hermana! —gritaba fuera de sí.

—¡Qué cosas! —replicó *Porta*—. Es inaudito lo retrasados que estamos en nuestro mundo socialista.

Todo el mundo se atiborraba, bebía, charlaba por los codos. *Porta* y el gigante investigaban si, entre su ascendencia, tenían parientes judíos.

—Puede sernos útil cuando el tiempo sea variable. Pero dime, *Porta*, entre nosotros, ¿cómo crees que terminará todo esto?

—Mal. No obstante, siempre los hay que se mantienen a flote. Es cuestión de saber seguir la corriente, a tiempo. Desgraciadamente todavía es demasiado pronto.

El Viejo y el coronel reaparecieron tras un breve reconocimiento.

—Andando, vosotros, hay que registrar el resto de la casa.

En el sótano, el asunto tenía menos gracia. El hijo de Ladislav, un niño de doce años, estaba ensartado en una horca. Y en la pocilga, hallamos a su mujer: la desventurada yacía, con el cuerpo tenso como un arco, asesinada por dos cosacos borrachos que, con toda evidencia, la habían violado previamente. Ladislav, medio loco, estranguló a los dos rusos con sus propias manos.

Ruido de agua delante de la cuadra: es un cosaco que está meando. Detrás de él, a paso de lobo, surge *el Legionario*, cuchillo en mano. El cosaco se desploma. *Porta* y *Hermanito* desaparecen en el sótano donde luego les encontramos a caballo sobre una barrica, y rodeados de rusos sin conocimiento.

—A vuestra salud —dice *Porta*.

Bebemos de la espita de la barrica, y nuestra cogorza sobrepasa la de todos los demás.

—¿No saludas a un cabo? —dice *Hermanito* a un cosaco que pasa tambaleándose.

El ruso se cuadra y luego cae de bruces como un palo. *Hermanito* lo acogota con la culata de su pistola; *el Viejo* habla de Consejo de guerra y, de pronto, aparece un ruso en el marco de la puerta con su látigo corto bajo el brazo.

—¿Qué hacéis aquí, so bestias?

—Te mandaremos con Satanás, *tovarich* —grita *Hermanito* disparándole a quemarropa.

—¡Basta ya, malditos puercos! —ruge el coronel Schmeltz—. Acabad con esa insensata matanza.

Mas, he aquí que en el patio, ocultos debajo de los árboles, descubrimos tres camiones llenos de bidones de gasolina. Bajamos el cargamento y todo es rociado con gasolina: soldados borrachos, cadáveres, vehículos estacionados. Loco de odio, el infortunado Ladislav se mostraba el más rabioso. Hubo que llevárselo a la fuerza antes de arrojar bombas de mano sobre la granja, y pocos segundos después todo ardía en medio del relinchar de los caballos.

—¡Ésta es mi venganza! —aullaba Ladislav—. ¡Morid en las llamas, demonios!

Y arrojó una última botella de gasolina a la hoguera. La compañía volvió a formar, cargada con el peso de los quesos de cabra y la carne ahumada; de todos los cintos pendían botellas. Detrás nuestro, las municiones rusas estallaban con un estruendo infernal y tuvimos que ponernos al resguardo de las rocas, para no ser aplastados por los caballos enloquecidos de miedo que desaparecieron en el bosque.

—Felices animales —dijo *Hermanito*—, la guerra ha terminado para ellos.

—Qué marranada llevar caballos a la guerra —gimió el coronel—. ¡Pensar que antes tenía hermosos caballos de silla en mi casa!

—Y ahora ya no tenemos nada —respondió *Porta*—. Nada. Ni siquiera nosotros mismos. Nos hemos convertido en propiedad de Adolf.

«Quiero una juventud alemana violenta, esforzada y cruel».

Himmler. Carta al ss *Hauptsturmführer* Profesor Dr. Bruno Schultz, 19 de agosto de 1938.

No hizo falta más de una hora, tras la revuelta de Varsovia, para que el Reichsführer Heinrich Himmler fuera informado de ella.

—¡Esos infames brutos! —gritaba en el colmo del furor—. ¿Cómo se atreven a provocar al Ejército alemán?

Fuera de sí, se paseaba por su despacho, quitándose y poniéndose las gafas, y acabó por derrumbarse sobre la esquina de una mesa.

—Todos los habitantes de Varsovia deben ser fusilados —ordenó a sus subalternos—. Ni un solo prisionero. En cuanto a la ciudad, será arrasada.

Saltó de la mesa, fue a la ventana y contempló la calle brillante de lluvia.

—No quedará nada de ella. Todos los polacos que actualmente están en campos de concentración deben ser liquidados.

—Comprendido, Reichsführer —bramó el Obergruppenführer Berger, jefe del Estado Mayor personal de Himmler.

—Todos los nacidos en Varsovia, o aquéllos cuyas familias aún residen en la ciudad, serán fusilados antes de que anochezca. Me será comunicado el número de muertos. Tratad a esos polacos como perros rabiosos. En cuanto al Gauleiter Fischer que no ha sabido impedir la insurrección será ahorcado.

El comandante en jefe de la sección encargada de combatir a los partisanos, general de los Waffen ss Erich von dem Bach-Zalewski, recibió la orden de aplastar la insurrección de Varsovia. Himmler y él pensaban que con los doce mil hombres de la guarnición y los diez mil ss de la Brigada Kaminski resultaría suficiente. Pero se habían engañado.

Inmediatamente, los polacos, a las órdenes del general Bor-Komorovski, exoficial austríaco, ocuparon el barrio de Wola y el centro de la ciudad, en donde aniquilaron al c.g. de la Gestapo y el puesto de mando de la guarnición alemana.

Además, se adueñaron de la central eléctrica y del control telefónico. Al tercer día, los alemanes estaban ya derrotados y los polacos se hacían con numerosos depósitos de armas y municiones.

Himmler envió entonces tres divisiones ss y seis divisiones de la Wehrmacht que fue menester retirar con toda urgencia del frente ruso, bastante tranquilo en aquel momento. A principios de setiembre, mandaron, como refuerzo, las armas más modernas y tres escuadrillas de «Stukas» que bombardearon la ciudad durante varias horas.

Himmler no ciaba crédito a sus oídos al enterarse de que los polacos resistían todavía en algunos lugares y atacaban a las unidades alemanas.

Cinco mil prisioneros polacos fueron fusilados a diario, mientras duró la insurrección.

EL TRONCO DE ÁRBOL

Toda la noche seguimos al polaco y su hermana que nos guiaban hacia el río, pero hasta la medianoche del día siguiente no llegamos a los acantilados que lo dominaban. Había que evitar acercarse demasiado a fin de no resbalar y caer en el abismo. Nos acomodamos en una cavidad natural, detrás de las rocas donde se podía ocultar fácilmente una ametralladora, y todo el mundo empezó por atiborrarse de queso de cabra rociado con licor de frambuesa. Dos botellas después la moral de *Hermanito* estaba en el cenit.

—¿Un arroyo como ése? Lo cruzo como nada. No puede detener a un cabo de Estado Mayor del gran Ejército alemán. Pero a ti, Heide, te encuentro muy pálido, comejudíos. ¿Por casualidad ese arroyo polaco daría miedo a un germano?

—En primer lugar, el Bug no es polaco —dijo Heide con desprecio—. Es el río fronterizo más oriental del Reich. Para que lo sepas.

—Querrás decir «era» —se guaseó *Porta*—. Pero ya no lo es. La locura de Adolf ha cambiado el mapa.

—¡Ah! Eso digo, ¿qué puñeta hemos venido a hacer en Rusia? —exclamó el teniente coronel Schmeltz, con aire cansado.

—A la orden, mi coronel —dijo *Porta*—. Yo jamás he tenido deseos de expansión, así es que no hable usted por nosotros.

—¡Propaganda derrotista! —bramó Heide—. ¿Qué haces de la gran Germania y del primer pueblo del mundo?

—En lo tocante a gran Germania, predigo que se pondrá feo. Métete bien eso en la chola, Julius. Digieres mal las frases grandilocuentes del nazismo, amigo mío. Todo eso acabará en las minas de plomo, y tendremos el gusto de verte por allí.

—¡Oh! Qué pesados sois —intervino *Hermanito*—. En vez de echar abajo la moral de los germanos, contemplad, más bien, esta hermosa noche, escuchad el rumor de ese arroyo, demasiado rápido para mi gusto, la verdad sea dicha.

Evidentemente, todo el mundo estaba excesivamente borracho para intentar el paso, y hubo que quedarse toda la noche en la gruta, pese a las broncas del coronel Schmeltz.

Tan pronto salió el sol, el polaco nos indicó lo que él llamaba el paso: un abeto atravesado sobre el río que discurría debajo, hirviente, y del que asomaban puntiagudas rocas.

—¿Lo has cruzado ya alguna vez? —preguntó *el Viejo* al polaco, que se estaba quitando las botas.

—¿Yo? Nunca —respondió éste encogiéndose de hombros—, pero no se puede hacer otra cosa. De todas formas, hay que cruzar. Iván nos pisa los talones, no tardará en llegar, y me gustaría mucho volver a Varsovia.

Su hermana también se había descalzado y ambos echaron a andar sobre el tronco del árbol. La mujer delante, y el hombre con los brazos en jarras para mantener un equilibrio precario. Avanzaban despacio, paso a paso, resbalando a veces en la húmeda corteza del tronco que comenzaba a balancearse por los extremos. De trecho en trecho, hacían una pausa para respirar; la mujer extendía los brazos y miraba ante sí, pues una simple ojeada al torrente embravecido habría sido mortal. Los balanceos del árbol aumentaban de una forma inquietante; la mujer estuvo a punto de perder el equilibrio, pero su hermano la sujetó con mano firme. Durante los últimos metros, el árbol, más delgado al acercarse hacia lo que constituía su cima, se balanceaba como una cuerda de goma. De un brinco, aterrizaron, por fin, en la margen opuesta.

—El siguiente —ordenó *el Viejo*, en tono tajante, sin darnos tiempo a reflexionar. Sabía que el miedo nos paralizaría—. ¡Vamos! ¡Pronto!

Nadie respondió, ni siquiera *Porta*. Todo el mundo miraba fijamente al árbol, que seguía balanceándose; el terror me oprimía la garganta, jamás me atrevería... Ya sentía el vértigo.

—¡Vamos, vosotros! Hay que pasar, es nuestra única oportunidad. Del otro lado estaremos a salvo.

—¿Y para qué? —gruñó el enfermero Kuls—. ¿Para arriesgar la vida, de nuevo, dentro de algunos días? He comprendido. Tumbaos en el suelo y esperad a Iván.

Sin decir palabra, *el Viejo* se le acercó y le dio un puñetazo en la cara.

—Si regresa usted con vida, suboficial Kuls, podrá acusarme de haberle pegado a un subordinado, que sabré defenderme. Pero si vuelvo a oír otra vez palabras semejantes, le mato como a un perro, ¿entendido?

—¡Mierda! —chilló el enfermero con desprecio, y como por casualidad volvió su fusil ametrallador hacia *el Viejo*.

—¡Vamos, el siguiente! —gritó *el Viejo* sin ocuparse más del hombre.

—Bueno, ya vamos, ya vamos —refunfuñó *Hermanito*, quitándose las botas. Ató juntos cuatro cajones de municiones, se los cargó a la espalda, se sopló un trago de aguardiente y cogió su «42» a guisa de balancín.

—Si Moisés hizo cruzar el mar Rojo a un club de judíos con canacos en el culo, entonces un cabo distinguido de Adolf podrá caminar sobre esa maldita tabla polaca.

Dio un taconazo y gritó con voz estentórea:

—¡Cabo Creutzfeldt, derecha, der! De frente, marchen.

El tronco húmedo y resbaladizo parecía crujir bajo su peso.

—No le miréis —dijo *el Viejo*—, os pondríais nerviosos. Cuando hubo llegado a la mitad del tronco, creí que se caía, y mordí la culata de mi pistola pero, a pesar mío, hipnotizado, no le quitaba los ojos de encima.

—Señor, no llegará —dijo Gregor que se había puesto pálido.

Hermanito recobró el equilibrio, se secó la frente con un harapo inmundo, y echó a andar cantando a voz en cuello. El árbol rechinaba siniestramente, pero *Hermanito* tenía el instinto del chaval de la calle; cuando el balanceo era demasiado fuerte, se paraba y saludaba con su bombín gris.

—Completamente majareta —murmuró *Barcelona* tapándose la cara con las manos.

Por fin, de un fantástico brinco, el gigante saltó al lado de los dos polacos:

—¡Moisés puede retirarse! —nos gritó—. Vamos, vosotros, adelante, apretad las hemorroides y todo saldrá bien.

—De buena gana le estrangularía —dijo Gregor.

—Menos cuento —susurró *el Viejo*, mirando con angustia hacia el bosque en el que retumbaban lejanos disparos.

Los NKVD nos seguían el rastro. *Barcelona* se quitó las botas y también usó su «MG», como balancín, pero a poca distancia del medio, se detuvo petrificado de miedo.

—¡Adelante, sigue! —gritaban los camaradas.

—¡Ven! —chillaba *Hermanito* desde la margen opuesta.

Nada que hacer. Se quedaba allí, como paralizado.

—Hay que ir a buscarlo —le dije a *el Viejo*.

—¡El muy imbécil! —rezongó *el Legionario* mientras se descalzaba y se ataba las botas en torno al cuello.

Y avanzó como un gato. Parecía volar. *Barcelona*, presa de vértigo, comenzaba a vacilar, su fusil ametrallador cayó en el abismo y él estaba por hacer otro tanto cuando el pequeño *Legionario*, con una fuerza prodigiosa, lo aplastó sobre el tronco de árbol. Por un instante, ambos permanecieron inmóviles hasta recobrase y luego reptaron hacia *Hermanito* quien, con gran terror por nuestra parte, se arrastraba, también, a su encuentro.

—¡Detente! —gritó *el Viejo*—. El árbol no puede aguantaros a los tres.

Afortunadamente, el gigante se dio cuenta del peligro y retrocedió. Un bonito número de circo, pero sin aplausos por parte del público. *El Legionario* y *Barcelona* avanzaban despacio; teníamos la impresión de oír los crujidos de la madera. Si el tronco se rompía, nos quedaríamos todos allí, y *Hermanito* sería el único superviviente de la Compañía.

Tras lo que se nos antojó una eternidad, *Barcelona* y *el Legionario* aterrizaron del otro lado, y le tocó la vez a *Porta*. Cargó a la espalda su impedimenta, y luego miró al cielo.

—Jesús, demuéstreme que somos amigos.

—Quítate las botas —dijo *el Viejo*, asustado—. Jamás podrás sostenerte ahí encima con botas claveteadas.

—El buen calzado no se tira. —Saltó hacia delante—. Si me caigo, os aguardaré a la puerta del paraíso, donde tengo mejores relaciones de lo que creéis. Me reconoceréis por mi chistera amarilla.

Se puso francamente a horcajadas y avanzó a pequeños saltos; era lento pero más seguro. A mitad de camino, sacó su cantimplora y, a su vez, entonó una canción a voz en grito. Por fin, como un cuervo, brincó hacia *Hermanito* y, nada más llegar, sacó su flauta para tocar una tonadilla.

—Le haré comparecer ante un Consejo de guerra —gruñó el coronel furioso, mientras los dos polacos se hacían cruces.

El Viejo designó luego a Gregor, quien hizo igual que *Porta* y avanzó a horcajadas. Sudaba la gota gorda, pero pasó el río en un tiempo récord. Sin decir palabra, Heide se lanzó adelante, las botas en torno al cuello, y la ametralladora a la espalda. Se ajustó el casco y, luego, verificó la posición reglamentaria de su cinto antes de pegarse al tronco. La suerte siempre le sonríe a Julius. *Porta* dice que es porque observa el reglamento al pie de la letra. Se puede tener la certeza de que, el día en que una bala le alcance, no morirá como todo el mundo, sino que antes dará su parte de baja.

Otros pasaron sin tropiezos. El ex Gestapo Lutz protestó cuando llegó su turno, y hubo que amenazarle. Llorando, se lanzó por la frágil pasarela pero, de repente, resbaló y cayó al abismo con su impedimenta. Los dos siguientes

hicieron otro tanto. Llegó mi vez... No puedo. Es menester que el Viejo me empuje.

—Basta de tonterías, haz como los demás.

—No puedo, no puedo.

—Se acabaron las bobadas, te digo. Quítate las botas y andando.

Pero el pánico me ha sobrecogido. Todo me da igual, los rusos, la muerte. Nada hará que camine sobre ese abominable tronco de árbol.

—Pasad vosotros —digo a los que quedan—. Os cubriré si Iván viene.

—Ni hablar. Es una orden. ¡Venga ya! —trueno el coronel.

Todo me resulta indiferente, hasta ese coronel que no vale ni un cuarto de *Porta*.

—Oye, Sven —dice el Viejo, poniéndome una mano en el hombro—. Haremos como el polaco y su hermana, y verás qué bien saldrá. Te acompañaré. —Se quitó rápidamente las botas y las puso en torno a su cuello—. Carga con la ametralladora y el trípode, y sígueme.

El Viejo agarra una caja de municiones; me quitan el casco y lo tiran; de todas formas, no sirve de gran cosa. Y aun antes de haberme dado cuenta, heme aquí sobre el tronco del árbol. *El Viejo* está justo detrás de mí, siento su aliento en mi nuca y sujeta firmemente mi cinturón. Miro a *Hermanito*, Gregor y *Porta* como entre la niebla. ¿Qué puede sucederme? Mis buenos camaradas están ahí, y el miedo comienza a disiparse. ¿Retroceder? No hay caso, el Viejo está detrás de mí. Avanzo muy despacio y tengo ganas de gritar, de aullar... quisiera asirme a algo, pero ¿a qué? Tartamudeo, aterrado:

—¡Déjame volver atrás!

—¡Imbécil!

Y el Viejo me empuja, adelante.

El tronco se balancea cada vez más, pues llegamos a la parte que se estrecha. Una angustia atroz me oprime, perdería pie si el Viejo no me retuviese; me ayuda a tumbarme y aguardamos a que nuestros corazones se calmen.

—Respira. Eso no tiene nada de terrible. Las has visto mucho peores.

Con la cara pegada a la corteza del árbol, veo miles de hormigas que corretean como por una autopista. Rodeo el tronco con mis piernas, con mis brazos; no me atrevo a moverme... ¡Sobre todo no mirar hacia abajo! Me tiraría, acto seguido, al abismo.

—¿Falta mucho? —pregunta el Viejo muy irritado.

—No puedo moverme.

—¡Venga ya, imbécil! —gritan *Porta* y *Hermanito*.

El Viejo intenta hacer que me suelte, pero estoy como clavado en el árbol y nada, ni siquiera las bofetadas de *el Viejo*, me harían soltar prenda. Entonces, he aquí que pasa por encima de mi cuerpo.

—¡Quédate aquí hasta que te pudras! ¡Y pensar que eso quiere ser un oficial! Ya verás tus notas. ¡Vaya mierda un tipo así!

El Viejo llegó sin tropiezo a la margen opuesta, donde se discutía de firme. Resueltamente, *Hermanito* tiró su armamento y avanzó hacia mí.

—¿Bueno, qué? ¿Saboteas la retirada, ahora? De eso nada. Vámonos, cacho de mocososo.

Me agarró de las hombreras y tiró de mí.

Resbalé, quedé suspendido sobre el abismo, pero *Hermanito* posee garras de acero, y *Porta*, a su vez, me arrastró hacia la orilla. Allí me gané una tunda de atipa. Una vez superado el miedo, se pusieron locos de rabia; me pegaron como bestias. *El Viejo* blasfemó y Heide me trató de judío.

¡De repente suena un tiro! Kuls ha disparado contra el coronel que se esconde detrás de una roca; sigue una granada que Schmeltz logra apartar antes de que estalle. A su vez, el coronel envía una ráfaga contra Kuls, que rueda del acantilado al abismo, soltando un grito de espanto. Un hombre ha de atravesar aún el río: justamente el coronel. Es el último que se aventura también a horcajadas. La pistola le cuelga del cuello, y su frente está bañada en sudor, pierde el casco. Y de pronto, cuando apenas ha llegado a la mitad de la frágil pasarela, desemboca una partida de *yaks* procedentes del bosque. Silban las balas alrededor del desventurado. *El Legionario* se abalanza a su ametralladora.

—¡Porras!

Los *yaks* desaparecen en el bosque pero sus balas siguen silbando en torno del coronel, indefenso, aferrado al árbol. Un ruido infernal repercute en el desfiladero. Gregor se echa al hombro el tubo de estufa y el gendarme Danz prepara la raqueta. Trueno y alaridos del lado ruso.

—¡Lanzagranadas! —grita el Viejo—. ¡Hay que hacerles picadillo!

—¡Qué locura! —murmura *Barcelona*—. ¡Morir porque un cretino de coronel retirado no acierta a pasar!

La ametralladora crepita, pero responden del otro lado, apuntando al oficial, desesperadamente aferrado al tronco de árbol.

—¡Apartaos!

Es *Hermanito* que se yergue, con el tubo de estufa bajo el brazo. Llama colosal que quema gravemente a unos reclutas que no se han echado, cuerpo a tierra, a tiempo. El propio *Hermanito* se quema una mano.

—¡Pero estás loco de atar! —grita Heide—. Así no se dispara. ¡Cuidado esta vez, vosotros!

Veinte metros atrás, la llama de retroceso aún quema; la raqueta aterriza en medio de los rusos y, también allí, quema.

—¿Has visto? —dice Heide orgulloso—. La mierda está aniquilada.

Nuevo tableteo de una ametralladora rusa. Esta vez las balas alcanzan al coronel que se pone de rodillas, pierde su fusil ametrallador, se tambalea y cae, soltando un alarido al río cubierto de espuma.

—Calma —dice el Viejo que ve que estamos a punto de perder la cabeza—. Dejados que avancen, la victoria es nuestra.

Un comisario con grandes charreteras surge entre los *yaks*. El sol hace relucir la estrella roja de su gorro y levanta su kalashnikov en señal de ataque.

—¡Adelante! ¡Disparad sobre esos perros! Librad de ellos la tierra rusa.

Y he aquí que avanzan, con sus grandes botas de fieltro, azuzados por el comisario que los empuja cegado por el odio hacia el tronco de árbol.

—¡Fuego! —grita *el Viejo*.

—Aguarda un poco —responde malvadamente *Hermanito*—. Déjales que avancen. No se salvará ni uno.

—¿Por qué tan sanguinario? —dice Gregor—. No son más que unos pobres tipos.

—¡No dirías eso si cayeses en sus manos!

Una salva barre a los *yaks*, que corren a resguardarse. Un instante de silencio y luego restalla un látigo.

—El camarada comisario refuerza la disciplina, por lo que veo. ¡De no haber sido por esos demonios de comisarios hace tiempo que les habríamos podido! Tienen tan pocas ganas de batirse como nosotros.

—¡Hurra Stalin! ¡Hurra Stalin!

Y vuelta a empezar.

Se acercan, hombro con hombro, sus largas bayonetas triangulares caladas en los fusiles.

—Verdaderas cacatúas —dice *Porta* estupefacto—. ¿Bueno, disparamos o qué?

—Cállate. Mortero, dos salvas, distancia 400 metros.

Ya no se oyen «hurras», sino los chillidos del comisario.

—¡Traidores, cerdos, 2.^a sección adelante!

Y, he aquí, otros *yaks* que surgen, a cientos, de las nubes y a paso ligero. Con el mayor desprecio del peligro, se echan a andar en fila india por el tronco del árbol, que cede.

—Está loco ese comisario —dice Gregor—. ¡Mandar una cosa parecida!

—He visto lo mismo en Zaragoza —respondió *Barcelona*—. Un comisario empujándonos pistola en mano. Para nosotros, era la cruz de madera garantizada, pero para él significaba un ascenso. Aquí, debe ocurrir lo mismo.

—Retirada —ordenó el Viejo—. Nos vamos.

Hermanito y *Porta* habían atado juntas algunas minas T, y las colocaron al extremo del árbol sobre el cual, ahora, hormigueaban los rusos. Una explosión formidable. Todo vuela. Hombres y pasarela desaparecen en el agua helada.

—Adiós, Iván —grita *Porta* levantando su sombrero amarillo—. Adiós.

Un camino de tierra, lleno de baches, se abría ante nosotros. En primer lugar, hay que echar cuerpo a tierra para rehuir una escuadrilla de «Jabos» que surge de las nubes. Luego nos sentamos en una cuneta, para repartir los últimos víveres; después continuamos, con nuestras botas mojadas y el correa que nos lacera las carnes. ¡Qué cansado estoy! ¿Quién ha hablado del instinto de conservación en el hombre? Yo ya no puedo más. ¿Qué importa la muerte cuando se está tan fatigado? El reposo, sí, el divino reposo. ¿Por qué continuar, por qué huir? ¿Huir de qué? La guerra está perdida hace mucho tiempo. El mismo Julius lo sabe.

Agitado, me tiro en una cuneta y contemplo el paso de otras botas. ¡Para qué vivir cuando se está tan cansado!

—Bueno, ya está bien —gruñe *Hermanito* poniéndome en pie—. Adelante, el ojo de Adolf te contempla. Jesús bien tuvo que llevar una cruz, y tú tienes que llevar la «MG».

—*Halt! Wer da?* —grita, de repente, una voz medrosa acompañada del ladrido de un arma.

¡Un grito! *Barcelona* se ha desplomado, brazo y hombro ensangrentados. Gregor se abalanza a su lado, le corta el uniforme y saca el paquete de apósitos. Ha estado de suerte. El hueso no ha sido afectado. Si la gangrena no aparece, tendrá para dos meses.

—Chambón, la guerra ha terminado para ti —dice Gregor consolador—, pero ahora hace falta una ambulancia. Con el hombro así, recalarás en un hospital, y luego te irás a casa.

—¿Quién ha sido el imbécil que ha disparado? —chilla *Porta*, loco de rabia agarrando a un chaval de dieciséis años, voluntario SS, que, del susto, suelta la metralleta.

—¿Quién es usted? —farfulla el chaval.

—¿Y tú, berzotas? ¡Disparas a pacíficos turistas! ¡Eso nunca se ha visto!

De todas las esquinas salen infantes ss, jóvenes reclutas que jamás han visto el frente. Un *Oberschartführer* de dos metros de alto tira su casco, con rabia, al enterarse de lo ocurrido.

—¡Y con un hatajo de cretinos como éstos os piden ganar la guerra! —vocifera—. Pero ¿de dónde diablos salís?

—Del ojete del Universo. Llevamos ocho días jugando con Iván, pero se acabó, ya no queremos jugar más. Por el momento Iván anda buscándonos a algunos kilómetros de aquí. ¡Y así nos recibe la familia! ¡Me gustaría saber lo que dirá el *Feldmarshall* Model cuando lo sepa!

—Deben disculparnos —dijo el *Oberschartführer*, frotándose la cara quemada por el fósforo—. He recibido a esos recién nacidos ayer. Salen de la cuna.

—Menos cuento. Sus recién nacidos podrán adiestrarse. Dentro de una hora llega Iván, pues a buen seguro ha cruzado el río, no sé cómo, ya que, de lo contrario, os veo rumbo a Siberia. Os lo digo yo.

—¡Los rusos! ¿Están aquí?

—Cerquita. Ahí detrás del bosque. Y amodorrándose. En vuestro lugar, me largaría, ya que si no lo hacéis así, dentro de poco, sólo quedarán vuestros huesos.

—¿Y tienen carros?

—No creo que vengan sin carretillas. Le harán puré antes de que sus pitusos se hayan rehecho del canguelo.

Un ss *Hauptsturmführer*, se acercaba sin prisas.

—¿Por qué su compañía no se ha retirado con la División?

—La señal prometida no fue enviada nunca.

Anotaron el nombre del comandante de la División. Nadie daría un céntimo por su pellejo. *Barcelona* fue puesto en manos de los enfermeros que salían para Varsovia, pero ¡menudo follón por un solo herido! Todas las ambulancias estaban llenas a rebosar; pese a todo, lograron acomodarlo en una camilla que tuvo que compartir con un moribundo.

—¡Sería el día más hermoso de mi vida el que viese ahorcado al general! —dijo *Hermanito* al subir, una hora más tarde, en un camión de municiones—. Ese cretino de hidalguelo tiene bien merecida la soga.

—Decididamente, eres tan tonto como la luna —dijo Gregor, meneando la cabeza—. Las personas razonables, que conocen el mundo, no se meten con los generales. Un hidalgo alemán es ya algo importante, pero si el tío llega a general, se torna intocable. Un día, nos acusaron a mi general y a mí de haber

huido en un momento cualquiera. Denuncia de un burgués harapiento. Gregor, me dijo mi general con aire indiferente, unos canallas de oficiales de la reserva nos calumnian. Juran que hemos chaqueteado. Convendría mandar algunas cajas de champaña y de coñac al comandante de ejército, antes de que se reúna el Tribunal de Honor. Orden ejecutada sobre la marcha. Nos citan tres veces como héroes, y la mañana en que nos presentamos en Nicolaiev, Cruces de caballero nuevecitas se columpiaban en nuestros cuellos, y en el parabrisas del coche flameaba un banderín recién planchado. A lo largo de la carretera habían colgado a una tropa de partisanos, de suerte que apestábamos a sangre enemiga cuando comparecimos ante el Tribunal de Honor, cuyo presidente era el general de Infantería. Von Steinhauer. Todo el Tribunal encima. Lucíamos el uniforme negro de Carros que nos sentaba muy bien, y mi general una pistola de Señora, calibre 6,35, que no habría matado un perro a tres metros. Yo llevaba, naturalmente, mi «P 38», al costado, para defendernos si había fregado. Nunca se sabe. Pero todo anduvo estupendamente. El general de Infantería Von Steinhauer retiró, simplemente, la palabra a nuestros delatores burgueses. En ocho segundos, se demostró que su sinvergüenza de teniente coronel era un vulgar embustero que tenía ganas de ascender. Se ganó diez años por acusaciones falsas contra un general prusiano, y la muerte del héroe en el batallón 900, en un campo de minas, por la parte del lago Ladoga. Todo el mundo podía ver que mi general y yo éramos inocentes como palomas. Ninguna cobardía, sino suficiente sentido común como para no acercarnos demasiado al enemigo y a sus horribles bayonetas. Ser fusilado, o ensartado, eso quedaba para los borregos del Ejército.

Una escuadrilla de «Jabos» picaba sobre nosotros. El soldado de Transmisiones frenó, haciendo chirriar las ruedas, el pesado camión patinó y saltamos al sembrado próximo. Detrás de nosotros, los demás camiones estallaban. Un «K W 2» surgió de las colinas, seguido de algunos «34» que aplastaron a un grupo de infantes. Una sección de Zapadores corrió a nuestro lado, distribuyó rápidamente tubos de estufa, y continuó su labor más lejos.

El Viejo llegaba brincando con sus piernas cortas y arqueadas. Me golpeó el hombro.

—Tomas el primer «T 34», Gregor el segundo. *Porta* se ocupa del «K W 2», y el último pertenece a *Hermanito*.

Un «puñetazo» de carro, aúlla. La raqueta magnética corre hacia el primer vehículo, alcanza la esquina de la torreta, rebota y sube como una bola de fuego hacia el cielo.

—¿Quién ha sido el imbécil que ha disparado? —pregunta *el Viejo* furibundo.

Es un suboficial de Infantería que se esconde, aterrorizado, en un hoyo. Hemos fallado el momento de la sorpresa, por culpa de ese idiota. Los carros se ponen en formación como si tomaran un breve descanso, los cañones aúllan, las cadenas rechinan. Avanzan y toda una sección de enfermeros es aniquilada, los heridos ruedan por el fango, las ambulancias arden. Una joven enfermera se queda en mitad del campo y contempla con expresión de pismo su pierna arrancada y su traje gris que se torna rojo de sangre. *Hermanito* se precipita, agarra el bolso de la enfermera y se tumba junto a *Porta* para registrarlo.

—¡Ni una gota de morfina! Todo es camelo en esta guerra de mierda. Yodo e hilas, ¿para qué sirve eso?

Un mayor de Infantería decapitado corre, aún, un trecho de camino; un suboficial se sostiene la mano arrancada antes de que una salva de artillería le parta en dos. Una batería inicia un tiro de protección y se diría que el suelo, revuelto, se eleva hacia el cielo. Mis manos aprietan el puño de la bomba anticarro... Se acerca un «T 34».

Las cadenas rechinan, los diésel aúllan y apestan. El morro del primer carro está pintado imitando las fauces de un tiburón, con los dientes dibujados al fósforo. El «K W 2», de ochenta toneladas, se encabrita cuando dispara su cañón del 15. Dos raquetas, que un imbécil ha disparado demasiado pronto, rebotan en el vientre de acero. No debe dispararse a más de veinticinco metros, para que una raqueta pueda perforar el blindaje. Pego el ojo al visor: 200 metros. Demasiado lejos. Calma. *El Viejo*, siempre frío y dueño de sí mismo, contempla fijamente el blanco, pero su mano alzada está pronta para la señal de fuego. Dos artilleros que huyen son alcanzados por el primer «T 34», arrollados por las orugas y aplastados; intestinos arrancados flotan sobre los ganchos. Veo al comandante, vestido de cuero, echar una ojeada por la torreta abierta; la estrella roja brilla en su casco, pero antes de que yo pueda agarrar mi «P. PI», ha desaparecido en el interior.

Dicen que, ahora, los rusos tienen mujeres como telegrafistas en sus carros. En ése, ¿será una mujer la que he de matar? ¡A lo mejor la conozco y todo! Pienso en Tania, la joven cirujana que era capitán en el Ejército Rojo. Trabajaba, como prisionera de guerra, en nuestro hospital de división, calle Lenskowa, Jarkov. Fue ella quien me operó, y me sacó del cuerpo no sé cuántos cascos de granada. No había día que no me trajese algún dulce. Tania era fanáticamente comunista y no lo ocultaba, pero ni siquiera el

Oberschartführer ss que, por equivocación, habían mandado a nuestro hospital, habría denunciado al capitán médico Tania. Valía más no hacerlo. Doscientos amputados y heridos graves hubieran estrangulado al delator.

Tras la gran carnicería de Bielgorod, le otorgaron la Cruz de servicio de primera clase, lo cual la enfureció tanto que pisoteó la cruz de plata ante los ojos del general de división Von Huhnersdorf. Creímos que el general la haría fusilar. Pues ocurrió todo lo contrario: el alto y duro oficial que, tres días después, había de morir en su carro, dio un taconazo, y se cuadró ante ella.

Cuando el avance ruso, desapareció la misma noche en que fuimos bombardeados por la artillería. Visitó a todos los heridos para estrecharnos la mano, verificar una última vez los vendajes y nos deseó buena suerte. Todos estábamos enamorados de la capitana Tania. ¿Quizás esté en ese carro, degradada por haber cuidado a heridos enemigos, y reducida al estado de telegrafista?

—¡Fuego! —ordenó *el Viejo*.

Las cargas explosivas corren hacia los colosos y todo desaparece en un océano de llamas. He alcanzado al «T 34» justo encima de la torreta como si hubiese apuntado para no herir a Tania, si por azar, hubiera estado dentro. El comandante vestido de cuero voló hacia el cielo, parecía cabalgar sobre la llama azul de la explosión. Un hongo negro se extiende hasta nosotros: no queda nada de los tres carros, pero el último está intacto: *Hermanito* lo ha fallado. Da un puntapié al lanzarraquetas, agarra una bomba magnética, se abalanza sobre el monstruo, coloca el artefacto y luego salta hacia atrás. La explosión no se produce. Una bomba muerta.

Un sargento zapador agarra un «puñetazo», apunta y tira. La carga penetra por una tronera; una llama de doscientos metros inunda el camino y carboniza al propio zapador. Abandonamos nuestros hoyos para huir, pero del cielo surge una nube de cazas que ametrallan a una sección de Infantería, antes de que los desdichados puedan guarecerse. Y tras los cazas, he aquí a los «Jabos». Diríase, en verdad, que surgen de los árboles, tan bajo vuelan. Bombas de nafta. Todo arde. El pánico no puede ser mayor.

Un grupo de fugitivos civiles, con míseros hatillos al hombro, corren despavoridos, pero nada salva a esas gentes: una anciana tiene el vientre abierto, los intestinos le cuelgan; es menester que un infante le dé el tiro de gracia. Otra mujer está echada sobre su hijo que ha perdido ambos brazos. Un enfermero cura los muñones como puede y aúpa al niño en el hombro de la mujer, que desaparece en el bosque. La batería de la «Flak», emplazada junto

al puente, es aniquilada en pocos minutos, y he aquí a los «Jabos» sobre nosotros.

El gendarme Danz agarra un «puño» y apunta.

—¡No tires, es inútil a esa distancia! —grita *el Viejo*.

Pero Danz no le hace caso. Con una sangre fría asombrosa, se carga al hombro el tubo de estufa y apunta al primer «Jabos», que vuela tan bajo que casi parece aterrizar. ¡Por una vez, ocurre lo imposible! ¡Tocado! Como una bola de fuego, el avión desaparece entre los árboles, con las alas arrancadas. La gasolina, inflamada, salpica, y el hoyo en el que se agazapaba Danz es rociado de gasolina en llamas. Lo que vemos entonces es atroz: no le queda rostro; no se sabe qué nombre dar a ese muñón de carne achicharrada.

—Pistola —consigue articular—. ¡Pistola!

Gregor y yo titubeamos un instante, pero Gregor me empuja y tiendo a Danz el arma, a la que he quitado el seguro. Unos ojos anegados en sangre me miran por última vez; luego, el hombre mete el cañón en el agujero que fue su boca y dispara. No puedo, siquiera, cerrar unos ojos que ya no tienen párpados.

Porta acude gritándome algo:

—¡Cállate! —le grito.

Y cuando descubre lo que ha hecho la llama de retroceso, hasta *Porta* se calla. En silencio, *el Viejo* coge la placa de identidad y la cartilla militar medio quemada. Como jefe de sección, a él le toca escribir la carta fatal. El regimiento sólo manda la nota habitual: «*Caído por la patria. Heil Hitler!*».

—Nos largamos al galope —ordena *el Viejo*.

Y durante tres horas, caminamos por esta carretera cubierta de material incendiado. Los enfermeros no paran; dejan a los muertos, ya que es imposible enterrarlos. Los rusos se encargarán de ellos.

—¡Queridos enemigos!

A toda velocidad llegan unos «T 34» sobre los cuales se arraciman los siberianos, apretujados como arenques. Huir... ¡Huir a dónde sea! Pero los carros avanzan y aplastan a una compañía. Destrozamos dos con «puños» anticarro, y he aquí que una bala me hiere en el cuello. Corro hacia los enfermeros que tardan un siglo en hacerme un vendaje, y pido ser evacuado al hospital de campaña.

—¿Y qué más? ¿Por ese rasguño? Ningún hospital te admitirá. En lo tocante a heridas, escoge mejor la próxima vez.

—Pero es que no puedo volver la cabeza.

—Entonces, no la vuelvas. Un soldado alemán siempre mira al frente.

El enfermero se ocupa ya de otro, pero, justo detrás de él, veo las fichas rojas de evacuación. Sólo resta firmar y sellar. Si pudiese birlar una... Mi vendaje ya está empapado de sangre. Alargo la mano cautelosamente cuando el hombre se vuelve.

—¿Qué estás haciendo? Lárgate, si no quieres un Consejo de guerra.

Dos suboficiales me echan fuera, y un gendarme me pone en pie.

—¡Ocúpate de ese mierda! —grita el sargento enfermero.

—Bueno, ¿qué te pasa? —pregunta el gendarme.

Es cabo, y esto me reconforta un poco. Con un cabo se puede hablar, aunque luzca en el pecho la horrenda placa en forma de media luna. La de los cazadores de hombres.

—Esos cerdos no quieren mandarme al hospital.

—A mí también me gustaría mucho ir. A todo el mundo, después de cinco años de guerra. ¿Y querías afanar una ficha roja?

—Sí —digo sin pensar que supone una confesión.

El cañón del fusil ametrallador apunta hacia mi pecho. ¿Disparará? ¿Es un verdadero prusiano o un *Porta*? Lentamente, mi vista resbala del cañón del arma al rostro del hombre. Dos ojos risueños encuentran a los míos.

—Eres el que hace catorce hoy. Otra vez, un poco más de destreza. Usa los dedos de los pies. Por lo demás, ¿adónde quieres ir?

—Regresar a mi Compañía.

—Muy astuto. Te prevengo que no llegarás lejos. De aquí a Varsovia hay doscientos acordonamientos, y antes de abrir la boca te toman por un desertor. Es la sogá. Adolf sabe que los héroes están fatigados y quieren volverse a sus casas, por lo que los gendarmes son inflexibles. No más lejos que ayer, ahorcaron a un coronel, cuya jeta se había vuelto hacia el Oeste, al frente de todo su regimiento. Hasta se llevaba lectura consigo. ¿Doscientos cuarenta y seis batallones de gendarmes no te dicen nada? Nuestro jefe ahorca todo lo que encuentra, un verdadero bruto, pero ven, te haré pasar los acordonamientos.

Emprendemos el camino juntos; da una patada a un guijarro, hago otro tanto y nos reímos como chiquillos de ese partido de fútbol cuando, cerca de nosotros, se detiene una larga columna de camiones. Los «Krupp» apestan a humo, un sargento asoma la cabeza por la cabina del primer camión.

—¡Quitaos de la carretera, asquerosos, si no queréis que os atropelle!

De pronto, percibe la terrible placa en forma de media luna, lo cual le ablanda instantáneamente. Llega incluso a ofrecernos coñac francés y cigarros

puros a lo Churchill, que mi nuevo amigo se mete en el bolsillo sin recato. ¡Tras lo cual la columna arranca dando un rodeo para no molestarnos!

Se acercan tres de Infantería, que se ponen verdes al ver a mi compañero.

—¡Idos al diablo! —grita cuando quiere justificarse—. Debí haberlos llevado ante el jefe —continúa después de que se han marchado—, pero les habrían ahorcado. Por lo demás, esa vez estoy seguro de que eran desertores, pero ¿quién no lo sería? Llevo siete años en la gendarmería, y en activo. Antaño trabajaba en el puerto, pero es un trabajo para imbéciles. Dentro de veinte años tendré un buen retiro, pues un cabo permanente recibe una pensión más elevada que un capitán puesto de patitas en la calle a los cincuenta años. Sólo que no se debe ser sensiblero en ese club. He visto ahorcar religiosas en Bélgica, fusilar sacerdotes en Holanda; en Francia han pasado por las armas a niños de doce años; he dado puntapiés en el culo a chicas camino del paredón, en Milán. Y muchas cosas más, en Polonia principalmente. Como para poner la carne de gallina al mismísimo Satanás. Pero el Führer ha dicho que debíamos ser duros, así es que somos duros. Una orden es una orden. También estuve en Katyn cuando desenterraron a la élite del cuerpo de oficiales polacos, ante los cretinos de la Cruz Roja Internacional. ¡Tenía la mar de gracia! Había que ver cómo se ufanaban los faisanes dorados. Me dije: «Si son capaces de hacer tanta comedia, ¿qué no puede esperarse de ellos?». Al fin y al cabo eso no es cuenta mía. No soy más que un cabo sin responsabilidades, hago lo que me mandan y hace mucho tiempo que ya no pienso. Pero puedo confesarte que, de todos modos, tengo ganas de que eso acabe pronto y vuelvan a empezar las patrullas en las callejuelas.

Me alargó tres paquetes de «Camel» y se desperezó haciendo crujir las articulaciones.

—Bueno, andando, no podemos esperar la paz aquí, aunque sea un sitio simpático.

Una columna de carros ss, con la calavera en la torreta, se nos adelanta. Es la División T, que nos inunda de barro. Y, he aquí por fin, el temible acordonamiento. Un capitán de gendarmería se acerca despacio, con su látigo de tres correas en la mano derecha. Mi extraño amigo da un taconazo e informa. Paso sin tropiezos esta antesala de la muerte y continúo solo bajo la lluvia.

Mi compañero gendarme ya no me conoce. Alto y grueso, se sitúa detrás de la barrera, empuñando la pistola, y espera a los próximos candidatos a la

horca. Le hago una señal de adiós a la cual no responden ni su mano ni sus ojos, otra vez fríos bajo el casco mojado.

«Vivimos en comunidad con la muerte y hemos de aprender a valernos de ella, de la mejor manera posible. Por el bien de la raza alemana y de su expansión, es preciso aspirar a una Europa vacía, lo cual significa el aniquilamiento de todas las otras naciones».

Himmler. Discurso a los generales ss en Weimar, 12 de diciembre de 1943.

—Es una mancha en el honor del soldado alemán, que quede un solo polaco con vida en Varsovia —gritó Himmler dirigiéndose al Obergruppenführer Berger—. ¿Por qué no ha cumplido usted mis órdenes? Quiero que esos cerdos sean destruidos. Hace tiempo que estaría hecho si no hubiera sido usted tan blando.

—Reichsführer, hemos hecho lo que hemos podido —farfulló Berger, a quien el miedo hacía sudar la gota gorda—. Las bajas son terribles. La revuelta de Varsovia ha costado ya la vida a diez mil soldados alemanes.

—¡Qué me importan las pérdidas! Sólo cuentan los resultados. No se llora a un soldado caído por la patria. Se está orgulloso de él. ¿No eran suficientemente claras mis órdenes? Arrase la capital polaca y extermine a sus habitantes como ratas. No tienen sitio en el gran Reich alemán. Pero si prefiere usted el frente ruso, es fácil —añadió Himmler con helada sonrisa—. Los ss no gustan de los cobardes que tienen miedo de la sangre, así es que ni una palabra más sobre las bajas. La moneda de la guerra es la sangre, y un Estado fuerte nace en la sangre. Dentro de cuarenta y ocho horas, Varsovia debe ser borrada del mapa.

Después que se hubo marchado, Berger respiró profundamente:

—¡Qué no daría yo por ver a ese canallita paliducho en manos de los rusos!

Agarró el teléfono directo que le comunicaba con el Brigadenführer doctor Dirlwanger.

—Aquí Berger. Escúcheme bien, Dirlwanger. El Reichsführer está descontento, sus órdenes no han sido ejecutadas. ¡No querrá usted, sin embargo, volver a Plötzensee donde no fui a buscarles, a usted y a su banda de cerdos para que tomasen baños de sol en Varsovia!

—He hecho todo cuanto era humanamente posible —dijo Dirlewanger—. Mis bajas suponen el 90 %.

—No me importan sus bajas. Sólo veo los resultados. Si la tarea rebasa sus medios, dígalo. Hay sitio en los regimientos penitenciarios... ¡Y cállese cuando hablo yo! Está usted en desgracia, prefiero que lo sepa, pero defenderé su causa y la de sus bandidos si dentro de cuarenta y ocho horas, Varsovia ha desaparecido de la superficie de la Tierra. Terminado.

Dirlewanger colgó violentamente, condenó a muerte a dos de sus subordinados, asistió a su ejecución en la horca, y exigió que ciento cincuenta de sus hombres fuesen fusilados por cobardía. Arrojaron al estanque como pasto de los lucios a diez prisioneros polacos. Oskar Dirlewanger posee el mejor criadero de lucios de toda la Europa del Este. Dice que es porque los alimenta con carne humana: estos peces, carnívoros, la adoran.

«A LA CABRA ACOGEDORA»

Varsovia. *Porta*, en compañía de un cabo desconocido, estaba encaramado al esqueleto incendiado de un carro J. S. (José Stalin) cuyo comandante reducido al estado de momia les servía de mesa. Se pasaban una botella de vodka tan enorme que habría fatigado el cuello de un San Bernardo.

—Es tal como te digo —afirmaba *Porta*—. Todos los nazis serán ahorcados. La lista está ya hecha. Yo tengo uno que añadir. Se llama Heide.

—¡Ah! Que les estiren la piel del cuello por encima de las orejas —dijo el cabo forastero, con una alegría no fingida—. En cuanto a Adolf, su odio a Inglaterra le enajena. Hubiera podido conformarse con lo que decía el Kaiser: «Dios castiga a Inglaterra». Pero él se ha imaginado que podría arrasarlo la isla, y entonces Tommy se le mea encima de nuevo. Pero también, ¿por qué hacer la guerra a Tommy? —Hubo un silencio—. Oye —prosiguió el cabo lanzando en torno suyo miradas inquietas—, ¿sabes lo que me gustaría muchísimo?

—No tengo la menor idea. La gente tiene deseos tan raros, ahora...

—Bueno, pues me gustaría que nuestros enemigos nos infligiesen una derrota resonante. Por una vez, tendríamos paz durante cien años. Esa manía de hacer la guerra que tienen los teutones, se hace pesada. Todos, en el extranjero, se imaginan que nosotros, los de a pie, tenemos afición a la guerra porque son los de arriba quienes la quieren. Ves tú, compañero, hemos nacido en mal sitio.

—Dices verdad. Alemania necesita un buen porrazo en el coco para que, por fin, podamos saborear una *choucroute* y cerveza, pero no tenemos la culpa de que sea un austríaco quien nos mande, y siempre ha sido así. No decimos nada. Somos los chuchos mejor adiestrados de Europa.

Continuaron su conversación, impregnada de alta traición, sobre el carro incendiado.

—¿Por qué eres ciclista? —preguntó *Porta* indicando la bici modelo 1903, con manillar en forma de cuernos de chivo—. ¿Eres de Caballería?

—No, nunca tuve sino ese artilugio.

—¡No me digas! ¿Entonces has pedaleado durante toda la guerra, avanzando y luego retrocediendo? Por la santa Virgen de Kazán, que se hace camino pedaleando.

—Tú lo has dicho. Tengo mala suerte desde que nací. Mi padre vendía bicicletas en Bremen, y el día en que yo tenía que entrar en la escuela, la Policía fue a buscarle. Todas las bicicletas fueron robadas. Comprenderás cómo aborrezco las bicicletas. Me han resultado gafes hasta el fin, porque me mandaron a un regimiento de Caballería de Königsberg, dragones ciclistas desde 1916. Es decir, desde que se comieron sus caballos. La caballería a pedales es una invención del diablo. Parece fácil cuando se corre por una carretera asfaltada, pero no creas que tiene gracia trepar el Elbruz con la montura a cuestas. Gracias a Dios, parece ser que el paseo toca a su fin. Ya ves a lo que me ha conducido eso. Cabo-dragón-ciclista, después de ocho años de servicio, ¡y menudo servicio!

Fusiles ametralladores ladran por la parte de Varsovia. Una batería del 75 se entromete. Se lucha por la Kommandantur de la plaza Adolf Hitler donde Armija Krajowa se ha incrustado. Los polacos han hecho papilla al personal alemán.

Dado que caen granadas alrededor nuestro, nos ponemos a resguardo y el cabo-ciclista se despide. Empapado y triste, monta en silla y arranca, doblado sobre el manillar, hacia el centro de Varsovia.

El fuego de artillería arrecia. Los polacos disparan con cañones alemanes.

—Larguémonos —propone *Porta*—. Cita en casa de Piotr, «La cabra acogedora».

Un fuego concéntrico de «MG» nos precipita en la primera escalera y empujamos ante nosotros algunos cadáveres, a guisa de escudos. El fusil ametrallador ladra, una nube de cascotes nos cae encima de la cabeza. Alaridos. Es un cabo zapador que iba con nosotros; un chorro de sangre negra se escapa de su boca, tose y muere. *El Legionario* le hace rodar escaleras abajo: no queremos usar su cuerpo como escudo. Era un compañero.

Pasan corriendo unas chicas, faldas al viento.

—En este país habría que ser un chulo —dice *Porta* meditando—. Las pupilas no faltarían, ni los aficionados tampoco. Éstos, de buena familia en su mayoría y discretos, precisamente a causa de la familia.

—Hay que desconfiar de tus elegantes aficionados —replicó *Hermanito*—. Pueden armar escándalo. Fíjate lo que pasó un día en que tenía ante mí a un policía con águila y todo el tinglado: el aficionado era de la criminal. Sacamos las navajas, pero ¡qué negras las pasé allá en la *Stadthausbrucke*!

¡Cómo nos zurraron! Era el Herbert, de la comisaría 37, Kirchenallee, quien llevaba la batuta. Un demonio al que, poco después, apiolaron. Un loco se encargó de ello, y en pleno día. Figúrate que el loco salía del hospital de Rissen y pidió lumbré, muy educadamente hay que decirlo, al monstruo aquel de Herbert. «Lárgate, pero que enseguida, pedazo de conejillo de Indias», respondió el monstruo. ¿Ves lo que es el destino? Si el Herbert no hubiese mencionado el conejillo de Indias, el loco se habría largado, pero odiaba a esos bichos porque toda su familia había muerto de un virus misterioso atribuido a los conejillos de Indias. Y de rechazo, antes de abrir la boca, mi Herbert había sido ensartado con un trozo de bayoneta oxidada. El monstruo se desplomó moribundo, y unos viandantes le dieron sencillamente de puntapiés. Por desgracia, yo estaba en la calle vendiendo viejas porquerías, de esas llamadas antigüedades. Y he aquí que el cadáver de Herbert se desploma sobre mi tenderete. Policías, como es de suponer. Me encajan lo menos cinco pares de esposas atadas al cadáver, pero de repente el jefe percibe la gorra bien conocida de Rissen, que se largaba hacia el Elba con el trozo de hierro oxidado blandido por el loco: «¡Ahí va el asesino!», exclamó el jefe, actuando como un auténtico Sherlock Holmes, y todos los «kripos» salieron corriendo tras de él. El loco les hizo una señal con la mano, se tiró al río y nadie volvió a verlo nunca más, sólo que el cabo Nass, ese cerdo, se quedó conmigo en su lugar.

—Ya está bien, ya está bien —interrumpió *Porta*—. Basta de cuentos. Esta vez hay que demoler la ametralladora polaca, si no, nos van a exterminar.

Hermanito cogió las bombas de mano y salió corriendo. Saltó detrás de una carreta volcada, cubierta de cadáveres, cuando una granada polaca silbó y rodó delante de la carretera. El gigante le arreó una patada empujándola sobre el tragaluz de la casa. Explosión formidable. No quedó nada de la casa.

—¡Adelante, adelante! —gritó *el Legionario*—. ¡Viva la Legión!

Los polacos intentan huir, pero en vano. Tres de ellos levantan los brazos: dos llevan la gorra hexagonal del Ejército polaco, el otro un casco de acero alemán. *El Legionario* los liquida de una ráfaga:

—Es la guerra.

Instante de reposo en lo que queda de las posiciones polacas; y una botella pasa de mano en mano.

—Adelante —dice *el Viejo*, con impaciencia.

Echamos por la calle de Cracovia que apesta a carne achicharrada. Los tíos de las S. D. han volado la prisión central, con todos los presos dentro.

—Vamos, muchachos, un alto en «La cabra acogedora», una buena tasca y un trago de cerveza aclarará las ideas.

El ucraniano de la barba roja, que campea detrás del mostrador, tira las cañas a voleo; si falla la tirada, hay que pagar de todos modos. Se aprende a ser vivaz, en la «Cabra». Como siempre, está atestada. A la puerta, un gendarme a quien miramos de través.

—Patos —pidió *Porta* con aires de gran señor.

—¿Cuántos?

—Catorce.

El pato es cuervo, todo el mundo lo sabe, pero es mejor conservar las ilusiones. Tenemos doble ración reforzada, para cada uno, con una chuleta de perro. Como Piotr tiene tratos comerciales con *Porta*, nos otorga, además, vino de las montañas rumanas, y conservas de pescado del Ejército a guisa de postre. Todo eso no huele muy bien, pero entra con la cerveza.

Un capellán castrense del Estado Mayor, sentado en un rincón, se levantó y se acercó a un oficial con un uniforme cochambroso.

—¿Puedo sentarme ahí? —preguntó con cautela, adelantando una silla.

El oficial, cuyo rostro estaba envuelto con un vendaje ensangrentado, le miró con expresión ausente.

—Como guste. Sofja, un bock y rebosante. La mano no me tiembla.

Se echó el contenido del bock de un trago al colete. Sin decir palabra, Sofja volvió a llenarlo.

—¿Puedo ayudarle en algo, camarada? —preguntó el pastor.

—¿Quién diablos es usted? —respondió el oficial como si se diese cuenta, por primera vez, de la presencia del oficial—. ¿Qué auxilio puede usted aportarme? ¿Tiene algún regimiento que ofrecerme? ¡Sofja! —gritó con voz alterada, alargando el bock que la camarera llenó en silencio—. A su salud, pastor, ¿qué hace usted en este lugar, si no bebe?

—Intento ayudarle, capitán.

—Si es el Führer quien le envía, hable.

—No, capitán, sólo puedo ofrecerle consuelos espirituales.

—Camino directo para el cielo. Mi padre era coronel, hablaba demasiado, le ahorcaron en Noruega. ¡Sofja, un doble! ¿Cuánto es?

—Cuatrocientos zlotys.

—Entonces, llena ese bock dos veces y serán quinientos. Cerca de Saborotje, nos dieron para el pelo —continuó, con la mirada turbia, dirigiéndose al pastor—. Vinieron con lanzallamas, carros, artillería de asalto. Aplastaron todo el 416.º de Infantería, como si fuese mierda. Arrojaron los

heridos a las chozas en llamas y éstos llamaban a Dios antes de que las llamas los devorasen.

El capellán intentó decir algo, pero nada podía detener al oficial del uniforme cochambroso.

—Yo estaba al mando de un batallón pesado. Los «T 34» llegaron, en masa, por las colinas, bordearon nuestras posiciones como si estuviesen en maniobras y nos aplastaron en los pantanos. Soy el único superviviente. Me oculté durante cuatro días entre los cadáveres. ¡Sofja! Tráeme el último. ¡A su salud, pastor! Al otro lado del Bug, éramos veinticuatro. «¡Resistid a toda costa!», ordenó nuestro jefe. Resistí y lancé mis veinticuatro bombas contra los asaltantes «T 34». La patria exige sangre. Es insaciable. Al quedarme solo, renuncié y me replegué. Quizás hubiera debido resistir con una ametralladora que ya no tenía municiones. ¿Por qué no obligar a mis soldados muertos a ponerse en pie y lanzarse al asalto contra los carros enemigos? ¿Qué debía haber hecho? ¡Dígamelo, por Dios! —chilló el oficial borracho agarrando del cuello al capellán—. ¡A vosotros, lectores de la Biblia, las palabras no os faltan nunca! —Aplastó el vaso entre sus dedos y la sangre brotó de la mano lacerada—. *Heil Hitler!* —rugió con odio.

Y salió dando largas zancadas.

—¿Quién es ese oficial? —preguntó el pastor a un teniente de Infantería ya de edad.

—No lo sé, pero habría que denunciarlo a la gendarmería de campaña. Un caso enojoso.

—Un caso; lleva usted razón. Todo es cuestión de casualidad. Uno pierde la vida, otro la razón, un tercero un brazo o una pierna. ¿Tal vez me matarán antes de que anochezca? —Se levantó pesadamente y se fue de la tasca—. Dios sea con vosotros —murmuró antes de cerrar la puerta.

Una granada de mortero estalló fuera. La pesada puerta saltó de sus goznes. La metralla nos silbaba en los oídos, la botella de vodka que estaba sobre la mesa se partió por la mitad, todo apestaba a azufre y a pólvora.

Piotr reapareció detrás de la barra tras la cual se había refugiado con Sofja, y tendió el puño hacia el edificio de la Radio en cuyo techo los polacos habían emplazado un mortero. De las cuerdas atadas al balcón del edificio se balanceaban alemanes y un cuervo se posó sobre la cabeza de un cadáver para ver si, casualmente, algún compañero había dejado un ojo olvidado.

Mientras ayudábamos a Piotr a reparar la puerta, *Hermanito* fue a echar un vistazo a la calle.

—Anda, el pastor ha subido al cielo —dijo con la mayor tranquilidad.

—Debí haberle avisado —dijo Piotr—. Podríamos poner el reloj en hora gracias a las granadas. Los comunistas de Lublin las envían a las tres en punto de la tarde.

El Viejo corrió al lado del capellán que yacía en medio de un charco de sangre y miró con inquietud el edificio de la Radio.

—No, hombre, no —dijo Piotr tranquilizándole—, hoy ya no volverán a disparar. Puedes sentarte fuera sin que te pase nada.

El Viejo se agachó, registró rápidamente el cadáver, arrancó la placa y sacó la documentación del pastor; pero antes de que pudiese volver con nosotros, un «Kubel» frenó junto a él. Un mayor con chaquetón de cuero gris, muy seguro de sí, seguido por un cabo bajito y con cara de ratón, que lucía el galón de los soldados de Transmisiones. El mayor contempló el cadáver con expresión indiferente.

—¿Completamente muerto?

El cabo echó una mirada de soslayo al pobre pastor mientras por el rabillo del ojo vigilaba la tasca.

—A la orden, señor mayor: un capellán muerto ante usted.

—Hay que ver —murmuró el mayor empujando el cadáver con su bastoncillo—. Desagradable.

Lo han dejado en excelente postura.

Su mirada se desvió hacia el Vístula y por un instante pareció como si tuviera la intención de arrojarse a él, pero, de pronto se cabreó, maldijo a los polacos que se habían permitido matar a un capellán alemán y, luego, recayó en una extraña apatía. Echó un fugaz vistazo al muerto, se colgó el bastón del brazo y subió a su «Kubel». El cabo de Transmisiones le cubrió las piernas con fingida solicitud.

—Leopold —dijo con tono cansado—, sería mejor que se quedase usted aquí para hacer enterrar decorosamente a ese pastor. Encargue a los zapadores una cruz de oficial, pero de pino, no tiene derecho al hierro. Y con una inscripción adecuada, algo sobre Dios y la patria. Ocúpese de eso, Leopold.

Golpeó el cristal que le separaba del chófer y el coche desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

—Puede meterse en el culo su entierro decoroso —rezongó el cabo Leopold—. ¡Enterrar a ése, vamos, anda! Los entierros de oficiales son una lata y nada más. Lo echaremos al río. Esa araña de uniforme no se da cuenta de lo que es el entierro de un oficial, y encima se trata de un capellán al que no se puede dar tierra como a un sorche. El otro día era un coronel pagador el que la palmó; si no hubiese contado con un pez gordo en la ss, todavía lo

tendría en mis brazos. ¡Enterrar a ese cantor de salmos! Se nota que no conoce a mi coronel Kutnei. ¡Me da dolor de cabeza sólo pensar en presentarme a él con ese fiambre, y solicitar una cruz aunque sea de pino! ¡Es la sogá y el pelotón lo que me espera! ¡Ni hablar! ¡Ese digno hombre irá a parar al Vístula y buen viaje! La corriente le conducirá derecho hacia los zapadores, y esas piernas de sajones no se merecen nada mejor que tener un capellán para el desayuno. Por lo demás, se lo mandarán a Iván por evitarse molestias. Los sajones son capaces de cualquier cosa.

Escupió con desprecio. *Hermanito* agarró al infortunado pastor por los tobillos y lo arrastró hasta el pretil del puente. En el momento de tirar el cadáver por encima de aquél, *Porta* le hizo notar la buena calidad de las botas. Un suboficial de Infantería compró las botas a *Hermanito*, quien vendió el crucifijo a Piotr pese al furor de *el Viejo*; y luego, con un plaf, el pastor desapareció en las aguas grises del Vístula.

Tomamos posición en una casa contigua, sobre la cual disparaba un mortero; una gran lámpara cayó sobre las rodillas de *Hermanito*.

—¡Qué mierda es ésa de cortarnos la luz! —gritó amenazando con el puño al piso de arriba ocupado por los polacos—. ¡En Hamburgo, al menos, mandan un papel para avisar que cortan la corriente!

Pero traen una batería de campaña y el fregado empieza a arreciar: la gran torre de la iglesia se viene abajo, con fragor de trueno.

—¿Creéis que es oro de verdad? —preguntó *Hermanito* que estaba en la ventana sin hacer caso de la artillería.

Atacaban por el lado del puente de Momoro. Si se apoderan de él, serán dueños de todo el centro de la ciudad, con los Estados Mayores y depósitos alemanes. Dos cañones disparan sobre nosotros; la parte alta de la casa arde ya. Cuando el humo se hace inaguantable, nos replegamos detrás de una fábrica donde se reforma la 5.ª Compañía, a las órdenes de nuestro antiguo jefe, el teniente Löwe, que tiene la mitad de la cara quemada por una botella de gasolina polaca. Por la tarde, nos relevan y vamos a tomar un descanso. Naturalmente, todo el mundo aspira al rancho: tres hombres por cada sección. *Hermanito*, *Porta* y yo juntamos las fiambreras de la 2.ª sección, pero las cocinas de campaña quedan bastante lejos y hay que atravesar algunas calles bajo el fuego de los polacos.

De pronto, frente a mí, un géiser de llamas y soy empujado hacia atrás, contra la pared de una fábrica. Todo se torna negro... me desmayo. Recobro el conocimiento y veo a *Porta* inclinado sobre mí.

—¿Estás muerto o vivo? ¡Esos sustos no se les dan a los compañeros!

Cuando se dan cuenta de que, en total, no tengo gran cosa, me prometen una buena paliza cuando regresen. Disputas, guantazos y un fusil ametrallador polaco nos coge bajo su fuego.

—¡Oh, no seas latoso, detén tu herramienta! —grita, furioso, *Hermanito* al polaco.

Y, cosa curiosa, el tiroteo se para en seco.

Las tres cocinas de campaña están instaladas en la plaza del Vístula, pero la interminable cola nos impide acceder a ellas, y las disputas vuelven a empezar.

—¿Qué menú tenemos? —grita *Porta*.

—*Bouillabaisse* —responde el gordo sargento de cocina, que siempre se vale de nombres franceses. Hasta al plato nacional alemán, la *Sauerkraut*, la llama *choucroute*, pero bien sabemos que su *bouillabaisse* no es sino un líquido cualquiera en el que nadan sardinas averiadas.

—¿Te has acordado del perejil? —pregunta *Porta*, irónico.

—No seas imbécil —responde el gordo ranchero instalado en un elevado asiento que le permite vigilar los posibles hurtos de sus ayudantes.

El olor de las marmitas cosquillea agradablemente nuestras pituitarias, nos relamemos y todo el mundo habla de manduca. Un suboficial asegura que en Marsella se zampó una *bouillabaisse* con ciento treinta y cinco clases de pescado.

—Pues yo, un día, me jalé a un suboficial como tú, sin pimienta ni sal; ¡el perro del regimiento limpió sus huesos!

El ranchero se levanta para probar el plato, menea la cabeza con aire satisfecho y nos dirige una sonrisa alentadora. Ojos hambrientos siguen los ejercicios del ranchero: todo el mundo arde en impaciencia.

—Listo —dice—, traed las fiambreras.

Pero, de repente, vemos a sus ayudantes abalanzarse sobre la marmita y volcarla en el Vístula. Parece ser que se trata de un ejercicio militar que suele hacerse en las grandes maniobras, y ese infame ha tenido la ocurrencia de gastar esa broma aquí, en Varsovia, que ni siquiera es zona de frente. Los hombres se han aproximado con la tripa vacía, los encargados de las secciones tenían las fiambreras a punto, y se preparaba un guisote que se le hacía a uno la boca agua; pero en este preciso momento, ¡ataque! Y dado que la comida no debe caer en manos del enemigo la tiran donde no pueda recuperarse...

Nos causa un pasmo tal que no se eleva ni un solo grito, y el gordo ranchero desaparece entre nubes de polvo.

—¡Si alguna vez le echo mano —chilló *Porta*—, le haré picadillo!

Cuando regresamos, por poco nos linchan: la sección nos acusaba de haberlo devorado todo por el camino. Una vez calmados los hombres, encontramos pan duro que mascar despacio, pues eso engaña al hambre. Pero sobre la medianoche, *Porta* se levantó.

—¡Ven! —le dijo a *Hermanito*.

Con un saco de granadas vacío bajo el brazo, desaparecieron por las calles en llamas de Varsovia y regresaron cuatro horas más tarde, el saco goteando sangre y lleno de carne de caballo. ¡Alegría general! Un buen fuego para el asado y los soldados ya no sienten la fatiga. ¡Menudo festín! Es uno de mis mejores recuerdos de guerra.

«Los métodos de educación intelectual no me interesan. El saber pudre a la juventud, en tanto que si se la somete a pruebas durísimas, aprende a vencer el miedo y la muerte».

Himmler. Carta al profesor K. A. Eckhardt, 14 de mayo de 1938.

Es el regimiento de élite polaco Kedyv, el que defiende las ruinas del ghetto. El general Bor-Komorovski ha dado la orden de defender el ghetto a toda costa, pues es el único sitio del centro de Varsovia donde pueden aterrizar los paras ingleses del general Sosabowski, el cual, ahora, forma parte del Ejército inglés.

Pero el Estado Mayor general polaco no sospecha que los ingleses no tienen la menor intención de enviarle los paras polacos. En primer lugar, su transporte sería imposible, pero, sobre todo, el general Sosabowski y sus hombres son indispensables en el frente del Oeste.

El Ejército polaco del general Bor-Komorovski está, por lo tanto, condenado a muerte. No solamente por el Reichsführer Himmler, en Berlín, sino también por el mariscal Stalin, en el Kremlin. Los fanáticos patriotas polacos fueron necesarios justo antes del fuego de artificio. Ahora, eran los comunistas polacos de Moscú quienes iban a adueñarse de Polonia. El viejo zorro del Kremlin se ríe para su colete, al enterarse de la carnicería ordenada por Himmler en Varsovia, pero no dice esta boca es mía.

El mariscal Rokosovski tampoco, cuando el coronel polaco Dombrowski, enviado por el general Bor-Komorovski fue a suplicarle la ayuda del Ejército Rojo. Durante una hora y media, el coronel describió la situación desesperada del ejército interior. El mariscal y su Estado Mayor

contemplaron en silencio al coronel con su uniforme manchado, su gorra pentagonal bajo el brazo.

—¿Por qué no quiere ayudarnos, mariscal? Envíenos las dos divisiones nuestras que tiene en su ejército.

Sin decir palabra, el mariscal dio media vuelta y abandonó la sala.

El coronel Dombrovski se quedó mirando con desesperación la puerta cerrada. Nadie supo qué fue de él, ya que desapareció entre el Estado Mayor ruso y las primeras líneas polacas. El general Bor-Komorovski esperó en vano tanto a su enviado como a los refugiados rusos.

EL BURDEL «CUARTEL DE NOCHE DEL KAISER»

Hermanito y *Porta* iban al frente de los que subían la escalera del «Cuartel nocturno del Kaiser». El ruido atronador que hacían, evocaba una jauría de «T 34» arrollando una posición alemana.

—¿Dónde están las técnicas? —preguntó muy educadamente *Hermanito* dando una patada a un jarrón que salió por la ventana con un espantoso estrépito de vidrios rotos.

Los transeúntes, creyendo que era una bomba, se precipitaron en el primer refugio.

—Calma, señores —dijo *Madame* Zosia Klusinski, ama del más elegante burdel entre el Rin y el Volga.

Andamos todos borrachos, naturalmente, y Gregor más que todos los otros.

—¿Dónde están las chicas? ¿Tú eres una de ellas o qué?

Ella se desasí de un codazo e introdujo tranquilamente un cigarrillo ruso en una larga boquilla de oro. Gregor, tambaleándose, recobró el equilibrio con dificultad y le entregó el tíquet de entrada de *Porta*.

—Toma, vieja, eso me ha costado 1200 zlotys. —Hipaba y rodeó tiernamente el cuello de la mujer para conseguir tenerse en pie—. Fíjate, mi cielo, ahí está escrito que tengo derecho a un reposo horizontal. Si eres tú la directora, date prisa en traer a tu gente, pero enseguida. Después de nosotros vendrá el diluvio en forma de Iván, y te reirás menos de lo que crees.

Madame Zosia, que las había visto peores, le sopló con calma una nube de humo sobre la nariz.

—Señores, no crean que éste es un burdel como los demás. Es un salón muy selecto, se lo prevengo. Sólo recibo a la buena sociedad.

—Precisamente por esto estamos aquí —dijo riendo *Porta*.

Madame puso sobre la mesa dos grandes álbumes.

—Nuestro método es bastante particular —explicó—. Los caballeros escogen a las damas que les gustan y me informo luego de si están disponibles.

—¡Caray! —exclamó *Hermanito*—. Mucho cuento. Tráete a tus damas en tres columnas, empezamos por un extremo y continuamos hasta la extinción.

—¡Damas! —gritó *Porta* tronchándose de risa—. ¡Damas! ¿Te crees en la Corte? —Dio un manotazo en el trasero a Zosia—. Si tuvieras un trasero como tu proscenio, serías completamente de mi gusto, pero damas o no, suelta tu ganadería.

Heide, completamente cogerza, se había sentado a una mesa y charlaba con un hermoso loro rojo en su jaula.

—El ideal nacionalsocialista —le explicaba al loro— quiere decir que todos somos gentes muy decentes. Deberás hacerte teñir, camarada, cuando hayamos aplastado al comunismo rojo y a la judería internacional. Entonces, ya no habrá sitio para un pájaro rojo. Además, caballero, ¿de dónde viene usted? ¡No tiene aspecto germánico y su pico ganchudo tiene una forma curiosa!

—¡Idiota! —replicó el loro con voz ronca, soltando una sarta de palabrotas polacas.

—¡Te haré buscar por la gendarmería! —gritó Heide, volviéndole la espalda al loro, que no se interesaba por el nacionalsocialismo.

—Vamos al tajo —dijo *Porta* a *Madame Zosia*—. Tenemos prisa. En marcha hacia el Reich con una espléndida derrota en el culo.

—¡Alta traición! —gritó Heide, que ahora yacía bajo la mesa.

—De todos modos —murmuraba Gregor, admirativo—, la verdad es que aquí todo es de primera. ¡Hasta el piano! *Porta*, toca algo para ponernos en forma. Algo que dé gusto —repitió Gregor intentando vanamente encender una cerilla.

Dos veces ha prendido ya fuego a sus cabellos y *Hermanito* ha tenido que apagar el incendio con un sifón.

Porta se sentó y tecleó algunos compases:

*Los soldados somos unos machos
Que las chicas aprecian mucho.
Hacemos la guerra todos los días.
Sin saber lo que es tristeza.*

Heide rompió a sollozar. Se subió a una mesa y pidió disculpas al loro:

—Uno se vuelve nervioso al cabo de cinco años de guerra —explicó—, tienes que perdonarme.

—¡Idiota! —replicó el loro, con otra sarta de palabrotas.

—Nunca serás un caballero —gruñó Heide—, no eres más que un mico polaco.

Gregor, decidido a bailar, agarró a Zosia, quien se desasíó de él, enfurecida.

—¡Partida de asesinos! —gritó tirando una copa a la cabeza de *Hermanito*.

—No siempre somos así —dijo tranquilamente *el Viejo* para calmar a *Madame* que llamaba a la gendarmería por la ventana rota.

De pronto, un ruido de infierno y el lapón Uula Heikkinen entró, seguido por un grupo de partisanos finlandeses.

—¡Aguardiente, tocino y putas! —rugió Uula amenazando a *Madame* Zosia con su pistola—. Vamos, ¿dónde están tus arrulladoras?

Y una bala se clavó en el parqué. El lapón se echó a reír.

—Quería darte un poco de miedo, culo de alce, pareces triste. Diríase que en verdad tus invitados no son de tu agrado. Dilo enseguida y los echamos a la calle. He de decirte que mis muchachos y yo sólo tenemos dos cosas en la cabeza: las metralletas y las chicas. Desde hace seis semanas, por culpa de Iván, sólo hemos palpado morteros y resulta más difícil de envolverse con ellos que con tantos renos helados durante un invierno frío.

—¡Date prisa en tocar a llamada! —gritó Gregor, que salía de un armario—. ¡Necesitamos chicas, chicas en cantidad!

—¡Idos al cuerno! —replicó Zosia que, de repente, había olvidado su distinción—. Hatajo de sinvergüenzas, aquí no tenéis nada que hacer. ¡Largo! No tenéis nada que hacer aquí; de lo contrario, os hago prender por la gendarmería.

—Una dama no habla así —replicó dignamente *Porta*—. ¿Entiendes, gordo salchichón?

Bebía a gollete y vertía el fondo de la botella en su gaznate.

—¡Infame puerco! —gritó Zosia golpeando a *Porta* con su zapato.

—Si tus chicas no vienen, entonces serás tú —dijo *Hermanito*.

—¡Por encima de mi cadáver! —gritó ella—. ¡Hatajo de nazis! Os ahorcarán a todos, y sin tardar. Os lo digo yo.

—Entonces, ya es hora de empezar contigo.

Y el gigante deslizó una mano bajo las faldas de la mujer.

—Por encima de mi cadáver —repitió Zosia agarrando un puñal de la ss, que estaba sobre un mueble.

—Como gustes —farfulló Gregor—, hacer de ti un cadáver, no tiene problema.

—¿Quién quiere ser cadáver? —preguntó jocosamente Uula quitándole el seguro a su arma.

—La encargada de las chicas.

—Con mucho gusto.

Y algunas balas pasaron muy cerca de la cabeza de *Madame* que cayó de bruces, aterrorizada.

Por un instante la creímos herida, pero se levantó en un santiamén, agarró una gran maceta de cactus y se la puso como sombrero a Uula que a su vez se desplomó. Un lapón del mar Blanco se acercó sigilosamente, rodeó con sus manos el cuello de *Madame* y se puso a apretar progresivamente. Ella se debatía, agonizaba, los ojos se le salían de las órbitas. *El Legionario* se abalanzó y tumbó al lapón de un revés, mientras Heide se inclinaba sobre la mujer.

—No está muerta —dijo sentándose de nuevo junto al loro.

Madame, que había visto la muerte de muy cerca, fue puesta en pie y reinaba un silencio respetuoso cuando las tropas de Zosia hicieron su entrada. Incontestablemente, eran chicas de mucha clase. *Hermanito* se quedó sin resuello de estupefacción.

—¡Qué maravilla! —murmuró Gregor.

Los ojos oblicuos de Uula se humedecieron y se puso a destrozar un ramillete de flores con los dientes.

—Buena la hemos hecho —murmuró *el Viejo*—. ¡La que se va a armar!

—Sí —dijo *el Legionario*—, nosotros dos seremos los únicos que no harán consumición.

Madame Zosia, tranquilizada ahora que sus tropas estaban en pie de guerra, sonrió, muy dueña de la situación. Sus clientes habituales, oficiales ss, también quedaban prendados instantáneamente, tan pronto como entraban las chicas, pero ella no tenía la menor idea de lo que podían llegar a ser los soldados de Carros. Ninguna semejanza con la raza militar prusiana. Para un lapón como Uula y para nosotros, los cuchillos salían a relucir más rápidos que las fustas.

Hermanito fue el primero en recobrase, quitó el polvo de su bombín, se lo encasquetó ladeado, como hacía Maurice Chevalier con su *canotier*, y enseguida apareció en calzoncillos.

—¡Al trabajo, compadre!

En tres zancadas agarró a la chica más cercana.

La derribó sobre el piano y se tumbó encima de ella como un conejo tras un prolongado celibato.

—¡Guarro! —chilló *Madame* abalanzándose sobre *Hermanito*, que le tiró una cox y la mandó a rodar contra la pared de enfrente.

—*Mitri, mitri* —decía el lapón sujetando a *Madame* que le arañaba rabiosamente—. ¡Me encantan las chicas que se defienden!

Madame se apoderó del cuchillo del lapón y, por segunda vez, se lanzó sobre el teléfono:

—¡Venid corriendo! —gritó fuera de sí—. Tengo el infierno en mis salones. Han querido estrangularme.

Poco después, resonaron pesados pasos en la escalera. Dos gendarmes, placa de media luna sobre el pecho, aparecieron amenazadores, pero miraron pasmados a Uula, fusil en bandolera y luciendo en el pecho todo cuanto los ejércitos alemanes y finlandeses habían inventado en lo tocante a condecoraciones.

—¿Qué desean ustedes?

—Jem... nada. Mirábamos, simplemente.

—Entonces, largo de aquí. No hay nada que ver.

Los gendarmes titubearon:

—Diablo —dijo uno de ellos—, todo eso huele a complicaciones. ¿Quién es ese tipo de las condecoraciones?

—No sé, pero ahuequemos. Al fin y al cabo, este burdel no es trabajo nuestro. Y si esos chicos tienen antojos, están en su perfecto derecho. Al ama, que la zurzan.

Bajaron ruidosamente las escaleras.

—¡Hay que ver la amable visita! —exclamó *Porta* mientras dos oficiales S. D., a medio vestir, salían de la habitación azul.

Hubo un instante de silencio y luego se oyó una inmensa carcajada.

—¿De dónde salís? —gritó *Porta* pellizcando el trasero de uno de los hombres.

—¡Las manos quietas! —rugió el hombre—. Estamos de servicio.

—¿Con los pantalones al brazo y la jeta colorada? ¿Habéis fisgado en el perejil, eh, viejos verdes? ¿No sabéis que está prohibido al personal S. D. cepillarse a las putas de los subhombres? Pero vamos a instruinos para que, en adelante, dejéis de poner cuernos a vuestras esposas legítimas. ¿Dónde servís?

—Policía de la Aduana —musitó uno de ellos, apartándose de la chica que lo acompañaba.

—Lo sospechaba. ¡Aduaneros! *Hermanito*, regístralos.

—El propio Jesús dijo que los aduaneros eran unos fariseos y unos ladrones —dijo con unción *Hermanito*, haciendo desaparecer el dinero en sus bolsillos—. Devolveré vuestros robos a sus legítimos propietarios.

Uno de los aduaneros le arreó una patada a *Porta* y corrió hacia la ventana:

—¡Socorro! —gritó el hombre—. Nos están saqueando.

—¿Es así como te chivas en domingo? ¿Quieres que te ponga un ojo a la funerala?

—Vamos a darles una lección a esos garañones —dijo Gregor.

Nos divertimos aporreándoles a lo largo del gran pasillo, y *Madame* se ganó una paliza al tratar de defender a sus clientes. Al cabo de media hora, aquello ya no nos divertía. Los dos s. d. desaparecieron, uniformes bajo el brazo, con prohibición de vestirse hasta llegar a la calle. Juraron no volver a poner nunca más los pies en un burdel, y permanecer fieles a sus mujeres.

—Bueno —dijo Gregor—, ahora vamos a tomar posesión de la casa. No estamos aquí para charlar.

—¡Qué simpático eres! —exclamó una chica de hermosos muslos, sentándose en las rodillas de *Porta*.

Porta gimió de placer, abrió el vestido de la chica y sacó a la luz prendas interiores de lo más atractivo.

—¿Me quieres? —murmuraba ella ronroneando como un gato, junto a la estufa.

—Eso lo veremos luego, pero quiero una habitación con una cama del tamaño de un camión. Y dentro de cinco minutos, *Madame*, te presentas con toda la cerveza que puedas cargar. Ahí van quinientos zlotys para el establecimiento.

Zosia recuperó, al instante, su sonrisa.

—Mis salones están a su disposición, señores —susurró guardando el dinero en su vasto pecho.

—Y habrá más cada vez que te presentes con un cargamento de cerveza.

A *Madame* empezábamos a resultarle una clientela muy aceptable.

—Estos locales no están demasiado adecuados a su finalidad —constató *Porta* meneando la cabeza—. ¿De qué se tiene más necesidad en veinticuatro horas? Del fogón, naturalmente; por ello es estúpido meterlo en la cocina cuando uno quiere estar en el salón sentado en un canapé. Ayúdame, *Hermanito*, trasladaremos ese fogón.

Se produjo una increíble mudanza, tras la cual el salón y la cocina quedaron como un campo de batalla después de un combate de carros.

Luego subimos al primer piso, el de los gabinetes. Cada pieza era distinta de las demás, pero todas, con gran asombro de *Hermanito*, tenían un espejo en el techo. La habitación «Potsdam» se adornaba con una fuente, situada junto a la gran cama, que se balanceaba como un barco en el mar. A Gregor le dio mareo y emigró con su puta a la habitación turca, llena de pesados cortinajes rojos y provista de cajas de música que difundían, cuando se apretaba el colchón, música oriental. *Porta* descubrió la habitación de los Siete Jardines enteramente guarnecida con acuarios murales, en los que evolucionaban numerosos peces. El lapón Uula vacilaba, de habitación en habitación, llevando un inmenso florero lleno de cerveza que ofrecía, generosamente, a todo el mundo. *Hermanito* estaba en manos de una alta pelirroja, seguramente más inteligente que sus congéneres y extrañamente curiosa acerca de nuestras andanzas. Saltaba a la vista que era una espía. Todas las palabras que oliesen a alta traición eran referidas al S.D., en tanto que los secretos militares correspondían a los A.K. Pero a *Hermanito* le importaba un bledo.

—Lo mejor que hay para los jóvenes, son las mujeres cultas —enunció, sin sospechar que citaba a Tolstoi.

La pelirroja y él empezaron zurrándose, pero luego se quedaron juntitos y jadeantes.

—Diría que te conozco —gorjeó la chica—. ¿De dónde vienes?

—De Rusia.

—¿Y dónde vives?

—En ninguna parte. Pertenezco a la 5.^a Compañía.

—Pero ¿dónde naciste?

—No he nacido en absoluto. Me inventaron, fue Frankenstein el que volvió a pegar mis pedazos. Ya se nota.

—Eres imposible —gimió la chica—. Anda, bebamos y charlemos como buenos amigos. ¿Eres soldado de Carros?

—¿Eres adivina? —gruñó *Hermanito*, que sólo había conservado su bombín, su corbata y sus calcetines rojos—. Por el momento, guapa mía, sólo tengo un deseo.

—¿Pertenece a un regimiento de «Tigres»?

—¡A ti qué te importa! No estoy aquí para informarte. Anda, vente rápido.

—No tengas tanta prisa —murmuró la espía—, tenemos toda la noche por delante. Me encanta oír hablar de hazañas heroicas: ¿A qué regimiento perteneces?

—Al Ejército de Salvación. ¡Bueno, acaba ya de una vez! —gritó intentando agarrar a la chica que corrió al cuarto de baño y reapareció con medias, zapatos y cinturón verde manzana.

Hermanito puso unos ojos así de grandes. La chica se sentó en la cama y hurgó en la espesa pelambrera pectoral del gigante.

—Háblame un poco de las francesas, oso grande. ¿Habrás visto unas cuantas?

—No veas, hija del diablo. En París hay chicas que entienden las cosas. Vosotras, zapatillas de los pantanos, podéis quitaros de en medio, porque una cosa es ser amorosas y otra hacer el amor. Yo soy un experto y cuando haya terminado la guerra, me haré francés y viviré en París.

—Entonces, enséñame a hacer cosas —murmuró la pelirroja, interesada.

—El arte de hacer el amor comienza por la cara.

Le besó hasta quedarse sin resuello, y *Hermanito* estiró sus dos metros ronroneando como un felino satisfecho. La pelirroja se estaba olvidando ya de su papel de chivata. Hasta el presente sólo se había acostado con los señores del Estado Mayor, o bien con diplomáticos. Invasores que la trataban con cortesía. Pero hoy se trataba de un verdadero gorila que se relamía enseñando los amarillentos dientes. ¡No sospechaba que igual podía estrangularla, si algo le contrariaba, pero, al fin y al cabo, resultaba más bien excitante!

—¿Vais a atacar Varsovia? —preguntó la chica, acordándose repentinamente de su misión.

—¡No soy ni Adolf ni el GCG! —bramó *Hermanito*—. Me trae sin cuidado lo que ataquemos. Cuando los caballeros de cuello dorado mandan: «Pegadles en el coco», yo pego. El resto, nos da igual.

—¿Qué hace tu regimiento aquí? ¿Tenéis muchos carros?

—¡Vaya pregunta! ¿Por casualidad tratas de hacerme desembuchar? En ese caso, una espía son doce balas. Así es que deja de aspirar a ellas. Tres veces al día, los señorones nos dicen: «El enemigo acecha». «¡Matadlos!», dice el *Reichsführer*. —Se sacó el nagan de la bota y le encañonó la frente—. ¡Confiesa, puta! Eres una espía. Te mato como a una perra.

—¡Qué violencia! —gimió la chica con alborozo—. Adoro los hombres violentos.

Ambos se durmieron, por fin, pegados el uno al otro, al igual que el burdel entero cuyo aire hedía a alcohol. Los lapones, *Madame*, el loro y los gatos siameses, todo el mundo dormía a pierna suelta, incluidos los peces en su pecera.

Una tremenda explosión despertó a toda la concurrencia. Granadas de artillería rociaban la casa de lenocinio, en donde la euforia daba paso a los gritos de terror.

—Calma, mariposa —dijo *Hermanito* a la pelirroja que hacía ademán de huir—. Vamos a repetir antes de que nos bajen el telón. ¿Quién sabe cuándo podrá darse otra representación?

—¡Pero no estás viendo que el techo arde! Sé razonable, pedazo de oso.

Mas no hubo modo de apartarlo de la chica.

—¡Daos prisa! —gritaba *Porta* desde la planta baja—. La casa arde.

Y se largó en compañía de algunas chicas medio desnudas. *Madame* en cabeza, intentamos salvar lo que aún podía salvarse: cuadros, lámparas, camas, acuarios, dos pianos, batería de cocina, armarios roperos. El ama y su guardia vigilaban como tigresas para que no robásemos nada. Todo cuanto poseíamos pasó a sus manos: zlotys, rublos y reichmarks. *Porta* le tendió un fajo de rublos nuevos, flamantes.

—Ensúcialos un poco antes de darlos a los vecinos. Los billetes nuevos son sospechosos.

A consecuencia de ello, nos estrechó contra su voluminoso pecho.

—Sois unos chicos encantadores —decía llorando—. Si os hubiera conocido antes, seguro que habría cerrado mi puerta a los señores con galones.

La pelirroja prometió a *Hermanito* acompañarle a París, abrir un burdel como para poner los pelos de punta a muchos millonarios judíos. Tras lo cual, todo el mundo se desperdigó por las calles, cantando a voz en cuello. La fiesta había terminado por mucho tiempo.

«Preconizo los métodos pedagógicos duros. Toda debilidad ha de ser eliminada implacablemente. En mis seminarios, crece una juventud que aterrorizará al mundo».

Hitler. Discurso en la Escuela de oficiales ss Tölz, el 18 de febrero de 1937.

El general polaco Zygmunt Berling, jefe de las dos Divisiones polacas que luchaban en las fronteras orientales de Polonia, en el Ejército ruso, fue a suplicar al mariscal Rokosovski que les dejase cruzar el Vístula, a fin de ayudar a sus compatriotas contra los bárbaros alemanes.

—Neit —dijo el mariscal, que se inclinaba sobre un mapa fumando un largo cigarro puro.

—Konstantin, tú me conoces, hemos vivido mucho tiempo juntos. Soy polaco como tú ruso. Déjame las manos libres —suplicó el general Berling—. Asumo la responsabilidad.

—Neit —repitió el mariscal, con el rostro hermético.

Indignado, el general Berling abandonó el C.G. ruso para inspeccionar sus dos Divisiones de campesinos polacos que, por vez primera, se encontraban cerca de una gran ciudad. Su jefe de Estado Mayor, coronel Lisevka, y él mismo, estuvieron de acuerdo en hacer caso omiso de la negativa del mariscal ruso.

A la una de la madrugada, el general Berling dio la orden de atacar.

Un regimiento de asalto soviético, de los ucranianos de Jarkov, al mando del coronel Rilski, se unió a ellos, y en las salas doradas del antiguo palacio real, los tres jefes comunistas se desearon buena suerte. Sabían que estaban firmando su sentencia de muerte si el ataque no resultaba un éxito.

Encabezados por la División Rilski, los polacos cruzaron el Vístula. Por desgracia, atacaron el punto que ocupaba la vieja división SS Theodore Eicke, cuyos hombres eran expertos en combates callejeros. Los pobres campesinos polacos se ahogaron en su propia sangre. Sólo conocían los espacios dilatados donde la vista alcanzaba a lo lejos e ignoraban que el combate callejero es el más mortífero de los combates.

Embistieron ciegamente a los edificios en ruinas que saltaban por los aires. Las tropas del general Berling fueron exterminadas en sólo dos horas, en la margen oeste del Vístula.

¿Qué fue de su general? Misterio. Sólo se supo que él y su Estado Mayor habían sido llevados a Moscú.

EL CEMENTERIO DE WOLA

Estuvimos luchando durante dos días, con palas y bayonetas, en torno al cementerio de Wola y, por centésima vez, se lo arrebatamos a los partisanos de Armija Ktajowa. Aquellos combates costaban ríos de sangre, pero el cementerio era una posición estratégica importante porque dominaba el distrito de Praga.

Una capilla, atestada de cadáveres carbonizados, nos servía de refugio. Gregor, herido por un balazo en la cabeza, llevaba un vendaje rojo de sangre. Por lo demás, todos estábamos heridos, pero Gregor era el más malparado: un milímetro más abajo y hubiera sido hombre muerto.

Un gordo mayor, con insignias del Estado Mayor, asomó la cabeza por la puerta de la capilla y dio órdenes, con voz ronca, secándose sin cesar la cara con gestos de loco. Había que fingir que cumplíamos sus desatinadas órdenes, pero como nuestra apatía le cansaba, se abalanzó sobre un grupo de tiradores ss de la División «Das Reich», y los condujo hacia el río.

—¡Vaya mierda! —exclamó *Hermanito*—. Si al menos los comunistas de Lublin le ahorcaran...

—Esos capitanes de Estado Mayor no son capaces —murmuró Gregor desperezándose—. Ese acróbata se mete en todo, sin entender nada de nada. Si hiciese caso de la gente de Estado Mayor, haría menos daño.

Aprovechando una tregua, nos quedamos dormidos. Por lo demás, ya no podíamos con nuestro cuerpo: ¡Sin dormir desde hacía tres días y sin habernos podido quitar las botas durante una semana! Diana en plena noche. Hay que correr hacia la calle Wola, emplazar la ametralladora en un sótano, y cubrir la calle.

Poco antes de amanecer, vimos llegar una densa columna de civiles que se dirigía hacia el cementerio. Viejos y jóvenes, mujeres y niños; algunos, sacados de la cama, iban en camisa. Unos cuantos llevaban pequeños paquetes bajo el brazo, otros arrastraban, sudando la gota gorda, enormes baúles.

ss de la Compañía Dirlewanger les metían prisa, a patadas. Luego pasó un coche de la Policía provisto de altavoz: «Atención, atención, ciudadanos. Abandonad inmediatamente vuestras viviendas. Por razones estratégicas, el barrio va a ser incendiado. Traidores comunistas polacos son la única causa de vuestra evacuación. Wola es, ahora, zona de guerra. El jefe de Policía, ss *Obergruppenführer* Von dem Bach-Zalewski lamenta tener que imponeros una medida semejante, pero cada cual tiene derecho a llevarse lo que le plazca y todos cuantos obedezcan quedan bajo la protección del Ejército alemán. Atención, atención, repetimos...».

Y el coche, con el altavoz, desapareció por otras calles. Las casas vomitaron una multitud de gentes despavoridas, que formaron en una larga columna sobre toda la anchura de la calle. ss de Dirlewanger, peligrosamente amables, los agrupaban.

—¡Columna, march! —chilló un ss *Unterscharführer*, con granadas cruzadas en sus negras insignias.

¿Por qué se les da tanta prisa siempre a los desventurados prisioneros? He hecho la guerra durante ocho años, de los doce pasados en filas, pero jamás comprendí por qué acuciaban a los presos cuando, de todas maneras, habían de languidecer, después durante años, en el supuesto de que tuviesen la suerte de escapar al pelotón. Todos los cabos de vara tienen prisa. He sido prisionero de los alemanes, de los rusos, de los americanos, de los daneses, y siempre nos han acuciado, ¡incluso el día en que, por fin, me echaron a la calle! Empecé a respirar a veinte metros de la puerta principal de mi última prisión. ¡Es inaudito poder, por fin, volver a ser uno mismo! Llevaba dos cigarrillos en el bolsillo, liados a mano, pero ahora tenía derecho a fumarlos cuando quisiera, sin apresurarme. En Argel, me esperaba otro cuartel. Pero jamás estuve en él. Entraba en un mundo sin reglamento, un mundo donde se tenía tiempo. ¿Por qué tanta prisa en la vida? Para nada. Reflexionando sobre ello, se creería que, actualmente, todos somos prisioneros.

Centenares de pies golpeaban el asfalto, circulaban sillones de ruedas empujados por la familia o los amigos; tras los tullidos venían inválidos de guerra (la del 39), con sus muletas, luego mujeres y niños. Frente a aquellos miserables, otra columna gris a lo largo de las paredes: los ss del *Brigadenführer* Kaminski. Y, luego, llegaba otro coche con altavoz:

«Atención, atención, abandonad inmediatamente vuestras viviendas. Dentro de diez minutos el barrio será volado. Todo civil recalcitrante será fusilado como partisanos o sabotadores...».

Algunos rezagados, titubeantes, se acercaron uniéndose a la columna. Ya chisporroteaban las llamas. Las explosiones destruían las paredes, los zapadores habían puesto manos a la obra. Dos ss de Dirlewanger arrastraban a un tipo viejo, aterrorizado, que encontraron en un desván. Lo agarraban de las orejas, mientras otro bruto le encañonaba con su pistola en la nuca.

—¡Esos cerdos! —prorrumpió Gregor horrorizado—. Por culpa de ellos, somos odiados.

Heide preparaba su fusil ametrallador, *el Legionario* sus granadas; palpaba su cuchillo y verificaba el filo. Yo metía bombas de mano en la caña de mis botas y en el cinturón.

—Es un verdadero éxodo —se lamentó *el Viejo*, contemplando la multitud de pies que pasaban delante de nuestro tragaluz.

Pies de todas clases, calzados con sandalias, zapatos hechos a medida, botas de goma, mocasines, viejos zapatones desgastados. Algunos cojeaban, otros se apresuraban, y aquello duró toda la noche.

La columna bajó por la ancha calle Wolska, en dirección al cementerio que acababa de ser reconquistado por los alemanes, y donde la Brigada tenía su sede, con su Estado Mayor en la capilla de San Nicolás. El altar que servía de mesa cedía bajo las garrafas de vodka. Dirlewanger estaba borracho, como siempre. Los desventurados, siempre acuciados, descendieron por los jardincillos hasta el Vístula. De allí no se podía pasar; llovían las blasfemias y las maldiciones rusas. Kaminski surgió de un vehículo anfíbio: «¡Matadlos a todos! —gritó—. Matad a todos esos cerdos».

Dirlewanger llegaba, por su parte, flanqueado por sus esbirros y los dos rivales se miraron, fijamente, con odio.

—Todo eso es poca cosa al lado de la liquidación de los partisanos de Minsk —dijo Kaminski orgullosamente.

El baño de sangre del que era responsable, fue noticia durante varios meses.

—¿Sin duda sabe usted que el *Reichsführer* ha dado orden de liquidar a toda la población polaca?

—Por supuesto. Y he recibido la orden de ayudarle a usted. El *Reichsführer* no creía que usted solo lo consiguiese.

Juntos, los dos ss bajaron hacia las márgenes, donde los evacuados se apretujaban como sardinas en lata. Una hilera de camiones descubiertos, cargados de ametralladoras se hallaban en posición de tiro. Los dos nazis contemplaron a la multitud.

—En el fondo, ¿qué han hecho? —preguntó Kaminski—. ¿Partisanos?

—Polacos —respondió sin más Dirlewanger—. ¡El diablo nos libre de toda esa gentuza!

—Desde luego, desde luego —asintió Kaminski—, pero yo les habría hecho morir en la realización de grandes obras, una carretera de montaña por ejemplo. Al menos hubiéramos sacado algo de ellos.

—¿Critica usted, entonces, las órdenes?

—Si es lo que usted piensa, su deber es denunciarme —se burló Kaminski—. Esté seguro de que sabré replicar.

—¡Fuego! —aulló Dirlewanger, furioso.

Siempre llevaba las de perder con Kaminski, el único ruso llegado a *Brigadenführer* ss. Su inimaginable sadismo le confería una gran superioridad. Himmler le adoraba y le protegía contra todos sus enemigos.

Un ruido atronador... Gritos de terror surgidos de mil bocas, pero el tableteo de las ametralladoras lo ahogaba todo. Las gentes de Kaminski disparaban a bulto: «Liquidad a todos los polacos, nada de prisioneros, arrasad Varsovia».

Cochecitos de niño, cargados de críos, se deslizaron hacia el río, que ya acarreaba cadáveres. Un grupo de hombres se arrojó sobre los camiones y se apoderó de uno de los vehículos, pero su victoria fue de corta duración y las granadas los hicieron pedazos. Dirlewanger le dio a Kaminski una palmada en el hombro.

—Es lo más eficaz que he visto hasta ahora. Trabajemos juntos y antes de Navidad podremos referir al *Reichsführer* que el último polaco ha desaparecido de la faz de la Tierra.

Cuando callaron las ametralladoras, rociaron con gasolina los cuerpos, alguno de los cuales palpitaba aún. Toda la ciudad hedía a carne quemada. A la mañana siguiente, las dos brigadas de asalto del general Michael Karasevich-Tokarewski recuperaron el cementerio de Wola, y el batallón alemán cayó en sus manos. Los polacos, tan sanguinarios como los ss, hincaron las cabezas cortadas en los faroles, pero Kaminski se prometió una sonada venganza.

Toda la tarde, colgaron a los prisioneros polacos cabeza abajo, hasta que murieron. El Ejército elevó una indignada protesta que llegó hasta el Führer, pero Hitler la acalló y condecoró a Kaminski. Otra bofetada a los generales de la Wehrmacht. De resultas, el sadismo de los ss ya no tuvo límites: saqueaban, mataban, violaban, ahogaban, poco a poco, a los prisioneros; la muerte lenta por asfixia se tornó su especialidad.

Hermanito se nos acercó arrastrando a un hombre vociferante que arrojó a nuestros pies: era un *Unterscharführer* de Dirlewanger.

—¡Fijaos! —dijo *Porta*—. Una visita de alcurnia. ¿Dónde has pescado a ese pez?

—En un sótano, pretendía estar herido.

—De eso nada.

—Déjate de embustes, *Hermanito*. Confiesa y te perdonamos.

Rezongando, el gigante se sacó de los bolsillos un montón de relojes de oro y de sortijas, suficiente para montar una joyería.

—Consejo de guerra inmediato —gruñó Gregor—. Cobardía y pillaje. Está probado.

—Que lo liquiden —ordenó *el Viejo* con tono tajante—. Daré parte y lo firmarás conmigo, Gregor.

Hermanito sacó un cuchillo.

—¿Le arranco los ojos o lo castro?

El Viejo empuñó su pistola:

—Nada de sadismo donde mande yo. Ese tipo está condenado a muerte, y nada más.

Sonaron dos tiros, pero *Hermanito*, decepcionado, por poco llora de rabia.

—¡Nunca sabrás hacer la guerra! —gritó, ofendido, a *el Viejo*, arrojándole el cadáver encima.

Al entrar en una casa abandonada de la avenida Jerosolimska, encontramos una marmita llena, todavía, de habichuelas coloradas. A saber cómo se había quedado allí. Todo el mundo se precipitó sobre las habichuelas, frías por supuesto y cubiertas de una capa de polvo de cemento, pero maravillosas para los soldados perpetuamente hambrientos. Silenciosos, saciados, nos acurrucamos para dormir apretujados como cachorros. Un violento fuego de artillería nos despertó. Un capitán nos echó de la casa para reconquistar la central eléctrica.

Empezaba la batalla de Varsovia, una batalla cuyos episodios fueron conocidos por bastante gente y otras muchas ignoraron. Cruzamos la plaza corriendo y *el Legionario* colocó una mina bajo la pesada puerta blindada que voló. El capitán, en cabeza, arrojaba cócteles Molotov. Se forzaban las puertas, y las armas crepitaban de piso en piso. En el terrado, en la garita del centinela, un coronel polaco, uniformado, disparaba sin parar. Maquinalmente, vacié mi cargador en su dirección. El oficial basculó, cayó por la ventana en la gran rueda que giraba y que lo despidió hacia el techo convertido en un salpicón de jirones de carne.

La vista de un regimiento «Jena Polaco» nos precipitó en un refugio, es decir, un hoyo cavado en la calle Wlaska, que estaba cortada por un autobús con imperial. Pero pronto hubo que abandonar la protección del autobús porque se convertía en el punto de mira del fuego de granadas. Los polacos reconquistaban todo el barrio.

Durante dos días reinó una calma relativa en Varsovia, y luego el cerco alemán se estrechó. Cerca de Magneszewo, las fuerzas del mariscal Rokosovski permanecían inmóviles, descansando las armas, lo cual permitía a los alemanes retirar importantes fuerzas del frente ruso para sitiar la ciudad. Siete Divisiones de Carros, nueve Divisiones de Infantería y numerosas unidades especiales, entre las cuales se contaban cuatro regimientos dedicados al camuflaje mediante cortinas de humo, sin contar los Batallones de Zapadores. Por la noche, fueron emplazados dos cañones pesados que, cada diez minutos, enviaban sus obuses de 2200 kilos sobre el centro de Varsovia. La ciudad se pulverizaba lentamente.

Contra aquel enorme aparato militar, el comandante en jefe polaco conde Taddeus Bor-Komorovski, poca cosa podía oponer. Sus escasas tropas estaban dotadas, en su mayoría, de armamento alemán cogido al enemigo. La bomba casera de gasolina era su armamento más eficaz, una brujería que podía fabricar un niño y cuyo material estaba al alcance de la mano. ¡Ay del carro que recibe una de esas botellas en la abierta torreta! Mediante una honda hecha con viejos muelles de automóvil, aquellas botellas eran arrojadas contra los puntos de apoyo alemanes, y los nidos de ametralladoras. Mangueras de riego se convirtieron en lanzallamas, y botes de conserva oxidados, en bombas de mano. La materia explosiva la encontraban en los numerosos obuses alemanes que no estallaban.

La central telefónica de la calle Zilna fue reconquistada por los polacos, que arrojaron a sus ocupantes —Infantería de marina de la flotilla del Vístula— desde lo alto del piso superior del gran edificio. Un detalle nos extrañó en el meollo de aquella matanza, en la que los detalles no contaban demasiado: el que los marinos precipitados en el vacío no perdiesen sus gorras con cintas flotantes.

Los zapadores llegaron a las inmediaciones de la Central, arrastrando pequeños vehículos blindados, que contenían explosivos. Los arrojaron por los tragaluces y en menos que canta un gallo, el alto edificio se vino abajo en medio de una gigantesca nube de polvo y de cascotes. No sobrevivió ninguno de los defensores polacos.

Cubiertos por la densa nube, atacamos la Jefatura de Policía con el refuerzo de una batería de asalto. Unidades polacas, con uniforme de camuflaje ss, defendían el edificio con una furia demente, de suerte que debimos huir por las calles contiguas para no caer en manos de aquellas auténticas aves de presa. Una unidad con la insignia de la calavera atacaba el Ministerio del Interior, una parte del cual seguía ocupada por 1400 gendarmes alemanes, hombres maduros que no tenían la menor idea del combate callejero. Se luchaba hasta en las oficinas, de mesa en mesa. Las secciones alemanas supervivientes se replegaron entonces hacia la iglesia del Espíritu Santo, mientras dos compañías s.d. marchaban contra el Ministerio. Eran hombres conducidos por un coronel ruso de la brigada Kaminski. Los polacos, borrachos de sangre, les atrajeron a una trampa y los arrojaron por las ventanas, transformados en antorchas vivientes. Luego atacaron a la iglesia con granadas, lanzadas en paracaídas por los ingleses.

Lo que quedaba de las secciones alemanas se replegó en el campanario. Tres regimientos de Infantería acudieron en su socorro, pero fueron aniquilados por las fuerzas polacas al mando del coronel Karol Ziemski Wachnovski. Entonces, un grupo de verdaderos «kamikazes» polacos penetró en el campanario portando explosivos atados a la espalda. Todo estalló dentro con un estrépito infernal, y de los 1400 gendarmes alemanes sólo sobrevivieron nueve, que los polacos crucificaron, rociaron de gasolina y quemaron vivos.

El ss *Obergruppenführer* Von dem Bach-Zalewski ordenó ataque a la bayoneta. Detrás de las columnas de asalto iban los ss de Dirlewanger, armados hasta los dientes, para cargarse a quienes tuviesen intención de chaquetear. Pero aun antes de que hubiesen llegado al gran surtidor de agua de la plaza Real, los polacos replicaron con granadas y botellas incendiarias.

El coronel Ziemski Wachnovski dio inmediatamente orden de contraatacar, y los polacos se lanzaron aullando, como verdaderas fieras, aplastando a los heridos bajo sus botas, sembrando el pánico hasta en la retaguardia de las fuerzas alemanas.

Entretanto, Dirlewanger y Kaminski volvían a hacerse con sus tropas. Himmler había amenazado de muerte a los dos hombres si la ciudad no era reducida dentro de las veinticuatro horas. Sus dos Brigadas partieron al ataque como demonios. Detrás de ellas iba el Ejército. Reconquistaron casa tras casa, a costa de combates espantosos. Todo ser viviente que no vistiese uniforme alemán era exterminado sin distinción de edad, recién nacidos o ancianos. ¿Acaso Himmler no había condenado a muerte a todos los polacos? Cuerpo a

cuerpo y lanzallamas. Así llegamos a la plaza de Napoleón. ¡De repente, música! No dábamos crédito a nuestros oídos... De una casa al norte de la plaza nos llegaba el sonido de un piano. Era un capitán polaco quién tocaba, dominando casi el ruido de las ametralladoras. Kaminski prometió un ascenso a quien le trajese la cabeza del pianista, y un regimiento Dirlewanger atacó la casa por tres lados a la vez, pero una lluvia de granadas surgió de las ventanas. El coronel Ziemski Wachnovski lanzaba la Brigada Janislau contra los alemanes. Los hombres de aquella Brigada llevaban cascos de acero pintados de rojo con la blanca águila polaca, pero estos cascos cubrían también a mujeres y jóvenes de diecisiete a veinte años.

—¡Viva el reino de Polonia! —gritaban acometiendo a los alemanes arrollados, no por soldados ordinarios, sino por una juventud borracha de sangre y de lágrimas.

—Bien hecho —dijo *Porta*—. Hemos pisado el rabo del lobo polaco, y se revuelve y muerde. ¡Pero que el diablo nos ampare si caemos entre sus dientes! Debemos confesar que nos lo tendríamos merecido.

Justamente tres muchachas con casco rojo aparecieron, arrojándonos botellas de gasolina; no queda otro remedio que matarlas, antes de huir, dejando caer las granadas tras de nosotros. No conocen nuestros métodos los inexpertos jóvenes polacos. Son menester años de guerra para aprender a destruir una posición, retirándose. Nosotros lo aprendimos el año 1941, en Moscú.

Los aparatos «DO» extendían una niebla verdeamarilla ante la Brigada Janislau, que atacaba de nuevo. ¡Pronto, las caretas! Vimos a los polacos detenerse, llevándose la mano a la garganta.

—¡Gases! —gritaron con desesperación—. ¡Gases!

—No, no eran gases asfixiantes, sino humo de camuflaje, sólo que las comisiones humanitarias habían fingido ignorar que veinte minutos en aquella humareda amarilla bastaban para matar a cualquier ser viviente.

Un instante de calma, y he aquí que vuelven sobre nosotros como tigres, con explosivos atados a la espalda. Los asesinos de Dirlewanger y de Kaminski son casi aniquilados. De cada farol, en cada esquina cuelga una cabeza con los ojos desorbitados. En todas partes ondea la bandera polaca con águila blanca. Dirlewanger y Kaminski huyen sin armas. En Berlín, el *Reichsführer* guarda cama con fiebre; el propio Hitler renuncia a comunicar con él, pues el doctor Kirstein ha declarado a Himmler gravemente enfermo: *shock* nervioso. Los patriotas polacos han destruido ochocientos «Tigres» y tres Divisiones; el centro de Varsovia está en su poder y Himmler, aterido, se

levanta de la cama para condenar a muerte al *Gauleiter* Fischer, que ha abandonado la ciudad sin su permiso. Lo hacen, arrastrar por un «Tigre» de la 3.ª División de carros Eicke, y su cabeza es enviada a Himmler en una caja. El comandante de Varsovia, general Rainer Stahel, es condenado igualmente a muerte, pero tiene una posibilidad de gracia si reconquista los barrios viejos. Desgraciadamente, cayó en manos de los polacos y sirvió de rehén cuando las negociaciones de capitulación.

Al alba, fuimos atacados por el cuerpo de Caballería Berling que cargó a sable en la calle Mokotow. Una vez pasada la primera carga, *Porta* y yo nos levantamos y, tratando de evitar el ser acuchillados, nos asimos a los estribos de los caballos, de suerte que los jinetes nos creían de los suyos.

—¡Viva Polonia! —me gritó un teniente, golpeándome en el hombro. Arrollaron un nido de ametralladoras alemán, la espuma de los caballos nos inundaba, las herraduras arrancaban chispas del empedrado, los sables, rojos de sangre, silbaban sobre nuestras cabezas.

—¡Viva Polonia! —aullaban los jinetes hincando las espuelas; y un ulano me invitó incluso a montar a la grupa de un caballo.

He aquí la plaza de Pilsudski; sigo corriendo, agarrado a la estribera; jamás hubiera creído que un caballo pudiese correr tan velozmente, pero si me suelto soy hombre muerto. No obstante, los ulanos polacos corren hacia su perdición: del otro lado de la plaza, el regimiento ss «Der Führer» ha camuflado sus ametralladoras.

¡Fuego! Caballos y jinetes caen patas arriba. Un enfermero nos saca, a *Porta* y a mí, de entre un montón de muertos y, por fin, nos reunimos con nuestra sección, junto a las ruinas de la central telefónica.

Al día siguiente, oyóse retemblar al cielo sobre Varsovia. Eran los bombarderos «Wellington» que acudían, harto tardíamente, en socorro de Polonia, arrojando armas y víveres cuya décima parte solamente llegó a las tropas del general Bor-Komorovski. El resto cayó en manos de alemanes y rusos.

Conjuntamente con el 104.º regimiento de granaderos, atacamos la calle Pivna para liberar el bastión norte, el más importante reducto polaco de Varsovia que llevaba resistiendo un mes. Nos habían provisto de carros «P 64» dotados del nuevo cañón superlargo 8,8.

—¡Carros adelante! —grita el coronel Hinka por radio.

Las orugas descienden por la calle Pivna.

—Distancia 300 metros —ordena *el Viejo*—. Cargad el cañón con granadas explosivas.

—Cargado, seguro quitado —dice *Hermanito*.

Las puntas se juntan en la imagen óptica ante sus ojos.

—¡Fuego!

El largo cañón retrocede, el carro se encabrita. Un 35 toneladas es excesivamente ligero para el gran cañón 8,8.

—Cañón cargado, seguro quitado —grita automáticamente *Hermanito*. La granada siguiente está en camino, pero he calculado mal y la granada estalla lejos del blanco.

—¡Cretino! —suelta *el Viejo*, empujándome para ocupar mi sitio.

El aparato de puntería gira, la torreta también, el gran cañón desciende.

—Cañón cargado, seguro quitado.

El blanco es completamente indiferente a *Hermanito*. Es menester que el arma esté cargada, nada más. Consigue, incluso, echarse un trago de vodka y morder un salchichón, y la granada siguiente ya está en sus manos. El cañón truena.

—¡Blanco! —grita *Porta* entusiasmado, dando una amistosa palmada a *el Viejo*.

Éste se ríe triunfalmente. Sabe manejar un cañón de carro. *Hermanito* tira las vainas vacías por la escotilla de la torreta sin preocuparse de las balas enemigas, que llueven, ni de las granadas, que silban.

—Torreta a las dos. 400 metros punto de apoyo enemigo. Granada explosiva.

—Blanco reconocido —grita *el Viejo*, al micrófono.

El cañón aúlla. Nuevo blanco. Y volvemos a empezar. Una casa de obreros, en la mitad de la calle, es barrida como una brizna de paja, pero, de repente, una explosión sacude a nuestro carro. Durante un segundo, se para y vacila sobre su oruga izquierda como si fuese a volcar.

—Mina magnética —dice Heide con angustia—. Oruga de la derecha deteriorada.

—¡Comando de averías, salid! —repite como un eco *Porta*—. Carro inmovilizado, ¡comando de averías, salid!

Hermanito, que forma parte del comando de averías, se sienta, sin contemplaciones, en el suelo y se corta un gran trozo de salchichón.

—¡Comando de averías, salid! —grita *Porta* furioso, con mirada amenazadora.

—Si quieres reparar la carretilla, hazlo tú mismo —replica *Hermanito*—. Ni siquiera un colibrí camuflado se haría afeitarse el pico, ni sería lo bastante loco para asomarse a la ventana.

Otra granada que se estrella sobre el blindaje frontal y rebota sobre una casa, estallando en un mar de llamas. Los otros carros han desaparecido. Nosotros hemos de hacer girar la torreta a mano, pues nos tiran desde atrás y el circuito eléctrico está descuajaringado. Nuevo disparo certero que se estrella sobre nuestro carro y le arranca todo el eje trasero. De momento creemos que es otra raqueta, y nos agachamos en un movimiento reflejo. El carro puede convertirse, en medio segundo, en una hoguera. Un carro inmovilizado está condenado a muerte.

—Volad el carro y salid —ordena *el Viejo* que desaparece por la escotilla de la torreta.

Todas las escotillas se abren de golpe; mi última visión de Heide y de *Porta* son sus botas.

—¡Hasta luego! —se guasea *Porta*, tirándome un beso antes de saltar a su vez.

Tiro del cordón de los explosivos bajo el visor óptico, hago una flexión para saltar a mi vez, pero noto con terror que estoy encerrado... Se me hiela toda la sangre en las venas... ¡Dentro de un segundo el carro estallará! Me debato, intento liberarme, la expansión de una granada ha cerrado la portezuela sobre mí... ¡Estoy perdido!

Manos vigorosas me agarran y me sacan. La presión del aire me arroja, lejos, en la calle y *Hermanito* se desploma encima de mí.

—¡Cacho de imbécil! De buena te has librado. ¡Espero que eso te quitará, quizá, las ganas de ponerte el capote dentro de un carro!

Con una Compañía de infantería, entramos en el palacio Buhl, el antiguo palacio real, donde se lucha de sala en sala, destruyendo numerosas y valiosas obras de arte. Al cabo de dos horas, el castillo es tomado. De pronto, cae un silencio oprimente tras la violencia de los combates. Reposo en estancias principescas, los soldados se tumban en lechos de damasco, sus botas desgarran los sedosos tejidos. Pero al día siguiente los hombres de Wachnowski nos echan y nos cortan el camino de regreso. La ciudad hormiguea de polacos que no se sabe de dónde salen.

Hemos de escondernos en una cloaca transversal, a tres metros bajo tierra, donde nos asfixiamos en un lodo innominable y hediondo que nos llega hasta el cuello. Transcurren varios días en este infierno abominable. Para no ser descubiertos y por consejo de *Porta*, atacamos a un grupo de partisanos polacos, a fin de vestirnos con sus despojos y, el cuarto día, podemos, por fin, salir de aquí, deslumbrados por la luz tras la innoble oscuridad. Una compañía de ss «Das Reich» nos acoge y nos meten en un carro «Tigre» hacia la calle

Pivna. Pero este pesado carro es imposible de manejar en las estrechas calles, y dos granadas escacharran las orugas, inutilizándolo.

—Volad el carro —ordena *el Viejo*, abandonando el vehículo.

Un grupo de lanzallamas polaco surge en este instante. Consigo, justo, tirar del cordón antes de saltar afuera, pero el explosivo falla y un *Unterschartführer* ss me amenaza con un Consejo de guerra.

—Vuelva y vuele ese «Tigre». Había que controlar la carga antes de abandonarlo.

Sí, es preciso que vuelva a él; imposible dejar de hacerlo. Un carro «Tigre» jamás debe caer en manos enemigas, forma parte de las armas secretas. A saltitos, consigo llegar al «Tigre», cubierto por Heide, pero me disparan desde los tejados circundantes. Me cuelo bajo el vientre del monstruo, e intento penetrar por la escotilla del fondo. ¡Agarrotada! Nada que hacer. Hay que pasar por la torreta. Respiro hondo, lanzo una granada de humo y tiemblo de miedo, viendo que el tubo de vidrio está medio roto. El más pequeño movimiento y todo vuela. ¡Con Consejo de guerra o sin él, sobre todo no tocar ese maldito tubo! Como una serpiente, reptó hacia fuera; me disparan desde todas partes, pero ¿qué mayor peligro que los explosivos ocultos junto al armario de municiones? Rodando me pongo a resguardo detrás de un balcón derrumbado, descapsulo dos bombas de mano y las lanzo contra el carro. La primera resbala bajo la torreta, pero la segunda se cuelo por la escotilla y aterriza al lado del cañón y de los explosivos.

Aguardo... una eternidad. Y luego una explosión que revienta el «Tigre» de 70 toneladas. Chapas de acero y escotillas vuelan por encima de mi cabeza y se empotran en las ruinas de las casas. Infierno de llamas, toda la calle arde, el fósforo y la gasolina se derraman en los sótanos y el gran cañón, lanzado como una flecha, se hince en un primer piso donde una sección alemana estaba tomando posición. No sé cómo me he librado... Ninguno de nosotros sabía que ese carro estaba lleno de granadas-llamas S.

Un mayor de Infantería llegó como un huracán y se abalanzó sobre el *Unterschartführer*, responsable de la destrucción del monstruo. Vimos cómo se lo llevaban los gendarmes.

—Qué raro es el mundo —declaró *Porta*—. Si no hubieras volado esa carretilla, y por desobedecer al ss, estarías camino de Torgau, siempre y cuando no te hubiesen apiolado *in situ*. Si por casualidad el carro hubiese volado, conforme al reglamento, sería *el Viejo* quién estaría camino de Torgau. Él tenía que saber lo que la caja contenía y tú no tenías nada que ver con ello por ser simple carne de cañón. Y ahora que ejecutas las órdenes de

un ss, ajeno a la Compañía, henos aquí inocentes y ciscándonos en el Consejo de guerra. Pero el ss está enchiquerado y recibirá doce clavos en la chicha porque no ha sabido estarse quieto. Moraleja: muévete lo menos posible y no te metas en nada, que eso alarga la vida.

El ataque continuaba, ahora se luchaba en la avenida Jerosolimska, adonde acudía un Batallón Dirlewanger. Comando de limpieza, es decir, peores que caníbales. Himmler les ha dado carta blanca para saquear y violar. Ay de las mujeres que caen en sus manos, las matan a fuerza de violarlas o las queman vivas. Rebotan contra las paredes criaturas de pecho, cuyas cabezas revientan como cáscaras de huevo. Sus oficiales se divierten la mar. La mayoría son exguardianes de campos de concentración enviados con Dirlewanger por sadismo para con los presos. Pero cuando se trata de polacos, todo está permitido.

Nuestro teniente coronel, fuera de sí, se las tuvo con el comandante del batallón ss.

—¡Le ordeno que retire sus hordas de bandidos!

El ss le miró de hito en hito:

—¿De dónde sale usted? ¿Ignora que somos el 3.º Batallón de la Brigada Dirlewanger? ¿Y que estamos a las órdenes del *Reichsführer* Himmler?

—¡Mátele, *Hauptsturm*! —gritaba la horda—. ¡Es un traidor!

—¡Daré parte! —aulló el teniente coronel—. ¡Su cartilla militar!

El ss se encogió de hombros:

—Oirá hablar de mí, coronel, y dondequiera esté usted le encontraré, no lo dude. *Heil Hitler*.

Empujó brutalmente al oficial con su pistola y desapareció, al frente de sus bandidos. El teniente coronel, loco de cólera, se sentó en el estribo de un camión para redactar un informe, pero, un oficial NSFO (político) se inclinó a su oído y murmuró algo.

—¡No! —gritó el oficial gesticulando—. Es una vergüenza para el Ejército. ¡Mandaré a ese monstruo ante un Consejo de guerra!

El NSFO se encogió de hombros y siguió hablando. Oyóse la palabra Himmler. Entonces el teniente coronel se levantó pesadamente, en algunos minutos había envejecido. Lentamente, rompió en pedazos el informe, que el viento se llevó. La antigua Prusia estaba bien muerta. Un exbávaro, oficial de la Policía, gobernaba ahora Alemania, su patria: Heinrich Himmler, *Reichsführer* ss, comandante en jefe del Ejército, ministro del Interior y de Justicia, jefe del servicio de Seguridad y de la Policía. El propio Hitler, el Führer, temía al hombrecillo de las gafas de oro y uniforme negro.

El ataque continuaba, y los crímenes también. Las gentes de Dirlewanger y de Kaminski, ataban cócteles Molotov a la espalda de los niños que lanzaban contra los puntos de apoyo polacos. Lentamente, reconquistábamos la avenida Jerosolimska. Por las ventanas caían prisioneros en llamas que se estrellaban contra el suelo, con siniestro ruido. Los «lanza-DO» tiraban raquetas de fósforo, el asfalto hervía, el calor traspasaba nuestras suelas claveteadas, todo olía a quemado, el agua de las fuentes estaba tan caliente que hubieran podido cocerse huevos en ella.

La calle Chlodna no era sino una hoguera donde alemanes y polacos se achicharraban junto con los civiles. Ningún ser viviente hubiera podido atravesar aquellos muros en llamas.

Un sargento de Estado Mayor asomó la cabeza por el tragaluz del sótano donde estábamos respirando.

—¡Venga, gandules! —Es el aullido típico del suboficial—. ¿Os creéis que la paz está en la esquina? Y no me mires así, cretino —le dijo a *Hermanito*—. ¡A mí no me tomas el pelo, guarro!

Hermanito se guarda muy bien de replicar: es el fruto de una larga experiencia, de una dura experiencia.

—¡Seguidme! —chilla el sargento, que empuña la pistola.

No tarda mucho el destino en desembarazarnos de él, pues corre recto al encuentro de una granada que lo hace picadillo. El teniente coronel, que protestaba contra los crímenes de los ss, sufre un súbito ataque de locura. Se sienta en el borde de la fuente Napoleón y canta un salmo con voz quejumbrosa. Intentamos llevárnoslo, pero es imposible cruzar la muralla de fuego que circunda a la plaza.

—Hijos míos, Jesús ha venido a la tierra para aportar la paz.

—Está chalado —murmuró *Porta*—. Habría que sacarlo antes de que se vuelva peligroso.

El desdichado oficial se desplomó sobre las cadenas que rodeaban la fuente, y la estatua de Napoleón, derribada por una granada, cayó sobre él y lo aplastó.

Por enésima vez, se da orden de recuperar el puente Poniatowski, puente principal sobre el Vístula hacia el distrito de Praga, y esta vez, también, el coronel Ziemiński Wachnowski nos rechaza. Sus hombres se batan como fanáticos.

Tengo la cabeza junto a un charco de agua que se tiñe de rojo cuando esquilas de piedra arañan mi nuca. El charco me salva la vida, pues todo alemán que cae en manos de los polacos es ejecutado sin piedad, o quemado

vivo en medio de gritos de alegría. Veo a un mayor que reptaba hacia la fuente Napoleón, en ruinas; los polacos rocían la fuente con gasolina, arrojan una granada y el mayor salta por los aires como un delfín retozón.

En el curso de la noche, alcanzamos la plaza Krazinski y topamos con el resto de la Compañía. Distribuyeron rancho caliente. El sargento Plack, como tantas veces, había conseguido traer su cocina de campaña. ¡Qué tío! Si Plack no aparecía con su cocina de campaña, era que nadie podía hacerlo. Ya está ante sus marmitas, armado con su gran cazo, pero hay que darse prisa, pues una bala ha perforado la marmita y la sopa se derrama. Un cuarto de escudilla, para cada uno, con qué engañar el hambre durante algunas horas.

Surge una Compañía de zapadores lanzallamas; los hombres se envuelven en sus lonas de tienda y esperan órdenes. ¡Por si fuese poco, se pone a llover, y a cántaros! En un abrir y cerrar de ojos nos quedamos empapados. Una horrible lluvia, helada, de otoño. ¡Llueve, llueve!

Gregor y yo, que estamos de centinelas al final de la calle Krazinski, contemplamos, sin decir palabra, la estatua de Mickiewicz. La lluvia chorrea sobre el héroe nacional y lo abrillanta.

—¿Quién es ese tío? —preguntó Gregor.

—Yo qué sé: un gran polaco, sin duda. Siempre se hacen estatuas después de una guerra cuando las heridas están curadas y las lágrimas de las madres se han secado.

Un silencio. Mirábamos caer la lluvia, pero el oído permanecía al acecho. Los camaradas que dormían en los sótanos contaban con nuestra vigilancia.

—Sabes —continuó Gregor meditabundo—, me doy cuenta, de repente, de que la lluvia puede ser hermosa. Nunca lo hubiera pensado en tiempos de paz. Fíjate en las gotas de lluvia, allí delante de la estatua, cómo brincan y ni una de la misma forma que la siguiente. Un verdadero fuego de artificio. Ves, Sven, habría que hacer un filme sobre la lluvia: lluvia sobre la ciudad, lluvia sobre una carretera asfaltada por la que se apresuran columnas que afean el goteo de la lluvia, y lluvia sobre un sembrado. No hay nada más hermoso que la tierra mojada. ¿Te acuerdas cuando estábamos en Finlandia y llovía a cántaros sobre los campos finlandeses? ¿Por qué diablos hicieron la guerra los finlandeses? ¿Por no perder algunos lagos y un bosque? ¡Si tienen de sobra!

—Se lucha por el honor —dije con voz soñolienta—. Un país no da nada, o mejor dicho, sí, algunos millones de litros de sangre joven. Así, el honor queda a salvo.

Gregor reaccionó, se quitó las botas y las vació:

—¡Vaya mojadura! ¡Y cómo se puso mi madre cuando me caí en una charca! Me envolvió en una gruesa manta y me atiborró de aspirina. ¡Pobrecilla! Tendría que verme desde que la mili se me llevó: le daría un patatús.

La idea de la solicitud de nuestras madres nos hace reír.

¡Qué silencioso está todo! Miles de personas han de morir todavía, polacos o alemanes. Ayer, se había armado un estrépito infernal y ahora todo está callado. Ni un tiro de fusil, ni estallidos de granada y, sin embargo, una cosa es segura: otros ojos acechan al mismo tiempo que los nuestros.

Al alba paró de llover. Por supuesto se habían olvidado de relevarnos, lo cual provocó numerosas maldiciones. Una niebla gris amarillenta venía de las ruinas, la misma horrible niebla de Silesia que se eleva desde los pantanos. Se extendía como una alfombra sobre la calle Lazienkowska y apresuraba la agonía de los heridos que yacían frente a los escombros de la iglesia de San Alejandro. Desde nuestro puesto, veíamos tres muertos: un alemán y dos polacos. Uno de los polacos tumbado sobre unas alambradas, el alemán encima de una caja de fruta, roja de sangre, y el otro polaco en un hoyo de granada, con la cabeza reventada. Se mataron unos a otros. El alemán empuñaba aún su «08». Esta noche, esos cadáveres estarán hinchados y así se quedarán varios días hasta que, durante otro ataque, alguien los pisotee... Entonces estallarán ruidosamente y toda su podredumbre saltará. Y aún gracias que las madres no puedan ver cómo mueren sus hijos por la patria.

No me atrevo a decir a Gregor lo que pienso, ya que lo repetiría todo a los demás y me tomarían por loco. Esos tres muertos, a los ojos de los soldados, equivalen a moscas muertas y yo también debería considerarlos así. La guerra le endurece a uno. Y es necesario que así sea, si se quiere sobrevivir. Los mejores caen, los que se salvan son los duros, los fuertes.

Sobre mediodía, por fin, el relevo. Llegan tres motoristas de la 104.a, de bastante mal humor, hartos de guerra, y que maldicen del Partido, del Führer, de los ingleses, de los americanos, en suma, de todo el mundo incluida la judería internacional. Los dejamos con deseos de larga vida, a lo que nos responden con una granizada de groserías, y nos echamos, agotados, en el sótano, junto a nuestros camaradas que, a su vez, nos abroncan porque les despertamos. Hubiéramos debido quedarnos a dormir fuera... ¡Qué precioso es el sueño durante la guerra! Sería menos terrible si al menosuviésemos una buena noche de sueño a la semana, aunque fuera sin cama. ¿Por qué una cama para un soldado? Un lugar tranquilo, una funda de careta antigás por almohada, el capote como edredón, ¡menudo paraíso!

Me cuelo entre *Hermanito* y *Porta*. Con dificultad, pero lo consigo. No solamente se está caliente sino en seguridad y siempre fue mi sitio preferido, por no ser ni tan alto ni tan fuerte como ellos. Esta vez, refunfuñando, me prometen una buena azotaina por la mañana. Es de noche aún, cuando el ruido de la cocina de campaña me despierta. Al pronto, siento que tengo hambre, mi estómago protesta y me indica que hace mucho tiempo está en ayunas. Me levanto, atrapo unos cuantos piojos que aplasto a bulto para disuadir a las chinches, y ya *Porta* y *Hermanito* están listos, armados de fiambreras así como de sacos de forraje. Van a ver si encuentran algo comestible en la región. ¡Se puede estar seguro de que lo encontrarán! Ambos se arman hasta los dientes sin olvidar el nudo corredizo, esa muerte silenciosa que cada uno lleva en el bolsillo.

—Anda, vente —dice *Porta* con impaciencia empujando a su compinche hacia la escalera del sótano—. Hay que llegar los primeros a las tiendas.

Porta pertenece a esa especie de personas que, en la existencia, atraen hacia sí todo cuanto les es útil. Una especie que existe en todos los ejércitos del mundo. Se podría dejar a *Porta* desnudo en una almadía en pleno Atlántico, que regresaría a las pocas horas con un lechón asado y rociado con vino. En el caso de que se le preguntase de dónde lo había sacado, sin duda alguna contestaría: «Si un navegante judío pudo descubrir América, un cabo prusiano puede, muy bien, hacer otro tanto».

Al cabo de dos horas, comparecen con medio cerdo, pero cosa extraña, en lugar de su perpetuo parloteo, una especie de estupor les mantenía casi mudos.

—¡No es posible! —repetía *Porta* sin parar—. ¡No es posible!

—Bueno, ¿qué es lo que no es posible? —preguntó *el Viejo*, irritado.

—¡Dorn! —gritó *Porta*—. ¿Entiendes? ¡El sargento primero Dorn! El terror de Torgau. Está aquí, en Varsovia, con casco nuevo y botas de Caballería. ¡Ese asqueroso, ese monstruo!

—¡Dorn! —murmuró Gregor estupefacto—. ¿Estarás soñando despierto, no? ¿El sargento primero Carl Dorn, el verdugo de Torgau, en Varsovia? Entonces es que todo está jodido. Ni siquiera Hitler y Stalin hubieran podido enviarlo al frente. Estáis borrachos los dos.

—No es verdad —replicó *Hermanito* con los ojos fijos—. Lo he visto, justo en el momento en que robábamos el cerdo. Doblaba una esquina con su sombrero de acero y su «P 38» sobre la tripa. Caminaba como siempre, uno-dos, uno-dos. Hasta un tuerto hubiera podido reconocerle con una pierna más corta que la otra. Podéis estar seguros de que nos atrapará.

—No cabe engañarse con un cerdo semejante —aseguró *Porta*—. Dorn no tiene ningún doble tan feo como él. Ahora comprendo por qué siempre llevaba gorro durante las ejecuciones: ¡el condenado se habría adelantado al pelotón, muriéndose de risa al ver a Dorn con casco!

—No tiene más que venir y le diremos dos palabras —prometió *Hermanito* con fruición.

—¿Por qué habría de venir por aquí? —preguntó *el Viejo*.

—No falla. En primer lugar nos echa de menos, luego, este sótano es un puesto estratégico. Cuando salí de Torgau, el bruto ese me dijo: «Cabo Creutzfeldt, guarro, volveremos a vernos y donde usted no se imagina, ¡so asqueroso!». Bueno, pues tenía razón. ¡Jamás hubiera podido soñar con un reencuentro mejor!

Durante un rato, todo el mundo se puso a imitar a Dorn. *El Legionario* envuelto en su capote, Heide cojeando, el mismo Viejo con las manos a la espalda y dándose importancia: «Los sargentos que son conducidos a la horca llevan botas —gritó—. Los de tropa van con calzado de gimnasia y los calcetines encima de los pantalones, pero calcetines reglamentarios, desde luego. Ser colgado en una prisión militar es algo muy particular, que los civiles no pueden comprender...».

Todos recordaban los crímenes de Dorn, el sargento primero de Estado Mayor más odiado de todo el Ejército alemán, un verdadero monstruo. Miles de soldados que, en aquellos momentos se agotaban, entre los bosques mortíferos de Carelia y el Mediterráneo, brincarían de júbilo si supieran que Dorn está en el frente. Olvidamos la lluvia y el hambre que nos atenaza el cuello, pensando en Dorn.

—¿Qué haremos con él cuando le veamos? —preguntó Gregor.

Esta razonable pregunta nos enfrió un poco. Pese a todo, es sargento primero de Estado Mayor y puede hacernos polvo si le viene en gana.

—Lo ahogamos de pis —gritó *Hermanito* sin preocuparse de las posibilidades de acción.

—Le metemos una granada en el culo y...

En el mismo instante resonaron pesados pasos en la escalera y vimos a Dorn, con uniforme de fantasía, hacer su entrada en el sótano. Gran capa de Caballería, sobre el pecho un catalejo de Artillería y la mano izquierda puesta, como de costumbre, sobre la funda de la pistola. Tenía una expresión que conocíamos perfectamente: la de la víspera de una ejecución en Torgau, ojos apretados y barbilla erguida.

Le miramos sonriendo, muy intrigados por lo que iba a hacer.

—¡Vaya, vaya, antiguos clientes de Torgau por lo que veo! —dijo acariciando su pistola—. ¿Qué hay?

Tuvo la callada por respuesta. Se ponía nervioso, entornando los ojos y avanzando el mentón.

—¡La novedad! —exigió amenazador flexionando las rodillas y haciendo resonar las espuelas.

El único caballo que había visto era el gris y viejo rocín que arrastraba las basuras de Torgau.

—Cabo de Estado Mayor informa que llueve —se guaseó Gregor, permaneciendo tumbado de espaldas con las manos en el cogote—. Informa también de que estamos empapados.

—Suboficial Martin —dijo Dorn con cierta vacilación—. ¿Ha olvidado usted cómo hay que cuadrarse cuando se habla con un superior?

—No, ¿y tú? —preguntó insolentemente Gregor, incorporándose sobre el codo.

Aquello le cortó el habla a Dorn algunos minutos. Se cabreó y jamás hubiéramos creído que un hombre pudiera ponerse tan colorado.

—Soy sargento de Estado Mayor. ¡Firmes, perros! ¿Es que no veis que soy sargento de Estado Mayor?

Gregor se levantó despacio y se inclinó hacia Dorn.

—Por la Virgen santa de Kazán, veo que eres sargento de Estado Mayor y que tienes tres estrellas. ¿Puedo tocarte también, camarada?

—¡Sabe usted perfectamente quién soy! Cartilla militar inmediatamente. Lo horca es lo que le espera.

—Carl Dorn —prosiguió Gregor—. ¿Es que no te das cuenta de que nos ciscamos en ti? La guerra se ha ido al traste, tú tienes una última tabla de salvación, pero te hundirás, te lo digo yo. Y no te pongas nervioso, que no estás en Torgau.

—¡Vosotros, es una orden, prended a ese hombre!

—Desde luego que no —respondió *Porta* desde su rincón.

—¡Cómo, es usted, cabo *Porta*! —gritó Dorn con expresión poco tranquila.

Odiaba a *Porta* y, muy a menudo, había deseado su muerte.

—Sin duda esperabas saber que me habían ahorcado, pero rara vez se cumplen los deseos de uno. Carl Dorn, eres el peor de los asquerosos y tengo una bala en el bolsillo hecha a medida para tu gorda nuca.

—Cabo *Porta*...

—Cabo de Estado Mayor, si no le molesta. ¡Ni siquiera conoce los grados!

Era *Hermanito*, que soltó una carcajada, con su bombín gris sobre la frente. Hacía muchísimo tiempo que esperaba aquel encuentro.

—¡Ah! Creutzfeldt —dijo Dorn con alivio.

Por fin un imbécil al que podía tratar a la prusiana, pero se equivocaba. *Hermanito* llevaba demasiado tiempo en el frente para dejarse intimidar ahora por un Dorn cualquiera.

—¿Qué pasa, Carl? ¿Acaso te han echado? No te fíes nunca de un prusiano, Carl.

—Firmes, perros —repitió Dorn hipando de rabia—. ¿Es que no veis quién soy?

—¡Claro que sí! Un vejestorio que se pasea con pingos prestados. Y me cisco en ti de todo corazón; hace mucho tiempo que tenía ganas de decírtelo.

Todo el sótano soltó una carcajada, hasta los dos prisioneros polacos. Dorn se largó tropezando en la escalera, pero una vez restablecida la calma, hubo que contemplar el caso con seriedad. Aquel bruto, pese a todo, era sargento de Estado Mayor y poseía un poder relativo.

—Valdría más desaparecer —dijo *el Viejo* muy preocupado—. Que no nos encuentre en el primer momento de cólera. Vuestra insolencia puede costarnos la cabeza.

—No se atreverá a acusarnos.

—¿Estás loco? Con mucha suerte nos pegarían una paliza de prisión militar. Todavía estamos a las órdenes de Himmler. Y si os detienen enseguida, es la horca. Varsovia está en estado de sitio.

—Bueno, entonces nos las piramos —capituló *Hermanito*—. ¡Hay que ver, de todos modos! ¡Arriesgar la vida porque se las cantamos claras a un asqueroso! Julius, tu Führer es un piernas.

Desaparecieron en la calle Krochmalna, pero llevándose el medio cerdo. Maldecíamos a Dorn, tanto más cuanto sólo nos quedaban algunos mendrugos resecos que masticar. Nuestros tres camaradas acababan apenas de escurrir el bulto, cuando apareció el teniente Löwe, acompañado por Dorn, Hofmann y tres gendarmes.

—Mi teniente —*el Viejo* se cuadró—, aquí punto de apoyo. Siete presentes. Enviados a otro sector el suboficial...

—Bueno, bueno —interrumpió Löwe—. ¿Dónde están *Porta*, Creutzfeldt y Martin?

—Informo que han sido enviados con los lanzallamas zapadores.

—¡Mentira! —aulló Dorn.

—Modere sus expresiones, sargento de Estado Mayor.

El Legionario no pudo aguantarse y le hizo un gesto obsceno.

—Mi teniente —tartamudeó Dorn—, el suboficial Kalb atenta a mi honor de soldado. Pido permiso para dar parte. ¿Mi teniente ha visto el gesto de ese soldado africano?

—Ni visto ni oído —interrumpió Hofmann apartándose de su colega.

Sus labios están más apretados que nunca, sus ojos parecen rendijas. Es la encarnación del sargento primero del Ejército alemán. Dorn se ha convertido en un *donnadie* que es menester alejar de la Compañía cuanto antes.

—¿Es que ha perdido usted la chaveta? —preguntó Löwe en tono duro—. Viene a dar parte de un motín y ahora se queja de un atentado al honor que nadie ha notado. Su informe queda rechazado y no vuelva a empezar, se lo digo yo. Beier —dijo volviéndose hacia *el Viejo*—, cuando sus tres hombres regresen, que se presenten a mí.

—¡Todavía no me conocéis, cerdos, judíos asquerosos! —silbó Dorn saliendo, el último, del sótano—. ¡Pero que el diablo os proteja! Ya veréis.

Los tres compinches volvieron a la mañana siguiente, se libraron con un rapapolvo. Los monstruos del género de Dorn no tenían nada que hacer con el teniente Löwe.

«Doquiera luchemos, cada uno deberá saber que matar a un hombre no tiene más importancia, para nosotros, que matar una pulga. Es el camino seguro hacia el poder total».

Himmler. Discurso a la organización extranjera de la ss.

La carencia de formación militar del llamado teniente coronel Oskar Dirlewanger y del maestro de escuela ucraniano Miczyslaw Kaminski eran compensadas por una inimaginable rivalidad de terribles crueldades. Incendiando y asesinando como salvajes, las brigadas ss de estos dos forajidos avanzaban hacia el centro de Varsovia. Todo cuanto se encontraba en su camino —polacos e incluso alemanes del Ejército— era exterminado.

Dos pirámides de cabezas cortadas señalaban el Cuartel General de Kaminski. En cuanto a Dirlewanger, coleccionaba manos cortadas. Horrorizado, el general Hans Guderian, mayor general del Ejército, protestó cerca de Hitler y exigió no sólo la retirada inmediata de Varsovia, de las Brigadas ss, sino también la comparecencia, ante un Consejo de guerra, de

sus dos jefes. De lo contrario, el general Guderian amenazó con presentar su dimisión en el propio campo de batalla.

El jefe de brigada ss Fegerlein, pariente de Eva Braun, amante de Hitler, informó también a Hitler que los sádicos individuos reclutados por Dirlewanger y Kaminski eran, simplemente, criminales de Derecho común, y que sus acciones superaban, en horror, a todo cuanto habían visto en las guerras precedentes. Si no se ponía fin a tales cosas, éstas arrojarían una mancha indeleble sobre el honor del Ejército alemán.

A regañadientes, Hitler accedió y ordenó a Himmler la retirada de las dos Brigadas, que serían remplazadas por una División de Waffen ss. Sólo entonces aceptó capitular el general Bor-Komorovski.

Pero Himmler mantuvo secretamente a sus órdenes a ambas Brigadas. El oficial ss Morgen, encargado, por el Consejo de guerra, de efectuar una investigación sobre los antecedentes de Kaminski y de Dirlewanger, desapareció sin dejar rastro.

El 23 de diciembre de 1944, una bala, disparada, sin duda, por orden de Himmler, dio muerte a Kaminski, el cual se había convertido en un testigo incómodo. En cuanto a Dirlewanger, fue hecho prisionero, a finales de febrero de 1945, por los partisanos polacos, quienes lo asaron a fuego lento.

LA CARRERA DE LOS GATOS

Quien pasara ante el teatro «Krazinski» podía vernos contemplar un cartel en el que figuraban dos chicas desnudas. Chicas tan excitantes que nos dejaban boquiabiertos.

—Estoy por creer que una chica así sería capaz de hacerme olvidar la santa misión del Partido nazi —dijo Heide.

Tras un silencio, dio un taconazo y puso brazo en alto.

—*Heil Hitler!*

Para Heide esta frase equivale a santiguarse.

Porta asomaba en aquel momento por la calle Lazienkowska.

—¡Mirad lo que acabo de encontrar!

Y mostró dos gatos que tenía agarrados por la piel del cuello y maullaban.

—Por una vez, no tengo hambre —dijo *Hermanito*—. Mátales y véndelos a los ss como si fueran conejos. Ellos hace dos días que no tienen suministro.

—¡No seas chalado! Estos gatos, no es «civet» lo que tienen en el pellejo, sino oro. Gatos de carreras que pueden hacer de nosotros personas importantes admiradas por el mismísimo Iván. Los he visto en dos carreras de prueba. Y corrían que se las pelaban, podéis creerme.

—Bobadas —dijo *el Viejo*—. Todo el mundo sabe que los gatos sólo hacen lo que se les antoja.

No arriesgaría ni un céntimo, apostando a esas pelotas peludas.

—Harías mal. Que se les meta pólvora en el culo y ya verás. Es una idea de los motoristas. El gris ha batido todos los récords, en una carrera de 500 metros. Como para que le dé un patatús a una liebre. Una carrera de gatos, qué buena idea.

Bajo la dirección de *Porta*, todos pusimos manos a la obra. Había que construir una pista de carreras de gatos, en el parque, al otro lado de la estatua de Napoleón, donde reinaba una paz relativa. Sólo hacia el gran depósito se oían tiros de vez en cuando. Pero unos destellos, que indudablemente procedían del reflejo de unos prismáticos, nos demostraban que, a lo lejos, también se interesaban en la carrera. *Porta* perfeccionó la idea de los

motoristas. En botes de conservas atados a la cola de los gatos, prendimos fuego a un poco de pólvora. Por supuesto, los desventurados animales salieron corriendo sin hacerse de rogar. Llegaron a la meta con el pelo erizado y las apuestas nos proporcionaron pingües beneficios.

Como la noticia se propagaba, acudieron más camaradas; el juego se extendió y se empezó a jugar hasta el dinero destinado a las familias. Pero esa vez, desgraciadamente, los gatos escurrieron el bulto pese al señuelo de dos arenques ahumados.

—Nosotros deberíamos ser tan testarudos como esos bichos, entonces resultaría muy difícil declarar una guerra.

Hubo que inventar, pues, otra cosa, por ejemplo, permitir a los asistentes que aportasen sus propios gatos. Pero la inscripción era bastante cara: 1000 reichsmarks o 4000 zlotys por «caballo de carreras». Únicamente ricachones como *Porta* podían tener «su caballo». Transformamos todo el parque central en pista de carreras provista de los más refinados obstáculos. Los gatos eran de los más variados colores, salvo los gatos ss que, naturalmente, seguían siendo negros. *Porta* tenía uno todo blanco, y le pegó una estrella roja fluorescente en la frente, lo cual le valió la predicción de que él y su bicho acabarían en Dachau. El animal que tenían en común *Hermanito* y Gregor era la cosa más fea que se podía imaginar. Rezumaba maldad, lo cual le valió, inmediatamente, el nombre de «Adolf».

¡A correr! *El Legionario* golpeó una funda de careta antigás. En tanto que soldado internacional, le correspondía dar la salida.

La pólvora ardió en el trasero de treinta y ocho gatos que salieron como flechas hacia el primer obstáculo, trampa complicada que únicamente bichos inteligentes podían salvar. Todos capitularon, ni que decir tiene, salvo *Smil* de *Porta* y *Adolf* de *Hermanito*. Éstos corrieron a toda velocidad hacia el segundo obstáculo, el más peligroso: habían puesto en él pastel de hígado que habría hecho parar al gato más saciado. *Adolf* se tragó de un bocado su parte, *Smil* mostró tener más calma, pero luego se tumbó en el suelo para echarse una siestecita. En cuanto a *Adolf*, continuó, pero pronto se detuvo a su vez para lamerse las feas patas.

—¡Adelante, adelante! ¡Hijo de perra! —chillaba *Porta* congestionado.

Las exhortaciones de *Porta* surtieron efecto, pues *Smil* arrancó, salvó el tercer obstáculo y llegó a la meta justo delante del gato de los artilleros. Como siempre, *Porta* se embolsó una fortuna y condecoró a *Smil* con su propia Cruz de Hierro de primera clase.

Ahora, un verdadero gentío se agolpaba ante la pista, y en los rostros de los soldados se leía la esperanza de todo jugador. El entusiasmo llegó al colmo cuando levantaron en vilo a *Smil*.

—Quinta carrera —clamó *el Legionario*—. ¡Las liebres a la salida!

Un grupo de paracaidistas se insultaban de firme por saber cuál de sus dos gatos había de participar en aquella carrera. Llovieron los puñetazos y no se calmaron hasta que dos de aquéllos, con cuchilladas en el vientre, tuvieron que ser transportados a una ambulancia.

Un gato anaranjado tenía que tomar la salida, un enorme gato italiano que habían traído de Montecassino. Como aquel gato tenía sangre napolitana en las venas, nadie dudaba de la victoria de la fierecilla. Su propietario, un alto oficial paracaidista cuyos bolsillos estaban llenos de sardinas hediondas, era un duro soldado que mataba sin titubeos, pero que adoraba a su gato. ¡Qué curiosos son los soldados cuando se les conoce bien! Conocí a un cabo que tenía por mascota a un sapo, un horror azulgrís. Cuando comía se quedaba a su lado emitiendo su extrañísimo canto. El cabo metía el bicho en su cartuchera tapizada de hojas húmedas... Un motorista ruso fue capturado por nosotros con una rata negra de agua, su amiga personal. El ruso compartía su magra pitanza con ella y no comía hasta que la rata estaba harta. ¿Lo creerán? ¡Dejamos en libertad al prisionero ruso a causa de aquella rata! Se habría muerto si se la hubiesen quitado y, con toda seguridad, sería lo primero que ocurriría en el campo.

Naturalmente, nuestros gatos están drogados. El *Smil* de *Porta* es todo arrojo tras un par de chupadas de grifa. Dos músicos de la infantería tocan la salida.

—¡Adelante!

La pólvora truena, las cuerdas caen y los gatos corren como si les ardiese el trasero que es, efectivamente, lo que les ocurre. Una verdadera cobertura de pelaje abigarrado se precipita sobre el primer obstáculo. Está prohibido animar a los corredores; serían retrogradados con dos largos.

Adolf va en cabeza. *Hermanito* y Gregor patalean de excitación y le nombran teniente de carros, pero al borde del obstáculo, parada en seco: *Adolf* se extasía ante los restos de un diario del frente.

—¡No leas eso! —chilla *Hermanito* fuera de sí—. ¡Propaganda nazi, nada más! ¡*Adolf*, llevas un nombre histórico, eso obliga, rediós!

Pero *Adolf* continúa jugando muy graciosamente con los trozos de ese periódico idiota.

—¡Alta traición! —grita Heide—. Te prevengo que cuesta la cabeza eso de dar el nombre del Führer a un gato. Y un gato que debe ser judío polaco.

Entretanto, *Adolf* permanece embelesado. Tal una danzarina, y como sólo un gato sabe hacerlo, mordisquea los trozos de papel y juguetea con ellos bajo la brisa.

—¡Corre! —ruge *Porta*—. Si no, eres gato muerto.

Y se saca la pistola.

La pistola o el motivo que sea, *Adolf* cambia de parecer: hete aquí que sale a todo correr y alcanza al pelotón, justo frente al riachuelo. Se tira al agua y llega mojado como una rata, al otro lado. Nuevo obstáculo: es una bomba luminosa tan fuerte que una desgraciada gata cae ante ella, muerta o desvanecida. Esta vez *Adolf* vuelve a pararse, olfatea a la gata pintada de verde, y se instala apaciblemente para hacer sus necesidades.

—¡Date prisa! —ruge *Hermanito*—. ¡Cagar durante el servicio es antirreglamentario!

A *Adolf* le importa un pepino, evidentemente; reanuda la carrera, pero se abalanza sobre el gato de los jinetes motorizados y le muerde el cuello. El propietario del herido, un cabo, exige una compensación y quiere hacer pasar por un Consejo de guerra a *Adolf*. Pero *Adolf* está ya lejos en la pista, con el gato anaranjado de los paracaidistas pisándole los talones, como quien dice. Gregor piafa y saca la lengua, *Porta* está al borde del ataque de nervios, pues su *Smil* se ha tumbado cuan largo es para descabezar un sueño. Todo eso es demasiado fatigoso, para un pobre gato, y mete el hocico entre las patitas. Dos soldados, casi enloquecidos, gesticulan en torno a *Porta*. Se quedarán arruinados si *Smil* no despierta. Felizmente, *Smil*, como todos los gatos, cambia de parecer y se levanta con majestad.

—¡No pierdes nada con esperar! —grita *Porta*—. ¡Después de la carrera vas a ganarte una patada en el culo que te mandará hasta la cancillería del Reich en Berlín!

Smil se pone en camino muy despacito, con la cola tiesa. De vez en cuando, se para y se frota contra la verja que lo separa de la gata blanca de los enfermeros que ronronea engreída. *Adolf*, muy seducido, se arrima también a la verja sin hacer el menor caso de los vituperios de *Hermanito*. En cuanto a la gata blanca, adopta posturas de estrella y diríase que está esperando a los fotógrafos. *Adolf* se revuelca y maúlla. *Smil*, que se siente de más, sale al galope y adelanta al gato de los ciclistas que, por desgracia, no es ningún adolescente. Es evidente que su carrera ha terminado y de corredor pasará a ser espectador. En cuanto a la gata blanca, se porta de la manera más

indecente: trasero ofrecido, exhibe sus encantos ante todos los gatazos sentados en fila, con la mirada fija.

—¡Una puta! —dice *Porta* con desprecio—. Digna de un burdel árabe.

Tras haberse limpiado las posaderas con esmero, la gata se decide, de cualquier modo, a correr hacia la meta seguida por todos los gatazos; veintisiete gatos enamorados. Imposible decir cuál llegará en cabeza. Mas ¡ay!, que la gata descubre una estrecha hendidura al final de la gran pista y se ve el extremo de su cola desaparecer ante los gatazos tremendamente decepcionados. Hace falta otra nueva señal, atronadora, para que se decidan a olvidar la gata y a salir corriendo, asustados.

Smil de *Porta* ganó, pero *Adolf* sólo llegó en tercer lugar por haberse tomado el tiempo suficiente para pelearse, durante el camino, y cortar le la cola al gato de los zapadores. Decididamente su nombre cada vez le sentaba mejor. Los zapadores se habrían echado a llorar. Su gato fue el último en llegar y las maldiciones se abatían sobre nuestras cabezas predestinándonos a las minas de plomo.

Terminado el esparcimiento, hubo que volver a la dura realidad, pues aquella noche estábamos de servicio: recoger a los heridos y enterrar a los muertos. Llevábamos los heridos a los enfermeros de las ambulancias, instalados en el barrio de Sadyba. Los muertos eran alineados en fosas comunes. La mayoría de los cadáveres eran irreconocibles; una especie de canalón hecho por nosotros permitía deslizarlos hasta la fosa, donde cada uno de nosotros, por turno, los recibíamos. Los muertos recientes no eran los peores. Los más horrorosos eran los escondidos en los sótanos, hinchados y verdosos. Había que poner mucho cuidado con manipularlos, pues de lo contrario reventaban en nuestras manos, y salpicados por aquel líquido repugnante, hedíamos durante semanas.

Todo el día transcurrió así hasta el momento del relevo, efectuado por una Compañía de zapadores, pero, aun muertos de cansancio, no nos fue posible conciliar el sueño. Nos sentamos en un puente medio derrumbado, al hermoso sol de otoño, para contemplar el río, a guisa de reposo. Cerca de nosotros un médico se asomaba, peligrosamente, sobre lo que quedaba del pretil y contemplaba el Vístula que, de cuando en cuando, acarreaba un cadáver.

—No te asomes tanto, galeno, que puede costarte caro. Nos ven desde lejos.

El médico, que ya no era ningún jovenzuelo, miró a *Porta* que estaba sentado en el suelo al resguardo del herrumbroso pretil, y de repente se

percató de que un mísero cabo le interpelaba tuteándole como a un compañero cualquiera. Palabrotas prusianas afianzaron el honor de Esculapio.

—¿No está usted viendo que soy médico adjunto? —gritó aquel imbécil mostrando su insignia.

—Claro que sí, claro que sí, y me pregunto por qué hacen oficiales de portatermómetros. Con Iván, el método es mejor. Allí, vosotros sois gentes verdaderamente duchas e importantes. Eso aparte, médico adjunto, no se asome usted tanto. Como en el tren, donde ponen «Es peligroso asomarse al exterior». Se desobedece y un túnel se os lleva la cabeza. Aquí no hay túneles, sino tiradores que ven de lejos, con sus prismáticos. ¡Hay que ahuecar!

—Me encargaré de usted —gritó el médico, enfurecido.

En el mismo instante, soltó un grito y cayó en las aguas grises y turbulentas del Vístula. Un tirador de élite polaco debió de haberle cogido en su visor telescópico. *Porta* meneó la cabeza con compasión.

—¡Pobre tipo! Se evaporaron él y sus amenazas. Si por lo menos la gente aceptase los buenos consejos. El cuerpo del médico reapareció pronto, pero un nuevo cadáver lo empujó y ambos prosiguieron su camino.

—Va a aterrizar en casa de Iván —dijo *Hermanito* con expresión sombría—. Así aprenderá.

—Bien se lo decía yo —prosiguió sentenciosamente *Porta*—. No se asome al exterior, pero esos intelectuales nunca hacen caso a los demás. De todos modos ha tenido suerte. Imagínate si llega a librarse y le echa mano Iván. ¡Se habría ganado las minas de Kolyma! Puesto que ha muerto, está salvado, felizmente para él, pero un imbécil siempre escoge la solución peor. Fíjate, eso me recuerda la historia de un conocido mío, Ernst Schluckebier, hombre feliz, miembro del Partido y tal. Sin preocupaciones, salvo por su mujer que le encontraba un poco borrachín. Una noche, en un café de la plaza de la Gendarmería, se acordó de que su médico le había prohibido beber porque tenía demasiada grasa en el corazón. Se tomó, pues, tres litros de más diciendo que serían los últimos, luego se despidió de todo el mundo y se fue, siempre muy contento de sí mismo. De pronto, en la noche de Berlín, se oyó un grito penetrante que venía del Spree. Como el grito se repetía, se acercó al parapeto y se asomó, el muy imbécil. «¿Quién grita?». Nadie responde. «¿Puedo ayudarle?», añadió mirando al río amenazador. Por desgracia, el herrero Egon Volksplack, de Alt Moabit, que había pertenecido a los coraceros de la Guardia, le oyó. Se precipitó hacia aquella oscura silueta, muy sospechosa en aquel puente mal reputado y ambos, a la vez, sin reflexionar, llamaron a la Policía. ¿Te das cuenta? Es preciso el orden en la sociedad

porque si no, todo se viene abajo. El herrero de Alt Moabit que, por lo demás, no entendía nada de nada, explicó a los schupos lo que, a su juicio, sucedía en aquel puente. «Este cretino quería arrojarse al Spree para suicidarse. Gendarme, de eso entiendo, he salvado ya a varios, ahí tienes mi carnet». Conque cuatro policías agarraron al señor Schluckebier y le dijeron unas cuantas palabras tranquilizadoras. «Pero si la vida es bella, dijo el gendarme jefe, ¿por qué suicidarse con este magnífico claro de luna?». «Es un error, puedo jurarlo. ¿Cómo iba a tirarme al río con el asco que me da el agua?». Los gendarmes y el herrero cruzaron una mirada de inteligencia. El presunto suicida se reía de dientes afuera, esa risa que evidentemente sólo se oye de labios de los locos irrecuperables. «Todo en este mundo es más o menos un error, explicó el gendarme. Todas las personas detenidas dicen que se trata de un error. Créame, mañana se alegrará usted de estar con vida, pues tiene aspecto de hombre razonable, aunque no se pueda fiar uno de las apariencias». «¡Se equivoca usted! —gritó Schluckebier que empezaba a estar harto—. Me cisco en usted y en el Spree. Suélteme, tengo que irme a casa y, a partir de esta noche, seré bebedor de agua». «Vamos, vamos, mañana todo parecerá distinto», afirmó el gendarme sin saber cuánta verdad decía. «Es un error —lloraba el desdichado—, yo no quería suicidarme, al contrario, trataba de ver al otro, al otro, al que había saltado y pedía socorro». Pese a todo lo llevaron a la gendarmería donde el psiquiatra de guardia le miró aviesamente. «¡Todo es un error, un terrible error! Tengo la mente sana. He sido centinela para el Führer en Munich, en 1933. ¡El Führer incluso me estrechó la mano!». «¡Ah!, gritó el médico satisfecho, ¿entonces pertenecía usted a la guardia del capitán Rohm? ¿Cómo evitó usted ser fusilado en 1934?» Schluckebier no podía evidentemente dar ninguna explicación. Le bañó un sudor frío y murmuró cosas incomprensibles. Lo llevaron a la clínica psiquiátrica de la Policía, en Pankow, y después lo trasladaron con un cargamento de idiotas a Giessen, en Hesse, donde las gentes no se ocupaban sino en cazar brujas. Se tornó un personaje célebre. Acudían de todas partes a interrogarle y no paraba de repetir que había sido un error. Así es la máquina del Estado.

—¡Es la historia más antipatriótica que jamás he oído! —gritó Heide indignado—. Daré parte y que el diablo proteja a Alemania mientras queden sujetos como tú.

—¡Basta ya de chácharas! —gritó de pronto el teniente Löwe—. En marcha hacia el puente. Derecha, der, ¡de frente marchen!

La batalla de Varsovia no había terminado para nosotros. La 5.ª Compañía penetró en el mar de llamas de Wola, donde pedazos de cuerpos

humanos eran proyectados por las minas sobre los árboles y las farolas.

Muy temprano, por la mañana, un colosal ataque alemán empezó contra las últimas posiciones polacas que se extendían de la calle Kasiniera a la plaza Wilson. Una lluvia de fuego caía sobre el barrio viejo. Veintiocho baterías «DO» dispararon durante cinco horas: era peor que el infierno, peor que todo cuanto nosotros, soldados del frente, habíamos soportado hasta entonces. Como para volverse loco furioso. Tres regimientos de carros desembocaron de la calle Mickiewicz, hacia la plaza Wilson, rociando el barrio de «Feniks».

La resistencia polaca quedó aplastada en un océano de sangre. Por la noche, el general Bor-Komorovski se decidió a capitular, pues todo el barrio de Zolibor había sido reconquistado por los alemanes. Con una gran bandera blanca ondeando en la delantera de un «Mercedes», llegó al castillo de Ozarow para negociar el trato de los prisioneros de guerra, conforme al convenio internacional.

La mañana del 3 de octubre, a las ocho y media en punto, los combates cesaron. Un silencio horroroso cayó sobre la ciudad en llamas. De repente calló la artillería como si se hubiese bajado un telón de acero. La plaza Wilson estaba desierta, ni un hombre, ni un perro. Todo lo que vivía parecía haber desaparecido. Un trozo de papel, que revoloteaba al viento, se elevó, estuvo un instante enganchado en un balcón y luego volvió a caer sobre el esqueleto de un carro carbonizado en el que, algo que había sido un soldado alemán, permanecía partido por la mitad, en una escotilla.

Nosotros nos ocultamos en un sótano y acechamos, bastante inquietos, con todas las armas a punto.

—De todos modos esto no puede haber terminado —dijo *el Viejo* preocupado—. Tenemos que quedarnos aquí y esperar órdenes.

Heide empuñaba su «MG», y yo una bomba de mano. Van a venir, con seguridad. Una batalla así no se acaba de repente. *Hermanito* preparaba su ametralladora.

—¡Venga, acercaos, perros polacos! ¡A nosotros no se nos engaña!

Transcurrió un cuarto de hora así, quizá media hora. Sobre la ciudad se cernía un silencio tal, que casi nos dio un patatús cuando una viga ardiente cayó desde un techo. Gregor, cuyos nervios flaqueaban vomitó del susto.

—Vamos allá —dijo enjugándose la boca—, todavía lo prefiero.

El propio *Porta* no decía nada. De golpe, apareció el finlandés, y toda la sección de Uula.

—Dicen que se ha hecho la paz —dijo riéndose—. ¿Tenéis aguardiente?

Se sopló un buen trago y devolvió la cantimplora a *el Viejo*.

—Cuidado con provocar —murmuró éste—. Ningún combate. Dicen que la capitulación ha sido firmada a las ocho y media.

Hermanito se puso de rodillas con una expresión rara, como la de un mudo. Abría y cerraba la boca sin hablar, y por su sucio rostro resbalaban gordas lágrimas.

—¡La paz! —farfulló.

Soltó una carcajada de demente, dio una patada a su «MG» y, de un tirón, se arrancó charreteras e insignias. *Porta* siguió su ejemplo. Estábamos todos como locos.

—¡La paz! —gritábamos.

—*Spokoj!* —oíase del otro lado de la plaza.

—*Miri, miri!* —chillaban los finlandeses tirando sus armas.

Nos precipitamos hacia la escalera del sótano, hacia la luz, guerreras desabrochadas y sin hombreras. Unos granaderos recortaban las águilas de sus capotes y se declaraban «Frente rojo». ¡Verdaderamente insólito después de once años de *Heil Hitler!*

Porta fue el primero que se atrevió a mostrarse en la plaza; nosotros le seguíamos. No había nadie, todavía. Parecíamos los únicos seres vivientes sobre la tierra, caminábamos con precaución, y todo el mundo podía ver que íbamos desarmados. Yo me mordía los dedos de nerviosismo. Si los polacos se ponían a disparar, la 5.ª Compañía se volatilizaría. Pero no pasó nada. Sólo oí el chisporroteo de las llamas que salían de un carro en la esquina de la calle Kasiniera. ¿Sería posible que hubiese paz?

—*Miri* —musitó Uula a mi lado.

Había tirado todas sus armas, salvo el gran cuchillo finés metido en su bota, del que ningún finlandés se separa nunca, ni siquiera cuando hay *miri*.

—¡Stanislas, sal de ahí, viejo compadre! —gritó *Porta*—. Ya no se dispara.

De las ruinas emergieron tres soldados polacos con cascos franceses y avanzaron, lentamente, hacia *Porta* y *Hermanito*. Uno de ellos seguía empuñando un fusil ametrallador, los otros iban sin armas. Por un instante, se contemplaron, luego se echaron unos en brazos de otros, brincando como chiquillos; las cantimploras iban de mano en mano, las carcajadas resonaban en la ciudad humeante.

Ahora, las calles hervían de soldados que salían de todas partes. Veíanse también, cosa inaudita, civiles, mujeres, niños. Una anciana sollozaba y daba gracias a Dios. Nadie llevaba armas, ni polacos ni alemanes. Numerosos nazis habían recortado las águilas de sus uniformes, y todo el mundo se abrazaba.

—¡La paz! ¡La paz!

Únicamente Julius Heide, silencioso y pálido como un muerto, se adosaba al carro carbonizado. Él, el fiero nazi no podía alegrarse. ¡De repente, una explosión! Una lluvia de granadas cae sobre la plaza. El «Tigre» carbonizado voló con su cadáver. Huida alocada de todo el mundo... De buenas a primeras, creímos que el tiro de artillería alemán volvía a empezar, pero pronto hubo que rendirse a la evidencia. Eran los rusos quienes disparaban sobre la ciudad agonizante, a fin de destruir el ejército de partisanos de Amija Kranowa. El bombardeo duró una hora y costó la vida a miles de personas.

Nuestra Compañía fue retirada. Los finlandeses habían desaparecido. Al día siguiente, por la mañana, nos enviaron en misión de cobertura a la calle Krazinski, para cuidar de que las secciones polacas entregasen bien sus armas. Aquellos desventurados soldados pasaban ante nosotros en largas filas, silenciosos, y tiraban sus fusiles en la calzada, antes de partir para el cautiverio.

¿Había terminado? Todavía no. Por la noche empezaron las ejecuciones. Unos chivatos designaban a los judíos, los comunistas, los simpatizantes rusos, y eran los hombres de Dirlewanger quienes formaban los pelotones de ejecución. Las condiciones de capitulación sólo atañían, por lo demás, a los soldados del Ejército regular polaco. Todos los demás, según el *Reichsführer* Himmler, no debían ser considerados más que como bandidos de derecho común, y fusilados sin juicio.

Lo que quedaba de la población civil fue expulsado, como ganado, y reunido en un vasto campo de concentración, al norte y al oeste de Varsovia. Privadas de avituallamiento, un considerable número de aquellas gentes murieron antes de ser transportadas hacia Alemania. Los ss de Kaminski y Dirlewanger se divertieron como locos cazando a algunos de ellos como conejos.

Entretanto, los batallones de zapadores ponían manos a la obra cumpliendo la orden dictada por Himmler: arrasar Varsovia. Hasta finales de enero no cesaron los incendios, porque ya no quedaba nada para quemar. Las órdenes de Himmler habían sido ejecutadas con la minuciosidad prusiana. Varsovia ya no era más que un simple nombre en el mapa de Europa.

Notas

[1] W. U.: «Wehrunwürdig» (ejército de indignos). <<